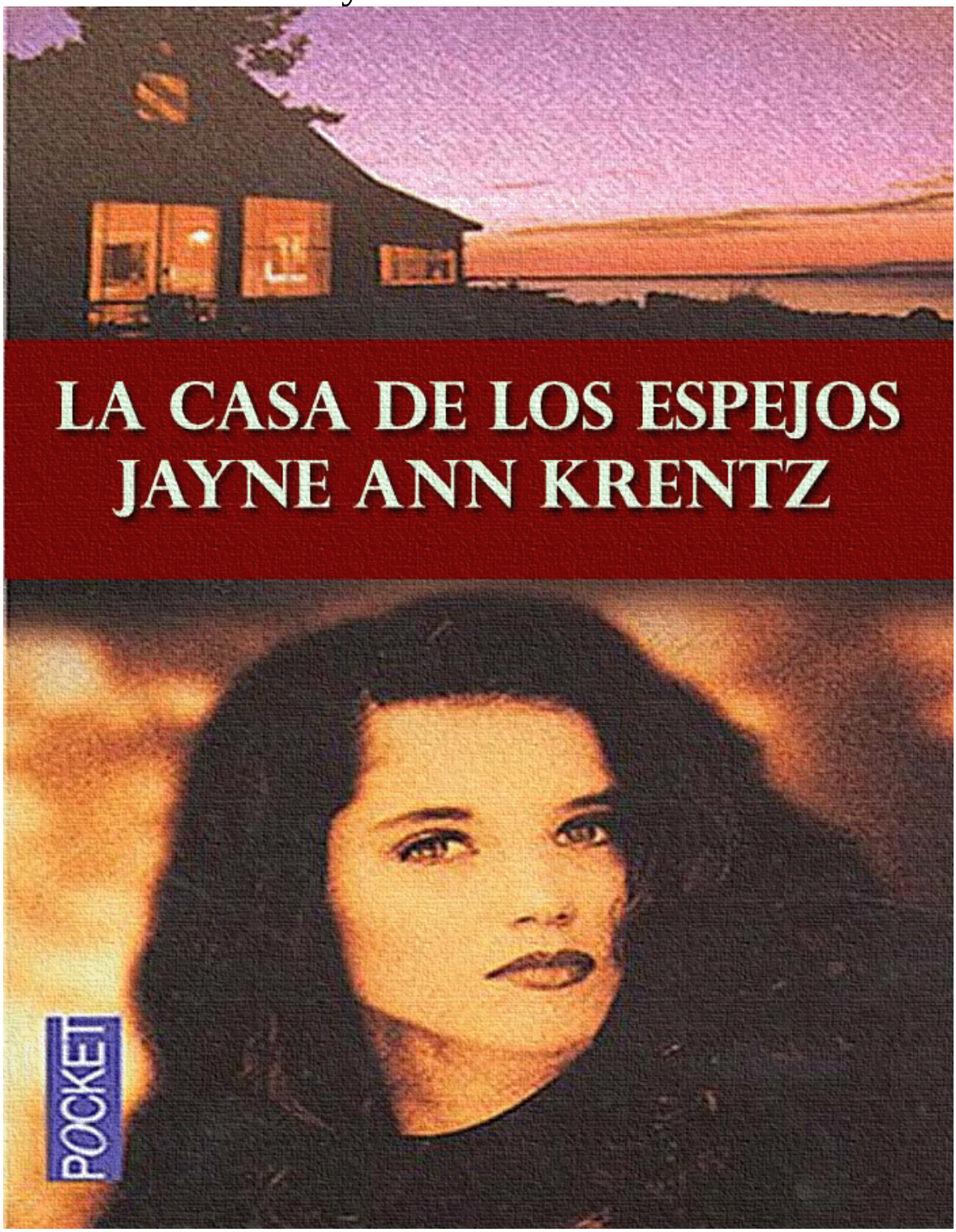
La Casa de los Espejos
Jayne Ann Krentz



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Prólogo

Un año antes

Las alucinaciones empeoraban con rapidez.

Se detuvo en lo alto de la escalera e intentó recobrar el equilibrio. El pasillo de oscuros espejos se extendía hasta el infinito, como en la casa de los espejos de una feria, una casa llena de sombras nocturnas y cambiantes. Tenía que abrirse camino a través de aquel panorama desorientador antes de perder los últimos vestigios de cordura.

Los planos y ángulos de aquel corredor en la penumbra se confundían y dilataban dando lugar a formas extrañas que le recordaban la cinta de Moebius. Espirales interminables, sin principio ni fin. Ignoraba por cuánto tiempo podría mantener unidos los fragmentos desintegrados de su conciencia. Deseó dormir, pero no podía ceder al casi abrumador impulso. Todavía no. Había algo que tenía que hacer antes.

Con un parpadeo, la luz había desaparecido hacía poco. El débil resplandor de las estrellas se filtraba a través de las estrechas ventanas que había a ambos lados de aquel corredor interminable. Escudriñó el camino serpenteante y divisó una delgada esquirla de plata; sabía que allí estaba la entrada a la biblioteca. Cuarta puerta a la izquierda.

Una oleada de desesperación la atravesó. Si fuera capaz de llegar hasta aquel fragmento de luz, podría dejar su mensaje.

-¿Bethany? -La voz del asesino le llegó desde el pie de la escalera -¿Dónde estás? Deja que te ayude. A estas alturas debes de tener mucho sueño.

Una descarga de pánico le infundió la energía necesaria para superar, momentáneamente, los efectos de las drogas. Apretó con fuerza la correa del bolso, avanzó, tambaleándose, unos pocos pasos por el pasillo y se volvió a detener. Se esforzó en recordar qué era lo que tenía que hacer. Se le había presentado con tanta nitidez, allí, al pie de la escalera... Pero después aquello seguía escabulléndose.

Miró fijamente los más cercanos de aquellos espejos negros que, por docenas, cubrían las paredes. En la oscuridad, apenas pudo hacer otra cosa que imaginarse los recargados marcos dorados adornados con volutas de los espejos del siglo dieciocho. Registró el pozo sin fondo de detrás del cristal en busca de las briznas de su memoria.

Había algo que tenía que hacer antes de irse a dormir.

-Bethany, yo puedo ayudarte.

Creyó haber visto un movimiento de las sombras en el viejo espejo.

Allí, durante un instante, cuajó una imagen. Luchó por entenderlo. La biblioteca. Tenía que llegar a la biblioteca. Sí. Eso era. Tenía que ir allí antes de que el asesino la encontrara.

Un número emergió, vacilante, de las profundidades de su desdibujada memoria.

El cuatro.

La entrada a la biblioteca era la cuarta puerta a la izquierda.

Agradecida, se aferró al número, que la tranquilizó como ninguna otra cosa podría haberlo hecho. En el universo de las matemáticas se encontraba como en casa: a gusto y serenamente satisfecha, de una forma en la que jamás había estado en el mundo, donde las emociones humanas hacían que las cosas fueran complicadas e ilógicas.

Cuatro puertas adelante, a la izquierda.

Llegar allí significaba aguantar el acoso de los espejos. La magnitud del reto casi la paralizó.

-No hay necesidad de que te escondas de mi, Bethany. Sólo quiero ayudarte.

Tenía que hacerlo. Deke necesitaría respuestas y sería incapaz de descansar hasta conseguirlas. Y Thomas le ayudaría, porque Deke era su hermano y los hermanos Walker se mantenían unidos. Nunca había entendido del todo los entresijos de aquella clase de vínculo, pero su mente lógica aceptaba la fuerza de la atadura que existía entre Deke y Thomas. Era tan real como cualquier relación matemática.

Reuniendo cada brizna de su voluntad, recorrió la distancia que la separaba del fragmento de luz que señalaba la entrada de la biblioteca.

Las alucinaciones se hicieron más intensas. Extrañas criaturas aparecían tras las superficies reflectantes de los antiguos espejos que la rodeaban, y le hacían señas para que se uniera a ellas.

Todavía no.

Apretó los dientes y se concentró en el acto de poner un pie delante del otro.

Se animó a no examinar ninguno de los viejos espejos oscuros por miedo a ser absorbida hacia el mundo del otro lado. No es que temiera ir allí, era sólo que tenía que seguir en este universo unos minutos más. Era su gran deuda con Deke y Thomas.

-¡Bethany! Te pondrás enferma, Bethany. Deja que te ayude.

El asesino estaba en el pasillo, detrás de ella.

-Ya no te queda mucho tiempo, Bethany. Las alucinaciones deben de ser terribles. Pero pronto estarás durmiendo, y entonces todo habrá acabado.

Se concentró con intensidad en el triángulo que formaba la luz de la luna. Las resplandecientes líneas la arrastraban y tranquilizaban. La pureza matemática de los ángulos de la luz lunar era un fuerte, aunque pasajero, antídoto contra las alucinaciones.

Llegó a la cuarta puerta, la traspuso y se detuvo en medio de un pasillo de libros intentando pensar. Allí, en alguna parte, había un pequeño despacho. Y en su interior, un libro. Lo había estado examinando aquella misma tarde. Era un libro muy importante, porque contenía un retrato de su asesino. Tenía que señalarlo para Deke y Thomas.

Alrededor de ella, las estanterías de libros se combaban y formaban un laberinto. Reuniendo sus menguadas fuerzas, avanzó dando tumbos por los pasillos sinuosos hasta el despacho.

El pequeño libro estaba sobre el escritorio, tal como recordaba. Consiguió abrirlo y se quedó mirando de hito en hito la primera página. El retrato estaba allí, en alguna parte. Tenía que encontrarlo a toda prisa. El asesino estaba a mitad de pasillo.

Volvió las hojas, refugiándose, una vez más, en el consuelo de los números.

Setenta y una.

Ochenta.

Ochenta y una. Allí estaba. Un retrato del asesino.

Junto al libro había una pluma. Finalmente, después de tres intentos, consiguió sujetarla. Era incapaz de escribir un nombre, pero le quedaba suficiente coordinación entre la vista y la mano para dibujar un tembloroso círculo alrededor de la ilustración de la página ochenta y uno.

Al terminar, se detuvo, concentrándose con atención.

Había algo más que quería hacer, solo para asegurarse de que Deke y Thomas comprendieran.

El sobre, por Dios.

Sonrió con satisfacción cuando la memoria resplandeció con fuerza entre la niebla de sus pensamientos.

El sobre estaba en el bolso que colgaba de su hombro. Lo sacó. Consiguió deslizarlo dentro del libro.

¿Que faltaba?

Esconder el libro y el sobre. No podía arriesgarse a que el asesino los descubriera.

-Sé dónde estás, Bethany. ¿Creíste que podías esconderte en la biblioteca?

Miró en derredor, buscando un sitio donde ocultar el libro y el sobre.

El enorme y anticuado fichero de madera se erguía contra una pared, las hileras de cajoncitos cuidadosamente organizados en encantadoras líneas rectas.

Era perfecto.

-Espejito, espejito -salmodió el asesino desde la puerta de la biblioteca-. ¿Quién es el más inteligente de todos? Tú no, Bethany. Tampoco Sebastian Eubanks era el más inteligente. Lo soy yo, Bethany.

Hizo caso omiso de aquella provocación y metió a presión el libro con el sobre en el escondrijo. Tarde o temprano, Deke y Thomas los encontrarían.

Hecho. Una sensación de paz la inundó. Había culminado la tarea. Ya podía dormir. Se dio la vuelta, aferrándose al escritorio en busca de apoyo.

La silueta del asesino apareció, inmóvil, en la entrada del despacho.

-Soy yo, Bethany.

Bethany Walter no respondió. Cerró los ojos y se deslizó al apacible mundo del otro lado del espejo, donde, supremas, las leyes de las matemáticas reinaban sin discusión y todo tenía sentido.

CAPÍTULO 1

El presente...

Un cambio en la luz reflejada en el espejo de encima del tocador fue el único aviso que tuvo de que no estaba sola en el piso de la mujer muerta.

Se le enfriaron las manos. El fino pelo de la nuca se le agitó como si hubiera sido fulminada por una descarga eléctrica.

Leonora se incorporó con rapidez ante el cajón en el que había estado rebuscando y giró en redondo; en las manos tenía un suave jersey de cachemira rosa claro.

En la puerta del dormitorio había dos perros vagabundos.

Uno de ellos era humano.

La anchura de sus hombros llenaba gran parte del espacio disponible e impedía ver el corredor que se abría a sus espaldas. Exhalaba la engañosa tranquilidad, que en realidad es absoluta concentración, del predador nato. No la de un joven cazador impulsivo, demasiado impaciente por apuntar a la primera presa que sale corriendo del escondrijo, sino la de un profesional hastiado, que prefiere buscar y escoger bien su blanco. Su cara era la de un hombre que había hecho muchas cosas difíciles en la vida, y unos ojos fríos y grises reforzaban esa impresión.

La bestia de color gris desvaído pegada a él tenía mucho en común con su compañero. No era realmente grande, sino muy robusta. Tenía una de las orejas permanentemente torcida, sin duda de resultas de una pelea. Se hacía difícil imaginar a aquella criatura saltando, juguetona, en pos de un frisbee. Probablemente haría añicos el artilugio y se comería los despojos de plástico.

Los dos intrusos parecían peligrosos, pero su intuición le dijo que no apartara la mirada del hombre. No podía verle las manos; las mantenía hundidas con indiferencia en los profundos bolsillos de un chubasquero de color carbón. Llevaba abierta la ligera chaqueta sobre una camisa de tela vaquera con botones en el cuello y unos pantalones color caqui. Los pies iban calzados en unas bastas botas de piel que parecían demasiado grandes.

Tanto el hombre como el perro estaban mojados a causa de la lluvia que azotaba aquel tramo de la costa meridional de California. Ambos producían la impresión de que lanzarse a su cuello no les supondría ningún problema. Una cuestión rutinaria.

-¿Era amiga suya o simplemente oyó por casualidad que había muerto y decidió pasar a ver si había algo que mereciera la pena robar? -preguntó el perro callejero humano.

La voz no desentonaba: un gruñido suave, oscuro y bajo.

Ella controló su hiperactiva imaginación.

-¿Quién es usted?

-Yo le he preguntado primero. ¿Quién es, una amiga o una oportunista casual? En cualquier caso, me imagino que es una ladrona, así que, quizá, la respuesta no sea relevante.

-¿Cómo se atreve? -La indignación apagó parte de la inquietud que le había acelerado el pulso-. No soy una ladrona. Soy bibliotecaria.

¡Diantre!, aquello sonaba idiota. Bueno, nadie podía decir que no supiera defenderse cuando había que dar una réplica cortante, pensó.

-No me diga. -Su boca se curvó con la parodia de una sonrisa-. ¿Buscando libros no devueltos? Debería haberla conocido mejor antes de darle un carné de su biblioteca a Meredith Spooner. Dudo de que devolviera algo de lo que robó a lo largo de toda su vida.

-Su sentido del humor deja bastante que desear.

-No estoy haciendo ninguna prueba para una serie cómica de la televisión.

Había que ser contundente en situaciones como aquélla, pensó Leonora. Tomar la iniciativa. Hacerse cargo. Imponerse con una exhibición de confianza y autoridad. No era como si no tuviera experiencia con gente difícil. A lo largo de su carrera como bibliotecaria universitaria se veía ocasionalmente obligada a tratar con toda clase de usuarios despreciables, desde profesores exigentes y petulantes hasta zafios niñatos.

Avanzó deliberadamente hacia la puerta, rezando para que el extraño y su perro retrocedieran de aquella manera automática con que la mayoría de las criaturas retroceden cuando dejas claro que quieres pasar por su lado.

-De hecho, tengo todo el derecho a estar aquí, lo cual es, probablemente, bastante más de lo que puede decir usted. -Dirigió una dura sonrisa al hombre y al perro-. Le sugiero que discutamos esto con el conserje.

-El conserje está ocupado. Algo relacionado con una emergencia de fontanería en la tercera planta. De todos modos, me parece preferible que tratemos esto en privado. ¿Tiene nombre?

Resultaba evidente que ni él ni el perro se iban a apartar de su camino.

Se vio obligada a detenerse en mitad de la habitación.

-Por supuesto que tengo nombre -dijo con tono resuelto-. Pero no veo ninguna razón para dárselo.

-Déjeme adivinar. Así a bote pronto, ¿Leonora Hutton?

Se quedó helada.

-¿Cómo lo ha sabido?

El hombre se encogió de hombros.

El espontáneo movimiento volvió a atraer la atención de Leonora hacia la imponente anchura de sus hombros. El hecho de que la fascinaran era inquietante. Por lo general, no sentía la menor atracción por los músculos de los hombres. Prefería el tipo intelectual.

-Meredith no tenía una larga lista de amistades -dijo-. En general, y por lo que sé, tenía sólo objetivos.

-¿Objetivos?

-Objetivos. Blancos. Víctimas. Primos. Como quiera llamar a la gente a la que utilizaba, timaba o desplumaba en sus chanchullos. Pero, por lo que he podido ver, al contrario que la mayoría de la gente de su agenda de correo electrónico, usted y ella se conocían hace mucho.-Se detuvo un instante-. Suponiendo que sea usted Leonora Hutton, claro.

Ella apretó los dientes.

-Sí, es cierto, soy Leonora Hutton. Ahora, ¿quién es usted?

-Walker. Thomas Walker. -Bajó la mirada hacia el perro-. Éste es Wrench.

Wrench inclinó la ancha cabeza al oír su nombre.

Leonora estudió la impresionante hilera de dientes del perro.

-¿Muerde?

-¡Que va! -A Thomas pareció divertirle la pregunta-. Wrench no es para nada agresivo. En su anterior vida es muy probable que fuera un caniche enano.

Leonora no se lo creyó ni por un momento. Si Wrench hubiera tenido una vida anterior, seguro que la habría vivido como un gigante mastín cazador del Medievo. Pero decidió no insistir sobre ello.

-Hemos estado esperándola para hacerle compañía aquí arriba, señorita Hutton -dijo Thomas.

Se sintió aterrorizada.

-¿Esperándome?

-Hace ya tres días. Hemos pasado la mayor parte del tiempo en ese café que hay al otro lado de la calle. -Señaló con el mentón la ventana, a través de la cual se veía un bloque de tiendas pequeñas-. Fue la única que reclamó el cuerpo y que realizó las gestiones para el entierro la semana pasada. Supusimos que, antes o después, vendría a vaciar el piso.

-Parece saber mucho sobre mí.

El hombre sonrió. Fue la clase de sonrisa que hizo que ella deseara retroceder un par de pasos, volverse y echar a correr como alma que lleva el diablo. Pero eso sería lo peor que podía hacer, se dijo. Sabía lo suficiente sobre comportamiento animal para saber que la huida de la presa no hace sino excitar más a los predadores.

-Ni por asomo todo lo que me gustaría saber de usted, señorita Hutton.

De todas maneras, no había hacia dónde correr. El hombre la tenía acorralada en aquel pequeño cuarto vacío. Leonora no cedió terreno.

-¿Cómo consiguió la agenda del correo electrónico de Meredith? -preguntó.

-Eso fue fácil -dijo Thomas-. En cuanto tuve noticia del accidente, vine y me hice con su portátil.

La indiferencia con que admitió ese hecho hizo que Leonora enmudeciera durante unos segundos.

-¿Robó su ordenador? -consiguió preguntar finalmente.

-Digamos, simplemente, que lo tomé prestado. -Le dedicó otra de sus glaciales y forzadas sonrisas-. Con el mismo espíritu que ella «tomó prestados» un millón y medio de pavos del Legado Bethany Walker.

¡Ah, caray!, eso era grave. Eso era muy, muy grave. El desfalco había sido uno de los deportes favoritos de Meredith, pero sus víctimas preferidas habían sido otros timadores y chanchulleros que no estaban en posición de quejarse con demasiada fuerza. Y hasta donde Leonora sabía, Meredith no había ido nunca a la caza de un botín de esa magnitud. Era típico de Meredith hacer una salida triunfal, sin chistar.

«Y típico de ella que me deje la porquería para limpiar», pensó.

-¿Es poli? -preguntó con cautela.

-No.

-¿Detective privado?

El hombre negó con la cabeza.

-No.

No era la ley. Leonora no supo si aquélla era una noticia buena o mala.

Se aclaró la garganta.

-¿Conoció a Meredith personalmente?

-Oh, si, la conocí -dijo-. Claro que, al igual que un montón de gente que tuvo ese privilegio, hubiera preferido no haberme encontrado con ella, pero a posteriori es fácil tener buena vista, ¿no?

La comprensión descendió con la inexorabilidad de una mortaja.

-Entiendo. Usted fue uno de sus... -Se interrumpió, buscando un giro diplomático a la frase-. ¿Tuvieron una relación... social?

La boca del hombre era una línea sin expresión.

-No por mucho tiempo.

Había sido uno de los amantes de Meredith, entonces. Por alguna razón extraña, aquella noticia resultaba deprimente. ¿Por qué habría de importarle que aquel hombre hubiera tenido o no un asunto con Meredith?

Sin duda, no habría sido el primero. Se le ocurrió, sin embargo, que podría haber tenido el honor de haber sido el último.

-Me sorprende -dijo, sin dejar de pensar-. No es su tipo habitual.

«Ah, caray. ¿Qué diablos me ha inducido a decir esto?»

Sin embargo, era la verdad. Meredith había seguido la inveterada política de pegarse a los hombres que podía manipular. Algo en Thomas Walker le decía que no interpretaría el papel de marioneta durante mucho tiempo, ni siquiera por una mujer tan despabilada y atractiva y tan ducha en las técnicas de la manipulación como Meredith.

Si ella podía ver aquella verdad tan escueta, pensó Leonora, Meredith, que tenía una agudeza prodigiosa en lo que concernía a los hombres, sin duda también la habría percibido. Quizá fuera ésa la razón de que la relación no hubiera durado mucho.

-¿Meredith tenía un tipo? -Thomas pareció algo sorprendido por aquella información. Después, asintió pensativamente con la cabeza-. Bueno, ¿Qué más da?, supongo que tiene razón. Cuando se trataba de su vida social, tenía unas preferencias diferentes, ¿verdad? Hasta donde sé, sólo salía con los hombres que según ella más podían ayudarle en sus propósitos.

Leonora se preguntó si el verdadero problema no sería que Thomas había salido gravemente lesionado al desvelarse la verdadera naturaleza de Meredith.

Un corazón roto podía generar mucho dolor, y el dolor podía producir ira. Tal vez Thomas estuviera sufriendo a su manera machista.

Le dedicó una sonrisa de comprensión.

-Lo siento -dijo con mucha dulzura.

-¿Sí? Yo también. Algo más que sentirlo. Si quiere que le diga la verdad, cuando descubrí que había desfalcado el millón y medio, me cabreé bastante.

Muy bien; no estaba postrado por la pena, precisamente. Estaba furioso.

-Esto... -La inspiración le falló.

-¿Y qué hay de usted? -Thomas formuló la pregunta con excesiva amabilidad-. ¿Algún grato recuerdo de la difunta? ¿Desde cuándo se conocían?

-Desde el colegio. Todos estos años hemos estado en contacto, pero... -Tragó saliva y lo intentó de nuevo-. Durante los últimos meses no la vi mucho.

«No desde que la encontré en la cama con mi prometido», añadió para sí, pero no vio razón alguna para sacar a colación aquel ingrato asunto.

-Es muy probable que se sienta afortunada -dijo Thomas-. Meredith Spooner no traía más que problemas. Pero, por otro lado, apostaría a que eso ya lo sabía.

Los viejos vicios son difíciles de romper. El instinto de encubrir, defender y buscar excusas para Meredith irrumpió con fuerza, como ocurría siempre que llegaba la hora de la verdad.

Leonora levantó la barbilla.

-¿Está absolutamente seguro de que Meredith desfalcó ese dinero?

-Más que seguro.

-¿Cómo consiguió hacerlo?

-Fácil. Aceptó un empleo en Eubanks College como encargada de la explotación del fondo de dotaciones de ex alumnos. Como persona encargada del control diario del dinero, tenía acceso a todas las cuentas bancarias y a una multitud de ex alumnos adinerados. Añada la circunstancia de una moralidad de timadora y grandes conocimientos informáticos y ya tiene la fórmula para el desfalco.

-Si lo que dice es verdad, ¿por qué está aquí? Con esa cantidad de dinero de por medio, diría que tendría que haber ido a la policía.

-Estoy intentando evitar a la poli.

-¿Cuándo ha desaparecido más de un millón de dólares? -Vio una oportunidad de continuar la ofensiva y la aprovechó-. Eso me suena muy sospechoso. Sin duda, arroja algunas dudas sobre su historia, señor Walker.

-Quiero evitar a la poli porque ese tipo de mala publicidad puede dañar a un fondo benéfico. Socava la confianza de los donantes potenciales; los hace desconfiar de la integridad de la gente comprometida en la responsabilidad de gestionar el dinero. ¿Sabe a qué me refiero?

Leonora tenía bastante experiencia con las delicadas políticas de recaudación de fondos benéficos académicos para darse cuenta de que Thomas tenía razón. Pero no había ningún motivo para dejarlo salir del atolladero. Además, en absoluto respondía al tipo de persona dedicada a gestionar las donaciones universitarias. Esos negocios los dirigían tipos cultos y engolados, que vestían buenos trajes y que sabían hacerse los amables con los ex alumnos ricos.

Le dedicó la más educada de sus sonrisas.

-Creo que ya me estoy haciendo una idea al respecto. Ahora me toca a mí hacer una suposición a voleo. ¿No podría ser, señor Walker, que no hubiera informado a las autoridades sobre el dinero desaparecido porque, por alguna razón, piensa que podría ser uno de los principales sospechosos?

Las cejas negras del hombre se arquearon como señal de la silenciosa valoración del golpe directo.

-Cerca, señorita Hutton. No completamente en el clavo, pero muy, muy cerca.

-Lo sabía.

-Si el desfalco se descubre, Meredith dejó un rastro que señalaría a mi hermano, Deke.

-Su hermano. -Digirió aquello con lentitud-. ¿Dónde está exactamente la sede de ese Legado Bethany Walker?

-Forma parte de las dotaciones de ex alumnos de Eubanks College. Fue constituido para fomentar la investigación y la enseñanza en el campo de las matemáticas.

-¡Eubanks! -Leonora puso ceño-. No estoy familiarizada con esa institución.

-Es una pequeña universidad situada en una pequeña ciudad llamada Wing Cove. Al norte de Seattle, a una hora y media en coche.

-Entiendo.

-El fondo lleva el nombre de la esposa de Deke, Bethany, una brillante matemática. Murió el año pasado. Deke es el presidente del consejo que supervisa las operaciones e inversiones del fondo. Dentro de tres meses habrá una auditoria. Si ese dinero acaba perdiéndose, mi hermano parecerá el tipo responsable de hacerlo desaparecer gracias a la dulce Meredith.

«Una operación típica de Meredith -pensó Leonora-. Asegurarse de que la víctima del desfalco no avisará a la poli.»

-Me doy cuenta de lo terrible que ha de ser esto para usted y su hermano, señor Walker. Pero debo decir que, para un hombre que desea que la situación pase inadvertida, parece mostrarse bastante locuaz sobre el tema.

-Eso se debe a que tengo un enorme interés en recuperar el dinero. Quiero reintegrarlo a la cuenta del fondo antes de que se haga la maldita auditoría.

-Comprendo -dijo Leonora-, pero ¿por qué me está hablando de esto?

-Muy sencillo. Es usted mi mejor pista.

Se quedó mirándolo fijamente.

-¿Cómo dice?

-Permítame exponerlo de esta manera: es usted mi única pista.

Sintió una sacudida de pánico.

-Pero no sé nada sobre ese dinero desaparecido.

-¿Ah, no? -La miró con incredulidad-. Pongamos por caso que me está diciendo la verdad...

-Le estoy diciendo la verdad.

-Aun si ése es el caso, todavía sigue siendo mi única pista.

-¿Por qué?

-Porque, por lo que sé, conocía a Meredith mejor que nadie. Espero de verdad que me ayude en esto, señorita Hutton.

«Ni lo sueñes», pensó Leonora.

-Acabo de decirle que durante el último año no tuve mucho contacto con ella. Ni siquiera sabía que tenía un empleo en Eubanks College. No supe que estaba viviendo aquí, en este apartamento, hasta que las autoridades se pusieron en contacto conmigo después del accidente.

-¿No me diga? Según el conserje, ella utilizó el nombre de usted en la solicitud de alquiler.

Leonora no dijo nada. No era la primera vez que Meredith había tomado prestado su buen nombre y sus buenas referencias bancarias.

-Dudo que tuviera la intención de permanecer aquí mucho tiempo.

Thomas recorrió con la mirada el sencillo mobiliario y la poco estimulante apariencia de la habitación. Probablemente sólo necesitaba una puesta en escena y una dirección que poder usar mientras planeaba el siguiente chanchullo.

-Mire, la verdad es que no sé qué decir. No puedo ayudarlo, señor Walker. Sólo estoy aquí para embalar las pertenencias de Meredith. Tengo intención de donar la mayora de sus cosas a un rastrillo benéfico local. Cuando haya terminado esta faena, me voy directamente a casa. Tengo reserva para un vuelo esta noche. Se supone que he de estar en mi trabajo por la mañana.

-Su casa está en Melba Creek, ¿verdad? En las afueras de San Diego.

Leonor intentó pasar por alto la inquietante sensación que la recorrió de pies a cabeza.

-Muy bien, así que sabe dónde vivo. ¿Se supone que eso es para asustarme?

-No pretendo asustarla, señorita Hutton. Estoy intentando trabajar con usted.

-Ajá.

-Tengo una oferta de negocios que hacerle.

-Déme una sola buena razón por la que deba escucharla.

-Le daré un par. La primera es que si coopera conmigo y me ayuda a localizar el dinero, me ocuparé de que reciba una comisión.

-A ver si lo entiendo. ¿Me va a sobornar para restituir el dinero?

-Mejor que ir a la cárcel por desfalco, ¿no?

-¡A la cárcel! -AL oírlo, dio un involuntario paso atrás. En respuesta, Wrench se movió un poco y la miró con interés. Leonora se quedó paralizada-. ¿Por qué me habrían de arrestar? Dijo que su hermano era el único que parecería culpable si no se encuentra el dinero.

-No tengo intención de que mi hermano caiga por los negocios sucios de Meredith -dijo Thomas en voz baja-. Si el dinero no ha aparecido en la cuenta antes de la próxima auditoria, me aseguraré de que los polis la investiguen a fondo.

-¿Cómo?

-Deke es un genio informático, y yo soy bastante bueno en el aspecto financiero. No resultaría demasiado difícil crear un rastro que llevara desde Meredith hasta usted.

-¿Hasta mí? -Se quedó atónita-. Pero yo no tengo nada que ver con el desfalco de Meredith.

-¿Quién sabe? Quizás incluso sea capaz de demostrarlo al final. Pero puedo arreglarlo para que, mientras tanto, la vida se le haga absolutamente insoportable. Dígame, ¿cómo cree que reaccionaría su empleador si se hace público que está siendo investigada por desfalco?

-¿Cómo se atreve a amenazarme con meterme en ese lío?

Thomas sacó del bolsillo una mano muy grande, poderosa y de aspecto habilidoso, la mano de un hombre que manejaba herramientas o escalaba montañas. No la mano suave y cuidada de un empresario.

Thomas extendió los dedos en un ademán que daba a entender que se trataba de un hecho consumado.

-Por si no se había dado cuenta, señorita Hutton, usted ya está en el lío. Hasta sus mismísimas y preciosas orejas.

-¿Cómo puede decir eso?

-Por lo que sé, es la cosa más parecida a una amiga que tuviera Meredith. En mi idioma, eso es igual a la cosa más parecida a una socia que tuviera ella.

-Yo no era su socia.

-Las dos tienen una historia. Es usted la única persona que siguió en contacto tanto en las duras como en las maduras. Estoy bastante seguro de que con un poco de ayuda de Deke puedo hacer que parezca su cómplice.

-¡Dios mío!, ¿habla en serio, verdad?

-¿Con un millón y medio, más la reputación de mi hermano en peligro? Sí, señorita Hutton, hablo condenadamente en serio. Coopere conmigo; ayúdeme a encontrar el dinero y ambos saldremos de esto sin que nadie tenga que acudir a un abogado.

-Exactamente, ¿Dónde cree que escondería esa cantidad de dinero?

-A ese respecto, todo lo que sé con seguridad es que no está en su cuenta bancaria.

Leonora sintió que se le caía la mandíbula.

-¿Lo ha comprobado?

-Lo primero que hice después de encontrar su nombre en la agenda de correo electrónico de Meredith.

-¿Cómo?

-Ya se lo dije, mi hermano es bueno con los ordenadores.

-Ese tipo de intromisión en la intimidad es ilegal. Podría hacer que lo detuvieran.

-Tendré que recordarlo para una futura consulta.

Lo miró con rabia.

-¿Y tiene la desvergüenza de acusarme de un comportamiento delictivo?

-Apuéstese algo.

-No me lo creo. -Se sentía aturdida-. Esto va más allá de lo estrambótico.

El hombre parecía casi divertido.

-Dé gracias. Le toca la parte fácil; todo lo que tiene que hacer es ayudarme a encontrar el dinero.

Lo observó con recelo.

-¿Cuál es la parte difícil? ¿Reintegrarlo al legado?

-No. Eso será sencillo. La parte difícil será convencer a mi hermano de que Meredith Spooner no fue asesinada.

Sintió que el aire abandonaba sus pulmones de repente. Asombrada, lo miró de hito en hito, con la mente completamente en blanco, durante unos tres intensos segundos.

-La policía no habló de asesinato -consiguió soltar.

-Eso es porque no encontraron ninguna prueba que indicara que el accidente fuera otra cosa que eso, un accidente -dijo Thomas-. Probablemente, porque no había ninguna.

Leonora tuvo la sensación de haber mantenido aquella conversación muchas veces durante los últimos días.

-Pero ¿Su hermano tiene otra visión de la situación? -preguntó.

-Deke está... -Thomas se interrumpió, aparentemente buscando la palabra adecuada-. Algunas personas creen que está un poco obsesionado con la teoría de que su esposa, Bethany, fue asesinada hace un año. Cuando oyó lo del accidente de Meredith llegó a la conclusión de que el asesino había atacado de nuevo.

-¡Vaya! ¿Qué piensa usted?

Thomas guardó silencio durante un instante. Wrench se reclinó pesadamente sobre la pierna de su amo, como si le estuviera ofreciendo apoyo.

Leonora pensó que Thomas quizá pasaría por alto la pregunta con todas sus horribles implicaciones. Pero, para su asombro, se limitó a negar con la cabeza.

-No lo sé -dijo finalmente.

-¡No lo sabe! ¿Y qué quiere decir con eso, si se puede saber? Ahora estamos hablando de asesinato.

-Mire, todo lo que puedo decirle es que hace un año, cuando Bethany murió, no creí que hubiera ninguna duda acerca de lo ocurrido. El veredicto oficial fue suicidio. Por desgracia, parecía ajustarse a las circunstancias y no se encontraron pruebas de violencia.

-¿Hubo nota?

-No. Pero eso no es tan frecuente como la gente piensa.

-El suicidio es siempre muy difícil de aceptar para la gente que conoció al difunto. No es de extrañar que su hermano busque otras respuestas. Pero ¿qué hay en la muerte de Meredith que le haga pensar que hay una conexión?

-No gran cosa -admitió Thomas-. Meredith no llegó a Wing Cove hasta seis meses después de la muerte de Bethany. Jamás se conocieron. Pero Deke está intentando buscar pautas donde no existen. Hasta donde sé, la única cosa que Meredith y Bethany tuvieron en común fue que ambas pasaron mucho tiempo en la Casa de los Espejos.

-¿Qué es la Casa de los Espejos?

-La sede central de la Asociación de Ex Alumnos de Eubanks College.

-¿Esto es todo? ¿Que trabajaron en el mismo lugar? ¿Ésa es la única conexión que tiene?

Thomas dudó un breve momento.

-La única consistente.

-Sin ánimo de ofender a su hermano, pero eso es extremadamente débil.

-Soy consciente de eso, señorita Hutton. -La voz de Thomas tenía un tono adusto- Como le he dicho, a Deke le ha resultado muy difícil aceptar la muerte de Bethany. He hecho todo lo que he podido para disuadirle de su teoría del complot. En los últimos meses pensé que había hecho algún progreso; por lo menos, parecía que estaba saliendo de la depresión, pero la muerte de Meredith le ha hecho explotar de nuevo.

Leonora repitió el último comentario de Thomas en su cabeza.

-Espere un segundo. Ha dicho que el hecho de que Bethany y Meredith trabajaran en el mismo lugar era la única conexión sólida que había entre ambas muertes. ¿Es que hay otras menos sustanciales?

-Tal vez -dijo lentamente-. Al menos hay una posibilidad.

La evidente renuencia del hombre hizo pensar a Leonora que él no compartía del todo la teoría del complot de su hermano, pero que se sentía obligado a concederle cierta credibilidad. Una cuestión de lealtad familiar, probablemente. Leonora sabía muy bien cómo funcionaba aquello.

-¿Cuál? -preguntó, al no brindarle Thomas más detalles.

-Surgieron rumores después del funeral.

-¿Rumores?

-Habladurías sobre la posibilidad de que Bethany hubiese estado experimentando con ciertas drogas en el momento del suicidio -dijo a regañadientes-. Deke y yo estamos de acuerdo en que tal cosa no coincide en absoluto con la personalidad de Bethany. Que sepamos, nunca consumió drogas.

-¿Se le practicó alguna prueba de estupefacientes tras su muerte?

-Se hicieron las cosas rutinarias, pero no había razón para buscar nada que hubiera exigido un montón de pruebas especiales y gravosas. Los presupuestos de las fuerzas del orden y del examinador médico de una ciudad pequeña no permiten unas pruebas exhaustivas, a menos que haya serias dudas sobre la causa de la muerte. No tenía antecedentes de consumo de drogas. Deke tenía dudas acerca del suicidio, pero no giraban en torno a las drogas. Y ahora no hay vuelta atrás: de acuerdo con las disposiciones de su testamento, Bethany fue incinerada.

-La muerte de Meredith se dictaminó como accidente. No había indicio de que mediaran ni drogas ni alcohol. ¿Cómo se relaciona su muerte con los rumores sobre Bethany Walker?

-Después de que llegara a Wing Cove la noticia del accidente, corrió el rumor de que Meredith había estado consumiendo drogas mientras vivía allí.

-¡No! -dijo Leonora con rotundidad.

Thomas entrecerró los ojos.

-¿No? ¿Está segura de eso?

-Oh, si, completamente segura. Dios sabe que Meredith tenía sus defectos, pero consumir drogas no era uno de ellos. Su madre se mató con ellas, ¿entiende?

-¿Qué?

Thomas no dijo nada más. Parecía estar pensando. Wrench parecía aburrido.

-Hay accidentes de tráfico a todas horas. -Leonora se preguntó si estaba intentando convencerlo o convencerse a sí misma-. Y no hay motivo para un asesinato.

-Yo no diría eso. Un millón y medio es mucho dinero. Supongamos, por decir algo, que Meredith tuviera un socio, alguien que no quisiera repartir los beneficios.

Leonora sintió que caía en un pozo sin fondo. La cosa no hacía más que empeorar.

-Por última vez, yo no era socia de Meredith -dijo con tono firme-. No sabía nada de ese chanchullo que, según usted, estaba haciendo en Eubanks College.

-Demuéstrelo. Ayúdeme a encontrar el dinero que desfalcó.

-Me está amenazando. Y de verdad que eso no me gusta.

-También le he ofrecido una jugosa comisión -le recordó-. Considérelo una táctica del palo y la zanahoria.

-Si no le importa -respondió glacialmente-, tengo que terminar de embalar las cosas de Meredith.

-Lo cual me hace recordar que tengo una pregunta al respecto.

-¿Qué pregunta?

-¿Por qué es la única persona que ha venido hoy aquí? ¿Por qué es tarea suya vaciar el piso y ocuparse de los últimos detalles de la vida de Meredith Spooner?

Leonora miró en derredor las paredes desnudas y el mobiliario impersonal. Era difícil imaginar a Meredith, siempre tan vital y apasionada, pasando los últimos días de su vida en aquel espacio feo y anodino.

Una gran tristeza brotó de su interior. Meredith había sido complicada y, con frecuencia, exasperante. Siempre que aparecía, la seguían los problemas. Pero, con toda seguridad, sin ella, el mundo era un sitio con menos colorido.

-No había nadie más para hacerlo -dijo Leonora.

CAPÍTULO 2

Una noche perpetua se desparramaba dentro de la casa de Deke. Las cortinas de todas las ventanas permanecían cerradas, aun cuando las nubes grises y bajas de la fría tarde de noviembre no suponían una verdadera amenaza de luz solar.

Sólo el fantasmagórico resplandor de la pantalla del ordenador, que se reflejaba en los cristales de las gafas de montura de oro de Deke y le bañaba la cara y la descuidada barba con una luz lúgubre, aliviaba la penumbra.

Thomas, sentado en una butaca de piel al otro lado del escritorio, con una taza de café al lado y con Wrench echado a sus pies, se sentía deprimido. Todo lo que había hecho para arrastrar a Deke lejos del infierno interior de su ordenador, había sido en vano una vez que su hermano recibió la noticia de la muerte de Meredith Spooner. Deke se zambulló de inmediato en la pantalla, en busca de conexiones y esquema que apoyaran su teoría de que Bethany había sido asesinada.

-¿Leonora Hutton apareció en el piso? -preguntó Deke. Su entusiasmo era tan dolorosamente evidente que hería al que lo mirase-. ¿Tal como pensaste que haría?

-Apareció. Dijo que iba a recoger las cosas de Meredith.

-¡Y bien! ¿Qué ocurrió? ¿Nos ayudará?

-No lo sé -dijo Thomas.

-¿Qué quieres decir? Me dijiste que ella era nuestra única pista verdadera.

-Lo sé. -Dudó- Pero ella no es exactamente lo que yo esperaba.

-¿Cómo es eso?

Thomas reflexionó sobre la impresión que se había hecho de Leonora. Seguía intentando aclararse. Había pasado la mayor parte del viaje de regreso a Wing Cove el día anterior y gran parte de la última noche entregado a la tarea, pero no había hecho grandes progresos. Enfocara como enfocase el problema, Leonora se resistía a dejarse encasillar en una sola categoría.

-No tiene nada que ver con Meredith -dijo-. Completamente opuestas, de hecho. Imágenes antagónicas. El día y la noche.

Si Meredith, con una voz que evocaba la miel y a Texas, un pelo rubio dorado y ojos del color de un cielo estival, había sido el día, Leonora era la noche.

-¿La gemela buena y la gemela mala? -sugirió Deke.

-Créeme, esas dos nunca serían gemelas.

El recuerdo de aquella primera visión de Leonora el día anterior, cuando se había apartado del tocador para encararlo, le rondaba la cabeza. La imagen le perseguía como los retazos de un sueño de los que no pudiera desprenderse.

En aquel momento volvió a verla en su mente e intentó emplear una medida de objetividad. Iba vestida con unos pantalones verde oscuro y un jersey verde. Llevaba el pelo recogido en la nuca. Las elegantes gafas de montura negra realzaban los ojos verdes y los atractivos planos y ángulos de una cara inteligente, que lo había fascinado por alguna inexplicable razón. Tanto que había tenido que esforzarse por apartar la vista, al menos, por unos segundos. Iba poco maquillada, por no decir imperceptiblemente.

No era una mujer que explotara su belleza a la manera de Meredith, pensó.

A los cinco segundos de conocerla, había sabido que Leonora era muy parecida a él en algún sentido. Estaba acostumbrada a perseguir lo que deseaba. También era probable que, una vez que se hubiera fijado un objetivo, no se rindiera con facilidad.

-¿Qué dijo acerca de la comisión? -preguntó Deke.

-La llamó soborno. Luego, pasé a insinuar que si la policía se inmiscuía, dado que ella era tan buena amiga de Meredith y demás, quizá mirasen en su dirección para encontrar el dinero.

Deke estaba asustado.

-¿Y cómo se lo tomó?

-Creo que no le gustó que la amenazaran.

-No es nada sorprendente, supongo. -Deke se quedó mirando su oráculo, la resplandeciente pantalla del ordenador-. He estado dándole vueltas a lo del dinero.

-¿Y qué piensas?

-En cierto sentido, es el menor de nuestros problemas.

-Tengo noticias para ti, Deke; cuando la auditoría revele que ha desaparecido más de un millón del fondo vamos a tener grandes problemas.

-Restituiré el dinero antes de la auditoria. Nadie sabrá jamás que ha desaparecido.

-¿Restituirlo? ¿Y, exactamente, dónde piensas conseguir esa cantidad?

-Liquidaré algunos depósitos.

-¡Y un cuerno! -dijo Thomas en voz baja-. Soy el gestor de tus inversiones, ¿recuerdas? No tengo la menor intención de dejar que sufras semejantes pérdidas.

-Puedo restituirlo. Asesórame un poco.

-Olvídalo. Meredith Spooner robó el dinero y vamos a recuperarlo.

Deke esbozó una leve sonrisa.

-¿Qué? -inquirió Thomas.

-Nada. Sólo que cuando sale lo de encontrar ese dinero desaparecido, empiezas a parecer tan obsesionado como yo cuando empiezo a hacer cábalas sobre la persona que mató a Bethany.

-Es una cuestión de principios, maldita sea.

-¡Sí! -preguntó Deke-. Tengo que desarrollar eso de los principios.

Thomas se hundió aún más en el sillón.

-Nos estamos labrando una reputación por ahí, ¿sabes? Nos llaman «los locos hermanos Walker».

-Lo he oído.

Los dos permanecieron sentados en la penumbra durante un rato.

Wrench se estiró, cambió ligeramente de posición y volvió a dormirse.

-Necesitamos encontrar el dinero -dijo finalmente Thomas-, porque es nuestra única posibilidad de determinar si tienes o no razón en lo del asesinato de Bethany y Meredith.

-¿Qué es esto? ¿Quieres decir que estás empezando a compartir mi teoría del complot?

-Digamos sólo que de mi conversación con Leonora surgieron algunas preguntas a las que me gustaría encontrar respuesta.

-¿Qué preguntas?

-¡Sabes lo de aquel cuento sobre las drogas!

La mano de Deke se cerró con furia sobre una pluma.

-¿Qué pasa con eso? Bethany no se drogaba.

Thomas alargó la mano para rascar la oreja de Wrench.

-Leonora Hutton jura que Meredith tampoco.

-¡No jodas! -Deke dejó la pluma, se recostó en el respaldo y se atusó la desaliñada barba con los dedos. -Y todavía siguen circulando los mismos rumores. Esto se pone interesante.

-Sí.

-Conociste bastante bien a Meredith durante un tiempo -le dijo Deke-, ¿qué piensas sobre aquellos rumores que oímos sobre las drogas?

Thomas dudó. Resultaba un poco extraño darse cuenta de que uno podía acostarse unas cuantas veces con una mujer e ignorar algo tan fundamental como si consumía o no sustancias químicas ilegales. Todo lo que podía decir sin faltar a la verdad era que jamás las había consumido en su presencia y que nunca había visto ningún indicio de que ella estuviera bajo sus efectos.

-No puedo asegurarlo, pero si tuviera que hacer alguna conjetura, diría que Meredith Spooner estaba demasiado centrada en sus chanchullos como para correr el riesgo de destrozarse con las drogas -dijo por fin.

-De la misma manera que Bethany estaba demasiado centrada en su trabajo para tontear con ellas. Es otra conexión, admítelo.

-Muy bien. -Thomas suspiró-. Tenemos dos eslabones. Tal vez. Las dos mujeres pasaron mucho tiempo en la Casa de los Espejos y sobre ambas circulan rumores de que se drogaban, aun cuando no hay prueba alguna de que lo hicieran en el momento de su muerte y nadie que las conociera bien asegure que las hubieran consumido alguna vez.

Se produjo un breve silencio.

-No es mucho para seguir adelante, ¿verdad? -aventuró Deke cansinamente. -¿No resultará, tal vez, que Leonora sea la solución?

Thomas no respondió. No estaba seguro de si quería o no que Leonora Hutton fuera la solución de aquel asunto. La lluvia había cesado cuando Thomas y Wrench abandonaron la casa de Deke, aunque la gélida humedad los calaba hasta los huesos. Las nubes flotaban bajas y pesadas, oscureciendo la poca luz que quedaba del corto día. Los abetos goteaban, y el césped de los bordes del sendero estaba cubierto de barro. La superficie del agua helada de la cala aparecía revuelta y picada, como si algunos monstruos moradores de las profundidades vagaran por allí abajo en busca de presas.

Thomas tiró con brusquedad de la correa de Wrench y ambos enfilaron por el sendero que los llevaría a casa. Wrench no necesitaba correa, pero la gente se ponía nerviosa si lo veían sin ella. Thomas lo comprendía: a veces, la gente también se hacía una idea errónea sobre él. Quizá por eso amo y perro habían congeniado tan bien desde el principio, pensó. Ambos eran victimas inocentes de su patrimonio genético.

El sendero pavimentado seguía el perfil de la cala. A aquella hora del día, el tránsito era bastante denso. Los fondistas, velocistas y marchadores competían por un sitio. De aquellos, incluidos Wrench y él mismo, que se movían a un paso más tranquilo se esperaba que cedieran el paso a los que se tomaban su condición física con tanta seriedad. Varios perros cabeceaban en los extremos de sus correas. Wrench reconoció como iguales a un labrador color chocolate y a un golden retriever, e hizo caso omiso educadamente de una pequeña y esponjosa bola de algodón blanca que se mostraba desesperadamente dispuesta a cultivar su amistad.

Wing Cove, «la cala del Ala», se recogía en un tramo densamente boscoso del paisaje que lindaba con el golfo de Puget Sound. En otras circunstancias, pensó Thomas, y a pesar de estar orientado en exceso hacia la masa universitaria, el lugar le habría gustado mucho más. La cala hacía honor a su nombre. En líneas generales, recordaba la forma del ala de una gaviota en vuelo. La sección más ancha correspondía a la entrada, donde se comunicaba con el estrecho. La ciudad estaba situada en la punta más alejada del ala. Unas cuantas casas y casitas se diseminaban por las boscosas colinas que ascendían desde el mismo borde del agua.

Wrench se abrió paso hacia el estrecho puente peatonal que cruzaba la cala a mitad del ala. El puente de madera proporcionaba un atajo hasta el lado contrario. A los menos entusiastas del ejercicio, el camino les evitaba tener que atravesar la ciudad o hacer todo el trayecto hasta la entrada de la cala para utilizar el puente de la autopista. Cuando abandonaba con toda tranquilidad el puente por el extremo más lejano, Thomas vio un SUV blanco con el logotipo azul y oro del departamento de policía de Wing Cove aparcado cerca del borde del sendero.

Reconoció a Ed Stovall, el jefe de policía, tras el volante y levantó la mano en un saludo informal. Ed bajó la ventanilla e hizo un gesto brusco con la cabeza.

-Buenas tardes -dijo Ed.

Había algo de tensión en el saludo.

Era un hombre pequeño, robusto, de pelo ralo y poco ostensible sentido del humor. Para el gusto de Thomas, Ed siempre se le antojaba un poco demasiado estricto; le parecía el típico tío «quiero-ser-mando-militar» frustrado o un antiguo infante de marina.

Pero además Deke y él estaban predispuestos contra Stovall. Habían tenido más de un encontronazo con él en los meses que siguieron a la muerte de Bethany.

Ed se encargó de la investigación. Cuando lo consideró un suicidio y todos los demás, incluido el examinador médico, lo secundaron, Deke protestó. En voz alta. Stovall no se sintió muy feliz cuando Deke insistió en que había un asesino desconocido correteando por la diminuta Wing Cove.

Tampoco el consejo de la universidad se mostró especialmente emocionado por la teoría del complot de Deke. Wing Cove era una ciudad de empresa, y Eubanks College, la mayor empleadora de la comunidad, era la empresa que dictaba las normas. Los síndicos y los ex alumnos eran un hatajo de conservadores. En la opinión de Thomas, el consejo de la universidad estaba obsesionado por el prestigio de la institución. Pero tenía que admitir que podía ver las razones que les asistía en el tema de la seguridad del campus. Un campus que adquiere una reputación de violencia pone

nerviosos a los padres; unos padres nerviosos buscan la formación superior para su prole en cualquier otra parte. Todas las matriculas contaban para una pequeña institución como Eubanks.

Aunque entendía las motivaciones de Stovall y las autoridades del campus, Thomas no tuvo más opción que apoyar la petición de Deke de una investigación más rigurosa sobre la muerte de Bethany. A la hora de la verdad, los dos hermanos permanecieron unidos, aun cuando uno de ellos estaba íntimamente convencido de que el otro había perdido los papeles.

-Hola, Ed. -Thomas se acercó hasta pararse al lado del cristal delantero del SUV. Wrench olisqueó un neumático-. ¿Vigilando el exceso de velocidad de los fondistas?

Ed no sonrió. Thomas jamás le había visto hacerlo.

-Tenía unos minutos. -Ed lo dijo en su «serio tono Ed»-. Me he comprado un café y he venido aquí a tomármelo. A estas horas, es un sitio bonito.

Thomas se dio cuenta de que Ed no lo miraba. Estaba observando a la muchedumbre del sendero. Thomas siguió su mirada, que parecía estar centrada en una mujer vestida con un chándal claro que caminaba con aire brioso y resuelto por el borde del camino. Tendría unos cuarenta años y era atractiva a pesar de su aire severo. Había algo muy concentrado en su forma de moverse. Thomas tuvo la sensación de que la mujer se estaba desahogando de alguna fuerte tensión.

Volvió a mirar a Ed y reconoció la expresión, que cualquier hombre habría entendido. Ed estaba loco por la mujer del chándal claro. Durante un par de segundos, Thomas sintió una punzada de comprensión; entonces recordó que se trataba de Stovall, el cual pensaba que Deke estaba loco.

-¿Amiga tuya? -preguntó Thomas.

-Nos hemos visto unas cuantas veces -dijo Ed en tono muy brusco-. Ambos pasamos mucho tiempo en la Hidden Cove.

La Hidden Cove era una de las dos librerías de la ciudad. A Thomas le sorprendió un poco descubrir que Ed leía. Novelas de misterio, de procedimiento policial y de suspense militar de alta tecnología, sin duda.

Thomas observó a la mujer.

-¿Quién es?

-Elissa Kern. La hija del profesor Kern.

-No sabía que tuviera una.

-Elissa me contó que sus padres se divorciaron cuando tenía cinco años. Ella y su madre se fueron a vivir fuera, y durante mucho tiempo no vio a su padre. Elissa también se divorció, el año pasado. Regresó para conocer a su padre. -Ed le dio un trago al café y bajó la taza-. No pienses que ha resultado. Kern tiene problemas con la botella. La única razón de que no haya sido despedido es porque tiene la plaza en propiedad.

-Ya lo sabía.

Todo el mundo en la ciudad sabía que el doctor Osmond J. Kern, distinguido profesor de matemáticas, se estaba matando lentamente con la bebida. Bethany había sido una gran admiradora de Kern y siempre hablaba de él en los mejores términos. El profesor se había labrado un nombre y una reputación hacía casi treinta años con su trabajo sobre un algoritmo, por el que había ganado prestigiosos premios matemáticos y que se había revelado de una enorme importancia para la industria informática.

Que Thomas supiera, ni antes ni después había hecho ninguna otra cosa notable. Pero entonces, Kern no había necesitado esforzarse más allá de aparecer de vez en cuando por las clases y los seminarios. Como Ed acababa de señalar, el trabajo de Kern sobre el algoritmo había sido su billete para el nirvana académico: el puesto en propiedad.

En aquel momento, Elissa Kern se encontraba casi justo enfrente del SUV. Ed la contempló con una expresión tensa y dolorida. Ella reparó en el coche aparcado en las crecientes sombras. A Thomas le pareció que la expresión de la mujer se aliviaba un tanto. No se detuvo, pero levantó la mano en un saludo.

Ed respondió levantando la suya de forma ostensible.

Ardiente pasión estilo Ed Stovall.

Pero ¿quién era él para juzgar?, pensó Thomas. No parecía que estuviera sintiendo ninguna ardiente pasión aquellos días.

-Oye, Ed, ¿has oído esos rumores acerca de que Meredith Spooner se drogaba?

La mirada de Ed siguió a Elissa mientras ésta se alejaba por el sendero.

-Los he oído.

-Ayer me encontré con alguien que la conocía bastante bien. Me dijo que Meredith sentía aversión por las drogas, y me aseguró que no las consumía. ¿No te suena familiar?

Ed suspiró y apartó su atención de la espalda de Elissa.

-Ya hemos hablado de eso antes, Walker.

-Sólo quería comentártelo.

-Parece como si tu hermano estuviera trabajando sobre una nueva teoría de complot. Dile que no desperdicie su tiempo. La investigación sobre la muerte de Bethany Walker está cerrada y así seguirá a menos que tengáis alguna prueba consistente que mostrarme.

-Claro, Ed. Siempre es bueno saber que mantienes una actitud abierta.

-Lo mejor que podrías hacer por tu hermano es conseguirle un psiquiatra. -Ed puso en marcha el SUV-. Quizá no fuera mala idea que tú mismo tuvieras una charla con uno. Parece como si estuvieras empezando a compartir la fantasía de Deke.

Wrench eligió aquel momento para levantar la pata junto al neumático delantero del SUV.

Por suerte, Ed no se dio cuenta del insulto canino. Estaba demasiado ocupado en mirar por encima de su hombro para estudiar el tráfico que venía por detrás del SUV. Metió la marcha y se alejó por el estrecho callejón. Wrench se detuvo tranquilamente junto a Thomas.

-Eso ha sido de una gran agresividad pasiva por tu parte, Wrench.

Wrench hizo una mueca.

-Muy bien, tal vez me esté volviendo tan loco como Deke –dijo Thomas-, pero, al menos, no aparco bajo los árboles próximos al sendero para observar a una mujer mientras hace sus ejercicios. Un hombre tiene que estar desesperado para hacer eso. -Wrench lo miró desde abajo-. De acuerdo, nosotros estuvimos merodeando por aquel piso de Los Angeles un tiempo, mientras esperábamos a que apareciera Leonora Hutton. Es un asunto absolutamente diferente. Aquello eran negocios.

Él y Wrench continuaron por el sendero sin prisas, sin prestar atención al vociferante gentío. Un poco más tarde, salieron del camino para tomar un sendero que subía por la arbolada ladera hasta la casa.

Thomas se detuvo en el porche para sacar la llave y abrir la puerta. En el pequeño vestíbulo, despojó a Wrench de la traílla, se quitó la chaqueta y la colgó en el armario empotrado. Wrench se dirigió a la cocina en busca del cuenco del agua.

La casa estaba fría. Thomas se detuvo en la habitación delantera para encender el fuego. Cuando éste crepitó convenientemente, se levantó y caminó entre los dos grandes sillones reclinables colocados delante de la chimenea hasta el mostrador que separaba la zona de la cocina de la del salón.

Casi todas las superficies de ambos recintos relucían. Al igual que el baño y el vestíbulo. Le había llevado varios meses terminar el proyecto de alicatado. A veces se preguntaba si no se habría pasado un poco.

Comprobó si había mensajes en el contestador. Ninguno. Leonora Hutton no había llamado.

Abrió un armario, de una gran bolsa sacó un juguete para perros y se lo arrojó a Wrench, que se alejó, feliz, mascando el falso hueso.

-Espero que sea bueno para tus dientes -dijo.

Wrench no parecía preocupado por sus dientes.

Enseñarle una buena higiene bucal a un perro que había sido bendecido con una dentadura excelente era difícil. Thomas desistió del intento, abrió la puerta que había al lado de la nevera y entró en su cuarto favorito de la casa, su taller.

Encendió la luz. Ordenadas con pulcritud sobre las paredes, había unas hileras de herramientas relucientes. Alicates, destornilladores, llaves inglesas, todas organizadas por tipos y tamaños. Los contenedores, con ventanas de plástico transparente en los cajones, albergaban, en minuciosa clasificación, clavos y tornillos. En un rincón, había un saco de cemento blanco, vestigio del reciente maratón del proyecto de alicatado.

Se acercó al tablero de madera que había en el centro del cuarto y se apoyó en él, junto a la prensa de taladrar. Sus mejores ideas le venían en aquel cuarto y quería ponerse a pensar de inmediato en Leonora Hutton.

Noche y día. Imágenes inversas en un espejo.

Había estado completamente seguro de lo que esperaba de la mujer que suponía había sido socia de Meredith. Pero Leonora lo desconcertó; ni siquiera había intentado seducirlo. Se dijo que no debía tomárselo como algo personal. De todos modos, tenía la sensación de que habría sido una experiencia interesante. Mucho más de lo que había sido con Meredith.

Para Meredith, el sexo era una herramienta de precisión que empuñaba con habilidad de profesional. Sin embargo, hasta donde era capaz de precisar, Thomas creía que Meredith no obtenía verdadero placer del ejercicio amatorio en sí. Todo lo que a ella le importaba era el resultado final, el cual, como Thomas había aprendido a fuerza de palos, no tenía nada que ver con un orgasmo. Pero como buena artesana, había cuidado de su equipamiento y lo mantenía limpio.

Durante un breve periodo, a Thomas aquello le había parecido suficiente. Por su parte, Meredith no le había pedido que fingiera una intensidad de sentimientos cuya inexistencia ambos conocían. Al mirar atrás, Thomas supo que Meredith se había alegrado de terminar la relación en cuanto se dio cuenta de que él no le iba a dar nada que pudiera utilizar para sus negocios sucios.

Meredith era una timadora, una mentirosa profesional y una ladrona.

Pero si uno la analizaba bien, no era ningún misterio. Thomas estaba bastante seguro de entender las motivaciones de Meredith.

Por otro lado, Leonora era un misterio.

Pensó en la misteriosa Leonora y se preguntó si habría empleado las herramientas adecuadas para terminar el trabajo.

-¿De verdad te amenazó? -preguntó Gloria Webster.

Leonora miró a su abuela, que estaba sentada frente a ella m la mesita del restaurante.

Sus abuelos la habían criado desde que tenía tres años, después de la muerte de sus padres en una catástrofe aérea. Su abuelo Calvin había muerto hacía seis años.

Gloria tenía ochenta y tantos años. Seguía tiñendo su casco de rizos eternamente permanentados de un ordinario rubio brillante, y jamás salía de casa sin una última aplicación de su barra de labios carmesí favorita.

Sentía predilección por los trajes de chaqueta de poliéster, que combinaba con blusas tipo casaca diseñadas con pequeños cuellos subidos para esconder las arrugas. El conjunto de aquella noche era en un tono de verde que hacía juego con sus ojos. De sus muñecas colgaba una multitud de pulseras de oro y en sus manos brillaban varios anillos. Ninguno era muy valioso, pero a Gloria le gustaba la abundancia de destellos.

Leonora la consideraba un modelo de conducta. Tenía planeado vestir igual que ella cuando llegara a los ochenta y tantos años. Hacía mucho tiempo, había decidido que no se equivocaría demasiado si, como modelo de su propia vida, tomaba la de su abuela. En el peor de los casos, jamás se aburriría.

-Eso fue lo que me pareció -dijo Leonora-. Más o menos, sugirió que si no le ayudaba a encontrar el dinero, se ocuparía de hacer que me viera implicada en el desfalco.

-¿Crees que hablaba en serio?

Leonora se comió un langostino mientras pensaba en la respuesta.

-Sí, creo que lo dijo en serio -afirmó-. Sin duda, Thomas Walker no parecía estar echando un farol.

-Parece un hombre desesperado.

El comentario sobresaltó a Leonora.

-¿Desesperado? No creo que ésa sea la palabra adecuada. Decidido sería más preciso. Piensa en un transatlántico. Difícil de gobernar.

Los ojos de Gloria brillaron.

-¡Ah, caramba! ¿Es un hombre grande tu señor Walker?

-Más bien diría que incontenible.

-¿Tonto de remate?

-Por desgracia, no.

-Hummm. -Gloria dio un sorbo a su Zinfandel y posó la copa-. No parece el tipo de Meredith.

-Me dio la misma impresión. Dudo que el asunto durase mucho. Sin duda, intentó utilizarlo para sus tejemanejes y lo dejó en cuanto se percató de que no podía manejarlo.

-¿No crees que fuera capaz de controlar a Thomas Walker?

-No creo que nadie pueda controlar a Thomas Walker, excepto Thomas Walker.

Se produjo un breve silencio. Leonora se ocupó de su patata asada.

-Bueno, bueno, bueno -dijo Gloria en voz muy baja.

Leonora la miró con severidad, levantando la vista desde su patata.

-¿Qué estás insinuando?

-Nada -contestó Gloria con aire sospechoso.

-¡Para! -Leonora le apuntó con el tenedor-. Quédate ahí. Conozco esa mirada y resulta del todo inadecuada para esta situación. No saques conclusiones, abuela.

-No, querida.

Leonora no quedó satisfecha con la tranquilizadora respuesta. Conocía muy bien a su abuela. Gloria quería casarla. Desde que se acabó el noviazgo de Leonora con Kyle, se había tomado un interés casi obsesivo por su vida amorosa y había adoptado una actitud de «ahora o nunca» hacia el proyecto que, a veces, resultaba de lo más aterrador.

-¿Crees de verdad que Meredith robó ese dinero? -le preguntó Gloria.

-Es probable. Era una estafadora.

-Triste pero cierto.

-La cosa es -dijo Leonora con lentitud- que no estoy segura del objetivo de Thomas Walker en este asunto.

-Tú misma has dicho que quiere encontrar los fondos desaparecidos

-Sí, pero tal vez no tenga intención de reintegrar el dinero a la cuenta del legado.

-Ajá. -Gloria arqueó las cuidadas cejas castañas-. ¿Crees que va detrás porque quiere robarlo?

-Tal como él señaló de manera sucinta, un millón y medio de dólares es siempre una cantidad de dinero muy estimulante.

-¡Caramba!, esto está complicado, ¿verdad?

-Aún hay más. -Leonora se detuvo-. Agárrate. Sugirió que había una remota posibilidad de que Meredith hubiera sido asesinada.

Gloria acababa de dar otro sorbo de vino. Tosió, farfulló un poco y bebió otro sorbo para darse fuerzas.

-¿Asesinada? -Gloria pareció perpleja durante un instante-. ¿Asesinada?

-Walker sugirió que un cómplice podía haber sido el responsable del accidente. Creo que sospecha que Meredith podría haber tenido un socio.

-¿Y quién habría sido?

-Yo

-¡Tú! ¡Qué disparate! Tú y Meredith no teníais nada en común.

-Thomas Walker no me conoce tan bien como tú, abuela.

-Bueno, supongo que es cierto. -Gloria se limpió los labios- Quizás el señor Walker inventara lo de la teoría del asesinato para aterrorizarte y conseguir que cooperes con él.

-¿Quién sabe? Éste es el verdadero problema ahora. No se qué está pasando ni qué creer.

-Todo esto es típico de Meredith, ¿no es así? -dijo Gloria-. Revolverlo todo y dejar que otro recoja los trozos.

Leonora llevó a Gloria a Melba Creek Gardens después de cenar. Dejó el coche en el aparcamiento de las visitas, salió y sacó el reluciente andador con ruedas del maletero.

Gloria ya tenía abierta la puerta del acompañante cuando Leonora terminó de desplegar el andador y lo puso en posición. Juntas recorrieron el camino hasta el vestíbulo elegantemente decorado del complejo habitacional para jubilados. El recepcionista las saludó con la cabeza al pasar a su lado.

Entraron en el ascensor de cristal desde el que se dominaban los jardines de exuberante vegetación y subieron hasta la tercera planta. Leonora salió y esperó a que Gloria pusiera el andador en la dirección correcta.

Una multitud de apartamentos se abrían al pasillo enmoquetado. Al lado de cada puerta había un anaquel de madera lo bastante grande para sostener un florero, algún adornito personal o un recuerdo de vacaciones.

Se daba por sentado que cada residente debía hacer algo creativo con su anaquel. A Leonora siempre le divertía observar que no había ninguna balda sin adornar. A cualquier edad, el afán de emulación era una fuerza poderosa.

A mitad de camino del enmoquetado pasillo, la puerta de uno de los apartamentos se abrió. Un hombre asomó la cabeza al pasillo. El poco pelo que le quedaba en la cabeza era muy blanco. Las miró por encima de unas gafas de leer.

-Hola, Herb -saludó Leonora.

-Buenas noches, Leonora. Me pareció ver tu coche en el aparcamiento. ¿Lo habéis pasado bien?

-Hemos cenado de maravilla -dijo Gloria-. Probablemente, lo pagaré más tarde, pero ¿a quién le importa? Tengo un armario lleno de antiácidos.

-Estás realmente preciosa -sentenció Herb-. Me gusta ese verde que llevas; hace juego con tus ojos.

-Déjate de cumplidos, Herb. No van a ninguna parte. ¿Terminaste tu columna?

-Demonios, sí. Al contrario que algunos que conozco, siempre entrego el trabajo a tiempo.

-Vamos, vamos, sabes que Irma tenía una buena excusa la semana pasada. La vino a visitar su sobrino de Denver.

-¿Y qué? Mi sobrina vino a verme hace dos semanas. Y, sin embargo, conseguí terminar mi columna.

-Esta vez Irma ha entregado un gran artículo de viajes -le aseguró Gloria-. Una lista detallada de los hoteles de Las Vegas que tienen asideros en los baños y mesas de juegos con acceso para las sillas de ruedas. Estoy haciendo el seguimiento con una editorial implacable que hace preguntas incómodas.

Leonora la miró.

-¿Cuáles son esas preguntas?

-¿Por qué razón los hoteles de campanillas siempre sitúan las habitaciones supuestamente accesibles a la gente en silla de ruedas y con andadores al final de los pasillos, lo más lejos posible de los ascensores? ¿Y por qué estas habitaciones son siempre las que peores vistas tienen?

-Buenas preguntas, si señor -dijo Leonora.

El *Gloria´s Gazette*, el fancín electrónico en Internet, fundado por Gloria hacía unos meses, después de haber seguido un cursillo de informática para gente mayor, había resultado ser un éxito rotundo. La lista de suscripciones aumentaba cada día, a medida que la gente mayor accedía a la Red.

-Entonces, Herb, ¿cuál es el tema principal de esta semana de la columna «Pregúntale a Henrietta»? -preguntó Leonora.

-Millicent, de Portland, me ha enviado un correo electrónico contándome que su familia la está presionando para que les entregue las llaves del coche. Dice que no está segura de estar preparada para dejar de conducir, pero la presión de sus parientes la está afectando. También, uno de sus amigos ha tenido un accidente hace poco. La puso nerviosa.

-Ése es un problema difícil -manifestó Leonora.

-No -replicó Herb-, en absoluto. Le he recordado la cantidad de dinero que se ahorrará si entrega el coche. Cuesta mucho tenerlo en el garaje además del seguro, el combustible y todo lo demás. Le he dicho que puede destinar toda esa cantidad a taxis y que todavía le sobrará un montón.

-Eres bueno, Herb -le dijo Leonora-. Realmente bueno.

-Lo sé -admitió el aludido.

Miró a Gloria de manera significativa.

-No te hagas ilusiones -dijo Gloria.

-Sabes lo que quiero.

-Todavía no, Herb. Sigo pensando en ello.

-Maldita sea, merezco que mi nombre aparezca en el consultorio sentimental. Estoy harto y aburrido de que la gente envíe correos a «Pregúntale a Henrietta». Deberían ir dirigidos a «Pregúntale a Herb».

-No tiene el mismo cartel -dijo Gloria.

-¿A quién le importa el cartel? Es una cuestión de principios periodísticos.

-Ya te lo he dicho, estoy considerándolo. -Gloria puso en marcha el andador y se alejó por el pasillo-. Vamos, querida -se dirigió a Leonora-. Es tarde y Herb necesita dormir.

-¡Y un cuerno! -gritó Herb a sus espaldas-. No duermo bien desde hace veinte anos. El sueño no tiene nada que ver con esto. ¡Quiero mi nombre en la maldita columna!

-Buenas noches, Herb -replicó Gloria sin volverse.

Doblaron la esquina del pasillo y se detuvieron delante de otra puerta. Leonora esperó a que Gloria sacara la llave del bolso.

-¿Sabes?, creo que Herb está un poco enamoriscado de ti, abuela.

-Ajá, los columnistas son todos iguales. Harían cualquier cosa por firmar un artículo.

Leonora condujo de vuelta a casa en la templada y agradable noche californiana. Melba Creek era una cómoda población de la periferia de San Diego. Se había mudado allí hacía unos años, a raíz de que le hubieran ofrecido el puesto en el departamento de consultas de la cercana Piercy College, una pequeña universidad dedicada a las humanidades. Gloria la había seguido después de la muerte de Calvin.

Durante un tiempo, Leonora y Gloria habían vivido en pisos vecinos del mismo edificio, pero tras dos caídas alarmantes, que la habían dejado tendida y desamparada durante horas en el suelo del salón, Gloria había optado por la seguridad del complejo habitacional de Melba Creek Gardens, que disponía de timbres de cordón de emergencia en todas las habitaciones, baños con asideros y empleados durante las veinticuatro horas. Eso por no hablar de las permanentes actividades, que incluían de todo, desde el bridge diario hasta el aeróbic acuático y las clases de informática.

Gloria aseguraba que se había mudado porque le convenía, pero Leonora sabía que lo había hecho por su nieta. No había que negar el enorme alivio que suponía poder ir a trabajar o salir de la ciudad durante unos días sin tener que preocuparse de que la abuela tuviera otra mala caída o se pusiera enferma sin alguien cerca que la ayudara.

Leonora se percató de la luz parpadeante del teléfono en cuanto traspuso la puerta. Lo primero que se le ocurrió fue que Thomas Walker había llamado para ver lo bien que estaba funcionando lo del palo y la zanahoria. La adrenalina fluyó, dejándola con una extraña sensación de hormigueo. Le encantaría decirle que esa estrategia no había funcionado en absoluto. Estaba deseando hacerlo, de hecho. No podía esperar.

Ella había obrado bien, pensó; él había sido el primero en ceder.

El triunfo hizo estremecer todo su ser.

El hormigueo cesó en cuanto oyó la familiar voz de su ex novio.

«...¿Leo? Soy Kyle. Cariño, empiezo a tener la sensación de que rehuyes mis llamadas...»

Muy perspicaz.

«... Tenemos que hablar, Leo. Es importante. Este año tengo muchas posibilidades de avanzar en el camino hacia el puesto de titular, aquí, en el departamento de Inglés. Sólo hay un pequeñísimo problema técnico.

Tu amiga Helena Talbot está en el comité. Sabes lo que siente hacia mí a causa de lo que ocurrió el año pasado. Pero creo que podríamos aclarar las cosas si la llamaras y le hicieras saber que no fui responsable y que no me culpas en lo más mínimo...»

Leonora pulsó el botón de borrar. No había más mensajes.

Thomas Walker no había llamado para presionarla. No debía sentirse tan... tan deprimida. ¡Por Dios!, aquello era un juego de riesgo extremo, no de seducción.

¡Caray! Estaba pensando en el sexo. ¿Qué la había hecho pensar en el sexo? El sexo era lo último en lo que debía pensar aquella noche. Pero no lo fue.

Thomas tampoco llamó a la noche siguiente. En lugar de alivio, cada vez sentía más inquietud. Algo le decía que él no era el tipo que se rendía así sin más. Seguía jugando al juego de la espera, dejando que la incertidumbre le trabajara los nervios.

No sería la primera en pestañear.

Dos días más tarde, Leonora se despertó de un sueño nada reparador sintiéndose aturdida y enferma. Sólo encendió su portátil para comprobar el correo después de prepararse una tetera de té verde Dragon Well bien fuerte.

Sólo había un mensaje.

Era de Meredith.

El encabezamiento del mensaje rezaba: «Desde ultratumba...»

Casi podía oír el «ja, ja, ja» de Meredith al escribir las palabras.

Leo:

Si lees esto, es que estoy muerta. ¡Qué coñazo! He preparado este mensaje para enviártelo sólo si no estuviera por estos andurriales para cancelarlo. Escalofriante pensamiento, ¿verdad? Lo que más me molesta realmente es que significará que tu abuela tenía razón cuando me decía que acabaría mal. Espero marcharme cubierta de gloria.

Iré al grano. Por el presente documento te lego todas mis posesiones terrenales. Hay como un millón y medio de ellas. ¿No está mal para una manipuladora de poca monta, eh? El mayor botín de mi vida.

Encontrarás tu herencia en la cuenta de un paraíso fiscal del Caribe. Dado que los correos electrónicos no son lo que se dice la forma más segura de comunicarse, no te escribiré el número mágico que necesitarás para acceder a la cuenta. La llave de una caja de seguridad va camino de tu casa. Además del número de la cuenta, en la caja encontrarás otras dos cosas.

Un consejo. Hay algunas personas por ahí que se molestarán un poquito cuando averigüen lo que he estado haciendo últimamente.

(¡Qué novedad!) Si aparece alguien preguntando por mí, di sencillamente que no me ves desde que eché a perder tu noviazgo. A propósito, sigo pensando que te hice un favor enorme; a estas alturas, Kyle te habría engañado con cualquier otra. Créeme, conozco a los hombres.

Una cosa más: si por alguna razón las cosas se ponen desagradables, ponte en contacto con un hombre llamado Thomas Walker. Lo encontrarás en el número que te indico abajo. Durante un tiempo fuimos uña y carne, y si se figura lo que hice se cabreará de verdad. Algunos hombres no tienen sentido del humor, ¿sabes? Sin embargo, éste es de una raza extraña: un hombre en el que se puede confiar.

Tengo la esperanza de que, de tanto en tanto, me eches de menos.

Sé que he causado algunos problemas, pero también hemos pasado algunos buenos momentos, ¿verdad? Lamento no haber tenido la oportunidad de decirte adiós.

Un abrazo,

MEREDITH

Leonora se quedó mirando el correo electrónico de hito en hito largo rato. Todavía lo estaba mirando cuando sonó el timbre de la puerta.

El repartidor nocturno le entregó un sobre. Firmó en el registro, lo llevó al salón y lo abrió. Dentro había una llave de una caja de seguridad y la dirección de un banco de San Diego.

Cuando el banco abrió por la mañana, ella estaba en la puerta.

Una hora más tarde telefoneaba a Thomas Walker.

Thomas contestó al segundo tono.

-Aquí Walker.

-Tenemos que hablar -dijo Leonora.

CAPÍTULO 3

Ella había llamado.

Ya era hora.

El alivio se mezclaba con una excitación embriagadora. El suspense de preguntarse si no habría calculado mal, lo había vuelto a tener en vela la última noche. Thomas no estaba seguro de que pudiera haber seguido con el juego de la espera mucho más tiempo.

Pero Leonora Hutton había perdido los nervios y había llamado primero. Él ganaba.

Se reclinó en la silla giratoria, el teléfono contra la oreja, y miró, sin ver, la cuenta de renta fija que había abierto en su ordenador. Acababa de sentarse para ganarse el pan cuando sonó el teléfono.

Reformar casas era su pasión, pero era una manera complicada de llevar una vida decente, sobre todo si se invertía tanto en el capítulo de trabajo y materiales del negocio como a él le gustaba hacer. Tenía buen ojo para los entresijos arquitectónicos de una casa, y cuando compraba las casas de una planta para reformar, se ceñía a las tres leyes fundamentales del negocio inmobiliario: emplazamiento, emplazamiento y emplazamiento. Sin embargo, cuando las vendía, rara vez hacía grandes negocios. Se contentaba con cubrir gastos y con anotar unos cuantos miles en la columna del haber.

Cuando se trataba de ganar dinero de verdad, lo hacía de la manera fácil; al menos, de la manera que a él le resultaba fácil: invertía.

Su mejor y principal inversión tuvo lugar cuando, habiendo vendido una de sus casas reformadas, utilizó todos los beneficios obtenidos como capital de riesgo para echarle combustible a la pequeña e incipiente empresa de informática de Deke. Dos años más tarde, una de las grandes compañías compró la empresa en una oferta para adquirir el revolucionario programa de seguridad de Deke.

De resultas del negocio, Thomas y Deke habían salido con una perspectiva vital completamente nueva, la de unos hombres jóvenes que podían permitirse la jubilación antes de cumplir los treinta años.

Thomas había escogido el estudio de los mercados en un intento de asegurar que su nueva seguridad financiera no desapareciera. Deke había vuelto a la universidad, se había licenciado varias veces por puro capricho y había aceptado una plaza de profesor en el departamento de Ciencia Informática de Eubanks College.

Deke decía que Thomas tenía un talento casi paranormal para hacer dinero con las acciones y los bonos. Thomas no entendía lo de paranormal; lo único que conocía era su habilidad para prever las tendencias antes de que se produjeran. Con la ayuda de algunos programas que Deke había diseñado siguiendo sus indicaciones, había conseguido incluso mejorarla. En aquel momento tan sólo tenía que invertir un par de horas al día ante el ordenador para mantener la cartera de inversiones afinada y navegando viento en popa.

El resto del tiempo lo tenía libre para jugar con sus herramientas.

-Me alegro que haya decidido cooperar -le dijo a Leonora. Procuró eliminar de su voz cualquier atisbo de la satisfacción que le embargaba-. ¿Le importa si le pregunto qué es lo que la ha decidido a llamarme?

Estirado en el suelo junto al escritorio, Wrench levantó la cabeza con brusquedad y miró a Thomas fijamente. A fin de cuentas, tal vez no hubiera conseguido eliminar del todo la emoción en sus palabras.

-Es una larga historia -contestó Leonora-. Lo esencial es que Meredith me dice que puedo confiar en usted.

Thomas se quedó frío.

-Meredith está muerta.

Wrench se arrastró hasta los pies de Thomas y le puso la cabeza en la rodilla. Distraídamente, Thomas alargó la mano para rascarle detrás de las orejas.

-Esta mañana he recibido en mi correo electrónico lo que se podría llamar un mensaje de última voluntad y testamento de apertura retardada -añadió Leonora-. Lo escribió antes de morir y lo preparó para que se activara en el supuesto de que le ocurriera algo.

Thomas se calló durante dos segundos.

-¿Sugería que estaba en peligro?

-No. Creo que sólo tomaba precauciones. Cuidar los detalles. Meredith era muy buena con los detalles. -El silencio zumbó suavemente en la línea durante unos segundos-. Pero tal vez hubiera sentido algún recelo.

-¿Qué le hace decir eso?

-En el mensaje dice que, si las cosas se ponen feas, debo llamarlo.

-¿Qué? ¿Ha pensado por qué lo hizo?

-Meredith era muy intuitiva.

-¿Ah, sí? -Acarició los músculos de detrás de la oreja torcida de Wrench-. Me lo creeré si usted lo dice. No la conocía muy bien.

-Se acostó con ella.

-Como le he dicho, no la conocía muy bien.

-¿Duerme con muchas mujeres a las que no conoce muy bien?

-No. -Lo dejó ahí.

Según parecía, y al contrario que Meredith, no era realmente intuitivo. Pero, resultaba evidente, incluso para él, que aquel particular sesgo de la conversación conduciría a un callejón sin salida.

Se produjo un breve y tenso silencio.

-Creo que sé donde está su millón y medio -dijo Leonora al cabo de un rato.

Thomas se puso de pie sin darse cuenta. Wrench se sentó sobre sus patas traseras, la cabeza levantada con atención.

-¿Dónde? -preguntó Thomas.

-En una cuenta de un paraíso fiscal del Caribe.

-¡No me extraña nada! Era una timadora muy refinada, ¿verdad?

-Me temo que sí. -Leonora dudó un instante-. Lo siento. Meredith tenía un amplio historial como... esto... ratera de fondos ajenos.

-Cuando la cantidad implicada es de un millón y medio, el término ratera no parece el apropiado.

-No, supongo que no.

-¿Tiene acceso a la cuenta del paraíso fiscal?

-Sí, creo que sí. Me dio el número de la cuenta.

Thomas se detuvo junto a la ventana que dominaba la cala.

-Si tiene el número, debería poder transferir los fondos a la cuenta del legado sin que nadie se enterase.

-Si, bueno, esto es algo que me parece que deberíamos discutir con más detalle.

¡Carajo! Sabía de antemano que no sería tan fácil. Meredith era una ladrona; debía tenerlo presente. Los ladrones andan con otros ladrones o, en el mejor de los casos, es muy probable que prefieran amigos cuyos principios morales y éticos tiendan hacia los niveles más bajos del espectro.

-Si le preocupa su comisión -dijo-, relájese. Me aseguraré de que reciba el dinero.

Leonora se aclaró la garganta. Thomas tuvo la sensación de que se estaba poniendo nerviosa por lo que pretendía decir a continuación.

-Eso no exactamente lo que había pensado-dijo.

Thomas apoyó una mano alrededor del marco de madera de la ventana y se dispuso a negociar.

-¿Qué tal le suena cincuenta mil? dijo sin alterarse-. Además de la garantía de que su nombre no saldrá en ninguna conversación relacionada con el asunto, en el supuesto de que alguien, digamos un poli o un abogado, por ejemplo, se oliera algo en el futuro.

-No.

La negativa surgió con rapidez. Con demasiada rapidez. No hubo la más mínima duda en su voz. Aquello lo preocupó. Leonora se ganaba la vida como bibliotecaria de universidad y Thomas sabía a ciencia cierta que a su familia no le sobraba el dinero. La había investigado en Internet. Todo lo que tenía era una abuela que sobrevivía gracias a la Seguridad Social una diminuta pensión y las rentas de algunas pequeñas inversiones. Cincuenta de los grandes tenía que sonar como un cambio muy bueno a alguien que estuviera en la situación de Leonora. Desde luego, no era exactamente lo mismo que un millón y medio.

Ella estaba jugando muy duro.

-Es una buena oferta -dijo Thomas-, la mejor que va a conseguir. Meredith le dijo que confiara en mí, ¿recuerda? Siga mi consejo, señorita Hutton. No quiera intentar quedarse con el dinero de la cuenta numerada.

-¿Que no quiera?

-No.

-¿Por qué no?

-Porque la perseguiría hasta el último rincón de la tierra. Se lo prometo, le haré la vida muy difícil.

-Le creo -contestó Leonora con sequedad.

-Bien.

-Mire, no se trata del dinero, señor Walker.

-Seguro que sí. Siempre se trata del dinero.

-Si de verdad cree eso, es que ha tenido una vida extremadamente estéril y limitada.

El tono de amonestación de Leonora lo irritó.

-Muy bien dijo-, si no se trata del dinero, ¿de qué, entonces?

-Me contó que su hermano cree que su esposa, Bethany, había sido asesinada y que ve alguna posible conexión con la muerte de Meredith.

-Dejemos fuera de esto a Deke. Sus teorías sobre la muerte de Bethany no tienen nada que ver con nuestras negociaciones.

-No estoy tan segura al respecto -replicó Leonora con calma.

-¿Cómo?

-Además del número y la situación de la cuenta del paraíso fiscal, encontré dos objetos en la caja de seguridad de Meredith-aclaró en voz baja.

-¿Adónde demonios quiere ir a parar con esto?

-Uno de los objetos era un libro titulado “Catálogo de espejos antiguos de la colección de La Casa de los Espejos”. Tiene unos cuarenta años de antigüedad y contiene un montón de fotos en blanco y negro de espejos antiguos.

Thomas lo meditó.

-Meredith debe de haberlo cogido de la biblioteca de la Casa de los Espejos. ¿Ha pensado por qué lo robó?

-No tengo ni idea. Por lo que sé, no tenía ningún interés en los espejos antiguos. También había ago más en la caja. Un sobre. Contenía unas fotocopias de algunos recortes de prensa sobre un antiguo caso de asesinato.

Thomas sintió la punzada de una gélida premención.

-¿Cómo de antiguo?

-El asesinato ocurrió hace treinta años en Wing Cove.

-¿Hace treinta años? Espere un segundo... ¿me está hablando del asesinato de Sebastian Eubanks?

-Sí. ¿Sabe algo del asunto?

-Diablos, sí. Aquí en la ciudad no es un secreto, precisamente. De hecho, es una leyenda local. Sebastian Eubanks era el hijo de Nathanial Eubanks, el hombre que aportó la dotación inicial de Eubanks College. La historia cuenta que Nathanial era un hombre brillante pero raro. Se suicidó. Su hijo, Sebastian, también era muy, muy inteligente. Matemático y un excéntrico de primera división. Una noche de hace treinta años le dispararon en la Casa de los Espejos. El crimen jamás se resolvió.

-¿Eso es todo? ¿Es cuanto sabe?

-¿Qué más hay que saber? Ocurrió hace tres décadas y, como ya le he dicho, nunca se atrapó al asesino. No es para que haya alguien por ahí, preocupándose de lo que ocurrió. El linaje Eubanks concluyó con Sebastian. ¿Dice que Meredith tenía algunos recortes del suceso?

-Sí.

-¿Por qué demonios se habría interesado por un viejo caso de asesinato?

-Ni la más remota idea -dijo Leonora con suavidad-. Pero tal vez Bethany Walker también estuviera interesada.

Thomas se quedó absolutamente inmóvil.

-¿Qué quiere decir?

-Los recortes estaban dentro de un sobre con el nombre de Bethany Walker y la dirección de un despacho del Departamento de Matemáticas de Eubanks College impresos.

Durante unos segundos, Thomas se quedó mirando fijamente la cala envuelta en niebla, intentando encontrarle un sentido a aquella información.

-Meredith debió de hacerse con algunos sobres y papeles de la universidad con el membrete de Bethany. No sé cómo los conseguiría; vaciamos y limpiamos el despacho de Bethany. Deke quemó todo el material de escritorio no utilizado que tuviera su nombre y dirección impresos.

-En la caja de seguridad, había una breve nota de Meredith. En la misma dice que encontró los recortes junto con el libro de la Casa de los Espejos. Aclara que su intención era enviárselos a usted y a su hermano una vez que estuviera fuera de su alcance en el Caribe

-¿Ella los encontró?

-Eso parece.

-¿Dónde?

-No lo sé. La nota no dice más que en alguna parte de la Casa de los Espejos.

-¿Qué? -Thomas tamborileó con un dedo sobre el borde de la ventana, intentando encontrar alguna conexión. No vio ninguna de inmediato- Muy bien, envíemelos. Veré si significan algo para Deke. Volvamos a nuestros otros negocios.

-¿Mi comisión? Olvídela. No estoy interesada en su dinero, señor Walker.

-¿Y qué es lo que le interesa, señorita Hutton?

-Averiguar quién mató a Meredith.

Durante una fracción de segundo, Thomas creyó que no la había entendido bien.

-¿Quién la mató? ¿Qué demonios es esto? Murió en un simple accidente de coche, ahí, en Los Ángeles, ¿recuerda?

-Ya no lo creo -dijo Leonora con firmeza-. No después de los rumores de que se drogaba y no después de encontrar estos recortes en un sobre con el nombre de Bethany Walker. No después de que usted dijera que su hermano llegó a la conclusión de que a Bethany la mataron y los rumores sobre las drogas que rodearon su muerte.

-¡Maldita sea...!

-Algo está pasando ahí, en Wing Cove, y pretendo averiguar de qué se trata.

-¡Estupendo! ¡Quiere jugar a la sabuesa! Sea mi huésped. Es un país libre. Todo lo que me preocupa es el número de la cuenta del paraíso fiscal. Dígame lo que quiere a cambio de esa información y ambos podemos continuar con nuestra vida.

-Sí, bueno, no es tan sencillo -dijo con prudencia-. Me temo que lo que quiero a cambio de este número es su ayuda.

-¿Mi ayuda? ¿Qué espera que haga?

-Necesito su cooperación, señor Walker. Conoce Wing Cove. Yo no.

-Escuche con atención, señorita Hutton. La respuesta es exactamente no, ni hablar, no. ¿Lo entiende?

-Pensaba que ese número de la cuenta del Caribe era importante para usted.

-¿Está intentando chantajearme en serio?

Leonora se aclaró la garganta.

-Bueno, sí, supongo que se puede considerar de esa manera. Entonces ¿discutimos los detalles?

-¿Qué detalles?

-Bien, necesitaré una tapadera.

-Una tapadera. Correcto. ¿Mata-Hari tiene alguna idea brillante?

-Creo que mencionó que había una biblioteca en la Casa de los Espejos -dijo lentamente Leonora.

-Olvídelo. La Casa de los Espejos no necesita bibliotecaria. Nadie utiliza la vieja biblioteca. Los únicos libros que alberga son los que reunió Nathanial Eubanks hace años. Todos versan sobre espejos antiguos.

-¿Están catalogados?

Thomas consiguió una imagen mental de la mohosa biblioteca de la segunda planta de la mansión. Solo había visto el lugar una vez, cuando Deke le había obsequiado con una rápida visita guiada. En un ala había un pequeño despacho y, en él, un anticuado fichero de madera con muchos cajones pequeños.

-Creo que si -contestó.

-¿En fichas o en ordenador?

-En fichas. Ya se lo he dicho antes, nadie ha tocado esa biblioteca durante años.

-Creo que es hora de que se actualice el catálogo y se introduzca en la red, ¿no le parece?

A pesar de su irritación, estaba empezando a considerar algunas posibilidades.

La Casa de los Espejos era una de las pocas conexiones reales que existían entre Bethany y Meredith. Esta última había encontrado el libro y los recortes en alguna parte de la mansión y, por alguna razón, estaba convencida de que a él y a Deke les gustaría verlos. Tenían que ser importantes, aunque no podía prever en que medida eso era posible.

Por mucho que le desagradara admitirlo, Deke y Leonora podían tener razón. Una cosa era cierta: esa situación no se resolvería discretamente. Lo supo en aquel mismo momento.

-Tal vez pueda idear algo -dijo lentamente.

-¡Excelente!

El nada sutil tono de triunfo de su voz hizo que Thomas apretara los dientes. Leonora creía que había ganado.

-Antes de que vayamos más adelante con esto -señaló Thomas- hay algo que debería...

-Necesitaré un lugar donde alojarme.

Thomas le dedicó a aquello dos segundos de energía menta. Más posibilidades.

-Acabo de conseguir una casita para reformar con vistas a la cala. Es un edificio sólido y fuerte. Podría valer.

-Perfecto.

-Antes de declarar cerrado el trato -dijo con parsimonia-, hay una condición.

-¿Cuál? -preguntó Leonora.

Había que mostrar naturalidad ante los vencidos.

-Si decide venir aquí a jugar a la chica detective, tendrá que hacer las cosas a mi manera.

-¡Santo cielo, señor Walker! ¿Por qué demonios habría de aceptar una cláusula que le pone a usted al mando?

-Porque si no la acepta, iré hasta Melba Creek y le sacaré el número de la cuenta por las malas.

-¿Que has presentado la dimisión? -Gloria apartó la libreta amarilla que había estado utilizando para tomar notas sobre su denuncia de las irregularidades de los hoteles y la miró por encima de las gafas de leer- ¡Ah, caramba! ¿Crees que es prudente?

-No, pero no tenía muchas opciones.

Leonora cogió las dos tazas de humeante té verde Hojicha que acababa de preparar en la diminuta cocina del apartamento de Gloria. Llevó las tazas hasta la mesita situada junto a la ventana y se sentó enfrente de su abuela. En el centro de la mesa, había un plato con cuatro galletas de mantequilla. Las había hecho Gloria.

-Bristol no me concedería un permiso prolongado por asuntos personales a menos que le diera una muy buena razón -explicó Leonora.

-¿Como cual?

-Dar a luz.

-Entiendo. Bueno, supongo que eso habría sido un poco difícil de conseguir con tan poca antelación.

-Creo que tampoco compartiría la idea de que juegue a Sherlock Holmes. -Leonora se agenció una de las sabrosas galletas de mantequilla-. La buena noticia es que me aseguró que seria bienvenida si volviera a solicitar mi puesto cuando termine con mis asuntos personales.

-Ha sido muy generoso de su parte. -Gloria tomó un sorbo de té- ¿Dices que Thomas Walker ha accedido a ayudarte?

-No se mostró lo que se dice entusiasmado con el trato, pero se puso manos a la obra.

-Hummm...

Leonora de detuvo, la galleta a medio camino de su boca.

-¿Hummm, qué?

-Por lo que me has contado de tu señor Walker, me da la impresión de que no habría permitido que le chantajeasen a menos que conviniera a sus propios asuntos.

-Él no es mi señor Walker. -Mordió con saña la hojaldrada galleta y la masticó con denuedo- Fue el señor Walker de Meredith.

-Por lo visto, sólo durante un breve periodo.

-Ningún hombre de Meredith duraba demasiado.

-Cierto. Sin embargo, el hecho de que esté dispuesto a ayudarte con la tapadera, hace que me pregunte por sus propios motivos.

Leonora se encogió de hombros.

-Ya te dije que, según parece, desde hace un año su hermano Deke alberga muchas dudas acerca de la muerte de su esposa. Cree que eso tiene alguna relación con el accidente de Meredith. Tengo el pálpito de que Thomas considera mi plan como una oportunidad para conseguir algunas respuestas para Deke.

-En otras palabras: puesto que insistes en involucrarte, Thomas Walker ha decidido utilizarte.

-Creo que, resumiendo la situación, sí. -Gloria sonrió-. No sigas por ahí, abuela.

-¿Sabes, querida, que cuando hablas de tu señor Walker hay un cierto brillo en tus ojos?

-Por última vez, él no es mi señor Walker, y eso que aparece en mis ojos es una prudencia extrema, no deseo.

-Contigo, querida, me temo que esas dos cosas van juntas. Uno de estos días tendrás que correr algunos riesgos. Por desgracia, así es como funciona la cosa.

-Corrí un riesgo, ¿recuerdas?

-¿Con el profesor Delling? Tonterías. Nunca te arriesgaste de verdad con él. Sólo chapoteaste un poco en el agua, en realidad, nunca llegaste a zambullirte.

Leonora arrugó la nariz.

-Aun si diera la casualidad de que encontrara interesante a Thomas Walker, puedo asegurarte, sin ningún género de duda, que no me tiene en muy alta consideración.

-Las opiniones cambian.

-Algo me dice que Thomas Walker no cambia de manera de pensar muy a menudo.

Miró los jardines a través de la ventana. La clase de ejercicios matinales acababa de empezar.

Tres filas de personas mayores, vestidas con cómodos chándales, se situaban enfrente de una joven de aspecto brioso enfundada a su vez en ajustada fibra elástica.

Era rubia. Como Meredith.

-Tuvo una vida difícil y se terminó demasiado pronto. -dijo Leonora en voz baja-. Tuvo que nacer con mala estrella.

-Era una ladrona y una timadora, cariño. Fue la gran artífice de su mala estrella.

-Ésta es una de las cosas que me gustan de ti, abuela. Sabes ver las cosas con perspectiva.

-Por desgracia, es un talento que sólo se adquiere con la edad.

CAPÍTULO 4

Leonora se sentó junto a Thomas en el lúgubre salón de Deke Walker e intentó disimular su consternación.

Thomas le había informado de que Deke sufría alguna clase de depresión, pero no se le había advertido sobre la dejadez en que lo encontraría.

Allí sentado, bajo el desagradable resplandor del ordenador, la barba poblada, el pelo largo despeinado y la ropa arrugada, Deke recordaba ligeramente a un gnomo.

Una atmósfera general de melancolía envolvía aquella casa en penumbra; que todas las persianas estuvieran bajadas le puso los pelos de punta.

Era fácil ver por qué la opinión de los lugareños sostenía que Deke había perdido el juicio.

Lo que más la tranquilizó fue la despreocupada aceptación de la situación por parte de Wrench. El perro, tumbado en el suelo con el hocico entre las grandes pezuñas, exhalaba una absoluta falta de interés por el entorno.

Leonora miró a Thomas, sentado a su lado. Parecía acostumbrado a aquella atmósfera mórbida, pensó, pero, al contrario que Wrench, estaba preocupado. Tal vez con muy buenas razones, siguió pensando Leonora.

Deke Walker no parecía un serio candidato a convertirse en el chico del póster del mes de la Organización Nacional para la Salud Mental.

-Su presencia aquí me hace sentir bien, Leonora -dijo Deke con sinceridad-. Es como si fuera un catalizador, o algo así. Espero que pueda ayudarnos a remover las cosas un poco, que nos haga ver el problema desde un nuevo ángulo.

-Enséñele a Deke el libro y los recortes -le pidió Thomas.

-En seguida. -Leonora hurgó en su cartera, encontró el libro y las fotocopias y las puso en el escritorio de Deke-. Meredith me aclaraba en su nota que deseaba que usted y Thomas vieran esto.

Deke se ajustó las gafas y se acercó el libro y los recortes. Examinó el sobre con el nombre y la dirección de Bethany durante un buen rato.

-Bethany fue quien debió de hacer estas fotocopias y quien las colocó en el sobre -dijo-. No creo que nadie más tuviera acceso a su material de escritorio, no digamos a utilizarlo.

-La pregunta es ¿por qué? -Thomas estiró las piernas y se repantigó en la butaca-. No podía tener ningún motivo para preocuparse por un asesinato acaecido treinta años antes.

-Tal vez excitara su curiosidad profesional -dijo Leonora-. Después de todo, la víctima era un matemático.

-Pero no precisamente una figura relevante en el campo. -Deke negó con la cabeza-. Se trataba tan sólo de un joven profesor de la facultad que probablemente consiguiera el trabajo porque era el hijo y heredero de Eubanks.

Leonora arrugó el entrecejo.

-¿Heredero? No había considerado el aspecto económico. ¿Había mucho dinero de por medio? ¿Se enriqueció alguien después de la muerte de Sebastian Eubanks?

-Eubanks no dejó herederos -aclaró Thomas-. Su dinero pasó engrosar el fondo de dotaciones de la universidad. Es un aspecto de la historia local bien conocido. Supongo que cabe la remota posibilidad de alguno de los actuales síndicos lo asesinara para acelerar las cosas, pero creo que es un poco incomprensible.

-Y aunque así hubiera sido, ¿por qué habría de interesarle a Bethany? -Deke formuló la pregunta en voz baja-. Lo único que le importaba era su trabajo. No puedo imaginármela molestándose en investigar los detalles de un antiguo asesinato, aun cuando tuviera algunas sospechas.

-Pongamos por caso que hubiera descubierto alguna nueva información sobre ese viejo suceso -dijo Thomas. Juntó las yemas de los dedos, con las manos apuntando hacia arriba-. Estoy seguro de que te habría mencionado los hechos, Deke.

-Claro. -Deke frunció el ceño-. No hay ninguna razón lógica para que no hubiera dicho nada.

Leonora lo miró.

-He hojeado el catálogo de espejos antiguos de la colección de la Casa de los Espejos, pero no he visto ninguna nota. La única cosa rara es un círculo de tinta azul alrededor de una de las

ilustraciones. Quien quiera que lo haya hecho debía de ser o muy viejo o muy pequeño o estar borracho. El trazo es totalmente irregular.

Deke abrió el libro.

-¿En qué página?

-Ochenta y una.

Pasó las hojas hasta un punto cerca del final del catálogo y se detuvo.

Miró de hito en hito la imagen durante largo rato, como si intentara descifrar unos caracteres rúnicos.

-La tinta no está desvaída-dijo por fin-. El catálogo fue editado hace unos cuarenta años, pero esta ilustración tiene que haber sido marcada mucho después.

-¿Reconoce el espejo? -preguntó Leonora.

Conocía muy bien el aspecto de la ilustración. La había estudiado una docena de veces, intentando descubrir cualquier cosa que pudiera tener importancia.

El antiguo espejo era una pieza convexa de ocho lados, característico de un estilo que, por lo que había investigado Leonora, había gozado de gran popularidad a principios del siglo XIX. El profuso marco plateado había sido labrado con un diseño que mostraba una diversidad de criaturas mitológicas. Grifos, dragones y esfinges, que retozaban por el borde de la oscura superficie reflectante. Encaramado en lo alto, un fénix extendía las alas.

Deke negó con la cabeza.

-No. Pero nunca he prestado mucha atención a esos viejos espejos de la mansión. No me interesan las antigüedades.

-Ni tampoco a Bethany -añadió Thomas-. No me la imagino marcando una de esas ilustraciones.

-Supongo que es posible que Meredith trazara el círculo alrededor de la ilustración -dijo una dubitativa Leonora-. Pero ¿Por qué?

La mandíbula de Thomas se endureció.

-Muchos de estos viejos espejos son muy valiosos. Tal vez planeara robar uno o dos al marcharse.

Leonora le dedicó una mirada de indignación.

-Eso es ridículo. Meredith no estaba interesada en el mercado de las antigüedades. -Se detuvo y soltó el aire lentamente-. Además, su atención estaba centrada en el dinero del legado. No era del tipo de personas que se dejan distraer de sus fines.

-No he oído que haya desaparecido ningún espejo -dijo Deke con tono casual.

-¿Cómo nos podríamos enterar si Meredith o alguna otra persona hubiera robado un par de espejos? -preguntó Thomas sin ambages-. Todas las habitaciones y pasillos de esa vieja casa están cubiertos de espejos antiguos. Dudo que alguien se diera cuenta si desapareciera media docena, sobre todo si se sacaran de algunas de las habitaciones no utilizadas de la tercera planta o el ático.

-Es cierto. -Deke se ajustó ligeramente las gafas y hojeó lentamente el libro-. Tendríamos que hacer un inventario completo para ver si uno de los espejos ha sido robado. No sería fácil.

-También sería una pérdida de tiempo -añadió Thomas-. Nos llevaría días, tal vez semanas, organizar y realizar un inventario minucioso, siempre dando por sentado que pudiéramos convencer del mismo al consejo de ex alumnos. ¿Y qué probaría la desaparición de un par de espejos? Hace cuarenta años que se editó el catálogo; el robo podría haberse producido en cualquier momento desde la publicación.

-El móvil. -Deke se quitó las gafas de la nariz y golpeó el libro con índice-. Tal como has señalado, algunos de los espejos son muy valiosos.

-Con calma -dijo Thomas-. Aquí estamos hablando de asesinato. La gente no mata por unos espejos viejos.

-La gente mata por todo tipo de motivos tontos -masculló Deke.

-Como las drogas -dijo en voz baja Leonora tras pensar un segundo

Los dos hombres la miraron.

Leonora extendió los dedos sobre el escritorio.

-Ésa es una de las conexiones entre Meredith y Bethany, ¿recuerdas? Los rumores de que consumían drogas

-Gilipolleces -dijo Deke-. Bethany jamás habría consumido mierda.

-Tampoco Meredith. Lo puedo jurar. -Miró a Thomas y a Deke por turnos-. ¿Tienen una fuente para esos rumores que, según dicen, circularon tras las muertes de Bethany y Meredith?

Thomas se retrepó en la butaca.

-Ed Stovall los mencionó. Cuando le exigí que precisara detalles acerca de la muerte de Bethany, dijo que le había oído el cuento a un chaval que había detenido por posesión de marihuana. Me dijo que el chico no sabía nada consistente. Sólo mencionó algunos chismorreos que corrían por la escena local sobre una droga de diseño, un alucinógeno nuevo que, durante los dos últimos años, había aparecido de vez en cuando.

-¿Alucinógeno? -repitió Leonora.

-Algo que, según parece, la gente de la droga había bautizado como S y M.

Leonora arrugó el entrecejo.

-¿Como sadomasoquismo?

-No. Como *Smoke and Mirrors**. Ed dijo que así fue como lo llamó el chaval. No había manera de confirmar las palabras.

-Porque Bethany jamás consumió drogas -afirmó Deke con tono rotundo.

-Tranquilo, Deke -dijo Thomas con suavidad-. Nadie lo discute. Ni siquiera Stovall.

-Stovall es un idiota.

-No lo creo -manifestó Thomas-. Sin duda es un tiquismiquis, pero es posible que eso sea algo bueno tratándose de un policía.

-¿Cómo se suicidó Bethany, realmente? -inquirió Leonora.

-Se tiró de un acantilado, en Cliff Drive -dijo Thomas en voz baja.

Leonora se observó las manos.

-Se sabe de gente que, bajo los efectos de drogas alucinógenas, ha creído que podían volar. Es posible que una persona en esa situación saltara de un acantilado o estrellara su coche.

** «Niebla y espejos.» (N. del traductor)*

-Pero estamos seguros de que ni Bethany ni Meredith habían consumido drogas duras, ¿recuerdas? -dijo Thomas-. Y, en este caso, tenemos a las autoridades de nuestro lado. No dicen que las muertes tuvieran relación con las drogas.

Deke levantó la vista del catálogo.

-Eso no significa que algún bastardo no pudiera haber puesto algún tipo de veneno especial en sus comidas o en un vaso de zumo de naranja. De cualquier manera, las pruebas rutinarias que se practicaron en el momento de la muerte no habrían detectado algo tan nuevo y exótico como esa tal S y M. Para hallar ese tipo de mierda, son necesarias un montón de pruebas lentas y costosas.

-Pero ¿por qué? -preguntó Thomas lentamente-. ¿Cuál es el móvil?

Los tres volvieron a mirar el libro.

-En estos momentos no tenemos mucho con lo que trabajar, ¿verdad? -dijo finalmente Leonora.

-De algo sí tenemos la certeza -contestó Deke-: que las cosas no cuadran. También tenemos esos recortes y el libro. Es más de lo que teníamos antes de que usted viniera a la ciudad, Leonora.

-Pero ¿hacia dónde encaminamos nuestros pasos ahora? -replicó ella.

Thomas separó los dedos.

Leonora y Deke lo miraron.

-Y bien -soltó Leonora-, ¿alguna idea?

-Si quieres empezar por alguna parte, Deke -dijo Thomas con parsimonia- supongo que podrías investigar el asesinato de Sebastián Eubanks.

-¿Por qué?

Leonora arrugó el entrecejo.

-¿Qué utilidad tendría eso? -preguntó Deke-. Eubanks fue asesinado hace treinta años.

-No digo que nos lleve a algún sitio -contestó Thomas-, pero como Leonora acaba de señalar, no tenemos mucho de dónde agarrarnos. Uno de los pocos hechos con los que contamos es que, por alguna razón el asesinato de Eubanks pareció interesar lo bastante a Bethany como para que hiciera

fotocopias de unos artículos periodísticos concernientes al caso y que, más tarde, Meredith los guardara en una caja de seguridad para nosotros. Esto es todo. No mucho, de acuerdo, pero es algo.

-Tienes razón. En un gesto posesivo. -Deke apoyó la palma de la mano sobre las fotocopias- Me pondré en ello de inmediato. Dudo que haya algo en Internet porque la historia es demasiado vieja, pero la biblioteca tiene microfilmado el Wing Cove Star desde la fundación del periódico.

Desde que lo conocía, hacía una hora, se había producido un evidente cambio en Deke, pensó Leonora. Se manifestó en una flamante resolución en la manera de plegar las gafas y metérselas en el bolsillo. Su expresión facial estaba más atenta, más viva; la naturaleza lúgubre y taciturna había desaparecido. Una renovada determinación ocupaba su lugar

En aquel momento, Deke era un hombre con una misión.

Leonora miró a Thomas. Algo en su cara le decía que tenía sentimientos encontrados sobre la transformación. Lo entendió. Desde un punto de vista psicológico, Deke podría muy bien dar un giro a peor si la investigación no llevaba a ninguna parte. Una falsa esperanza podía ser peor que ninguna, porque alimentaría fantasías y provocaría ideas delirantes.

Así eran las cosas, pensó. En ese aspecto, estaba de acuerdo con Deke.

Había ido a Wing Cove para encontrar respuestas y la única manera de hallarlas era seguir cada posible pista, aun cuando llevara a un callejón sin salida.

-Te dije que necesitábamos un nuevo punto de referencia si queríamos tener alguna posibilidad de encontrar algo que al detective se le hubiera pasado por alto el año pasado -le dijo Deke a Thomas-. Este libro y los recortes tal vez nos lo den.

Leonora se inclinó hacia delante.

-¿Contrataron a un detective privado para investigar la muerte de Bethany?

-Claro -contestó Deke-. Pero no llegó a ninguna parte. Volvió con los mismos rumores sobre drogas que nos había contado Stovall. Lo despedí al cabo de un mes.

La oreja torcida de Wrench se dobló. Levantó el hocico y lo dirigió hacia la puerta principal. Un segundo más tarde, alguien llamó a la puerta con energía interrumpiendo a Leonora antes de que pudiera seguir preguntando.

-Será Cassie. -Deke cerró el catálogo de los espejos y se puso de pie con inesperada presteza-. Mi profesora de yoga. Le abriré. Descorre aquellas cortinas ¿quieres Thomas? Siempre se queja de la oscuridad que hay.

-Con mucho gusto. -Thomas se levantó de la gran butaca y tiró de las cortinas de la ventana más próxima con inequívoco fervor-. No puedo decir que sea un entusiasta del decorado -añadió en voz baja, sólo para los oídos de Leonora.

Deke se atusó el despeinado pelo y la barba con los dedos y abrió la puerta principal.

Leonora se dio la vuelta y vio a una amazona de pelo corto, rojo y ensortijado y un cuerpo que podría haber servido de modelo a la Estatua de la Libertad. Si no fuera porque la Señora Libertad no usaba chándal.

-Cassie, ésta es Leonora Hutton dijo Deke-. Es amiga de Thomas. Leonora, Cassie Murray.

-¿Como estás? -dijo Leonora.

-Encantada.

Cassie atravesó la estancia con zancadas grandes como olas. Su mano derecha estaba extendida.

Leonora se levantó a toda prisa del sofá y se preparó.

Wrench se levantó y meneó la cola. Cassie le acarició la cabeza. Luego tomó la mano que Leonora le tendía y la apretó vigorosamente por un instante.

-Me encanta ver una nueva cara por aquí. -Dedicó una sonrisa resplandeciente a Leonora- Llevo meses diciéndole a Deke que necesita ampliar su círculo de conocidos y hacer algunas nuevas amistades. Se pasa los días en esta cueva, escudriñando la luz completamente artificial de una pantalla de ordenador y luego se sorprende de que sus líneas de energía estén bloqueadas.

Cassie debía de medir casi un metro ochenta, reflexionó Leonora.

Sacaba sus buenos cinco centímetros a Deke y no llevaba tacones. No parecía que hubiera nada averiado en sus líneas de energía. Prácticamente vibraba de vitalidad.

-Hola, Cassie. -Thomas abrió otro juego de cortinas-. ¿Cómo te va?

-Bien, muy bien. Trae, deja que te eche una mano con ésas. -Cassie fue hasta la ventana más próxima y abrió los pesados cortinajes de un tirón-. No se puede hacer bien yoga sin algo de luz natural. ¿Que te parece la barba de Deke, Leonora? Estoy intentando convencerlo de que se afeite.

Leonora echó una rápida ojeada a Deke. Habría jurado que se había ruborizado. Pero había algo más. Deke observaba a Cassie como si se tratara de un regalo que no se atreviera a abrir.

-Eso es muy particular -contestó Leonora con suavidad.

No creía que la barba le favoreciera mucho, pero no deseaba empeorar el evidente bochorno de Deke.

Cassie descorrió de un tirón el último juego de cortinas y se apartó para inspeccionar el resultado.

-Mucho mejor -proclamó-. En el yoga uno debe llegar al sol, no a las tinieblas.

-Fuera hay niebla, Cassie -señaló Deke-. No se puede ver el sol.

-No importa. La luz natural es la clave. La niebla es natural.

-Lo que tú digas. -Deke se encogió de hombros-. Tú eres la experta

Thomas le tocó el brazo a Leonora, instándola en silencio a dirigirse a la puerta.

-Estábamos a punto de irnos -dijo Thomas. Ayudó a Leonora a ponerse el abrigo-. ¿Verdad, Leonora?

-Sí. -Leonora cogió apresuradamente su cartera-. Los dejamos con su lección de yoga.

Wrench ya estaba en la puerta. Thomas le puso la correa y los tres salieron a la mañana envuelta en niebla.

Thomas se subió el cuello de la chaqueta hasta las orejas. Mientras avanzaban por la carretera, camino del sendero, no dijo nada.

Hacía frío. Leonora se puso los guantes y se cubrió la cabeza con la capucha del abrigo.

-¿Cree que se acuesta con Cassie? -preguntó Thomas con brusquedad.

La pregunta sobresaltó a Leonora, sacándola de sus pensamientos sobre asesinatos remotos y espejos antiguos.

-¿Está hablando de su hermano?

-Sí. Deke. ¿Cree que él y Cassie tienen una aventura?

Leonora sintió que se ruborizaba.

-¿Por qué diablos me pregunta a mi? Es su hermano, no el mío. Lo conoce mejor que yo.

-Estoy preocupado. Deke ha cambiado mucho durante el último año. Es un hombre diferente desde que Bethany murió, depresivo, morboso... pasa mucho tiempo conectado a Internet.

-¿Piensa que una aventura con su profesora de yoga tal vez le ayudaría a animarse, no es eso?

-Daño no le puede hacer. -Se entusiasmó con el tema-. Ya ha visto usted a Cassie. Creo que sería un buen antídoto para su obsesión con la muerte de Bethany y todas esas condenadas teorías de complot que ha estado tejiendo durante los últimos meses.

Leonora se detuvo en el sendero y se volvió hacia él.

-¿Por qué los hombres siempre piensan que echar un polvo lo arreglará todo?

Thomas se paró.

-No he dicho que echar un polvo lo arreglase todo -rezongó-. Sólo pensaba que tal vez, ¿entiende?, le levantara el ánimo, lo sacara de su ensimismamiento por un rato. Da la impresión de que le gusta Cassie; al menos, eso es lo que me parece. Esas lecciones de yoga son la única cosa que espera realmente con ansia cada semana. Me dejó asombrado que contratara un año por adelantado.

-¿Así que, en su valiosa opinión, Deke debería acostarse con Cassie? ¿Considera el sexo como una forma de terapia para su depresión?

Thomas levantó uno de sus anchos hombros.

-Vale la pena probar.

Leonora sintió una oleada de indignación.

-No sé qué pensará Cassie de su teoría, pero, hablando desde un punto de vista personal, puedo decirle categóricamente que no me acostaría con un hombre que sólo me utilizara para resolver sus problemas psicológicos.

-Cálmese. Sólo estoy diciendo que pienso que Cassie sería buena para Deke.

Thomas parpadeó, a todas luces sorprendido por el enfado de Leonora.

-Si estuviera en el lugar de su hermano, ¿desearía irse a la cama con su profesora de yoga simplemente por ver si así podía animarse un poco?

Thomas consideró la pregunta.

-Depende de la profesora de yoga.

-¡Por Dios!

-Era sólo una idea.

-¡De verdad! ¿Cuánto tiempo ha dedicado realmente a madurar esa brillante idea? ¿Ha pensado en Cassie, por ejemplo? ¿Ha considerado sus sentimientos? Tal vez a ella no le importaría más de lo que me importaría a mí ser utilizada como una forma de terapia.

-He dicho que lo olvide. -Se volvió y empezó a caminar de nuevo-. Sólo quería saber si le parecía que estaban liados. Pero es evidente que va a retorcer todo lo que diga, así que no hay razón para intentar hablar racionalmente sobre eso.

Leonora respiró hondo y se instó a controlarse. Thomas tenía razón.

Sin ningún género de dudas, se había pasado de la raya. No había razón para tomárselo de manera personal; estaban hablando de Deke y Cassie

Dos personas que apenas conocía.

No era lo mismo que si Thomas hubiera sugerido que se acostara con él con fines terapéuticos.

Se apresuró hasta ponerse a su misma altura.

-Mire, sé que está preocupado por Deke. No soy una experta, pero realmente no creo que el sexo vaya a arreglar los problemas de su hermano.

-Tenía que hablar con usted; estoy asustado por él.

Se le hizo la luz.

-Esa es la razón de que siga adelante con este plan de investigar la muerte de Bethany, ¿verdad? Lo ve como una distracción para él.

-No estoy seguro de estar haciéndole un favor. ¿Qué pasará si no conseguimos respuestas? Podría hundirse aún más en la depresión.

Leonora contempló la niebla durante un instante, pensando.

-Cierre -dijo por fin.

-¿Qué?

-Creo que eso es de lo que se trata para Deke. No exactamente respuestas, sino algún tipo de cierre.

Thomas volvió a detenerse en el sendero y buscó en la cara de Leonora.

-¿De qué demonios está hablando?

-No soy psiquiatra, pero no me sorprendería descubrir que, en parte, Deke está obsesionado por la muerte de Bethany debido a que otras emociones interfieren en su duelo.

-¿Cree que se siente culpable por haber sido incapaz de protegerla? -Thomas hundió una mano en el bolsillo-. Ya he pensado en eso. Cualquier hombre tendría problemas al enfrentarse al hecho de no haber podido mantener a salvo a su esposa. He intentado hablar con Deke al respecto. No pudo hacer nada. Nadie pudo hacer nada.

-Tal vez haya más. Ningún matrimonio es perfecto, y, de repente, la muerte priva a alguien de la oportunidad de despedirse o de resolver asuntos pendientes. ¿Quién sabe lo que sucedió en la relación de Deke y Bethany durante las semanas y meses previos al asesinato? Acaso tuvieran problemas; quizá discutieron aquella mañana y Deke se siente culpable porque nunca tuvo ocasión de pedirle perdón.

-¿Piensa que es posible que algunos de esos asuntos no resueltos le estén persiguiendo?

-Tal vez. No lo sé. Sólo digo que es probable que necesite encontrar algún tipo de cierre y que se haya convencido de que dar con el asesino de Bethany se lo facilite. -Dudó. -¿Quién sabe? Quizá yo esté aquí por la misma razón. Cerrar. Tampoco tuve nunca la oportunidad de despedirme de Meredith.

-Esto es condenadamente complicado, ¿verdad?

-La vida es complicada, y el sexo no la simplifica. Si cabe, sólo enreda más las cosas.

Thomas no dijo nada.

Leonora lo miró.

-No está de acuerdo, ¿no es cierto?

-Bueno, tengo que decirle que el sexo nunca me ha parecido tan complicado.

-Lo cual es bastante demostrativo.

Thomas arrugó el entrecejo.

-¿Demostrativo de qué?

-De que los hombres y las mujeres vemos el sexo desde perspectivas completamente diferentes.

-¡Caray! ¿Cómo demonios lo hemos hecho para terminar hablar de sexo?

-Empezó usted -replicó ella-. Me pidió mi opinión y se la he dado. No creo que Deke pueda permitirse volver a ser feliz mientras siga obsesionado por el pasado. Así que, respondiendo a su pregunta, no, no creo que se acueste con Cassie Murray, y, aun si lo hiciera, dudo que eso le proporcionara algo de paz o le ayudara a resolver sus problemas.

-Entonces, necesitamos encontrar alguna respuesta dijo Thomas.

CAPÍTULO 5

-Por favor, Leonora, quiero que se sienta como en casa mientras trabaja en la Casa de los Espejos. -Roberta Brinks levantó la vista mientras servía el café- Mi equipo y yo estaremos muy ocupados durante las próximas semanas, porque se acerca la reunión anual de ex alumnos. Me temo que esto será un tráfago de ires y venires.

-Créame, soy consciente de la importancia de las reuniones de ex alumnos -dijo Leonora en un tono sentido y sincero.

-Un gran fastidio. -Roberta se rió entre dientes-. Pero ¿qué sería de todos nosotros sin nuestros generosos ex alumnos? En cualquier caso, creo que arriba, en la segunda planta, se encontrará bastante tranquila. Nadie utiliza demasiado esa parte de la mansión. Y la tercera planta está completamente cerrada. En la actualidad sólo sirve de almacén.

-Le agradezco la visita guiada por la casa -dijo Leonora-. La verdad es que es asombrosa.

Dejó caer su pesada cartera sobre el suelo, se sentó en una de las dos sillas que había delante del escritorio y observó a Roberta mientras servía el café.

Roberta se había presentado como la directora ejecutiva de la Casa de los Espejos. Era una mujer fuerte y atractiva, de unos sesenta años, que se desenvolvía con cierto aire autoritario. A todas luces, su pelo, cortado en una cola atusada típica de la alta sociedad y que otrora había sido muy negro, mostraba un llamativo tono plateado. Llevaba una blusa de seda blanca y un pañuelo estampado de cachemir, falda azul marino y zapatos de salón a juego con la falda.

-Debo admitir que siento curiosidad por el estilo arquitectónico la Casa de los Espejos. No soy capaz de identificarlo.

Roberta torció el morro.

-Desde un punto de vista técnico, creo que está considerada un cruce de estilo victoriano y gótico. Varios conspicuos arquitectos la han definido como bastante horrible. Pero Nathanial Eubanks era muy rico y muy excéntrico. A los excéntricos ricos que legan fideicomisos a universidades privadas y, de ese modo, hacen posible que generaciones de afortunados profesores obtengan una plaza en propiedad, se les permite construir mansiones estrafalarias.

-Ah, sí. El tema de la plaza en propiedad.

-Por supuesto. -Roberta guiño el ojo-. Y ha de admitir que el lugar tiene carácter.

En su fuero interno, Leonora pensó que, en ese caso, «carácter» era un educado eufemismo arquitectónico. Antes de su llegada a Wing Cove había imaginado tener alguna idea de lo que le esperaba, pero la primera visión detallada de la mansión aquella mañana le había enviado, columna vertebral arriba, un vibrante escalofrío de auténtico terror. A lo largo de su vida había visto suficientes películas de terror para darse cuenta de la verdadera esencia de la Casa de los Espejos: la clase de lugar donde los científicos locos creaban monstruos en los sótanos.

Por suerte, pensó, ella era una lúcida bibliotecaria universitaria que no creía en ese tipo de tonterías.

Sin embargo, era innegable que la Casa de los Espejos era una descomunal gárgola de piedra gris en forma de mansión. Tres altas plantas proporcionadas, agazapadas entre los árboles en el punto densamente boscoso que señalaba la entrada meridional de Wing Cove. En un lóbrego día como aquél, lleno de serpenteantes zarcillos de niebla que se retorcían y giraban en tierra procedentes de las frías aguas del Puget Sound, la mansión literalmente surgía, imponente, de entre la bruma, y bien podía haber servido de inspiración para la ilustración de una novela gótica.

Por lo que pudo ver, el interior era aún peor que el exterior. El abedul y el cedro imponentes que se cernían sobre la mansión hacían un excelente trabajo amputando la escasa luz diurna que pudiera haber logrado cruzar a través de las estrechas ventanas.

El despacho de Roberta, allí, en la primera planta, era el cuarto más alegre que había visto durante la visita guiada. Parecía, incluso, más cálido que el resto de la casa. Las paredes estaban abarrotadas de fotografías y cartas enmarcadas de ex alumnos importantes. Una gran rosa de palma, en una maceta de colores cerca de la ventana, ofrecía un brillante, aunque del todo inapropiado, elemento decorativo tropical. Los laterales del ordenador de Roberta estaban cubiertos de notas

adhesivas; la superficie del escritorio aparecía sembrada de carpetas de colores y una impresionante colección de plumas estilográficas.

La puerta del despacho estaba abierta, dejando a la vista un tramo del pasillo cubierto de paneles. Desde donde se encontraba, Leonora podía ver algunos de los espejos antiguos que se alineaban en las paredes.

Una joven en vaqueros y jersey, y el largo pelo color ámbar recogido en una cola de caballo, pasó ante la puerta.

-Perdóneme, es mi estudiante auxiliar. -Roberta dejó la jarra- Quiero que la conozca. Pasa aquí varias horas al día.

Roberta se abalanzó hacia la puerta.

-¡Julie! -llamó.

Julie volvió a la puerta. Llevaba una lata de soda en una mano de uñas largas.

-¿Sí, señora Brinks?

-Quiero presentarte a Leonora Hutton. Trabajará en la biblioteca del piso de arriba durante los dos próximos meses. Leonora, ésta es Julie Bromley.

Julie saludó educadamente con la cabeza.

-¿Qué tal, señorita Hutton?

-Encantada de conocerte, Julie -dijo Leonora.

Roberta se volvió hacia Julie.

-No te olvides de llamar al personal de la conserjería esta tarde. Siguen sin ocuparse de las alfombras.

-No me olvidaré, señora Brinks.

-Estupendo. Esto es todo por ahora, querida.

Julie desapareció. Roberta sirvió más café.

-¿Azúcar o nata?

-Nada, gracias.

A Leonora no le gustaba el café, pero se había abstenido de decirlo al darse cuenta que Roberta no tenía bolsas de té para ofrecer. Estaba segura de poder dar algún sorbo por educación.

-¿Cuánto tiempo lleva de directora ejecutiva aquí? -preguntó cuando Roberta le pasó la jarra.

-Bastante. -Roberta rodeó el escritorio y se sentó-. Me retiro el mes que viene. Dentro de seis semanas estaré en un crucero rumbo a las islas griegas.

-Suena de maravilla.

-De verdad que estoy muy excitada. Me he comprado un vestuario nuevo completo para el viaje. -Roberta echó una mirada circular al despacho-. Pero debo admitirlo, me sentiré extraña dejando este lugar atrás. Cuando me paro a pensar y me doy cuenta de que será mi última reunión de antiguos alumnos, se me humedecen los ojos.

-Lo comprendo. -Leonora probó a dar un prudente sorbo al café. No estaba mal, si a uno le gustaba el café. A ella no-. Gracias por la visita. Sé lo ocupada que debe de estar.

-En absoluto. Estoy encantada con que haya Internet en la biblioteca. Llevo años diciendo que era una vergüenza que estos libros no estuvieran a disposición de los estudiosos. Arriba hay algunos volúmenes muy raros e interesantes y sospecho que algunos valen muchísimo dinero. Nathanial Eubanks los coleccionó junto con los espejos antiguos.

-En cualquier caso, ¿qué es lo que le fascinaba de los espejos antiguos?

-Por lo que he podido ver, parece que estuviera obsesionado por ellos. Todas las superficies de la casa están cubiertas de espejos.

-Es muy triste, la verdad. La demencia era cosa de familia. Hay quien dice que tenía la loca idea de que mientras pudiera ver su reflejo en un espejo, no se volvería loco, como todos los demás de su estirpe. Otros dicen que acabó convenciéndose de que podía ver sus vidas anteriores en algunos espejos. Todo lo que se realmente es que, al final, los malhadados genes familiares pudieron con él. Se suicidó.

-Entiendo.

Había resultado de una facilidad pasmosa colarse como bibliotecaria de la Casa de los Espejos. Deke, como presidente del Legado Bethany-Walker, se había limitado a informar al consejo de

Eubanks College de que el fondo estaba dispuesto a pagar a un bibliotecario profesional para que pusiera la biblioteca de la Casa de los Espejos en la Red. En memoria de Bethany Walker.

Los administradores de la universidad nunca decían que no al dinero aun cuando en su fuero interno pensaran que se iba a tirar.

Leonora se tomó la mitad del café antes de disculparse.

-¿Le importa si me termino esto arriba? -Levantó la taza de café- La verdad es que debo empezar a trabajar. Quiero inspeccionar la colección, orientarme un poco, por decirlo de alguna manera. Luego le devuelvo la taza.

-Por supuesto, vaya y no se preocupe por la taza. -Roberta hizo un ademán de despedida con la mano-. Y, por favor, no dude en decirme si hay algo que pueda hacer. Mi puerta está siempre abierta.

-Gracias.

Con la jarra medio llena en la mano, Leonora recorrió el largo pasillo que conducía hasta la espléndida escalera. En aquella planta había un montón de despachos. Roberta y Julie ocupaban dos de ellos. Un tercero estaba a oscuras. El letrero de la puerta rezaba: «Explotación del Fondo de ex Alumnos de Eubanks College.» Era el despacho que había usado Meredith durante su corto periodo como recaudadora de donaciones. Roberta lo había mencionado de pasada durante la breve visita guiada.

«La señorita Spooner se fue sin avisar con mucha antelación. Algo relacionado con un puesto que le habían ofrecido en California. Hay una enorme demanda de recaudadores en la actualidad, ¿sabía? Aún no hemos podido sustituirla.»

En la primera planta había muchísima actividad. Las grandes habitaciones públicas de la mansión estaban siendo preparadas para una recepción oficial, el principal acontecimiento de la inminente reunión de ex alumnos. Leonora tuvo que sortear a los miembros del personal de limpieza y a un hombre subido a una larga escalera que estaba reemplazando las bombillas de un candelabro enorme.

La Casa de los Espejos hacía honor a su nombre. Casi todas las paredes estaban cubiertas por toda clase de espejos antiguos. Pero, por raro que pareciera, la enorme cantidad de superficies reflectantes contribuía poco a iluminar el lugar. El interior de la vieja mansión, decorado en un severo estilo victoriano, con una marcada insistencia por el terciopelo rojo y las maderas oscuras, parecía empapado de una penumbra perpetua.

El asunto empeoraba en lo alto de la escalera. Leonora se detuvo y observó el largo pasillo envuelto en sombras de la segunda planta. La biblioteca estaba cuatro puertas más allá, a la izquierda. Los espejos dorados y llenos de volutas de las paredes refulgían de forma malévola. ¿Haciéndole señas para que se adentrara en la penumbra? ¿O avisándola para que permaneciera en el exterior?

Sintió que la recorría un inexplicable y casi abrumador impulso de darse la vuelta y echar a correr. Se agarró al barandal labrado hasta que la sensación se desvaneció.

Al cabo de unos segundos, echó a andar por el pasillo hacia la biblioteca. Se refugió en la búsqueda de antecedentes que había realizado antes de llegar a Wing Cove. Sabía que había una razón muy lógica para que los espejos que se alineaban en las paredes fueran tan oscuros y sombríos. Todos eran antiguos, y algunos databan de finales del siglo XVIII y principios del XIX.

Los espejos de época carecían de las brillantes propiedades ópticas de los avanzados espejos contemporáneos. Para empezar, sus superficies reflectantes no habían sido nunca muy brillantes, debido a las limitaciones tecnológicas de las épocas en las que habían sido fabricados artesanalmente

Con la edad, los viejos espejos habían seguido oscureciéndose a causa de las impurezas del cristal original y de la pérdida de lustre de los diversos metales empleados para azogarlos.

Muy bien, los espejos eran viejos y oscuros. Pero ¿por qué tenía la alarmante sensación de que los espejos antiguos de aquel pasillo parecían almacenar la luz, más que reflejarla?

Wrench levantó la vista de su cuenco de agua cuando Thomas salió taller.

-Las seis. -Thomas fue a la ventana y, a través de los árboles, observó la vista que se abría hasta el otro lado de la cala ensombrecida por la noche-. Las luces están en su sitio. Ella está en casa.

Wrench no pareció impresionado por la observación. Sin embargo, miró con expectación hacia la puerta delantera.

-Tienes razón. -Thomas se apartó de la ventana y atravesó el cuarto delantero para coger la chaqueta, una linterna pequeña y la correa -Los dos necesitamos algo de ejercicio. ¿Qué te parece si vamos a ver como le va a nuestra nueva inquilina? Pudiera ser que necesitara algún pequeño trabajo de mantenimiento.

Wrench no necesitaba que lo animaran. Salió corriendo alegremente por la puerta delantera y se detuvo a esperar pacientemente en el por mientras Thomas cerraba la puerta y le colocaba la correa.

Bajaron los escalones delanteros y encontraron el negro callejón que conducía al sendero iluminado.

«Sólo una reunión de negocios», pensó Thomas. Se subió el cuello para protegerse del húmedo aire nocturno. Eso era todo, sólo por eso iba allí.

Quería ver cómo le había ido en su primer día en la Casa de los Espejos; averiguar si ella creía que podría aprender algo realmente útil; comparar notas; ver si había tenido algún problema con las cañerías. No había tenido mucho tiempo para acondicionarle la vieja casita de campo. Había planeado empezar con las reformas principales después de las vacaciones.

Aquella noche sólo había una pequeña muchedumbre en el sendero. Dejó que Wrench abriera camino para ambos a través de una grey de corredores. La gente tendía a apartarse del camino de Wrench; por alguna razón, nadie parecía verlo como la reencarnación de un caniche enano.

Llegaron al puente peatonal y, como era habitual, lo tuvieron para ellos dos. Los aficionados serios a la buena forma física rara vez se dignaban tomar el atajo de la caleta.

Thomas no podía apartar los ojos del cálido resplandor que emanaba de la ventana de Leonora. Imágenes de chinches descerebradas atraídas hacia lámparas incandescentes diseñadas para achicharrarlas bailaban en su cabeza. Las rechazó.

Aquello era un negocio.

Era un paseo corto, no más de quince minutos desde su casa a la de Leonora. Wrench lo miró con curiosidad cuando se salieron del sendero para seguir el callejón que conducía hasta el porche delantero de Leonora, pero no puso objeciones.

Se pararon en la puerta principal. Wrench se sentó y soltó la baba. Thomas se prometió que, ocurriera lo que ocurriese, no echaría la baba.

La puerta se abrió casi de inmediato. Leonora se paró en el umbral.

Llevaba puesta una camisa de pana de un violeta subido que le marcaba ligeramente las curvas y unos pantalones negros. Se había echado el pelo negro azabache totalmente hacia atrás y lo había recogido en la nuca con una cinta negra.

-Hola -dijo. Desconfiada pero cortés.

-Buenas noches.

¡Caray! La mujer era bonita. Muy bonita. Nada de echar la baba, recordó.

Wrench empujó la mano de Leonora con el hocico. Ella lo miró y le dio una prudente palmadita encima de la cabeza. Wrench hizo una mueca.

Leonora levantó la vista hacia Thomas, que se preguntó si también tenía intención de darle una palmadita a él.

-Sólo quería asegurarme de que estaba bien instalada -dijo cuando se hizo evidente que Leonora no le iba a rascar detrás de las orejas.

-Todo está perfecto.

Thomas miró alrededor de Leonora, intentando echar un vistazo al salón.

-¿Le sirve el mobiliario?

-Sí. Algunas piezas son un poco grandes para el espacio, pero me servirán.

Thomas se acordó del tiempo que había invertido en la sala de exposiciones del almacén de muebles para escoger entre los tres lotes básicos de alquiler que le habían ofrecido. Al final, se había decantado por el montaje Comodidad Rústica Tradicional porque era el que tenía la cama más grande, y a él le gustaban las camas grandes. ¿En qué demonios había estado pensando? No era probable que lo invitara alguna vez a compartirla con ella.

La contemplación de la gran cama en el pequeño dormitorio no ayudaba. Momento de cambiar de tema.

-¿Ha cenado ya? -preguntó.

-No. Estaba a punto de prepararme algo.

-¿Le apetece acompañarme? Hay una cafetería en la ciudad que sirve buen pescado. Muy informal. Podemos tomar un par de copas y hablar de nuestra... esto... investigación.

Leonora consideró la invitación unos segundos. Luego, se encogió de hombros.

-Bueno. Supongo que estaría bien.

-Eh, gracias -dijo Thomas-. De verdad que apreció el entusiasmo ¿sabe? Estaba preparado para un rechazo rotundo.

-¿De verdad? -Leonora arqueó una ceja-. ¿Le rechazan mucho?

-Es un caso típico de que quien me quiere, quiere a mi perro. Wrench no le gusta a nadie.

Leonora miró a Wrench.

-¿Echa la culpa a su perro siempre que lo rechazan?

-A él no le importa ser el pagano y le ahorra un enorme desgaste a mi amor propio.

-Una situación de ganar o ganar.

-Ajá, así es como lo veo. ¿Por qué no coge el abrigo y nos vamos?

-¿Y qué pasa con Wrench?

-Volvemos a cruzar el puente y lo dejo en casa.

Leonora asintió con la cabeza, se volvió, abrió el armario del vestíbulo y sacó un largo abrigo negro hasta los pies.

La ayudó a ponérselo. La pequeña tarea dio a Thomas la oportunidad de examinarle la curva del cuello y de percibir una ráfaga de su perfume.

Le gustó la elegante línea del primero y coligió que el segundo era una mezcla de jabón con aroma a limón y mujer afectuosa. No era un perfume fuerte, y eso le gustó. No era muy aficionado a las fragancias intensas.

Cruzaron el puente peatonal y siguieron el callejón que conducía a su casa. Wrench les dedicó una mirada lastimera cuando se dio cuenta de que lo iban a dejar atrás.

-Sabes que no te dejarán entrar en el café. -le recordó Thomas- Ya has intentado entrar de matute con anterioridad y no ha funcionado.

-Es probable que a la dirección le resulte difícil pasar por alto que un lobo entre por la puerta principal -dijo Leonora con sequedad.

-Insisto en que no se deje llevar por las apariencias.

Thomas soltó la correa.

-Claro, es verdad. Un caniche en su vida anterior.

-Un caniche enano. Rosa, creo.

Wrench desistió de la mirada patética y se alejó sin prisas camino de la cocina y de su cuenco de comida.

Leonora observó a Thomas mientras éste cerraba la puerta.

-¿Está seguro de que no muerde?

-Ya se lo he dicho, es un pacifista convencido. Totalmente inofensivo.

-En cualquier caso, ¿de qué raza es?

-Todo un misterio. Lo saqué de un asilo para animales cuando era un cachorro.

Bajaron las escaleras y tomaron el sendero que conducía a la pequeña población de Wing Cove. El minúsculo centro comercial constaba de dos librerías, una ferretería, una estafeta de correos, un puñado de tiendas heterogéneas dirigidas principalmente a los estudiantes, un bar y varios restaurantes.

A través de la doble puerta, Thomas condujo a Leonora a la acogedora calidez de su cafetería favorita. El fuego crepitaba en la chimenea de piedra; la tenue luz hacía brillar la dura madera del suelo. Dos camareros de edad universitaria, ataviados con delantales blancos y pantalones negros, se movían entre la pequeña multitud.

Thomas reconoció a algunos de los comensales. Lo saludaron con la cabeza mientras él y Leonora seguían a la dueña hasta una mesa situada en un rincón. Saludos de cortesía. Algo reticentes. Cautos. Después de todo, era el hermano de aquel trastornado Deke Walker.

Al retirar una silla para que se sentara Leonora, divisó a Osmond Kern: un hombre de pelo plateado y aspecto vagamente majestuoso al estilo de los aristocráticos profesores titulares del mundo académico, que se sentaba en una mesa cercana. Estaba con la mujer que Ed Stovall había identificado como la hija de Kern, Elissa.

Aun desde allí, era fácil ver que los movimientos de Osmond tenían una naturaleza exagerada y meticulosa de quien intenta controlar los efectos de una ingestión copiosa de alcohol.

Sobre la mesa, delante de él, había un Martini a medio terminar. A todas luces no era el primero de la noche.

Elissa dejaba ver la violenta tensión de quien se ve obligado a aparecer en público en compañía de parientes que beben demasiado y que pueden resultar harto embarazosos en cualquier momento.

Thomas se sentó enfrente de Leonora y abrió la carta.

-¿Cómo fueron las cosas en la Casa de los Espejos?

-Hasta ahora muy bien, pero no tengo nada interesante que contar. Me he instalado en el despacho de la biblioteca. Aunque estoy sorprendida por la colección de libros.

-¿Y eso?

-La verdad es que es absolutamente extraordinaria. Sólo he hecho una rápida evaluación, pero parece reunir una buena cantidad de obras antiguas y raras. De todo tipo, desde obras eruditas sobre espejos de mano de bronce de la antigua Grecia hasta tratados técnicos sobre fabricación de espejos en el siglo XVII. También hay una buena cantidad de material sobre la simbología especular en el arte y la mitología. Los humanos tenemos una larga historia de fascinación con los reflejos.

Thomas sonrió.

-¡Espejito, espejito!

-Por citar sólo un ejemplo. -Desplegó la servilleta y se la colocó cuidadosamente en el regazo-. Son muchas las culturas con mitologías en las que abundan referencias a los espejos y a los reflejos. ¿Se acuerda de la historia de Narciso?

-Se enamoró de su propia imagen reflejada y se consumió de añoranza, ¿no?

-Sí. Además de los mitos y cuentos de hadas en los que aparecen espejos, están todos aquellos antiguos maestros de la pintura, como Van Eyck, Rubens y Goya, que los utilizaron con fines simbólicos en cuadros. Leonardo da Vinci estudió los espejos.

-He visto ilustraciones de sus diarios -dijo Thomas-. Los escribió de una manera conocida como «escritura especular o inversa», ¿no?, con la mano izquierda, moviéndose de derecha a izquierda.

-Sí. Los espejos también constituían un aspecto importante de los rituales aztecas, y los antiguos egipcios estaban realmente interesados en el tema.

El entusiasmo de Leonora le divertía.

-Muy bien, la creo -dijo.

Leonora torció el gesto.

-No era mi intención aburrirlo. Es que la colección de la Casa de los Espejos es única. Realmente vale la pena ponerla en la Red y hacerla accesible.

Thomas se encogió de hombros.

-Llevo tiempo diciendo que muchos de los espejos antiguos que hay en las paredes también son muy valiosos. Pero de acuerdo con los términos del testamento de Nathanial Eubanks, ni los espejos ni los libros se pueden vender ni donar a ninguna otra institución a menos que la propia casa sea demolida por algún motivo.

-Roberta Brinks, la directora, me contó que Nathanial Eubanks tenía un verdadero problema con los espejos. -Leonora puso mala cara-. El pasillo de la segunda planta es un poco espeluznante.

-Hay quien cree que se volvió loco a causa de esos espejos antiguos. -Estudió la carta, aun cuando se la sabía de memoria desde hacía meses-. Bethany quedó fascinada por ellos. Pasaba horas en la biblioteca, trabajando sobre lo que llamó la «teoría de los espejos».

-¿De qué se trataba?

-Era algo que tenía que ver con la explicación de las relaciones matemáticas entre los números positivos y negativos. Confiaba en que, a la larga, sus teorías ayudaran a los físicos a entender con exactitud lo que ocurrió en el universo en los segundos siguientes al Big Bang.

-Vaya.

-Exacto. Vaya. -Levantó la mano cuando Leonora abrió la boca-. No me pida más detalles. No soy matemático. -Bajó la voz-. El hombre que está sentado allí con su hija podría explicarlo mejor que nadie de los presentes. Esto es, si no estuviera chapoteando en alcohol.

Leonora echó un rápido vistazo alrededor y volvió a mirar a Thomas.

-¿Quién es?

-El doctor Osmond Kern. Créame, si fuera matemática, le sonaría su nombre. Hace varios años ganó un premio y su nombre sale en los libros de texto. Se le ocurrió un algoritmo que se reveló de gran importancia para el mundo de la informática. También sacó mucho dinero con él según he oído. Está en la facultad de Eubanks.

Leonora sonrió.

-Con la plaza en propiedad, supongo.

-Sí, claro.

Uno de los jóvenes camareros se paró por fin en su mesa. Leonora pidió un vaso de vino; Thomas, una cerveza. Los dos se decidieron por el rodaballo a la parrilla.

Thomas se sintió extrañamente contento. Algo en común, por fin pensó. Un pescado.

-Lo que más me preocupa de nuestra teoría del complot -dijo Leonora a mitad de la cena- es que no parece haber muchas similitudes entre Bethany y Meredith. Fueron dos mujeres muy distintas, que procedían de mundos muy dispares.

-Eso es lo que hace que todo este lío sea algo tan condenadamente frustrante. -Thomas cogió un trozo de rodaballo con el tenedor-. Deke tiene razón, entre ambas debería haber algunos vínculos lógicos. Pero ni siquiera estuvieron trabajando en las mismas cosas en la Casa de los Espejos. Bethany estaba absolutamente enfrascada en su teoría matemática; Meredith, en su desfalco.

-Las dos utilizaban el ordenador -planteó Leonora.

-Para fines completamente dispares. -Thomas lo descartó con un ademán-. Créame, Deke comprobó ese extremo. Después de la muerte de Bethany, escudriñó cada milímetro del disco duro de su esposa, y también el material que descargó del ordenador de Meredith. Nada. Tal vez ahora que está usted aquí, pueda encontrar algún significado al libro y a los recortes que Meredith dejó en la caja de seguridad.

La voz de un hombre, irritada e irascible, se alzó desde una mesa vecina.

-Quiero irme a casa, maldita sea. ¡Ahora!

Thomas no tuvo que mirar para identificar la voz. Todos en la cafetería tuvieron idéntico cuidado en no mirar hacia la mesa próxima a la chimenea.

-Osmond Kern -dijo en voz muy baja.

-Lo siento por su hija. Parece avergonzada, por no decir asustada. No sabe manejar la situación.

-Se dice que los problemas de Kern con el alcohol han empeorado en los últimos meses.

-¡Vete al infierno! -La voz de Kern resonó con más fuerza esta vez-. Pareces igual que tu madre. Déjame en paz, joder.

Empujó la silla hacia atrás y se puso de pie, tambaleándose.

-Papá, por favor, siéntate.

La voz de Elissa sonó débil y ronca a causa de la humillación.

-Quédate si quieres -gruñó Kern, arrastrando las palabras con dificultad-. Yo me voy.

Se volvió y estuvo a punto de caerse.

-Espera, papá. -Elissa se levantó con rapidez-. Te ayudaré.

-¡Cállate y déjame en paz!

La tensión en el café era palpable, mientras todo el mundo se esforzaba en pasar por alto la escena que se estaba desarrollando.

-Vuelvo en seguida -le dijo Thomas a Leonora en voz bala.

Ella le observó con preocupación, pero no dijo nada.

Thomas se levantó y atravesó el local hasta el lugar donde Kern se balanceaba como un toro herido que intentara encontrar al torero. Agarró al profesor por el brazo y lo condujo hasta la entrada principal.

-Déjeme ayudarlo, doctor Kern.

-¡Qué! -Kern lo miró fijamente, entre confundido y enfadado-. Eres el hermano de Deke Walker, ¿verdad? Loco bastardo. ¡Suéltame el brazo!

-Claro. En cuanto estemos fuera. -Tenía a Kern a mitad de camino de la salida. La dueña se abalanzó hacia la puerta delantera y le lanzó una mirada de sincero agradecimiento.

Elissa cogió el bolso y se apresuró a seguirlos.

Kern estaba demasiado embotado para resistirse.

Fuera, en la acera, el frío aire nocturno pareció surtir un efecto tranquilizador. Kern se sumió en un silencio enfurruñado. Elissa dedicó una sonrisa temblorosa a Thomas.

-Gracias -dijo-. Lamento mucho todo esto. Le llevaré a casa ahora.

-¿Podrá manejarlo? -preguntó Thomas.

-Sí. Cuando le lleve a casa, se quedará dormido. Por la mañana, ambos fingiremos que no ha ocurrido nada.

Acto seguido, cogió el brazo de Kern y lo condujo hasta un SUV oscuro aparcado junto al bordillo. Kern farfulló algo, pero se dejó meter en el asiento delantero.

Thomas esperó a que Elissa se pusiera al volante, arrancara el gran vehículo y se alejara por la calle antes de volver al restaurante.

Leonora estaba esperándolo, en sus ojos vivos había una expresión enigmática.

-Ha sido muy amable al ayudarla -dijo, cuando Thomas se sentó enfrente de ella.

-Así soy yo, el señor Arreglalotodo.

-No hay necesidad de quitarle importancia de esa manera. Lo que hizo fue algo verdaderamente bonito.

Thomas miró la puerta del restaurante.

-Kern fue colega de Bethany. Ella admiraba sus logros en el campo de las matemáticas; casi lo idolatraba, según Deke. No le habría gustado verlo haciendo el ridículo ni humillando a su hija en público.

-Cada vez es peor.

Elissa consiguió hacer entrar a Osmond por la puerta del dormitorio

En aquel momento, estaba temblando. El corazón le latía con fuerza y respiraba con agitación. Apenas podía contener la rabia y la frustración, pero sabía por experiencia que perder los estribos no seria bueno.

-Tienes que dejar de beber, papá. Te estás matando.

-Es asunto mío. -Osmond se derrumbó sobre la cama y volvió la cabeza hacia la pared-. Si me quiero matar, me mataré.

-Por favor, no hables así.

-Vete de aquí.

-Creo que deberías hablar con tu médico; o, tal vez, acudir a un terapeuta.

-¿Qué sabes tú de cualquiera de ellos? Fuera de aquí y déjame solo

La impotencia amenazaba con ahogarla en un mar de desesperación. No había razón para seguir hablando con él.

Salió al pasillo y cerró la puerta con cuidado.

Había sido un error volver. Lo sabía. ¿Qué le había hecho pensar que podía establecer una relación con aquel hombre distante que era su padre? Osmond Kern no tenía ningún interés en los vínculos familiares. Vivía en el pasado. El acontecimiento singular y definitorio de su vida había ocurrido hacía muchos años, cuando publicó el algoritmo y se labró una reputación.

Jamás había habido otra cosa que significara algo para él, ni siquiera su hija.

Si tuviera algo de juicio se iría de Wing Cove y volvería a su vida como analista financiera en Phoenix.

Sin embargo, cada vez que empezaba a hacer las maletas pensaba en Ed. El fuerte, formal y fiable Ed. No sabía si él la había considerado alguna vez como algo más que una amiga, pero no podía soportar la idea de dejar la ciudad hasta que supiera la respuesta a aquella pregunta.

Recorrió lentamente el pasillo hasta la puerta del estudio de Osmond y se paró a mirar el cuarto que parecía contener la esencia de su padre.

La placa que había recibido por su trabajo en el campo de las matemáticas colgaba de la pared. El ordenador sobre la mesa. La librería rebosaba de libros y cuadernos.

Había pocos efectos personales. Ni fotos de ella ni de su madre. No había conservado ni las postales ni las cartas que ella le había enviado a lo largo de los años.

Se sentó en la silla de su padre y observó el ordenador. Se preguntó cómo había invertido el dinero que había ganado con el algoritmo. Por supuesto que no le había pedido ayuda con sus finanzas, aunque era muy buena en ese tipo de asuntos. Elissa sabía que no era un genio de las matemáticas como él, pero había heredado parte de su talento para los números.

-¿Qué había hecho con el dinero?

La curiosidad la llevó a alargar el brazo y encender el ordenador.

CAPÍTULO 6

Wrench salió a darles la bienvenida a la puerta. En la boca llevaba un trozo de cuerda deshecha. La dejó caer a los pies de Leonora y se reclinó con arrogancia sobre sus cuartos traseros.

-Es una cuerda muy bonita, Wrench. -Leonora la cogió con cuidado por un extremo, en un intento de evitar la sección que había sido empapada con babas de perro-. Gracias.

Complacido por la aceptación de su regalo, Wrench volvió con lentitud al salón.

Leonora lo siguió.

Y se paró en seco, al darse cuenta de que todo el lugar estaba inundado de un color cálido, suave, intenso y vibrante. Asombrada, se detuvo en el centro del salón y giró pausadamente sobre sus talones, examinando todas las superficies.

-Es increíble. -Estaba de espaldas a Thomas, pero pudo sentir su mirada- ¿Quién ha alicatado todo esto?

-Yo. Me pasé un poco, pero es un espacio reducido. No tardé mucho en cubrirlo.

Leonora se acercó a la pared más cercana y pasó con suavidad las yemas de los dedos por la gruesa capa de revoque dorado. Wrench la siguió en silencio y apoyó el cuerpo con fuerza contra su pierna. Leonora volvió a darle unas palmaditas; Wrench se apoyó aún con más fuerza. Leonora levantó la mirada y vio un magnífico remate moldurado, que separaba la línea de intersección de la pared y el techo.

Había una asombrosa intensidad en todas las terminaciones del cuarto. La paleta habría enorgullecido a un arquitecto renacentista, pensó.

La pequeña casa era una gema maravillosamente cortada y pulida

-¿Ha hecho usted mismo todo este trabajo? -preguntó.

Thomas se encogió de hombros.

-Es mi afición. Un trabajo a tiempo parcial. Compro casitas de campo y las reformo.

-Esto es algo más que una afición o un trabajo a tiempo parcial. Es arte. -Thomas sonrió y dio la vuelta al extremo del mostrador. -¿Como puede soportar venderlas?

El interpelado se encogió de hombros.

-No vendo mis casas. No, por lo general.

-¿No las vende?

-Se venden solas. Cuando están listas. Pero rara vez tengo que buscar compradores. Las casas siempre parecen encontrar sus propios compradores. Los adecuados.

-¿Es así como se gana la vida?

Leonora caminó hasta el mostrador y se sentó en un taburete.

-Sólo en una pequeña parte. En mi vida real, gestiono dinero.

-¿El dinero de quién?

-El dinero que Deke y yo hicimos cuando vendió su empresa de informática hace unos años. Tenía una gran participación, porque habla proporcionado el capital de riesgo.

-Entiendo. -Hizo un ademán señalando el interior de la casa- ¿Dónde aprendió a hacer este tipo de cosas?

-Mi padre era constructor; mi madre, artista. Supongo que debí recibir alguna extraña combinación de sus genes.

Distraídamente, Leonora siguió el rastro del marcado relieve del alicatado que recubría el borde del mostrador.

-¿Qué les ocurrió a tus padres?

-Les va bien. Se separaron cuando Deke y yo éramos niños. Fue uno de esos divorcios asquerosos; ya sabe, de esa clase en la que todos discuten por el régimen de visitas y la manutención de los niños y cada uno intenta vengarse del otro. Pero las cosas se han tranquilizado. Mi padre se casó con su novia; ella es unos veinte años más joven. Mamá se unió a una comuna de artistas. Ambos son razonablemente felices.

-Pero usted y Deke quedaron atrapados en la corriente.

-Es lo que suele ocurrir a veces. Deke y yo nos mantuvimos unidos. Nos fue bien. ¿Y qué hay de usted?

-Mis padres murieron cuando tenía tres años. No los recuerdo. Todo lo que tengo son algunas fotos. Me criaron mis abuelos. Ahora sólo quedamos Gloria y yo. Gloria es mi abuela.

Thomas colocó dos copas de brandy, en el mostrador, sobre sendas servilletas. En lugar de dar la vuelta al mostrador para sentarse en un taburete, permaneció de pie enfrente de ella.

Levantó su copa.

-Por su abuela.

Leonora sonrió.

-Brindo por eso.

Leonora dio un pequeño sorbo al potente brandy y pensó que no había querido ir allí aquella noche. Después de cenar, Thomas le dijo algo sobre continuar la conversación en algún lugar donde no pudieran ser oídos.

Había aceptado, pensando que tenía intención de llevarla a su casa.

Se había estado debatiendo sobre la gran cuestión de si debía realizar un movimiento verdaderamente audaz, acaso invitándolo a entrar y ofreciéndole un té, cuando, por fin, se dio cuenta de que se dirigían a casa de él.

La parte de ella que no aceptaba riesgos se había puesto de inmediato en alerta roja. Se había tranquilizado recordando que no había nada sexual en la relación de ambos. En el mejor de los casos, aquello era una asociación basada en la desconfianza, una relación a la que, más o menos, Leonora le había forzado por medio del chantaje.

Más bien más que menos. Era casi seguro que Thomas no pensaba demasiado en ella como persona, ni hablar de que la encontrara seductora o atractiva. El número de aquella cuenta en el paraíso fiscal le había conferido a Leonora un inmenso poder de regateo, y el hecho de que hubiera utilizado aquella influencia sin misericordia, era probable que hubiera dado a Thomas una visión bastante negativa de su carácter.

Pero en algún momento había empezado a revisar su impresión inicial sobre Thomas, se percató Leonora. Le seguía recordando a un perro callejero, pero, por lo menos, el perro estaba de su lado. Al menos de momento.

Thomas le dio un trago al brandy.

-¿Le importa que le haga una pregunta personal?

-¿Cuál?

-¿Cómo es que usted y Meredith se hicieron amigas? No logro ver demasiadas afinidades.

-Apareció cuando yo estaba en el colegio. Utilizó su ordenador para amañar la asignación de dormitorios. Acabó en mi planta.

-¿Por qué se tomó tantas molestias?

-Es una larga historia. -Paseó un dedo por el borde de la copa de brandy-. Meredith no tuvo una vida muy normal. Nunca conoció a su padre. Su madre era una mujer muy inteligente pero con muchos problemas, que se negó a recibir asistencia psiquiátrica. En algún momento la madre de Meredith se dirigió a un banco de esperma y se hizo fecundar de un donante anónimo, seleccionado por su inteligencia, buena salud y buena presencia.

-¿Un banco de esperma?

-Sí.

-Vaya, caray. -Thomas apoyó los antebrazos en el mostrador, sostuvo la copa entre las manos y negó con la cabeza con aire de desconcierto.

-Sí.

-Un banco de esperma.

-Ajá.

Durante un rato, bebieron el brandy en silencio.

-Por un lado, odiaba a su padre, aunque nunca lo conoció.

-Probablemente porque nunca lo conoció.

Leonora levantó la vista con rapidez.

-Probablemente.

-No se sorprenda tanto. Los tíos también somos perspicaces. De vez en cuando.

-No lo olvidaré. -Leonora hizo una pausa-. En la superficie, Meredith era una de las personas con más confianza en sí misma que jamás había conocido. Pero creo que tenía algunos problemas serios con su autoestima. Siempre estaba haciendo bromas macabras acerca de ser la descendiente de un hombre al que le importaba tan poco la paternidad que ni siquiera se había molestado en conocer a la madre de Meredith, por no hablar de acostarse con ella. Era un hombre al que literalmente le importaba un comino su propia hija. Ni tan siquiera se había molestado en averiguar si Meredith había nacido. No quiso conocer su nombre.

Thomas no dijo nada.

-Meredith contaba que su madre le aseguró que ella era el producto de unos buenos genes cuidadosamente escogidos, pero Meredith lo veía de manera diferente. Por lo que a ella concernía, era el producto de unos genes con graves defectos. Siempre decía que un hombre al que le preocupaba tan poco su hija tenía que ser mercancía averiada en algún aspecto realmente fundamental. Sin genes de la responsabilidad, o algo así.

-Por definición -convino Thomas.

-Tal vez, de haber estado la madre de Meredith más equilibrada o parientes cercanos que hubieran podido intervenir y cuidar de una niña pequeña, las cosas habrían sido diferentes. Pero no ocurrió ni una cosa ni otra.

-Debió de haber sido duro.

-Más o menos, todo lo duro que podía ser, creo. La madre de Meredith no recibía ayuda profesional, pero, según parece, no tenía ningún reparo en automedicarse con una diversidad de sustancias, tanto legales como ilegales. Al final, consiguió suicidarse con ellas. Meredith tenía diecisiete años cuando entró en el dormitorio de su madre y encontró el cadáver.

-¡Jesús! -Thomas guardó silencio un instante, pensando-. Ese tipo de adicción cuesta mucho dinero.

-También hace difícil conservar un trabajo estable o pagar el alquiler o comer regularmente. Supongo que Meredith y su madre se mudaron con frecuencia. Y además hubo un montón de hombres que entraron y salieron de la vida de la madre.

-No me extraña nada.

-Creo que la enorme inseguridad de esta época dejó su impronta. Meredith estaba obsesionada por los chanchullos lucrativos. Siempre hablaba del gran golpe. Todo lo que hacía estaba encaminado a asegurarse su estabilidad financiera.

-¿Cómo entró usted en su vida?

-Después de la muerte de su madre, Meredith se dedicó a buscar a su padre. No había nadie más, ¿entiende? Tenía que encontrar a alguien.

-Claro. -Thomas asintió con la cabeza-. Es muy probable que, de estar en su pellejo, yo hubiera hecho lo mismo.

-Y yo...

Leonora se calló durante un rato, dejando que la invadiera la tristeza.

-¿Qué ocurrió? -preguntó Thomas, incitándola a seguir.

-Entró en los archivos informáticos del banco de esperma que había usado su madre. Sacó el nombre de su padre de las fichas presuntamente anónimas. -Leonora dudó-. Descubrió que había muerto hacía muchos años. En un accidente aéreo. Así que emprendió la búsqueda de sus parientes paternos.

Thomas dejó la copa en el mostrador y la miró.

-¡Vaya, hombre! ¿No me diga que...?

Wrench se acercó para sentarse junto al taburete de Leonora. Ella le puso la mano en la cabeza.

-Meredith encontró a su media hermana.

Thomas no apartó la mirada de su cara.

-Era usted, ¿no? -dijo en voz queda.

-Sí.

-¡Caray!

Se produjo otro silencio. El fuego ardía en la chimenea.

-Esto demuestra -dijo Thomas al cabo de un rato- que la reseña genética no marca el destino. Usted y Meredith son tan diferentes como noche y el día.

-Eso la molestaba, ¿sabe? Una vez me preguntó si sabía por que habíamos salido tan diferentes.

-¿Qué le contestó?

-¿Qué podía decir? -Se encogió levemente de hombros-. Había perdido a mis padres, pero tenía a mis abuelos para que ocuparan su lugar. Nadie se había preocupado por Meredith. Había aprendido a la fuerza a arreglárselas por sí misma.

Thomas bebió más brandy.

-Bueno -dijo por fin-, esa información ayuda a resolver un buen pedazo del rompecabezas.

-¿Qué rompecabezas?

-Usted -dijo Thomas-. He estado intentando entenderla desde el principio.

A Leonora le agradó la idea de que hubiera estado intentando entenderla. Nunca se había incluido en el tipo misterioso.

Se quitó las gafas. La pequeña maniobra estaba pensada para darse un poco de tiempo y considerar el comentario de Thomas. Se toqueteó la sien con aire ausente.

-Siempre vi a Meredith como la mujer misteriosa de la familia -dijo.

-¡Bah!, en comparación, ella era fácil de entender. Por otro lado, usted es un verdadero enigma. Al principio, di por sentado que era cómplice de Meredith. Pensé que iba tras el dinero.

-Lo sé.

-Me destrozó esa teoría cuando hizo el trato para entregar el número de la cuenta a cambio de mi ayuda para descubrir si habían matado a Meredith.

-¿Se le ha ocurrido alguna otra teoría?

-Estaba absolutamente convencido de que Meredith no era la clase de persona que tuviera amigos íntimos. No podía imaginarme a ninguno de sus conocidos dejando un buen trabajo y trasladándose aquí, a Wing Cove, durante una temporada sólo para conseguir algunas respuestas sobre su muerte. Sabía que tenía que haber otra razón para que...

Se interrumpió de manera brusca.

Leonora arqueó una ceja.

-¿Qué?

Thomas observó con atención las gafas que Leonora tenía en la mano y arrugó el entrecejo.

-Esa patilla parece que está un poco floja.

Leonora siguió su mirada.

-Si, lo sé. Llevo tiempo queriendo buscar un óptico para que me la apriete, pero no he tenido tiempo.

-Si no tiene cuidado, perderá el tornillo. Traiga, déjeme que lo vea.

Alargó la mano a través del mostrador y le quitó las gafas de la mano.

Antes de que pudiera preguntarle qué era lo que pensaba hacer, Thomas abrió la puerta que estaba junto al frigorífico y desapareció. Llegó una luz procedente del pequeño cuarto.

Leonora bajó del taburete de un salto y fue a pararse en el umbral de la puerta. Se encontró mirando con atención el interior de un cuarto lleno de herramientas relucientes de todos los tamaños y tipos.

Thomas estaba junto a un banco de trabajo, examinando una caja llena de destornilladores muy pequeños.

-¿Thomas?

-Creo que tengo uno que servirá. Ajá, aquí está.

Sacó un destornillador diminuto de la caja y se puso a trabajar en las gafas.

Cuando terminó, se las devolvió a Leonora.

-¿Qué tal?

Leonora comprobó las patillas. Las dos estaban ajustadas.

Se puso las gafas. Y se sintió extrañamente contenta.

-Es fantástico -dijo-. Tendré que hacerme con uno de esos destornilladores chiquititos, así no tendré que buscar una óptica cada vez que tenga que apretar una patilla. Gracias.

-¡No hay de qué!

Leonora lo miró.

-Estoy en Wing Cove por la misma razón que usted, Thomas.

-Lo sé -dijo-. Una cuestión de familia. Ahora, lo he entendido por completo.

-Sí.

Thomas esbozó una leve sonrisa.

-Y a ese respecto, he estado pensando que usted y yo no teníamos nada en común.

Leonora se había estado diciendo lo mismo. Una y otra vez.

Poco después, Thomas y Wrench regresaban caminando por el sendero.

Había entrado la niebla, envolviendo la cala. Las lámparas bajas que señalizaban el recorrido de ejercicios y el estrecho puente brillaban débilmente. Las luces de la ciudad, allá, en la punta del ala, eran un borroso resplandor en la distancia.

Leonora se había despedido en la puerta y, tras cerrar con llave, se había dirigido a la ventana para descorrer la cortina. Permaneció allí, observando, hasta que Thomas y Wrench desaparecieron en la niebla.

Había algo parecido en la forma de moverse del hombre y de la bestia caviló. Una manera natural, fluida, aparentemente pausada que era el distintivo de los cazadores natos.

Una pareja de perros callejeros, sí señor. Ni por un momento se había tragado el cuento de que Wrench fuera la reencarnación de un caniche enano.

CAPÍTULO 7

La vieja silla giratoria chirrió cuando Leonora se apoyó en el respaldo.

Esperó un par de segundos para asegurarse de que no se iba a desplomar bajo su peso.

Cuando tuvo la certeza de que aguantaría, colocó los tobillos en el borde del baqueteado escritorio de madera y estiró la mano para coger el teléfono. Marcó un número familiar.

Gloria contestó al segundo tono con aire ligeramente distraído.

-¿Dígame?

-Soy yo, abuela. ¿Cómo fue anoche la partida de bridge?

-Llegué la primera.

-Seguro que sí. Algún día tendrás que decidir cómo invertir todos los centavos que has ganado durante estos dos últimos anos. A estas alturas, a lo mejor hasta puedes permitirte abrir tu propio casino personal.

-Me tocaron buenas cartas -dijo Gloria, haciendo gala de falsa modestia, -Ya era hora de que llamaras, estaba preocupada por ti. ¿Estás bien? ¿Qué pasa ahí arriba, en Washington?

-Estoy bien. -Leonora miró más allá de la puerta del pequeño despacho. Inspeccionó los pasillos situados entre las estanterías, que iban desde el suelo hasta el techo, para asegurarse de que estaba sola-. Nada de lo que informar todavía, pero, como nos gusta decir a los que estamos en el negocio de los detectives, se han hecho progresos.

-Olvida los progresos y pasa a las cosas buenas. ¿Qué tal te llevas con tu señor Walker?

-Te lo vuelvo a repetir, no es mi señor Walker. Para que conste, Gloria, tanto Thomas como yo hemos llegado a la conclusión de que no tenemos nada en común más allá que un interés compartido en averiguar que le ocurrió a Meredith y a la esposa de su hermano, Bethany.

-Hummm.

-Pero si esto te hace sentir mejor, te diré que al perro de Thomas le gusto.

-Bueno, supongo que es un principio. ¿Te ha llevado el señor Walker a cenar?

-Bueno, sí. Ayer por la noche, de hecho. Pero con el único propósito de hablar de nuestros problemas comunes.

-¿Luego fuisteis a su casa o a la tuya?

Leonora se apartó el teléfono de la oreja, lo miró fijamente un segundo y se lo volvió a arrimar.

-A su casa. Pero sólo unos minutos. Caía de camino. Más o menos.

-¿Intentó seducirte?

-No. -Leonora bajó los pies del escritorio y se echó hacia delante- Me apretó el tornillo de las gafas.

-¡Ah!

-Fue asombroso. Tenía uno de esos destornilladores minúsculos ¿sabes los que te digo? Uno de esos que usan los ópticos.

-Me hago una idea. Me gustan los hombres que son hábiles con las herramientas. Un talento muy útil.

Era imposible argumentar nada ante semejante optimismo.

Leonora se rindió, le dijo a Gloria que saludara a Herb de su parte y dio por finalizada la llamada.

Volvió a reclinarse en la silla, juntó los dedos por las yemas y caviló durante un rato.

Era una experiencia extraña. Rara vez le daba vueltas a las cosas.

Intentó concentrarse. No es que no tuviera cosas en las que pensar, lo que pasaba es que no era fácil. Sus pensamientos insistían en volver sobre Thomas y su pequeña joya de casa.

Un débil gemido la sacó de golpe de su extraño estado de ánimo.

El sonido procedía del otro lado de la pared en la que se apoyaba el perchero de madera. Un segundo gemido y un crujido siguieron en seguida al primero. Habría jurado que también oía una risita apagada.

La explicación sencilla era que los sonidos procedían de las personas que estaban en el cuarto contiguo a la biblioteca. Pero tenía la certeza de que en dicha habitación no había nadie. La puerta estaba cerrada con llave.

Salió del despacho y atravesó a toda prisa las estanterías hasta la puerta de la biblioteca. Estaba a punto de salir al pasillo para ver si había alguien por allí cuando percibió el débil bailoteo de un movimiento en el viejo espejo convexo que colgaba de la pared situada justo enfrente de donde ella se encontraba.

En la curva protuberante del espejo de recargado marco se reflejaban ambos lados del pasillo hasta una distancia de varios metros. El cambio de luz en el oscuro cristal era un reflejo de la parte del pasillo situada a su derecha. Cuando miró, una sección de la pared se abrió.

Dos figuras salieron al pasillo. Una de ellas se detuvo para asegurarse de que la puerta oculta quedaba cerrada. Luego, ambas giraron y desaparecieron en dirección a la escalera principal, situada en el extremo más alejado del corredor. Se oyeron más risas apagadas y murmullos.

Julie Bromley y su novio, Travis Todd. Julie se lo había presentado a Leonora aquella mañana.

Esperó a que los dos estudiantes desaparecieran escaleras abajo y, entonces, se dirigió a donde los había visto surgir de la pared. Una estrecha grieta en el panel era la única evidencia de una puerta.

Empujó con suavidad. Nada sucedió. Empujó un poco más fuerte. La puerta invisible giró hacia dentro con un chirrido de bisagras oxidadas.

La luz procedente del pasillo que quedaba a sus espaldas fue suficiente para revelar la existencia de un estrecho tramo de peldaños que giraban sobre sí mismos. Conducía a la clausurada planta superior.

Una antigua escalera de servicio, pensó. Sin duda, Julie y Travis utilizaban algún cuarto de la tercera planta como lugar de encuentro.

Personalmente, no podía entender que alguien tuviera humor para romanticismos en aquella macabra casa, pero tal vez aquello no fuera más que un síntoma de su edad.

Dejó que la puerta se cerrara y continuó por el sombrío pasillo hasta la escalera principal. Los negros espejos relucían sobre las paredes produciendo una impresión desagradable. Al pasar, miró uno. El marco era de madera recargadamente labrada con volutas y divisas. Por lo que había leído, el diseño y la factura del trabajo eran típicos de los espejos del final del siglo XVII.

El viejo espejo le devolvió su propia imagen débilmente reflejada.

Había algo raro en aquel reflejo. Se detuvo y lo examinó con más detenimiento.

Se dio cuenta de que había dos reflejos. El segundo era un duplicado fantasmal del primero, algo descentrado. El resultado era un escalofriante y espectral sosías que la hizo estremecerse.

«*Aún no te puedes dormir*.»

¿De dónde había llegado aquel vago pensamiento? Había atravesado la deriva su mente, un susurro fantasmal sin forma ni origen evidente. El corazón le latió con fuerza y las manos se le enfriaron. Sintió que se le cortaba la respiración.

«¡Basta ya! Contrólate.»

Apartó rápidamente la vista y echó a correr por el pasillo.

No había motivo para perder los nervios por la doble imagen, se dijo.

Era sólo el resultado de las deficiencias en el primitivo proceso de fabricación. Antiguamente, las técnicas de fabricación de espejos habían sido secretos comerciales celosamente guardados, y los resultados obtenidos dejaban mucho que desear según las exigencias de esta época.

Pero, en lo más profundo, sabía lo que le había hecho estremecer la razón era que durante un instante el segundo reflejo superpuesto al suyo se había parecido mucho a Meredith.

Bajó las escaleras a toda prisa, aliviada de poder descender al trasiego de actividad de la primera planta.

Caminó entre un montón de equipamiento eléctrico y un laberinto mesas plegables y salió a toda prisa hacia el aparcamiento. Fuera, sintió un alivio inmenso al ver que unos fríos y nítidos rayos solares se habían abierto camino, momentáneamente al menos, entre la niebla. Aquello también desterró lo que quedaba del extraño pánico que la había invadido cuando se había mirado en el espejo de doble imagen.

CAPÍTULO 8

-Es nueva aquí, ¿verdad? Bienvenida a Wing Cove.

Al oír la desconocida voz de varón justo detrás de ella, Leonora pegó un brinco. Dejó caer el paquete de habas de soja congeladas en el estante, se enderezó y se apartó del gran congelador transparente.

Un hombre muy apuesto de rasgos afilados y fascinantes ojos color ámbar estaba en el pasillo. Llevaba el pelo negro azabache peinado completamente hacia atrás, y se lo sujetaba en la nuca formando una cola de caballo.

Por supuesto que, vestido con un abrigo de piel negro hasta los tobillos, pantalones negros, un jersey de cuello vuelto negro y botas negras, destacaba en el pasillo del supermercado. Leonora estaba dispuesta a apostar a que todas aquellas prendas llevaban en su interior la etiqueta de un diseñador exclusivo.

-Disculpe -dijo el hombre, consiguiendo parecer divertido y confuso al mismo tiempo-. No era mi intención asustarla. Me llamo Alex Rhodes.

-Leonora Hutton -replicó ella de manera automática.

Se dijo que no debía quedarse mirándolo fijamente a aquellos inusitados ojos. Pero ¿qué otra cosa se esperaba que hiciera alguien, al hablar a una persona directamente, que mirarle a los ojos? La alternativa era mirarle al pecho, y eso no parecía una opción correcta.

-Usted es la bibliotecaria que han contratado para catalogar esa colección de libros viejos de la Casa de los Espejos, ¿verdad?

-¿Cómo lo sabe?

El hombre sonrió, mostrando una dentadura muy blanca, casi perfecta.

-Ésta es una ciudad muy pequeña. Las noticias vuelan. También había oído que la otra noche fue a cenar con Thomas Walker.

Leonora fue consciente de una corriente fría que le heló la espalda y cerró la puerta del congelador a toda prisa.

-Parece que tiene un resumen de la historia de mi vida.

-No toda, sólo de lo ocurrido aquí, en Wing Cove. ¿Quiere conocer la mía?

Leonora se rindió en su intento de evitar los extraños ojos amarillos tigre de Alex. ¿Por qué molestarse en ser educada? Deseaba que ella lo mirase. Probablemente, si ella no lo hubiera encontrado fascinante, se sentiría abatido.

El estilo desenfadado y misteriosamente sensual del hombre destilaba cierto pronunciado encanto. Estaba al tanto de lo apuesto que era y se había acostumbrado a que la gente lo notara, en especial las mujeres. Se distinguía por una notoria despreocupación que le hizo pensar a Leonora que probablemente solía explotar su atractivo sexual. En ese aspecto, una versión masculina de Meredith, pensó.

-Antes de decidir si quiero o no oír la historia de su vida –dijo- tal vez debería decirme por qué, de todos los supermercados que hay en el mundo, ha entrado en éste y me ha escogido para honrarme con su relato.

Las cejas negras del hombre se levantaron.

-¡Maldita sea! El tipo de chica desconfiada. Me lo temía.

-Es un viejo vicio que intento cambiar, pero, de vez en cuando, a pesar de mis buenas intenciones, irrumpe con fuerza.

-Ah, sí. -Asintió con un aire de grave sabiduría-. Lo sé todo sobre los viejos hábitos. Podría decirse que soy algo así como un experto en ese campo.

-¿De verdad? ¿Cómo puede ser?

-Trabajo en el negocio de abandonar viejos vicios. -Sacó una funda de seda negra y plateada del bolsillo, la abrió y tomó una de las pequeñas tarjetas blancas que había dentro-. Soy experto en reducción de tensiones y estoy especializado en ayudar a la gente a soportar los problemas de la vida moderna. Eso, por lo general, significa deshacerse de los viejos vicios. Doy consejos y vendo una fórmula nutricional especial, pensada para compensar los efectos metabólicos de la tensión.

Leonora miró la tarjeta. El nombre y el teléfono de Alex era lo único que aparecía impreso.

-¿Es usted caro? -preguntó.

-Mucho. Pero el dinero de verdad se va en el complemento nutricional. No se imagina lo ansiosa que se muestra la gente por tomarse una cucharada de medicina antes que realizar cambios sustanciales en su vida.

-Bonito trabajo, si es que es capaz de conseguirlo.

-¡Y que lo diga! -Le dedicó una sonrisa «gato de Cheshire»-. ¡Ya lo tengo! ¿Quiere venir a mi casa y vemos mis vídeos sobre reducción de tensiones?

-En alguna otra ocasión, quizá.

Alex soltó un teatral suspiro de lamento profundo.

-Muy bien, lo he entendido. No me va a dejar enamorarla sobre mi diván.

-¿De verdad tiene un diván?

-Claro. Los clientes esperan que lo tengas y, entre cita y cita, me proporciona un lugar en el que echar una siestecita.

-Es lógico. ¿Hace mucho que vive en Wing Cove?

-Hará un año que abrí la consulta. Si prefiere, puedo darle una relación de tratamientos, pero, probablemente, no pueda permitirse pagar mis servicios.

-Probablemente, no.

-Sin embargo, en ocasiones realizo trabajos benéficos.

-Gracias, pero en mi familia tenemos aversión a aceptar caridades.

Alex Rhodes había vivido en Wing Cove durante la estancia de Meredith en la ciudad, reflexionó Leonora. Se habrían conocido. Ya se habría ocupado Alex de que tal cosa ocurriera; y Meredith lo habría encontrado entretenido, por no decir otra cosa. Y lo que era aún más importante, lo habría considerado una fuente excelente de información. Un terapeuta especialista en reducción de tensiones, que ofrecía sus servicios al segmento de mayor poder adquisitivo del mercado, por fuerza conseguiría un montón de chismes sobre la vida privada de los clientes. Y de la misma manera que otros coleccionan antigüedades, Meredith coleccionaba chismes interesantes que más tarde podían revelarse provechosos.

-No necesito que me dé una relación de tratamientos -dijo-, y el único complemento nutricional que tomo son los que están recubiertos de chocolate.

-En su lugar, ¿puedo convencerla de tomar un café conmigo? Hay un sitio ahí al lado, en esta misma calle.

-Aún sigo buscando una razón.

-¿Qué tal porque, al divisarla desde el otro extremo de este pasillo del supermercado, quedé cautivado ante la visión que ofrecía al doblarse sobre el congelador para coger algo de su interior?

-¿Qué tal si lo intenta de nuevo?

Alex rió.

-Muy bien, le diré la cruda verdad. Tal como le he comentado esta es una ciudad pequeña. La mayoría de las mujeres en una edad cercana a la mía o están casadas o son clientas o son estudiantes. Nunca salgo con miembros de estas tres categorías, lo cual coarta gravemente mis posibilidades sociales en Wing Cove.

Entiendo.

-Soy un hombre maduro, inteligente y sensible, señorita Hutton. Y tengo necesidades.

-Seguro que sí.

-Lo que necesito -dijo con parsimonia- es conversar con una mujer interesante y culta sobre algo que no gire alrededor de una neurosis personal o un problema de relación que esté afectando a su capacidad de soportar la tensión o tener un orgasmo. Necesito una conversación desesperadamente, señorita Hutton. Creo que vendería mi alma por semejante conversación.

-Ah, bueno, en ese caso, tomemos un café.

Leonora pidió un té, por supuesto; Alex, un café exprés, por supuesto.

La pequeña taza de café fuerte y negro hacía juego con el resto del equipo.

Se sentaron en una pequeña mesa redonda próxima a la ventana. La clientela era una mezcla de personal docente, estudiantes y gente de la ciudad. Las paredes estaban pintadas en tonos cálidos

marrones y ocres, la madera del suelo había sido tratada para que pareciera vieja y gastada, y en una chimenea central abierta, situada en medio del local, ardía el fuego.

La niebla había vuelto. Al otro lado de la ventana era tan espesa que hacía difícil distinguir las tiendas y las galerías que se sucedían en la acera de enfrente.

-¿Le importa que le haga una pregunta? -dijo Alex.

-Depende de la pregunta.

-Me molesta mucho hacer esto. Pero antes de intentar impresionarla con la amplitud y profundidad de mi inteligencia y de mi cultura, necesito pedirle que defina su relación con Thomas Walker.

Leonora se interrumpió en su proceso de extraer la bolsa de té de la taza.

-¿Mi qué?

-He oído que cenaron juntos anoche. En esta ciudad, eso constituye una relación.

-Entiendo. -Dejó la húmeda bolsa en el platillo con sumo cuidado-· Sólo somos amigos.

-¿Es así? ¿Sólo amigos?

-Sí.

Alex reflexionó durante un instante y luego negó con la cabeza.

-No lo sé. Amigos es un término vago, ¿no le parece?

-¿Lo es?

Alex se repantigó en la silla, las largas y delgadas piernas extendidas, y la miró con sus brillantes ojos dorados.

-Por ejemplo, meses atrás, Walker fue «amigo» durante un tiempo de otra mujer que trabajaba en la Casa de los Espejos. Eran muy amigos. Incluso se podría decir que amigos íntimos.

«Meredith.»

Leonora se concentró en beber un sorbo de té. No era un mal té; tampoco es que fuera bueno. Tenía el sutil pero inconfundible regusto a té de bolsa. No tan horrible como el instantáneo, pero, ni de lejos, tan bueno como la infusión de hojas sueltas de primera calidad elaborada en una tetera adecuada.

«Muy bien, basta de rodeos. Se supone que estás aquí para hacer de detective privada.»

-Le diré una cosa -dijo Leonora con soltura-. Con absoluta rotundidad, mi relación con Thomas Walker no puede ser definida como íntima.

Alex asintió con la cabeza.

-Sólo quería estar seguro. Durante un tiempo, después de que dejaran de verse, salí con la otra «amiga» de Walker. No sé con certeza cómo le sentó. En una ciudad pequeña como esta, las cosas pueden llegar a ser un poquitín provincianas.

-Es agradable saber que tiene un código de conducta personal para su vida social,

-Más bien soy muy prudente. No me conviene una reputación de acostarme con las esposas y novias locales.

-¿Malo para los negocios?

-Muy malo.

-Se me hace comprensible. -No tenía nada que perder por poco atrevida, pensó-. Mi turno de hacer una pregunta personal.

-¿Qué ocurrió con su relación con la otra amiga de Thomas Walker?

-No salimos durante mucho tiempo. Entre usted y yo, creo que puede que hubiera tenido problemas con las drogas. Se fue de la ciudad unas semanas. Oí que se había matado en un accidente de tráfico.

Leonora empezó a levantar de nuevo la taza, pero cambió en seco de idea cuando se percató de que le temblaban los dedos. Volvió a guardarse la mano en el regazo.

-¿Está diciendo que esa mujer consumía drogas?

-No puedo jurarlo, ya me entiende. Estoy absolutamente seguro de que, delante de mí, nunca lo hizo.

-¿Dónde las conseguiría en una ciudad pequeña como ésta?

-¿No lee los periódicos? Hoy día se puede comprar esa basura como esa en cualquier parte. Además, ésta es una ciudad universitaria. Eso lo facilita aún más.

-Entiendo.

Qué difícil resultaba conseguir el nombre del cerebro local de las drogas. El trabajo de detective era duro.

-¿Cómo conoció a Walker? -preguntó Alex.

-Es mi casero. -Leonora se sintió satisfecha con su salida. Muy natural. Muy inocente-. Le conocí cuando alquilé mi casita de campo

Durante un instante, Alex la miró con expresión de sorpresa, como si no hubiera considerado aquella posibilidad tan prosaica. Luego, asintió con la cabeza. Ya más pensativo, y, tal vez, menos decidido. Más relajado.

-Es verdad -dijo-. Creo que Meredith comentó que se dedicaba a la rehabilitación de casas a lo grande. Me dijo que se había hecho con un par de casitas de veraneo que dominaban la cala y que proyectaba reformarlas.

-Estoy en la que todavía no ha sido reformada, pero es cálida y lo bastante cómoda para el tiempo que voy a estar en la ciudad.

-¿Cuánto espera que dure su trabajo en la Casa de los Espejos?

-He calculado que informatizar la colección me llevará como máximo unos meses. La catalogación original fue hecha con mucha claridad por un profesor que ideó un extraordinario sistema de clasificación bibliográfica. En cierta manera, se parece al empleado por la Biblioteca del Congreso, sólo que ha sido mejorado y ampliado enormemente para permitir distinciones de matiz muy sutiles en el tema...

-¿Dónde está la casa? -la interrumpió.

Según parecía, Alex no estaba muy interesado en los detalles de su actividad profesional en la Casa de los Espejos. Antes de que Leonora pudiera decidir si inventaba o no una respuesta falsa a la pregunta, se abrió la puerta del café. Leonora no tuvo que girar la cabeza para saber quién acababa de entrar. En relación con Thomas Walker, estaba desarrollando un sexto sentido.

Alex giró la cabeza y observó mientras Thomas Walker se acercaba hasta ellos. Se produjo un casi imperceptible endurecimiento en sus espectaculares ojos.

-¿Está segura de la naturaleza de su relación con Walker? –Preguntó- ¿Es sólo su casero?

Thomas llegó a la mesa.

-No lo menosprecies, Rhodes. La relación entre casero e inquilina está muy cerca de una intimidad sagrada. Respaldada por todo el peso y autoridad de varios siglos de ley, costumbre y tradición. Una suerte de matrimonio.

Leonora le lanzó una mirada de advertencia, de la que Thomas no pareció darse cuenta. Sacó una silla, le dio la vuelta y se sentó a horcajadas en ella. Apoyó los brazos en el respaldo y dirigió una sonrisa a Leonora.

-Estaba en la ferretería de enfrente y me pareció verla entrar. ¿Todo bien en la casita de campo?

-De maravilla, gracias.

-Si necesita algún trabajo de mantenimiento, no deje de comunicármelo.

-Lo haré.

Leonora levantó la taza y bebió un sorbo de té mientras intentaba averiguar qué era lo que estaba sucediendo allí. Los niveles de testosterona aumentaban con rapidez. ¿Había conseguido, sin darse cuenta, aquella cima de la destreza femenina que tiene lugar cuando una se convierte en el objeto de la devastadora lujuria de dos hombres dispuestos a luchar por el honor de conseguir sus favores?

¡Bah! Cosas como ésa no le ocurrían nunca a ella.

Alex consultó su pesado reloj de oro y apartó su silla.

-No me apetece marcharme, pero tengo una cita con un cliente. No puedo retrasarme. Encantado de conocerla, Leonora. Tiene mi tarjeta. Llámeme si necesita algún consejo para controlar el estrés.

-Lo haré.

Alex guiñó un ojo.

-Un día de éstos, me encantaría saber qué pensaba hacer con aquellas habas de soja congeladas. -Saludó a Thomas con la cabeza-. Nos vemos, Walker.

-Claro -contestó Thomas.

Alex se alejó camino de la puerta delantera de la cafetería. Recogió su largo abrigo negro del perchero, se lo puso y salió.

Thomas observó a través de la ventana mientras Alex desaparecía entre la niebla.

-¿Habas de soja congeladas? -preguntó sin dejar en ningún momento de mirar por la ventana.

-Son un maravilloso aperitivo bajo en calorías.

-Procuraré recordarlo. Creo que a Wrench le gustarían.

-Lo dudo. No me parece que Wrench sea del tipo al que la soja le despierte mucho interés.

-Sí, es probable que tenga razón.

Thomas volvió su atención hacia Leonora.

El hielo en sus ojos grises la cogió desprevenida.

-¿Algo va mal? -preguntó Leonora.

-¿Qué quería Rhodes?

Leonora dudó y, entonces, hizo un leve encogimiento de hombros.

-Me dijo que estaba deseando permitirse una estimulante conversación con una mujer soltera, que no fuera clienta suya, estudiante o esposa o novia de un cliente potencial.

-Conversación estimulante, ¿eh? Hubiera jurado que estaba pasando al ataque con usted.

Leonora bebió un poco más de té.

-Eso, quizá, también.

-Y usted, ¿estaba disfrutando de esa estimulante conversación?

-Le haré saber -dijo remilgadamente- que estaba haciendo de detective.

-¿No me diga? ¿Le importa si le pregunto por qué escogió a Rhodes para poner en práctica sus dotes detectivescas?

-Había dos razones muy poderosas. La primera, que encontré bastante interesante que se me acercara de manera inopinada, por así decir. Una especie de aparición en el pasillo de los congelados, si lo prefiere.

Thomas tamborileó levemente con un dedo sobre el respaldo de madera de la silla.

-Muy bien. Lo admito. Es interesante. ¿Alguna idea de lo que le llevó a entablar conversación?

-Según parece, mostré mi trasero de una forma extremadamente apetecible y provocativa al inclinarme sobre el cajón del congelador para sacar el ya mencionado paquete de habas de soja. -Bebió un sorbo de te-. Nunca me había ocurrido una cosa igual. Tal vez tenga que empezar a comprar soja más a menudo.

-Dudo que la soja tenga mucho que ver con eso. Los tíos tendemos a fijarnos en cosas como los traseros de las mujeres. ¿Cuál fue la otra razón para dejarse arrastrar hasta aquí a tomar un té y tener una estimulante conversación?

-Casi al principio de nuestra conversación, mencionó a Meredith.

Thomas guardó silencio durante un instante fugaz.

-¿Es verdad eso? -dijo en voz muy baja.

-Sacó el tema por propia iniciativa, sin que yo le indujera en absoluto.

-No fue muy sutil, ¿verdad?

-No. Tengo la sensación de que no tenía tiempo para serlo. Quería respuestas y las quería a toda prisa. También me dijo, sin que nadie se lo pidiera, que, después de que usted dejara de verla, él y Meredith habían salido durante algún tiempo.

-Eso se lo podía haber contado yo.

Leonora levantó la taza de té y lo miró por encima de la misma.

-Pero no lo hizo, ¿no es así?

Thomas se encogió de hombros.

-No creí que fuera importante.

-Tal vez se equivocara al respecto.

Thomas dedicó pocos segundos a pensar en el tema.

-Tal vez me haya equivocado, en efecto. Maldita sea, ¿Qué está pasando aquí? ¿Dónde demonios encaja Alex Rhodes en todo esto?

-No lo sé todavía. Pero sí puedo decirle que estaba muy preocupado por la naturaleza exacta de nuestra relación.

-¿Nuestra relación? -Thomas arrugó el entrecejo.

-Sí. Usted y yo. En el preciso instante en el que usted entró, me dedicaba a asegurarle que solo éramos casero e inquilina.

-Vaya, vaya.

-Por supuesto, se podría sacar la conclusión de que el señor Rhodes es un magnífico ejemplar de la noble y cabal especie de macho que no desea ser conocido por seducir a las novias de otros hombres.

-En otras palabras, que tal vez se haya enamorado en el pasillo de congelados, y simplemente estaba haciendo lo que cualquier hombre, asegurarse de que era soltera y libre antes de intentar ponerle las manos en su encantador trasero.

-Siempre, dando por descontado que yo le hubiera permitido ponerlas en mi encantador trasero, aun cuando dé la casualidad de que soy soltera y libre.

-Dando por descontado eso, claro -convino Thomas.

-Todo es posible en este viejo mundo loco. -Leonora exhaló un suspiro. -Pero, en cualquier caso no creo que la razón de invitarme e intentar interrogarme fuera un repentino acceso de lujuria.

Thomas le dirigió una mirada de aprobación.

-Es evidente que tiene una aptitud natural para los asuntos detectivescos. Muy inteligente por su parte el no dejarse engañar por las taimadas tácticas de Rhodes.

-Sí, soy listísima. Pero antes de nada he de admitir que siento una terrible curiosidad por saber a santo de qué se ha molestado en emplear tácticas tan arteras.

-Yo también. ¿Cree que tal vez sepa algo del dinero que Meredith sustrajo del fondo del legado?, ¿que se imagina que lo escondió en algún lugar antes de morir y, ahora, quizá, tiene esperanzas de encontrarlo?

-No había pensado en eso. -Arrugó la nariz-. Un millón y medio de pavos podría explicar gran parte de la lujuria simulada. Pero ¿cómo habría descubierto el chanchullo de Meredith? Ella no era de la clase de mujer que confía en un hombre, aun cuando se acostara con él.

-Yo descubrí que no andaba en algo bueno -le recordó Thomas en voz baja-. Con un ordenador y la ayuda de mi hermano.

-Pero no sospechó nada hasta que se fue repentinamente de la ciudad y tuvo el pálpito de que quizá fuera una buena idea comprobar las cuentas del legado. ¿Qué es lo que habría hecho que Alex se preocupara por su desaparición?

-Rhodes puede haber tenido sus propios motivos para sospechar que Meredith estaba preparando un timo.

-¿En qué se basa para decir eso?

-Me figuro que podrían haber tenido algunas cosas en común –dijo Thomas sin alterarse-. Meredith era una embaucadora. Por lo que a mí respecta, el preparado antiestrés que vende Rhodes le coloca en la misma categoría profesional. Dios los cría y ellos se juntan.

-¿Cree que Alex es un farsante?

-¿Me toma el pelo? El tipo cobra una fortuna por ese complemento nutricional que vende.

-Una gran cantidad de personas creen de manera incondicional en la medicina alternativa. Y con buenas y válidas razones.

-¿Le encaja Rhodes como practicante de la medicina holística?

Leonora dudó.

-De acuerdo, pongamos por caso que averiguó que Meredith estaba tramando algo. ¿Cómo se habría enterado de la desaparición del dinero del legado?

Thomas se encogió de hombros.

-Ni idea. Pero no podemos descartar la posibilidad de que lo esté buscando y crea que usted podría ayudarle a encontrarlo.

-En otras palabras -dijo Leonora en un tono neutro-, que Alex puede haberme ligado en el pasillo de los congelados por muchas de las mismas razones por las que usted me arrinconó en el apartamento de Meredith el otro día. Sabe que Meredith estafó un millón y medio de pavos y sabe que ella me conocía, así que yo podría saber dónde está el dinero.

A Thomas pareció irritarle la relación de acontecimientos.

-Tal vez nos haya reunido el dinero dijo-, pero ésa no es la razón de que seamos socios. Si no le falla la memoria, usted más o menos me chantajeó para que aceptara este arreglo.

-Ah, sí, es verdad. Lo había olvidado.

-Tiene una memoria selectiva.

-Mi formación como bibliotecaria, sin duda. -Se interrumpió-. ¿Sabe?, diría que hay una remota posibilidad de que Meredith le hablara de mí a Alex, aunque no es muy probable. Pero apostaría hasta el último centavo a que no le dijo nada del desfalco ni del dinero. Era muy prudente con sus secretos. Y lo que es yo, jamás supe que los confiara a nadie del género masculino.

Thomas meditó brevemente sobre eso.

-Tiene razón.

-No es por cambiar de tema, pero ¿qué ha hecho con Wrench?

-Está atado fuera, donde pueda comerse con los ojos a las hembras de la variedad cuadrúpeda.

Leonora enarcó las cejas.

-¿Quiere decir que todavía es capaz de disfrutar del sexo opuesto? Pensaba que cuando se saca un perro de un asilo, te obligaban a llevarte al animal castrado.

-Nunca le he explicado a Wrench los detalles de la operación. Pensé que lo deprimiría.

-Muy considerado por su parte ahorrarle los hechos.

-Es mi amigo. Un tío hace cosas como ésa por un amigo. ¿Lista para irnos? La acompañaré hasta la casita.

-Muy bien.

Se levantó.

Thomas la ayudó a ponerse el abrigo.

-A propósito, mientras andaba ocupada en su trabajo detectivesco, ¿se ha fijado por casualidad en los ojos de Rhodes?

-¿Quién no lo habría hecho?

-Raros, ¿eh? Nunca he visto a nadie con unos ojos así.

Leonora sonrió.

-Lentes de contacto de colores.

-... Y concéntrate. -Cassie adoptó la posición de medio loto, un tobillo metido en el pliegue del torso y el muslo-. Conéctate a la tierra, limpia tu mente y sumérgete en la quietud.

Deke siguió las instrucciones, doblándose en la postura final de la sesión. Intentó concentrarse en limpiar su mente, pero el proceso era desde luego, una contradicción en los términos. Después de todo, si te concentras en algo, no estás lo que se dice limpiando tu mente.

Eso resultaba especialmente cierto cuando su concentración estaba proyectada casi por entero hacia las exuberantes curvas de los muslos de Cassie.

La mujer tenía unos muslos excepcionales: llenos y turgentes y de elegantes curvas. Se exhibían, magníficos, en aquellas ceñidas mallas.

Pero todo lo relacionado con Cassie era excepcional. En opinión de Deke, era espléndida.

Si tuviera algo de sentido común, habría cancelado aquellas sesiones. Hacer yoga con ella siempre le resultaba difícil. Se estaba infligiendo una tortura.

-... Relájate y encuentra el nexo de tus líneas de energía...

Deke vivía para aquellas lecciones de yoga. Eran el punto brillante de su semana. No necesitaba buscar el nexo de sus líneas de energía; estaban todas fundidas en una dura erección.

Nada le gustaría más, pensó Deke, que una buena liberación. Si sólo...

Cassie lo estudió con expresión preocupada.

-Ésta no ha sido una de nuestras mejores sesiones -dijo-. Me da la sensación de que hoy eres incapaz de conectarte a la tierra. ¿Algo va mal?

Se dijo que debía reservarse la opinión. Ella era una profesora de educación física, no su mejor amiga ni su terapeuta, pero necesitaba hablar con alguien y ella era una mujer. A veces, las mujeres ven cosas que a los hombres se les escapan.

-¿Crees que Thomas se acuesta con Leonora Hutton? -preguntó.

-¿Cómo dices?

Había cometido un error. Lo supo en el momento, pero era demasiado tarde para echarse atrás.

-Los viste juntos anteayer, cuando viniste para nuestra sesión del martes. Sólo me preguntaba si sacaste la impresión de que podían tener una relación.

-Deke, los vi sólo cinco minutos; estaban a punto de salir, ¿recuerdas? ¿Cómo podría decirte qué clase de relación tienen? -Le dedicó una mirada feroz, se desenroscó y se puso en pie-. Además, Thomas es tu hermano, lo conoces mucho mejor que yo. ¿Tú qué piensas?

-No lo sé. A veces, resulta difícil leerle los pensamientos a Thomas, incluso a mí. Pero me pareció que había algo diferente en la manera en que estaba con ella. No podía dejar de mirarla; y parecía como inquieto. Como si quisiera levantarse y pasear. Dar vueltas por la habitación, quizás. Eso no es propio de él. Es el tipo más tranquilo y relajado que conozco, aun cuando esté con una mujer que da la casualidad que es, esto...

-¿Aun cuando esté con una mujer con quien está teniendo una aventura? -Cassie abrió la cremallera de su bolsa de deportes y sacó los pantalones del chándal-. ¿Es eso lo que estás intentando decir?

Había estado a punto de decir que Thomas siempre se mantenía tranquilo y sereno y en paz consigo mismo aun cuando estuviera con una mujer a la que por casualidad se estuviera tirando. Pero no quería utilizar el término “tirarse” delante de Cassie. Sonaba un poco crudo, y ella podría encontrarlo ofensivo. Además, por alguna razón, Cassie ya parecía un poco irritada.

-Sólo quería pedirte tu opinión -dijo entre dientes.

Cassie se enfundó los pantalones encima de las mallas con una rapidez y violencia inusitadas.

-Por lo que me has contado, desde que se divorcio, Thomas no ha sido lo que se dice célibe. Hace unos meses, salió una temporada con aquella mujer que trabajaba en la Casa de los Espejos. ¿Qué habría de extraño en que tuviera otro lío?

-Es sólo que, en esta relación, hay algo diferente. -Se esforzó en traducir en palabras la vaguedad de sus impresiones-. Algo diferente para Thomas.

Cassie se dobló por la cintura para atarse los cordones de sus zapatillas de deporte.

-¿Qué?

-Como te he dicho, cuando está cerca de Leonora, parece muy apasionado. Hay una especie de energía entre ambos.

-La atracción sexual produce una gran cantidad de energía entre las personas. Carga la atmósfera a su alrededor.

-Pero él no estaba flirteando. Era casi como si estuviera enfadado con ella. O, tal vez, consigo mismo. Pero esto tampoco me gusta.

Cassie se incorporó con brusquedad.

-La energía sexual es como cualquier otro tipo de energía. Si no se le presta atención o se le opone resistencia, puede originar un tipo de tensión que fácilmente se traduce en irritación o incluso en enfado manifiesto, la única manera de tratarla es reconocerla y canalizarla de una manera natural y saludable. Yo recomiendo concentrarse en la conciencia respiratoria.

Muy útil.

Deke se estremeció. La voz de Cassie tenía aquel tono seco e impaciente que siempre le confundía e inquietaba. Era como si estuviera sermoneando a un alumno que hubiera estado tozudamente lento.

-Nunca he visto a Thomas ponerse nervioso por una mujer. -dijo Deke.

-Es probable que esté tenso porque todavía no se han acostado. -Cassie alargó la mano para coger la parte superior del chándal y se lo enfundó por la cabeza-. Supongo que en cuanto empiecen una aventura, suponiendo que la empiecen, su relación se librará de muchísima tensión.

-¿Eso crees?

-El sexo es un medio excelente de reducir la tensión y de elevarla la sensación general de bienestar personal. -Las palabras quedaron amortiguadas por los envolventes pliegues del chándal-. Puede ser muy terapéutico.

-¿Terapéutico? ¿Lo dices en serio?

-Sí. -Asomó la cabeza por el agujero del cuello. Evitó mirarlo- En las circunstancias adecuadas, el sexo es una manera natural y saludable de revitalizar las líneas de energía.

-¿Circunstancias adecuadas?

-Me refiero a una situación en la que ambas partes se sienten libres y recíprocamente atraídas y gozan de buena salud.

Deke asintió con la cabeza.

-Thomas es libre y goza de buena salud y creo que se siente atraído por Leonora.

-Y ¿qué hay de ti, Deke? También eres libre y gozas de buena salud. Hace un año que perdiste a tu esposa, ¿de vez en cuando no piensas en tener una relación con una mujer?

-¿Yo? -¡Mierda! ¿Se había dado cuenta de su erección?- ¿Relación?

Cassie soltó el aire lentamente.

-Lo siento. No debería haberte dicho eso, no es asunto mío. Sólo soy tu profesora de yoga.

Deke no dijo nada.

Cassie se colgó la bolsa de deportes del hombro y se dirigió hacia la puerta.

-Te veo el viernes. Mientras tanto, sigue trabajando en la postura de la cobra. La fuerzas mucho y necesitas relajarla.

Abrió la puerta y salió antes de que Deke pudiera formular una respuesta.

Un silencio familiar volvió a reinar en la casa. Tenía la sensación de que no había manejado bien las cosas, pero por nada del mundo era capaz de adivinar qué es lo que había hecho para que Cassie se enfureciera. ¡Por el amor de Dios!, si sólo le había pedido su opinión acerca de la relación de Thomas y Leonora. Y, sin saber cómo, la conversación había girado hacia su inactividad sexual.

No necesitaba que Cassie le señalara lo vacía que era su vida sexual en esos momentos. Era demasiado consciente del hecho, sobre todo si ella estaba cerca.

Se acercó a la ventana más próxima y corrió las cortinas. Pasó a la ventana contigua y repitió la acción. Siguió por la habitación hasta que retornaron las sombras.

Una vez congregada e intensificada la cómoda y familiar penumbra, se dirigió a su escritorio y encendió el ordenador. Se sentó y se quedó mirando el resplandor de la pantalla. Había previsto continuar la búsqueda de cualquier cosa que pudiera descubrir sobre el asesinato de Eubanks, pero por alguna razón, se descubrió pensando en la lejana tarde en que él y Thomas, sentados en la cama del dormitorio de éste último, escucharon a sus padres acusarse mutuamente en la cocina.

En aquella época tenía nueve años; Thomas, trece. Sintió deseos de llorar, pero Thomas no lo hacía, de modo que él tampoco podía permitírselo

-Creo que van a divorciarse, Deke. He oído que papá decía algo de acudir a un abogado.

-¿Quieres decir como los padres de Jason?

-Sí. Lo más probable es que papá se vaya. Es lo que suele ocurrir. Me lo dijo Mark.

-Papá tiene una novia, ¿verdad?

-Eso es lo que dice mamá.

-¿Crees que, cuando papá se vaya, mamá tendrá un novio? -Preguntó Deke.

-Tal vez.

-Jason dice que, ahora, sólo ve a su padre una vez a la semana, no le gusta la mujer con la que se ha casado; dice que es una imbécil bonita, pero la verdad es que a quien odia es al gilipollas con el que sale su madre. Cuando el tipo se queda, duerme en el dormitorio de su madre y se apropia del mando a distancia.

Durante un rato, estuvieron escuchando los gritos amortiguados procedentes de la cocina. Deke abrazó la almohada que sujetaba y reprimió las lágrimas.

-Te diré una cosa, Deke: creo que jamás me casaré. Pero si lo hago, es seguro que no tendré hijos. Jamás les haría esto a mis propios hijos.

-Yo tampoco -dijo Deke.

-Pase lo que pase -prosiguió Thomas-, tú y yo nos mantendremos unidos.

-De acuerdo.

CAPÍTULO 9

-El preparado se elabora en función de las necesidades de su organismo -dijo Alex-. No hay dos clientes que se lleven la misma versión del producto, por la sencilla razón de que no hay dos personas exactamente iguales.

-Entiendo -dijo Elissa.

Alex abrió un armario y escogió una de las pequeñas botellas azules que había dentro.

-Además, el preparado ha de administrarse bajo supervisión. Un seguimiento riguroso resulta esencial. Éste es el motivo por el que insisto en que los clientes vuelvan al menos una vez a la semana a buscar su suministro.

Elissa observó la botella azul que Alex tenía en la mano.

-¿Qué contiene?

-En esencia, es una compleja mezcla de sustancias extraídas de diferentes especies de algas marinas. -Cerró el armario-. Mis investigaciones demuestran que la mayor parte de la gente carece de ciertos nutrientes esenciales que sólo se encuentran en el mar. Le recuerdo que, desde un punto de vista químico, nuestra sangre es muy parecida al agua marina. Con frecuencia, en tierra, nos vemos privados de diversas sustancias que son habituales en los entornos de agua salada. En consecuencia, a menudo funcionamos en un estado de tensión crónica de origen químico, y eso, con el paso de los anos, termina por pasar factura.

-Ya veo.

-Mi terapia se basa en el principio de la restauración en el organismo de los niveles adecuados de ciertos nutrientes y enzimas. Una vez que la química corporal vuelva a compensarse, podrá soportar la tensión con mucha más eficiencia.

-Eso sería maravilloso. -Elissa agarró el bolso-. Tenga la certeza de que, en mi estado actual, no lo estoy haciendo muy bien.

Alex se acercó hasta ella con la botella azul en la mano.

-En mi opinión profesional, lo mejor es atacar el problema desde dos flancos. Además de utilizar el preparado, recomiendo firmemente que siga una terapia.

Elissa se puso tensa.

-La verdad es que no deseo hablar de mi vida personal. No la podría discutir con nadie. Concerté esta cita sólo para poder probar su preparado.

-No se preocupe -dijo Alex con voz tranquilizadora-. No insistiré en lo de la terapia. Pero si no hiciera mención de sus efectos benéficos añadidos, faltaría a la ética profesional. Utilizo una modalidad terapéutica propia, que denomino especular. Es una especie de terapia regresiva de vidas anteriores. He conseguido unos resultados asombrosos con ella.

A lo largo de los años había mantenido la misma técnica en lo esencial, pero formaba parte de la rutina que, cada vez que abría una consulta, le asignaba un nuevo nombre. Estaba satisfecho con el término especular. Se le había ocurrido al poco de llegar a Wing Cove. Aquella ciudad y su monstruosidad arquitectónica, la Casa de los Espejos, le habían servido como fuente de inspiración en muchos aspectos. La mayoría, financieros.

-No creo en las vidas anteriores -dijo Elissa con inquietud.

-Mucha gente no cree en ellas. Es decir, hasta que empiezan a realizar la búsqueda personal. Los acontecimientos y traumas de nuestras vidas anteriores son a menudo la causa de la tensión de ésta, ¿entiende? Al explorar sus vidas anteriores y enfrentarse a las tensiones que hay en ellas, se puede reducir sus niveles actuales de estrés.

-Tal vez lo pruebe. Algún día. Ahora, ¿podría utilizar sólo el preparado?

-Sí. Pero, si alguna vez necesita ahondar, por favor, póngase en contacto conmigo. Soy un profesional titulado y puede confiar plenamente en que todo lo que se diga aquí se mantendrá en la más estricta confidencialidad.

Le dedicó su sonrisa tranquilizante, la que siempre hacía que los clientes confiaran en él, y le entregó la botella. En realidad, le traía sin cuidado, si, al final, se decidía por los tratamientos especulares. Elissa Kern era demasiado rígida y nerviosa para su gusto. No tenía ningún interés en acostarse con ella.

-Creo que verá que empieza a notar algunos de los benéficos efectos casi inmediatamente después de la primera dosis -dijo.

-Así lo espero.

-Se me hace extraño. -Leonora se llevó los prismáticos a los ojos y escrutó a través de las lentes-. La verdad es que nunca antes había espiado a alguien.

Thomas mantuvo sus compactos binoculares de gran potencia enfocados hacia la puerta principal de la casa alquilada de Alex Rhodes. La casa era vieja y estaba expuesta al azote de los elementos, en un bosquecillo situado a casi un kilómetro y medio del centro de Wing Cove. Según parecía, Rhodes era muy celoso de su intimidad.

-Obviamente lleva una vida resguardada.

-Obviamente. -Leonora giró los gemelos-. Supongo que el gran SUV negro es de Alex, ¿no?

-Si. Al tipo le gusta el negro.

-¿Qué hay del pequeño utilitario?

-Es muy probable que pertenezca a su cliente -contestó Thomas.

-¿Lo reconoce?

-No. Aunque sería interesante ver quién se mete dentro.

-Me pregunto si podríamos ser detenidos por esto -dijo Leonora.

-¿Por vigilar la casa de Rhodes? Lo dudo.

-Por si nos pillan, me gustaría recordarle que fue idea suya.

-Si no recuerdo mal, estaba bastante impaciente por venir.

-Muy bien, admito que la manera en que Alex se acercó a mí esta tarde fue muy sospechosa, y que, por supuesto, no quería que viniera aquí sin mí. Pero no veo qué vamos a sacar en limpio observando cómo entran y salen sus clientes.

-Se aburre, ¿verdad?

-Un poco -admitió-. Y también tengo frío. La niebla es cada vez más espesa,

-Le advertí que esto podría exigirnos algo de paciencia.

-No es lo que más tengo.

Thomas ajustó un poco el foco.

-Ya me había dado cuenta.

Leonora hizo una breve pausa.

-¿He de entender que usted si tiene paciencia?

-No creo en las prisas a menos que haya de verdad una buena razón y, según mi experiencia, rara vez la hay.

-Hummm.

Leonora guardó silencio durante un rato, pero Thomas no podía decir que estuviera inquieta.

-Pronto oscurecerá -señaló por fin-. Podría resultar complicado volver conduciendo a casa si la niebla no deja de aumentar. ¿Cuánto tiempo pretende seguir aquí?

-Lo que haga falta.

Leonora bajó los gemelos.

-¿No pretenderá pasarse aquí toda la noche, verdad?

-Es libre para irse cuando quiera -dijo él con suavidad-. Fue idea suya acompañarme.

-No dejo de quejarme, ¿verdad? -refunfuñó Leonora.

-Así es, pero no pasa nada. Lo hace muy bien. -Siguió observando-. Me pregunto por qué Rhodes tiene rodas las persianas de las ventanas bajadas.

-¿Las persianas? -Volvió a subir los prismáticos y las dirigió a la casa-. Tiene razón. Están todas bajadas, ¿no? Bueno, su hermano también las mantiene así.

-Sí, pero me parece que se debe a que está deprimido y a que le gusta pasar mucho tiempo delante del ordenador. Rhodes no parece deprimido y sabemos que no está delante del ordenador porque tiene un cliente. Lo cual nos deja otra posibilidad.

-¿Qué es?

Thomas bajó los prismáticos.

-No me extrañaría que Rhodes fuera la clase de terapeuta que se acuesta con sus clientas.

-No confía mucho en él, ¿eh? -dijo Leonora.

-«Nunca confíes en un tipo que usa lentes de contacto amarillas», una especie de divisa de la familia Walker.

Leonora reflexionó sobre el tema.

-Bueno, es probable que sea tan bueno como cualquier otro lema familiar. -Se interrumpió de golpe-. ¡Ahí está!

-¿Quién?

-La clienta de Alex. Acaba de salir por la puerta delantera. Se dirige a su coche.

-¿Una mujer?

Thomas subió los prismáticos a toda prisa. Los jirones de niebla reposaban pesadamente sobre el camino, pero aún había suficiente luz para permitirle distinguir a la mujer de hombros rígidos y pelo pardo rojizo que se introdujo en el utilitario.

-Elissa Kern -dijo-. ¿Cree que se la está tirando?

-Como bibliotecaria universitaria altamente cualificada, me niego a sacar conclusiones sin pruebas que las soporten. Pero debo admitir que eso explicaría sin ningún género de dudas las ventanas tapadas.

-Maldita sea. Pobre Ed Stovall.

-¿El jefe de policía? ¿Por qué lo lamenta?

-Porque me da la impresión de que desea a Elissa, bien que a su manera, un tanto maniática.

-¡Ah! -Leonora bajó los prismáticos-. Sería una pena, ¿verdad?

-Sí, pero no es asunto nuestro, a Dios gracias. Tenemos nuestros propios problemas.

Observó el utilitario de Elissa mientras desaparecía entre la niebla.

Luego, volvió a enfocar los prismáticos en Alex.

Rhodes esperó en el porche hasta que el coche de Elissa desapareció.

Luego, se volvió y entró en la casa. Thomas estaba a punto de sugerir que era hora de suspender la vigilancia y pensar en la cena cuando la puerta principal se abrió de nuevo.

Rhodes volvió a salir al porche, vestido con ropa de deporte y un chubasquero. Cerró la puerta con llave, se dirigió a la cancela del porche e hizo unos estiramientos. Cuando terminó, bajó los escalones y salió corriendo.

-No me extraña que esté en una condición física tan buena -murmuró Leonora.

-Un hombre de su edad debería pensárselo dos veces antes de ponerse a correr. Es malo para las rodillas.

-No parece que sus rodillas le den ningún problema.

-Las rodillas son traidoras. Nunca sabes cuándo se te van a salir. -Thomas dejó caer los pequeños gemelos en el bolsillo de la chaqueta-. Espere aquí, vuelvo en seguida.

Leonora lo miró con el entrecejo arrugado por el miedo.

-¿Adónde va?

-Siempre que yo esté cerca y el prójimo en cuestión no, pienso que debo aprovechar el momento.

-¿Para hacer qué?

-Para inspeccionar su casa.

-¿Qué? ¿Va a allanar su vivienda? -Su voz se elevó en las dos últimas palabras-. ¿Está loco? ¿Y qué pasa si Alex regresa inesperadamente? Podría hacer que lo detuvieran.

-Acaba de irse a correr. Lo más probable es que no vuelva antes de media hora. Tal vez más. Sólo estaré dentro unos minutos.

-No creo que sea una buena idea.

-Si le preocupa, no mire.

Empezó a alejarse entre los árboles.

-Oh, no, no lo haga. -Leonora echó a correr detrás de él-. Si insiste en hacerlo, iré con usted.

Al oír los pasos amortiguados de Leonora sobre la tierra húmeda, Thomas se detuvo y se volvió para encararla.

-No -dijo.

-No puede impedírmelo, Thomas. -Se paró-. Somos socios, ¿recuerda?

La obstinación de su tono de voz advirtió a Thomas de que iba a ser incapaz de evitar que lo siguiera. Siempre podía volver más tarde, cuando ella no estuviera.

-Muy bien, olvídelo. Tal como ha dicho, es una mala idea –Alargó la mano para sujetarle el brazo-. Vamos, salgamos de aquí.

-Sé lo que está pensando. -Se apartó a toda prisa, fuera del alcance de Thomas, giró sobre sus talones y empezó a dirigirse hacia la cabaña. -Planea volver en otro momento y hacer el allanamiento sin mí, ¿no?

-¡Maldita sea, Leonora, espere! -Consiguió alcanzarla-. Estoy de acuerdo con usted. Es demasiado arriesgado.

-Pero eso no lo detendrá, ¿eh?

A Thomas se le pasó por la cabeza agarrarla y tumbarla en el suelo de espaldas. En cualquier caso, creyó que Leonora no seguiría adelante con el plan.

¿Qué demonios se suponía que tenía que hacer un hombre con una mujer como aquélla? Miró en derredor. La incipiente noche y la niebla les proporcionaban una excelente cobertura. Lo más probable es que estuvieran bastante seguros durante el registro. Si entraban y salían con rapidez, deberían salir indemnes.

-Muy bien -dijo-. Aquí estamos. Merece la pena hacerlo.

Leonora inspeccionó las ventanas.

-¿Cómo vamos a entrar?

Thomas introdujo la mano en la chaqueta, sacó un pequeño juego de herramientas que llevaba en el cinturón y lo abrió. Escogió dos de las resplandecientes ganzúas.

-Con éstas -dijo-. Ahora vigile por si viene Rhodes.

-¡Jesús! Lo tenía planeado, ¿verdad?

-Nunca hago nada sin un plan. En ese aspecto soy una especie de obsesivo-compulsivo.

Subió los tres escalones de la puerta trasera y se puso a trabajar.

Le llevó menos de treinta segundos hacer saltar la cerradura.

-¡Vaya! -susurró Leonora-. ¿Dónde aprendió a hacer eso?

-Me dedico a reformar casas, ¿recuerda? Si instalas y reparas bastantes cerraduras a lo largo de los años, terminas aprendiendo su funcionamiento.

Se puso los guantes y abrió la puerta con cuidado. Se encontró escudriñando una pequeña habitación. De entre las sombras surgió un cubo de basura; en el suelo había un par de botas sucias; los estantes que ascendían por una de las paredes contenían el surtido habitual de cachivaches que uno espera encontrar en un trastero: una linterna, algunas pilas, una manguera de jardín, artículos de cocina.

Apoyada en un rincón, había una bolsa de palos de golf.

Detrás, Leonora se paró en el umbral. Miró por encima del hombro y luego le siguió al interior del trastero.

-No toque nada -le ordenó Thomas.

-No se preocupe, también llevo guantes, ¿ve?

Levantó una mano enguantada.

-No debemos tocar nada. No tiene sentido hacerlo sospechar.

Con la mano enguantada, cerró cuidadosamente la puerta y pasó al lado de Leonora camino de un estrecho pasillo que conectaba el baño y el dormitorio con el salón y la cocina. Se detuvo para dar tiempo a que la vista se le acostumbrara a la penumbra.

-Mire dónde pisa -dijo-. Esto está muy oscuro con las persianas bajadas.

-¿Qué estamos buscando?

-¿Cómo podría saberlo? -Recorrió el pasillo camino del dormitorio- Nunca he hecho esto antes.

-Pero fue idea suya. Creía que tenía un objetivo claro.

No le prestó atención y se puso a abrir un armario. En los estantes había un muestrario de pequeñas ampollas y frascos.

-Eche un vistazo a esto -dijo.

Leonora se acercó hasta pararse a su lado.

-Los ingredientes de su complemento nutricional, probablemente.

Thomas cogió una de las botellas.

-¿Cree que echará de menos una?

-¿Habla en serio? -preguntó Leonora con severidad.

-Sólo cogeré una pizca de un par de botellas. Rhodes no lo notará. Considérelo un muestreo aleatorio, una prueba de control de calidad de mercado.

-¿Dónde va a poner sus muestras?

Thomas regresó al pequeño trastero y se agenció unas bolsas de plástico.

-Esto servirá.

Abrió tres de las pequeñas ampollas y volcó una cantidad diminuta de los contenidos en cada una de las tres bolsas. Las selló y cerró el tapón.

-Veamos qué más encontramos.

Se dirigió al dormitorio.

El pequeño cuarto tenía una apariencia sorprendentemente corriente. Un tocador de madera, una cama y una silla constituían todo el mobiliario.

Thomas abrió la puerta del armario y se encontró con un muestrario de objetos negros: varias camisas, pantalones y vaqueros negros colgaban del perchero. Varios pares de botas y mocasines negros se alineaban en orden sobre el suelo. Del corbatero pendía un racimo de corbatas, negro sobre negro.

-¿Se ha dado cuenta del toque verdaderamente teatral de este tipo? -dijo-. Los falsos ojos amarillos, las ropas negras... es como si estuviera interpretando un papel. Es bastante sorprendente que no tenga un espejo encima de la cama.

-Por favor. -Leonora le dirigió una mirada enigmática- ¿Su animadversión hacia Alex se debe a que salió con Meredith una temporada después de que usted rompiera con ella?

-Eso no tiene nada que ver.

Era la verdad, al menos hasta ahí. Pero no era toda la historia. Thomas tenía que admitir que Alex Rhodes ni siquiera había estado en la pantalla de su radar hasta aquella tarde, cuando se había parado en la acera junto a Material de Fontanería y Ferretería Pitney para observar al tipo que escoltaba a Leonora al interior de la cafetería. En ese momento, le sacudió un ramalazo de profunda y pertinaz desconfianza hacia aquel hombre.

Pero no creyó que Leonora lo entendiera. Demonios, no estaba seguro de entender él mismo su reacción, aunque tenía la leve sospecha de que era demasiado mayor y estaba más que harto de ese tipo de cosas primarias dominadas por las hormonas.

Cerró el armario y abrió la mesilla de noche.

-Bueno, bueno, ¿qué le parece?

Leonora lo miró desde el otro lado de la cama.

-¿Qué hay ahí?

-Una gran caja de condones tamaño industrial. Lo cual sugiere, por supuesto, que Rhodes tal vez se acueste con alguna de sus clientas.

A juzgar por el hecho de que la caja estaba medio vacía, también era casi seguro que la vida sexual de Rhodes era mucho más interesante de lo que había sido la suya en los últimos tiempos. Pero, probablemente, aquel no fuera un pensamiento muy profesional para un detective aficionado.

Leonora se paró a su lado.

-¡Válgame Dios! Parece que ha utilizado bastantes. Tal vez sea de tanto correr.

Thomas cerró el cajón de golpe.

-Ya se lo he dicho, correr es malo para las rodillas.

-Entiendo, pero es muy probable que no use las rodillas en esta clase de asuntos.

-Si eso es verdad, el hombre carece de imaginación.

Thomas abrió el tocador y vio una pila de camisetas negras y calzoncillos negros. Cerró el cajón y abrió el siguiente.

Calcetines negros.

-¿Sabe? Sería bonito descubrir algunos extractos financieros o bancarios, pero no creo que sea una posibilidad real. -Cerró el último cajón y se paró para echar un vistazo a la habitación-. Rhodes me parece un tipo cauteloso. Dudo de que haya dejado algo útil por ahí tirado.

-¿Y ahora qué?

-Ocúpese del cuarto de baño. Busque recetas o cualquier cosa que parezca interesante-salió al pasillo-. Yo me encargaré del salón.

-De acuerdo.

Leonora desapareció camino del cuarto de baño.

Thomas dio vueltas por el ensombrecido salón. A primera vista, no parecía nada del otro mundo. El sofá estaba cubierto por un tenue estampado; en el suelo había una alfombra trenzada circular. Sobre un escritorio con la tapa bajada, reposaba un ordenador portátil.

Examinó durante un largo rato el ordenador, pero no se animó a llevárselo y, al contrario que Deke, carecía de habilidad para vencer las medidas de seguridad que utilizara Rhodes.

Entonces, volcó su atención sobre la gran mesa baja situada en la alfombra. Allí había algo raro. Se acercó, y vio que estaba cubierta de terciopelo negro; pudo percibir que, debajo de la tela, había un objeto.

El murmullo de desasosiego que lo asaltó fue tan inexplicable como primigenio, como el sentimiento de posesión sexual que había experimentado cuando entró en el café y encontró a Rhodes intentando seducir a Leonora. No del todo civilizado.

-Nada fuera de lo común en el baño -dijo Leonora detrás de él.

-¿Ha encontrado algo aquí?

-Quizá.

-¿Terciopelo negro? -Se le unió a toda prisa. -¿Y sin un Elvis pintado encima? No tiene buena pinta, ¿verdad?

-Parece muy extraño, eso es lo que parece.

Alargó la mano, cogió el terciopelo negro y lo retiró de la mesa

Un espejo circular cuya superficie reflectante estaba oscurecida por el tiempo, rodeado de un marco de metal de elaborada talla completamente deslustrado, brilló en las sombras.

El espejo no era una sencilla placa plana. De hecho, se componía de lo que, a primera vista, parecían ser varios círculos concéntricos de cristal. Cada burbuja producía un diminuto reflejo independiente ligeramente distorsionado. El resultado era una miríada de imágenes grotescas en miniatura que producían un efecto visual perturbador.

-Ajá -dijo Leonora-. Es verdaderamente raro.

-Ni yo mismo lo habría expresado con tan pocas palabras. Nunca había visto una cosa igual.

-Yo sí... en uno de los libros de la biblioteca de la Casa de los Espejos.

Leonora se inclinó para verlo más cerca. Había suficiente luz en el cuarto para revelar una pequeña imagen de su cara reflejada en cada una de las burbujas. Algunos de los reflejos la agrandaban; otros, la hacían parecer minúscula. A Thomas le asaltó una estremecedora sensación: era como si miles de pequeñas Leonoras estuvieran atrapadas dentro de las burbujas.

Sin pensar, alargó la mano, le dio un tirón y la alejó del espejo para que desaparecieran los distorsionados reflejos.

Leonora se asustó del repentino movimiento de Thomas, pero no opuso resistencia.

-¿Qué pasa? -preguntó.

-Nada -contestó Thomas, mintiendo entre dientes-. Sólo quería comprobar algo. -Bajó la mano para agarrar el borde del espejo y lo levantó parcialmente de la mesa. Era sorprendentemente pesado. Miró el desvaído número escrito en la parte trasera-. Es de la colección de la Casa de los Espejos. En el anverso hay un viejo número de inventario. -Volvió a dejar el espejo sobre la mesa-. Rhodes debe de haberlo robado.

Leonora le observó mientras arreglaba la cubierta de terciopelo negro sobre el espejo y la mesa.

-Cada una de las pequeñas burbujas es un diminuto espejo convexo o cóncavo -dijo Leonora-. No soy una experta, pero he estado investigando mucho durante los últimos tiempos. Presumo que data de principios del siglo XIX. Según lo que he leído, la tecnología necesaria para realizar este inusitado tipo de placa de espejo no se generalizó hasta finales del siglo XVIII. Sospecho que es muy valioso.

-Probablemente. -Walker contempló el terciopelo negro que cubría el espejo-. La pregunta es ¿por qué lo hurtó Rhodes y qué demonios está haciendo con él?

Leonora se encogió ligeramente de hombros.

-¿Para jugar con sus clientas?

Thomas pudo sentir que se le erizaba el pelo de la nuca. La adrenalina corría por todo su cuerpo. Era el momento de poner pies en polvorosa.

-¡Vamos! -Agarró a Leonora del brazo y la arrastró hacia la puerta trasera-.Ya hemos visto suficiente. Salgamos de aquí.

Leonora no opuso resistencia. De hecho, a juzgar por su buena disposición a moverse deprisa, Thomas tuvo la impresión de que estaba tan impaciente por salir como él.

Oyó los pasos en el porche delantero en el momento que abría la puerta trasera.

Rhodes había vuelto de correr.

Más que verlo, sintió el estremecimiento de miedo que sacudió a Leonora. La sacó a empujones por la puerta abierta y le hizo señas para que se dirigiera hacia los árboles envueltos en la niebla. Leonora se dio la vuelta y desapareció a toda velocidad, casi de inmediato, entre la niebla.

«Ahora la ves, ahora no la ves.»

De repente, entendió por qué Rhodes había vuelto inesperadamente pronto de correr. La niebla se había espesado mucho mientras él y Leonora estaban dentro de la cabaña. Cuando desaparecieran las últimas luces, allí fuera sería imposible verse la mano delante de la cara.

Las llaves de Rhodes sonaron en la cerradura.

Thomas oyó abrirse la puerta principal en el momento justo cuando cerraba la trasera con sumo cuidado.

Se agachó y buscó la protección de la niebla y los árboles.

-Por aquí -le susurró Leonora.

Vio moverse algo entre las sombras, a su izquierda, alargó la mano, avanzó a tientas y aferró la mano de Leonora. Juntos, se zambulleron en las profundidades de la húmeda neblina. La noche se cerró sobre ofreciéndoles seguridad y un nuevo tipo de peligro. A poca distancia, en el interior del bosque, eran casi incapaces de ver hacia donde se dirigían. Perderse o romperse la crisma por una larga rama colgante no entraban en los planes de Thomas. Y había otros riesgos: podían vagar durante horas en aquel húmedo y frío barrizal y acabar siendo presas de la hipotermia.

Hizo que Leonora se detuviera.

-Espere. Tengo que orientarme. No debemos alejarnos demasiado de la cabaña; es nuestro único punto de referencia seguro en este puré de guisantes.

En ese momento, detrás de ellos, surgió un débil resplandor entre la niebla.

-Gracias por encender la luz del porche, Rhodes –dijo en voz baja-. Justo lo que necesitábamos.

Apretó la mano de Leonora y se dirigió a la derecha. Mientras atravesaban los árboles, Thomas mantuvo el tenue resplandor de la luz del porche a su costado. El resultado fue una trayectoria que describió un arco con la casita en su centro.

Al cabo de unos minutos, salieron al camino de grava que conducía a la carretera.

-Muy bien -manifestó Thomas-, la grava tiene un crujido agradable. Como el de los cereales del desayuno. Mientras sigamos haciéndolo crujir, es que nos dirigimos en la dirección correcta.

-Nunca había visto una niebla tan espesa.

-Dicen en la ciudad que es la peor temporada de esta cosa que alguien haya visto en Wing Cove en años.

Alcanzaron el pavimento al cabo de un rato. Allí, en la carretera, la niebla parecía un poco más ligera. El SUV estaba donde se esperaba que estuviera, aparcado fuera de la vista detrás de una casa de veraneo vacía.

Thomas miró la casita abandonada con sus escalones delanteros desvencijados y las ventanas cerradas con tablas.

-A punto estuve de comprar esta casa en lugar de la que habita usted -le dijo a Leonora mientras abría la puerta del acompañante-. Era una auténtica ganga, aunque me alegro de haber cogido la otra.

-Yo también -replicó Leonora, metiéndose a toda prisa en el coche-. No estoy segura de que me gustara vivir tan cerca de un tipo que vende cosas indefinibles en botellas sin etiquetar.

-El emplazamiento lo es todo en el negocio inmobiliario.

La idea de que Leonora tuviera al bueno de ojos amarillos de vecino lo turbaba más de lo que estaba dispuesto a admitir, y no exactamente a causa del contenido desconocido de las botellas azules.

Se puso al volante y examinó la carretera. Ya podía ver la línea blanca.

Al menos durante un rato, la niebla se había aligerado y podían volver a Wing Cove.

Dentro del coche hacía un frío intenso. Thomas introdujo la llave en el contacto y puso la calefacción.

-¿Qué? -dijo, saliendo al asfalto-, nos salvamos por los pelos.

Leonora se cruzó de brazos y clavó la mirada en el parabrisas.

-Bueno, ¿qué esperaba? Seguimos siendo unos novatos en el ramo detectivesco. Estoy segura de que, tarde o temprano, le cogeremos el tranquillo.

CAPÍTULO 10

Al cabo de un rato, Thomas paró el coche en el camino de la casa de Leonora y apagó el motor. Leonora tuvo plena conciencia de la presencia de Walker allí, sentado a su lado en el asiento delantero. Resultaba consolador, por no decir extremadamente tranquilizador, tenerlo cerca. Había algo consistente y sustancial en Thomas. Se sentía, advirtió, reacia a dejarlo marchar.

-No me puedo creer que lo hayamos hecho -dijo.

-También ha sido un tipo original de excursión para mí. -Thomas pronunció las palabras sin entonación-. Si se trata de divertirse, prefiero ir a la ferretería y mirar destornilladores.

-Nos podrían haber detenido.

-Lo dudo.

Leonora giró la cabeza rápidamente para mirarlo.

-Si Alex nos hubiera pillado dentro de su casa habría tenido todo el derecho del mundo a avisar a la poli.

-Claro. Pero entonces habría tenido que explicar lo de ese espejo, que a todas luces ha robado en la Casa de los Espejos. Y algo me dice que no le gustaría que Ed Stovall registrara sus armarios y se llevara algunas muestras como nosotros.

A Leonora se le cortó la respiración.

-No cree realmente que Alex venda drogas, ¿verdad?

-Vaya usted a saber qué demonios vende ese tío. Aun si fuera azúcar en polvo, no le gustaría que se hiciera público que es un timador consumado. No, no creo que hubiera llamado a la policía.

Leonora soltó el aire poco a poco.

-Sin embargo, en retrospectiva, es posible que no fuera lo más brillante que hayamos hecho en nuestra vida.

-En una escala del uno al diez, le daría un dos.

-¿Ha hecho muchas tonterías?

-Claro. -Thomas reflexionó brevemente sobre aquello-Y a mi matrimonio lo consideraría la número uno. Sin duda, fue una tontería pero la verdad es que era mucho más joven entonces. La juventud siempre es una buena excusa. Hoy día, no funciona tan bien.

Leonora asintió con la cabeza.

-La única cosa que he hecho en mi vida que fuera más tonta que allanar esa casa fue hacerme novia del profesor Kyle Delling.

-¿Qué pasó con el noviazgo?

-Una tarde llegué a casa después del trabajo y lo encontré en la cama con Meredith.

Thomas hizo una mueca de dolor.

-¡Ay!

-Por supuesto, ella lo había dispuesto todo. Aquel día me llamó a la biblioteca y me dijo que había una emergencia y que tenía que ir a casa de inmediato. Lo calculó para que cuando entrara por la puerta, ella y Kyle estuvieran entre las sábanas.

-¿Por qué lo hizo? ¿Por pura crueldad?

-No de manera consciente. Estaba convencida de haberme hecho un enorme favor al demostrarme que Kyle era débil e indigno de mí. -Se frotó los brazos con brío-. Pero no estoy segura de que fuera una prueba justa.

-¿Por qué lo dice?

-Nunca conocí a un hombre que fuera capaz de resistirse a Meredith -Consiguió esbozar una sonrisita radiante y abrió la puerta-¿Sabe una cosa? O he cogido un poco de frío corriendo entre la niebla o estoy muy excitada. En cualquier caso, creo que podría administrarme un medicinal vaso de vino. ¿Le apetece un poco del mismo tónico?

-¡Claro!

Thomas ya tenía la puerta de la camioneta abierta y las llaves en el bolsillo.

Leonora sintió una oleada de alivio. Thomas no iba a dejarla sola todavía en compañía de sus nervios de punta. Después de todo, eran socios.

-La niebla vuelve a empeorar. Merece la pena que se quede a cenar. -Intentó dar la impresión de que la invitación era improvisada-. No tiene sentido que se juegue el cuello conduciendo hasta que esta cosa levante un poco.

-Trato hecho.

Leonora esperó a que Thomas diera la vuelta a la parte delantera del coche y se le uniera. Subieron juntos los escalones principales. Estaba oscuro. Se detuvo para buscar la llave en la palma de la mano con la ayuda de la luz del porche.

-Venga.

Abrió, pasaron al vestíbulo delantero y encendió una lámpara.

Leonora se miró de soslayo en el espejo al ir a colgar el abrigo y ahogó un leve gemido. No es precisamente una visión arrebatadora, pensó. Algunos mechones de pelo se habían soltado del moño; detrás de los cristales de las gafas, sus ojos mostraban un aire duro y tenso y las mejillas parecían huecas. El jersey negro de punto de nudo no contribuyó nada a alegrar el reflejo obtenido.

Thomas se quitó la chaqueta con un movimiento de hombros y se paró detrás de ella. Los ojos de ambos se encontraron en el espejo. Al contrario que el suyo, el aspecto de Thomas era espléndido, pensó Leonora.

Duro y fuerte y dueño de sí. Tuvo que reprimir un irresistible impulso de darse la vuelta y apoyarle la cabeza en el pecho.

Thomas cerró las manos sobre sus hombros.

-Tranquilícese. Sólo son las últimas sacudidas de la adrenalina. Pasará.

-Lo sé.

El peso de las manos de Thomas no tenía el efecto tranquilizador y balsámico que él probablemente pretendía. Pequeños chispazos de excitación chasquearon en las terminaciones nerviosas de Leonora. La energía bulló por todo su cuerpo.

De repente, deseó hacer mucho más que limitarse a ponerle la cabeza en el hombro. Miró la boca de Thomas en el espejo y se preguntó qué sentiría al besarlo. Se preguntó qué sentiría con la boca de Thomas en otras partes de su cuerpo. Se preguntó qué sentiría si aquellas grandes y hábiles apretaran sus pechos.

Y sus muslos.

Se preguntó si el tendría pensamientos parecidos.

«Adrenalina. Todo son los nervios y la adrenalina. Contrólate»

-Serviré el vino -dijo rápidamente.

Se metió a toda prisa en la anticuada cocina, abrió la alacena, sacó una botella de vino tinto y se puso a descorcharla febrilmente.

Cuando volvió al salón, Thomas ya tenía el fuego encendido.

Le entregó una de las copas de vino. Cuando él la recibió, los nudillos de sus manos rozaron ligeramente los de Leonora. Otra descarga de electricidad chisporroteó por sus sobreexcitadas terminaciones nerviosas. Se apartó tan deprisa que casi tira su copa.

-¿Se encuentra bien? -preguntó Thomas, esta vez con un dejo preocupación en la voz.

-Sólo un poco tensa. -Bebió un reconfortante trago de vino y miró alrededor, en busca de algo mundano y normal-. ¿Compró esta casa amueblada?

-No. -Thomas arrugo el entrecejo- Alquile los muebles. ¿Qué pasa? ¿No le gustan? No había mucho donde escoger. La empresa tenía tres lotes básicos y tuve que escoger uno.

-Están bien. Muy bien. -Bebió otro sorbo de vino-. Algunas de las piezas son bastante grandes, como ya le dije. La cama apenas entra. -Ah, caray, ¿quién demonios la mandaba mencionar la cama?-. Pero el sofá es fantástico. De verdad.

-Sí, la cama es muy grande, ¿verdad? -convino Thomas pensativamente-. Me di cuenta cuando me entregaron los muebles. Supongo que estaba pensando en mí cuando la escogí. Me gustan las camas grandes.

Leonora se vio incapaz de discurrir una réplica razonable a ese comentario. Se dijo que lo más inteligente que podía hacer en ese preciso instante era mantener la boca cerrada.

Durante un rato permanecieron de pie delante del fuego.

Leonora se quedó mirando las saltarinas llamas y se obligó a concentrarse en cosas más importantes. Las lentes de colores de Alex, el espejo y las pequeñas ampollas del armario acudieron a su mente.

-¿A qué diantres se dedica Alex allí? -preguntó finalmente cuando estuvo segura de que el tema de las camas grandes se había olvidado.

-Difícil saber a qué está jugando. Pero está metido en esto hasta las lentillas, estoy seguro.

Leonora dudó.

-Me dijo que vino aquí hace como un año. Eso significa que estaba en Wing Cove cuando Bethany murió.

Thomas lo meditó.

-Estoy completamente seguro de que ella no acudió a él en busca de ninguna terapia contra la tensión y de que no tomó ninguno de los complementos nutricionales que vende. Deke lo habría sabido. Créame. Cuidaba de Bethany.

-¿La cuidaba?

-Estaba tan enfrascada en su trabajo la mayor parte del tiempo que, más que un marido, necesitaba un tutor o un cuidador.

-Entiendo lo que me quiere decir. He conocido a un par de tipos verdaderamente brillantes que se ajustan a esa descripción. Le podrían dar una explicación matemática del origen de la materia a cualquiera, pero serían incapaces de emparejar sus calcetines.

Thomas asintió con la cabeza.

-Así era Bethany. Deke se ocupaba de todo por ella en lo relativo a las cosas normales de la vida cotidiana. Le llevaba la cuenta de las visitas al dentista, iba a la compra, le reponía el vestuario cuando lo necesitaba...Todo.

-Vaya. ¿No cree que tal vez eso fuera un problema para Deke?

-¿Qué quiere decir?

-¿Recuerda que le dije que parte de su depresión quizá proviniera de algunos problemas no resueltos en su matrimonio?

-¿Y qué?

-Pues que, sólo por hacer cábalas, ¿qué pasaría si se hubiera casado con Bethany porque la función de tutor atraía a su parte de caballero andante? ¿Qué si al final el hacer permanentemente de cuidador acabara perdiendo parte de su atractivo? ¿Qué si hubieran tenido problemas en su matrimonio y ella muriera antes de poder arreglar las cosas?

Thomas miró las llamas.

-Me gustaba Bethany, pero se que no podría haber sido feliz casado con ella. Por lo que sé, jamás hizo algo por Deke. En el fondo, no estoy muy seguro de cuánto, en realidad, le importaba mi hermano. Se sentía feliz dejándole que la cuidara y admirara su brillantez. Solía preguntarme si en realidad lo amaba o si sólo lo encontraba cómodo.

-¿Le importa si le pregunto qué ocurrió con su matrimonio? –dijo Leonora dulcemente.

-Acabó.

La absoluta falta de inflexión dijo mucho.

-Lo lamento.

Thomas bebió más vino.

-Estuvimos casados cuatro años, antes de que me abandonara por mi socio

-¡Aaaah!

-Sí. Eso lo resume con bastante precisión. ¡Aaaah! Pero la vida sigue.

-Sí.

-¿Sabe?, cuando mis padres se divorciaron, me dije que probablemente nunca me casaría; y que si lo hacía, estaba absolutamente seguro de que no tendría hijos.

-¿Para no tener que correr nunca el riesgo de hacerles pasar por el trauma del divorcio? -preguntó Leonora.

-Así es. Resultó que me tuve que fastidiar con mi decisión inicial de no casarme, pero, al menos, no hubo ningún niño a que hacer daño cuando acabé divorciándome. Me quemé, pero nadie más salió chamuscado. Aprendí la lección.

Momento de volver a cambiar de tema, pensó Leonora. Era deprimente escucharle hablar con tanta frialdad sobre su negativa a casarse de nuevo o ser padre.

-Volviendo al tema de Alex Rhodes -dijo Leonora con toda la intención-. Creo que tengo una idea.

-¿Cuál?

-Podría contratar algunas sesiones antiestrés.

-Ni lo piense.

Thomas fue rotundo.

-No está siendo lógico en esto, Thomas.

-Rhodes no le ofrecía una terapia antiestrés. Quiere acostarse con usted.

-No lo sabe.

-Lo sé.

-Thomas, sea razonable, necesitamos una pista. Alex es una pista.

-Quizá, pero no será usted quien la siga.

La ira estalló, y Leonora se asustó por su intensidad.

-¡Maldita sea!, nadie le ha nombrado jefe de esta operación .Estoy dispuesta a discutir las cosas con usted, pero, al final, somos socios en igualdad de condiciones. Tomo mis propias decisiones.

-Escuche -dijo Thomas con voz baja y áspera-. La última persona que tuvo contacto conmigo y que más tarde salió con Alex Rhodes está muerta. ¿Recuerda?

Unos dedos gélidos se deslizaron por la columna vertebral de Leonora.

-Meredith.

-Ajá. Meredith. No se ofenda, pero ambos sabemos que estaba mucho más capacitada para tratar con tipos como Rhodes que lo que estará usted en toda su vida.

Por alguna razón, quizá porque ya estaba tensa y con los nervios a flor de piel, la afirmación la ofendió. Mucho. Lo peor era que sabía que Thomas tenía razón. Meredith estaba mucho más capacitada para manejar a los hombres peligrosos. Lo sabía, pero no le gustaba y no estaba dispuesta a admitirlo.

Giró en redondo y se dirigió a grandes zancadas a la cocina.

-Me pondré con la cena. Es probable que la niebla no tarde en levantarse y estoy segura de que querrá volver a casa a ver a Wrench lo antes posible.

-¡Anda! -Thomas la siguió y se detuvo en el umbral de la cocina- Está furiosa, ¿verdad?

-En realidad no deseo hablar de eso.

-Y luego dicen que los hombres somos los que tenemos problemas para comunicarnos.

Leonora abrió con brusquedad el cajón del congelador y sacó el paquete de soja.

-No hay necesidad de llevar esto al plano personal.

Thomas permaneció inmóvil en la puerta de la cocina.

-Por si no lo ha notado, lo que hay entre nosotros ya es personal. Muy personal. Al menos, por mi lado.

-No, no me había dado cuenta.

Thomas abandonó la entrada de la cocina sin previo aviso. Antes de que Leonora se percatara de sus intenciones, Thomas se situó a sólo unos centímetros de distancia, irguiéndose sobre ella, envolviéndola en un campo de fuerzas invisible.

-¡Thomas!

Él dejó la copa de vino medio vacía en el mostrador que estaba junto al arcón con tanta fuerza, que Leonora se sorprendió de que no estallara. Thomas le cogió la cara entre las manos.

Pudo sentir la piel curtida por el trabajo de las palmas de las manos contra su garganta.

-Esto es lo que quiero decir cuando digo personal -le dijo Thomas en su boca.

La besó antes de que pudiera contener la respiración. Al contacto, las sobrecargadas terminaciones nerviosas de Leonora explotaron. El relámpago resultante fue tan ardiente que se asombró de que la soja que tenía en la mano izquierda no acabara friéndose.

«Categóricamente personal», pensó Leonora. Más personal de lo que podía recordar haber experimentado en mucho tiempo. Tal vez, en toda su vida.

Thomas la empujó hasta el borde del mostrador, apretándola contra él. Colocó una pierna entre las de ella. Movió la boca, y el beso se hizo mas intenso. Leonora se estaba derritiendo más deprisa que el contenido del cajón abierto del congelador.

Lo único que le importaba era el calor. En grandes cantidades. Vivía para el calor. Lo necesitaba, lo ansiaba, deseaba elevarse envuelta en él.

Había pasado tanto frío durante un tiempo tan prolongado que no estaba segura de poder absorber bastante cantidad de la energía incandescente que Thomas generaba.

Oyó un sordo «plaf» y fue vagamente consciente de que había dejado caer el paquete de soja en el congelador. Se abrazó a Thomas, buscando huir de la fría corriente.

Thomas masculló algo ininteligible y cerró el cajón del congelador una patada. Luego, colocó un fuerte y musculoso brazo alrededor la zona lumbar de Leonora, justo encima de las caderas, y le sostuvo la cabeza con la otra mano. Deslizó la boca por la garganta. Ella hundió los dedos en el pelo de Thomas, y se estremeció, pero no porque siguiera teniendo frío sino por que las manos de Thomas volvieron a moverse, cerrándose, acogedoras alrededor de la cintura de Leonora. La agarró, la levantó y, entonces los pies de Leonora dejaron de tocar el suelo. Pensó que él intentaba llevarla de vuelta al salón; en su lugar, la sentó sobre el borde del mostrador y se colocó entre sus muslos. La boca de Thomas no se separó ni un instante de su cuerpo.

Le estaba haciendo el amor, allí mismo, en la cocina; como si no pudiera esperar a llegar a la cama. Nunca había conocido a nadie que tuviera tanta prisa en eso; tampoco ella se había sentido jamás tan impaciente.

Era increíble. También resultaba intolerablemente erótico.

Temeraria, apretó los muslos alrededor de Thomas, que le metió las manos bajo el jersey. Entonces, se posaron en sus pechos desnudos. ¿Qué había ocurrido con su sujetador? Fuera como fuese, él había conseguido desabrochárselo sin que ella se diera cuenta.

Aquel hombre era realmente bueno con las manos; se sentía incapaz de esperar a ver qué más podía hacer con ellas.

La sangre le golpeaba con más fuerza en las venas y el fuego se hacia más ardiente.

Sin previo aviso, todo se interrumpió estrepitosamente.

Thomas se quedó inmóvil, como si hubiera topado con un muro.

Desconcertada, abrió los ojos y le encontró mirándola con descarada intensidad.

-Por casualidad –dijo Thomas con grave precisión-, ¿no tendrá a mano algo que resultaría muy útil en una situación como ésta?

Leonora parpadeó, tratando de reorientarse.

-¿Cómo que?

-Condones.

-¡Ah! -El realismo la sacudió. Sintió que se sonrojaba-. No. No tengo.

-¿Píldoras?

-No. -A esas alturas, era probable que tuviera un embarazoso tono rosado-. Es evidente que no previ que fuera a necesitar algo así en Wing Cove.

Holgaba decirle que no había necesitado nada desde que su noviazgo se había roto repentinamente.

-Hoy venía preparado para hacer saltar un par de cerraduras. –Le dedicó una sonrisa compungida y seductora y apoyó la frente en la de Leonora-. No para esta clase de excitación.

-¡Ah!

Leonora no pudo pensar nada inteligente que decir. Estaba desesperadamente agitada y lo sabía. Thomas se incorporó y retrocedió un paso.

-Bueno, como ninguno de los dos parece ser lo que podríamos llamar clarividentes o visionarios, creo que va a ser mejor que nos concentremos en la cena, ¿no le parece?

Leonora consiguió reprimir el terrible impulso de agarrarlo por el cuello y gritarle algo idiota del tipo “¡No puedes dejarlo ahora! ¡Estoy tan caliente que podría fundir el contenido de ese congelador!”

Por suerte, el sentido común prevaleció. Por supuesto que tenían que detenerse. ¡Dios mío!, ¿en qué demonios estaba pensando? Aquello no era amor ni un romance; era lujuria. Desatada, sin duda, por la sobrecarga de adrenalina que ambos habían sufrido aquella tarde.

-La cena. Sí. Esto es una locura. -Respiró hondo y se dio cuenta de que seguía sentada en el mostrador de la cocina-. Por no hablar de lo extremadamente insalubre.

-Quizá. Pero plantea una hipotética pregunta candente.

Leonora se metió varios mechones de pelo detrás de las orejas y bajó de un salto del mostrador.

... Y casi aterriza de manera ignominiosa sobre el trasero cuando sus rodillas amenazaron con disolverse. Tuvo que agarrarse al borde embaldosado para sujetarse. Era mortificante. Rotundamente mortificante.

Respiró hondo y recobró la compostura con un acto de voluntad.

-¿Qué hipotética pregunta candente? -preguntó Leonora.

-Que si cuando escogí la cama que está utilizando, lo hice, sin ningún género de dudas, pensando en mí.

Se olvidó de la soja cocida al vapor y de la deslumbrante exhibición de su, en apariencia informal, maestría culinaria con las que había pensado obsequiarle aquella noche. Abrió la puerta del frigorífico de un tirón alargó la mano para coger la fiambrera de plástico llena de los restos de ensalada de patata del día anterior. También cogió un poco de puré de garbanzos y lechuga que le había sobrado.

-Yo en su lugar no le daría mucha importancia a esa pequeña exhibición hormonal. -Cerró la puerta del frigorífico de un portazo y puso las fiambreras en el mostrador-. Nuestra enorme y aterradora aventura nos ha sobreexcitado a ambos. Demasiada adrenalina, como dijo antes.

La observó con una turbadora intensidad en los ojos.

-Échele la culpa a la adrenalina, si quiere. Pero, fuera lo que fuera no ha sido ficticio. ¿De acuerdo?

Leonora hizo como si no le oyera mientras se lavaba las manos en el fregadero. La faena le proporcionaba la excusa perfecta para seguir dándole la espalda.

-¿Leonora?

-¡Qué! ¿Por si no se ha dado cuenta, estoy intentando preparar la cena?

-Hace unos minutos no estaba fingiendo, ¿no es así?

-¡Ah, por favor!

Cogió el cuchillo y rebanó con violencia la barra de crujiente pan que había comprado el día anterior en la ciudad.

-Al menos, concédame eso. Está en juego mi amor propio de macho.

Leonora lo miró rápidamente por encima del hombro. Seductoras carcajadas brillaban en los ojos de Thomas. No le pareció que fuera un hombre con serios problemas de amor propio. Tuvo serias dudas de hubiera necesidad de asegurarle que su reacción había sido auténtica. Había sido descarada.

Por otro lado, la esposa de Thomas se había largado con su socio. Aquel tipo de cosas tenían que haberlo marcado.

-Que conste -dijo Leonora- que soy una actriz malísima. No finjo nada bien.

Luego, volvió a concentrarse en los bocadillos.

-Yo tampoco estaba fingiendo en lo más mínimo -concluyó Thomas con dulzura.

Leonora recordó la sensación del cuerpo notablemente excitado de Thomas entre sus piernas.

-Ya me di cuenta.

Cuando se sentaron para cenar a la mesa junto a la ventana, la atmósfera de la cocina había experimentado una sutil modificación. La cargada sensualidad seguía brillando en las corrientes invisibles de aire que la envolvían, pero también había ago más. Leonora fue consciente de una íntima calidez, cómoda y acogedora. Le hacía bien tener a Thomas allí, sentado frente a ella.

De repente, se arrepintió de haberle dado sobras para cenar.

La niebla se disipó mientras fregaban. Thomas cogió el abrigo del armario empotrado. Leonora lo acompañó afuera, abrazándose a sí misma para protegerse del frío de la noche clara y estrellada.

Thomas se detuvo y miró más allá de Leonora, hacia el pasillo de la pequeña casa.

-Tengo mucho trabajo que hacer ahí dentro. Cambiaré las ventanas y reharé el cuarto de baño empezando desde las cañerías. Aunque el suelo está bien. Roble macizo. Sólo necesito renovar el acabado.

Leonora siguió su mirada.

-¿Piensas permanecer en Wing Cove cuando haya acabado todo?

-Depende. Vine después de la muerte de Bethany porque me di cuenta que Deke tenía problemas. Calculaba quedarme por aquí hasta que se le pasara. Pero no estoy atado a Wing Cove; puedo hacer mi trabajo en cualquier parte. Y Wrench tampoco es exigente. ¿Y tú? ¿Estás atada a ese trabajo en California?

-Ya no. Puedo volver si quiero, pero ya veremos qué es lo que pienso dentro de un tiempo. -Le resultaba difícil de explicar, incluso para sí misma, pero aquel viaje a Wing Cove se le antojaba un momento decisivo en su vida. No podía descifrar la naturaleza de los cambios que se estaban produciendo, pero sabía que, tras aquella aventura, las cosas serían diferentes-. A lo único que estoy atada es a una persona: a mi abuela. Si yo me mudo, ella se mudará.

-Claro.

Thomas avanzó un paso y la besó. No le puso las manos encima.

Leonora podía haber retrocedido. Pero no lo hizo.

Thomas acabó el beso.

-No creo que fuera sólo la adrenalina -dijo con una mirada de satisfacción.

Bajó los escalones, se metió en el SUV y se alejó en la noche.

Leonora se fue a la cama y permaneció largo rato despierta, acostada en la oscuridad, pensando en lo que había sido tener a Thomas allí aquella noche. La situación ya era bastante complicada en sí, y añadirle una tórrida aventura al volátil brebaje seria harto imprudente.

Se obligó a centrarse de nuevo en los asuntos que la habían llevado a Wing Cove. Cuando aquello no la condujo a ninguna parte, se dedicó algún tiempo a reflexionar sobre lo que ella y Thomas habían visto en la cabaña de Alex.

Finalmente, se sumió en un agitado sueño.

... Y se zambulló de cabeza en una negra pesadilla.

Caminaba por un pasillo largo y sombrío cubierto de viejos y oscuros espejos. En alguna parte del corredor, la verdad estaba encerrada en uno de los espejos. Todo cuanto tenía que hacer era mirar en el espejo correcto y obtendría las respuestas que había ido a buscar.

Se detuvo delante de un recargado espejo inglés de estilo rococó y vio a Meredith en su interior, mirándola.

«Aún no te puedes dormir», le susurró Meredith.

Giró en redondo y se encontró a Alex Rhodes, que la observaba desde las profundidades de un espejo exagerado y grotesco. Le dedicó su inquietante sonrisa, invitándola a unírsele en algún juego íntimo. Pero algo en aquella sonrisa estaba equivocado. Cuando miró atentamente, los rasgos de Alex se doblaron y distorsionaron. Brillaron sus ojos amarillos.

Se apartó y siguió caminando por el infinito pasillo de espejos, buscando la verdad.

CAPÍTULO 11

Estaban sentados en la sombría habitación con el monitor resplandeciente, examinando las bolsitas de plástico sobre el escritorio de Deke. Wrench estaba tumbado de espaldas en el suelo, con las patas en el aire.

Thomas dejó caer el brazo por encima del borde del sillón y masajeó el vientre del perro con aire distraído.

-No os puedo imaginar a los dos allanando la casa de Rhodes. –Deke negó con la cabeza, evidentemente asombrado y, quizás, hasta con un poco de regocijo-. Me habría gustado estar allí para veros saliendo a toda prisa por la puerta trasera mientras entraba por la puerta principal.

-Créeme, no te has perdido nada.

-Terciopelo negro y un espejo misterioso, ¿eh? Supongo que hace juego con sus falsos ojos amarillos. Interesante.

-No sé lo que está tramando, pero está metido en el asunto hasta el cuello -dijo Thomas-. Hizo un movimiento con Leonora; le mencionó el nombre de Meredith. Es probable que intentara ver cómo reaccionaba. Lo único que se me ocurre es que conoce la existencia del millón y medio de pavos.

-El dinero está de nuevo a salvo en la cuenta del legado gracias a Leonora.

-Sí, pero Rhodes no tendría manera de saberlo, ¿no es así?

El regocijo de Deke se desvaneció.

-Estaba en la ciudad cuando Bethany murió.

-Lo sé. Pero no veo ninguna conexión. Excepto los rumores sobre drogas.

Deke tomó una de las bolsas y miró de cerca el polvo verde-azulado en una esquina.

-Si esta cosa es algún tipo de mierda ilegal, puede que debamos poner cuidado con lo que hacemos con ella. No quiero darle una excusa a Stovall para detenernos.

-¿Puedes hacerlo analizar con discreción?

-Claro. Conozco a alguien en el departamento de química. Un estudiante recién licenciado. Si le pagamos, lo hará.

-También necesitamos analizar a Rhodes.

-Eso -dijo Deke- lo haré yo personalmente. Sólo espero tener más suerte que la que tuve con mi otra investigación.

-¿No encontraste nada nuevo sobre el asesinato de Eubanks?

-Nada más que lo que dicen los recortes. Se supone que Sebastian Eubanks, ampliamente considerado como un tipo al que le patinaban las neuronas, fue tiroteado una noche por un ladrón al que sorprendió en la mansión. Jamás se arrestó a nadie. Fin de la historia.

Thomas se agarró a los brazos del sillón.

-Leonora está hablando de hacer de señora espía. Ha planteado que podía contratar una terapia antiestrés con Rhodes. Dice que sería una manera de acercarse a él, de conseguir más información a lo mejor.

Deke estudió las bolsas.

-Podría funcionar.

-Me importa un comino que pudiera funcionar o no. No va a hacerlo; no mientras yo tenga algo que decir al respecto.

-La cuestión es que no tienes nada que decir al respecto –puntualizó Deke.

Thomas lo miró.

Deke levantó la mano.

-Recuerda lo que te dijo aquel terapeuta al que estuviste yendo una temporada. Tienes problemas de control.

-Esto no es una cuestión de control. Es sentido común. –Se levantó de un salto del sillón y se acercó a la ventana más próxima. Corrió las cortinas de un tirón-. No quiero que esté a solas con ese hijo de puta ni cinco minutos. Rhodes trama algo. Lo puedo sentir. Puede ser peligroso.

Un silencio cristalino descendió sobre el cuarto. Sólo duró algunos segundos, pero fue más que suficiente para que se diera cuenta de lo mucho que había revelado. Deke no fue el único sorprendido.

-Claro, lo entiendo -dijo Deke-. Nunca se es suficientemente prudente con un tío que tiene falsos ojos amarillos.

«Cree que estoy celoso. -Thomas estrujó las cortinas-. Carajo, y tiene razón.»

Todo lo que había sido capaz de pensar después de dejar a Leonora era en lo mucho que había deseado no dejarla. Después de llegar a casa, había pasado un par de horas en el taller, perforando agujeros en algunos tablones que pensaba destinar a estanterías. El esfuerzo por distraerse de los recuerdos del sobrecalentado beso de la cocina resultó espectacularmente baldío.

Al despertarse, llevó a Wrench hasta los árboles de los acantilados, donde el perro podía correr sin la correa. Los dos merodearon entre los goteantes árboles durante casi una hora, mientras Thomas aceptaba la nueva realidad de su vida.

Deseaba a Leonora más de lo que había deseado cualquier otra cosa en mucho tiempo.

Con la aceptación llegó la necesidad de planificar y poner en marcha.

Así que, de acuerdo, tenía problemas de control. ¿Y qué? Se esforzaba mucho en mantener el control. Había practicado con diligencia desde las noches en que, siendo un niño atrapado en un dormitorio con Deke, escuchaba las riñas de sus padres, los dos temiendo irse a dormir porque, al despertarse, podrían descubrir que sus padres se habían marchado.

Había llegado a ser tan bueno en lo del control que cuando se enfrentaba con situaciones que no podía dominar físicamente, al menos era capaz de dominar su propia reacción emocional a los acontecimientos.

Su divorcio, por ejemplo. Al final, se había enfadado más por la disolución de la sociedad mercantil perfecta que por la destrucción de su matrimonio. Lo cual, probablemente, no decía mucho del matrimonio, pero ése era, otro problema.

El balance final era que, por primera vez, con Leonora tenía conciencia de sentirse tenso e inquieto, sin un control total. Necesitaba hacer algo, algo.

Antes de llegar a casa de Deke, arregló el cajón de la mesita de noche.

No fue fácil. Se vio obligado a sacar una linterna. El mando de la televisión, algunos cables, un montón de revistas financieras, una caja de pañuelos, tres plumas y un bloc de notas para encontrar la caja de condones que, de alguna manera, había conseguido llegar al fondo del cajón.

Abrió la caja y tras extraer dos de los paquetitos, se los metió en la billetera. Luego, con sumo cuidado, volvió a guardar la caja donde pudiera encontrarlos con rapidez. Y a oscuras.

No era mucho en cuanto a una acción concreta, pero algo sí.

Un hombre tenía que pensar con actitud positiva.

Oyó el sordo chillido detrás del panel de la pared en el momento en que sacaba la bandeja «C» del viejo archivador de madera. Al débil ruido le siguió un apagado murmullo de voces. Julie Bromley y su novio, Travis, estaban realizando otra vez su número de desaparición de la hora de la comida, utilizando el tramo oculto de la escalera de servicio que subía al tercer piso.

Se concedió unos minutos para averiguar por dónde iban, señalando los avances por los crujidos y gemidos de la oculta escalera. Cuando los ruidos cesaron, cerró el cajón del archivador, salió del despacho y se dirigió a la puerta de la biblioteca para comprobar el largo pasillo central inundado de sombras.

Bajo la débil luz, los viejos espejos brillaban con malevolencia. De abajo, de la primera planta de la mansión, no ascendían ruidos de actividad.

Satisfecha de que todo el mundo estuviera comiendo, se dirigió a la estrecha puerta situada en los paneles de madera próximos a la biblioteca y la empujó. Se introdujo con cautela en el pequeño espacio del otro lado y dejó que el panel se cerrara detrás de ella.

Las voces de Julie y Travis se filtraban desde el piso de arriba. En lo alto, en alguna parte, se abrió y se cerró otra puerta.

Leonora sacó el fino bolígrafo-linterna que se había escondido en el bolsillo aquella mañana y encendió el exiguo haz. El estrecho rayo, reveló la escalera de caracol, que se enroscaba sobre sí misma y desaparecía en las sombras. Las huellas de los zapatos de Julie y Travis resaltaban en la capa de polvo que cubría los angostos peldaños. A juzgar por las cuantiosas manchas borrosas en la espesura de la mugre, era evidente que la pareja realizaba esta excursión a la prohibida tercera planta con asiduidad.

Empezó a subir prudentemente la escalera. Los escalones eran tan estrechos que los talones le colgaban sobre el borde de los peldaños. ¿Cómo demonios se las arreglarían los sirvientes de antaño, cargados como debían de ir con pesadas fuentes de plata o pilas de ropa de cama, para ascender por aquellos escalones traidores? Era asombroso que no se cayeran y se rompieran el cuello.

A mitad de la acaracolada escalera, uno de los escalones crujió con fuerza bajo su peso. Era el revelador sonido que oía en la biblioteca cuando Julie y Travis subían allí, pensó.

En lo alto de la escalera, encontró otra puerta delgada empotrada en el panel de madera. La puerta se abrió girando sobre unos goznes chirriantes. Traspuso la entrada y se encontró en un pasillo estrecho y sin luz, mucho más angosto que el de la planta inferior. Antaño, debía de haber sido la zona de la casa donde los sirvientes y los invitados menos importantes tenían sus habitaciones. La única luz procedía de unas pequeñas ventanas situadas a ambos lados del pasillo.

Allí arriba, advirtió, no había alfombras. El piso de madera no había sido barrido ni abrillantado en muchísimo tiempo. Resultaba fácil seguir en el polvo las huellas de las pisadas.

Avanzó con lentitud por el pasillo. Filas de espejos antiguos colgaban de las paredes, igual que en todas las demás partes de la casa. Pero, al contrario de los bien conservados de las dos primeras, estaban todos cubiertos de una densa acumulación de mugre.

Los marcos de metal habían perdido el lustre de manera lamentable; los de madera aparecían resquebrajados por varios sitios. Las piezas de las esquinas se habían perdido, y los acabados dorados de las águilas y las volutas estaban cuarteados y despostillados.

Rajaduras finas como pelos o con forma de tela de araña aparecían en la mayoría de las superficies reflectantes. A otros espejos se les habían caído grandes fragmentos de cristal, dejando las esquirlas en punta del espejo primigenio en el marco. Las capas de suciedad acumulada en los restos de cristal eran tan espesas que Leonora no pudo ver su imagen en ninguno de ellos mientras pasaba por su lado.

Los ocasionales espacios vacíos de las paredes señalaban los lugares de donde se había sacado un espejo. Presumiblemente, los más valiosos e interesantes se habrían bajado para añadirlos a la colección principal. A efectos prácticos, los que allí habían quedado estaban en depósito a largo plazo. Se preguntó si el extraño espejo de la casa de Alex habría sido robado de aquella planta.

Además de los espejos, allí arriba también se habían ido acumulando diversos muebles victorianos viejos y pesados. Un par de largas mesas de madera emergían de entre las sombras, a ambos lados del pasillo. En el extremo más alejado del corredor, Leonora pudo ver un armario alto que sobresalía de la pared.

A mitad de pasillo, las pisadas en el polvo se detenían delante una puerta.

Un surtido de gemidos sordos reverberó a través de los paneles. Era evidente que había descubierto el refugio secreto de Julie y Travis.

–Ah, sí, ah, sí, ah, sí, cariño, esto me gusta mucho.

La voz de Travis se elevó en un gruñido ronco de inconfundible satisfacción masculina.

Leonora se ruborizó. Allí de pie, en el pasillo, escuchando el intercambio sexual de Julie y Travis, se sintió como una mirona. Muy bien, tal vez no exactamente como una mirona; en realidad, no podía ver, recordó. Sin embargo, se trataba de una sensación muy incómoda.

Avergonzada, se alejó a toda prisa. No había ninguna excusa para merodear por allí. El pequeño misterio estaba resuelto: las razones de la pareja para desaparecer en aquel piso eran evidentes.

Valía la pena aprovechar la oportunidad para echar un rápido vistazo alrededor antes de bajar.

Cuando llevaba recorridas tres cuartas partes del pasillo, oyó que se abría una puerta a sus espaldas. El pánico chisporroteó por todo su cuerpo. Se escondió detrás del primer gran objeto que encontró, un armario antiguo, y contuvo la respiración.

-Tu cremallera -dijo una apremiante Julie-. ¡Tío! ¿Estás loco? Súbetela. Si la señora Brinks te ve así, me despide casi seguro. Los dos sabemos que no puedo permitirme perder este trabajo.

-Tranquila. -Un suave sonido sibilante anunció que Travis había remediado el descuido-. Mira. Limpio y arreglado. ¿Contenta?

-En serio, Travis. -La voz de Julie se agudizó. Te lo digo en serio, si haces que me despidan, lo vamos a lamentar los dos.

-No te preocupes, todo va a ir muy bien. ¿Lista?

-Sí. Deprisa.

Leonora oyó crujir la puerta de la escalera de servicio a abrirse.

-¿A qué tanta prisa? -preguntó Travis-. Brinks se ha ido a comer a la ciudad, ¿no te acuerdas? No volverá antes de una hora por lo menos.

-Hay algo que necesito hacer si tengo oportunidad.

-¿De qué se trata?

La puerta de acceso a la escalera de servicio se cerró apagando la respuesta de Julie.

Se hizo el silencio.

Leonora esperó unos segundos y luego salió de la sombra protectora del armario. Regresó por el pasillo hacia la puerta del panel y se metió en el diminuto hueco de la escalera.

La bajada por la angosta escalera resultó más precaria que la subida. Se lo tomó con calma, manteniendo el fino haz de la linterna enfocado hacia los escalones.

A mitad de camino, divisó la fina rendija de la sombra ligeramente más luminosa que señalaba la puerta que se abría al pasillo de la segunda planta.

Estaba a punto de seguir bajando cuando, por el rabillo del ojo, atisbó una segunda línea de sombra menos densa en la pared de su izquierda.

La que separaba el despacho de la biblioteca de la escalera.

Eso explicaba por qué había oído a Julie y a Travis subir y bajar la escalera de servicio con tanta nitidez a través de la madera. Había otra puerta en el rellano que, en otro tiempo, se habría utilizado para atender el servicio de la biblioteca.

Siguió bajando los escalones, moviéndose con cuidado, no solo por razones de seguridad, sino para evitar hacer ruido. Lo último que necesitaba era que alguien que pasara por el pasillo de la segunda planta la oyera y se pusiera a investigar los extraños sonidos provenientes de la escalera. Las explicaciones serían embarazosas.

Se detuvo al pie de la escalera para dirigir la linterna hacia la segunda puerta. Se hizo una idea mental de la disposición del pequeño despacho. El fichero estaba justo al otro lado de esa pared. Era evidente que, tiempo ha, alguien había resuelto que la escalera de servicio ya no era útil y que, por tanto, no había razón para no arrimar el pesado fichero contra la pared.

Estaba a punto de apagar el bolígrafo-linterna y salir al pasillo cuando percibió el débil brillo del oro. Tuvo un escalofrío. Bajó el haz de luz hasta la rendija que señalaba la base de la estrecha puerta que otrora se abría a la biblioteca.

Aproximadamente algo más de un centímetro de lo que parecía el extremo colgante de una pulsera o un collar se había quedado atascado bajo el borde del panel de madera. En la oscuridad, casi era invisible. Si no se hubiera percatado de la segunda puerta y hubiera dirigido la linterna en esa dirección, jamás lo habría visto.

¿Cómo es que alguien podía perder una joya en un lugar tan extraño?

Tal vez la hubiesen dejado encima del archivador; podía haberse caído por la parte de atrás y aterrizado en el suelo de detrás del mueble.

Pero, en ese caso, ¿cómo es que una diminuta sección de la joya había terminado debajo de la vieja puerta de servicio?

La curiosidad, mezclada con una inexplicable sensación de terror, tiró de ella hacia el pedazo de oro. Se detuvo delante de la puerta del panel buscando una manera de abrirla.

Unos crujidos al otro lado de la pared hicieron que sintiera frío.

Alguien estaba en el despacho de la biblioteca.

Oyó abrir y cerrar los cajones del escritorio. Quienquiera que fuera se movía con rapidez, como si temiera ser sorprendido.

Poco después, cesaron los crujidos. El débil eco de unos pasos apurados por los pasillos de las estanterías le anunció que el intruso se había marchado.

Esperó hasta oír que los pasos se alejaban de la puerta del pasillo antes de dirigirse a la puerta oculta y abrirla con sumo cuidado.

Asomó la cabeza al pasillo justo a tiempo para ver a Julie Bromley doblar la esquina y desaparecer por la escalera principal.

Pensó en el hecho un momento y regresó a la otra puerta de servicio.

Con el archivador tan pegado contra la pared del otro lado, era imposible empujar el panel de madera hacia el interior del despacho. Tuvo que tirar de él.

Casi se había resuelto a volver a la biblioteca para buscar una regla o algún otro objeto que pudiera utilizar como palanca y abrir la puerta, cuando se dio cuenta de la pequeña depresión en el panel. Tenía el tamaño justo para permitirle meter los dedos.

Tiró con suavidad. La puerta gimió, reacia a moverse sobre sus viejos y oxidados goznes. Pero, al final, consiguió abrirla.

Se halló mirando el macizo maderamen posterior del archivador.

Cuando enfocó la linterna hacia el suelo, vio la pulsera.

Con dedos temblorosos, alargó la mano para recoger la delgada tira de eslabones de oro. No necesitó ver el nombre grabado en la pequeña placa para identificar la pulsera. La reconoció de inmediato.

Apretó los dedos alrededor de la cadena de oro y cerró el panel. Se dirigió a la otra puerta y salió al pasillo desde el oscuro hueco de la escalera.

Un momento más tarde, estaba de nuevo en el despacho de la biblioteca. Miró a su alrededor, examinando las cosas con atención. Sobre el escritorio, algunos utensilios estaban torcidos. Nada evidente. Con seguridad, no habría advertido la nueva posición de la pluma y el bloc si no hubiera estado sobre aviso.

Tiró del cajón inferior del escritorio y sacó su cartera. En cuanto abrió el cierre y miró dentro, vio de inmediato que el contenido había sido alterado.

Cogió su billetero, lo abrió y contó rápidamente el dinero que había.

Estaba todo. También las tarjetas de crédito. Pero si Julie Bromley no había ido allí para agenciarse algo de dinero fácil, ¿por qué había estado registrando el despacho?

La inquietud sacó a Thomas del taller a última hora de la tarde. Wrench lo miró desde su vacío cuenco de comida.

-¿Te apetece dar un paseo? -le preguntó Thomas.

Wrench se dirigió a la puerta delantera con un brioso trote. Thomas cogió las llaves, los prismáticos y la chaqueta, y salieron.

Una vez fuera, Wrench subió de un salto al asiento del acompañante del SUV y adoptó su postura habitual, la de escolta armado. Thomas se puso al volante y encendió el motor.

Condujo hasta la casita abandonada próxima a la de Alex Rhodes, aparcó el SUV detrás de la vieja estructura, se apeó y cerró.

A través de los árboles húmedos, se dirigieron juntos al puesto estratégico que Thomas había descubierto con Leonora la víspera.

Wrench se entretuvo investigando perfumes y olores, mientras Thomas se acomodó con los prismáticos.

No estaba seguro de lo que esperaba descubrir. Tan sólo había sentido la necesidad de salir de casa durante un rato, y espiar a Rhodes era una manera de pasar el tiempo como otra cualquiera.

Una hora más tarde, cuando estaba a punto de volver al SUV con Wrench, un pequeño y baqueteado Ford se detuvo en el jardín delantero de la casita.

Una joven con vaqueros y una chaqueta roja de piel salió del automóvil. Llevaba el largo pelo recogido en una coleta.

-No es su tipo habitual de clienta -le dijo a Wrench-. A juzgar por la vieja cafetera que conduce, no creo que pueda permitirse el preparado antiestrés de Rhodes. Entonces, ¿qué está haciendo aquí?

Oyó el coche de Leonora en el camino de acceso a su casa justo cuando se disponía a asomarse por duodécima vez a la ventana del salón, para comprobar si se encendían las luces de la casita del otro lado de la cala.

El hecho de que Leonora le visitara por voluntad propia le produjo o una descarga general de placer. La molesta sensación que le había estado preocupando todo el día se desvaneció bajo la avalancha de expectativas.

-Muy bien. Perfecto. Esto está muy bien, Wrench. Es una señal muy positiva.

Wrench ya se había incorporado para dirigirse al montón de sus pertenencias personales.

Thomas abrió la puerta principal. Leonora subió los escalones con aspecto tenso, pero no como el de una mujer decidida a entregarse al salvaje abandono sexual. Apretaba algo en su puño.

-¿Qué pasa? -preguntó Thomas.

-Encontré esto hoy. -Leonora dejó caer la pulsera de oro encima de la mano de Thomas al entrar en el vestíbulo-. Era de Meredith.

Wrench hizo acto de presencia, en la boca un juguete para mascar de cuero penosamente roído. Se sentó sobre las ancas delante de Leonora y dejó caer a sus pies el hueso de imitación.

Leonora se detuvo, cogió el juguete y acarició la cabeza del perro.

-Gracias, Wrench. Es precioso.

Wrench quedó satisfecho con la respuesta.

Leonora entregó su chaqueta a Thomas, entró en el salón y se paró junto a la ventana, los brazos cruzados con fuerza a su alrededor.

Thomas examinó la pulsera. Había una pequeña placa de oro con el nombre de Meredith grabado.

-Se la di cuando se licenció en la universidad con una nota media increíble. Su boca se curvó en una sonrisa irónica -Por supuesto, eso fue antes de que descubriera que había estado jugando con la base de datos informáticos en la secretaría de la universidad para ajustar las calificaciones definitivas.

Thomas examinó los retorcidos eslabones que tenía en la palma.

-¿Dónde la encontraste?

-Detrás del fichero del despacho de la biblioteca. Allí hay una puerta que se abre a un tramo de la escalera de servicio. ¿Sabes?, desde que se la regalé, nunca vi a Meredith sin la pulsera. Incluso la llevaba puesta el día que la encontré con Kyle en la cama.

Thomas levantó la vista de repente, atrapada su atención por una expresión de triste resignación de la voz de Leonora. Desde donde estaba podía ver la cara de Leonora de perfil. Parecía estar fascinada por el espectáculo que ofrecía la cala.

La luz de las llamas de la chimenea confería un brillo tenue a su jersey de seda color caqui. La prenda tenía el escote cerrado y las mangas largas. Se ceñía a los hombros elegantemente esculpidos de Leonora y rozaba sus senos pequeños y elevados. Los pantalones que llevaba también eran verdes, un tono varias veces más oscuro que el jersey. El pelo iba cogido en su acostumbrado moño lacio y brillante.

Se obligó a volver su atención a la pulsera rota.

-Recuerdo habérsela visto en la muñeca -dijo sin parar de pensar.

Leonora lo miró por encima del hombro. La gélida irritación que brillaba en sus ojos hizo que Thomas agarrara la pulsera con más fuerza.

-¿Qué pretendes que haga? -dijo-, ¿que simule que no tuve una aventura con ella?

-Por supuesto que no. -Leonora se dio la vuelta hacia la ventana-. ¿Con qué objeto? Sé la verdad. Ya hay bastantes mentiras y medias verdades flotando alrededor como para eso.

La ira de Thomas estalló, cogiéndolo desprevenido. Atravesó la estancia en tres zancadas y se detuvo justo detrás de Leonora. Lo bastante cerca para captar su perfume. No la tocó.

-Ése es el verdadero problema, ¿verdad? -dijo-. Me deseas tanto como yo a ti, pero no puedes soportar el hecho de que tuviera una pequeña aventura con Meredith.

-Atengámonos al problema que tenemos entre manos, ¿de acuerdo?

-Pues no, no estamos de acuerdo. Hay algo que necesitamos aclarar primero. Corrígeme si me equivoco, pero tengo la sensación de que me ves como a otra de las conquistas de Meredith.

-Eso no es verdad.

-Lo es y no me gusta la pobre opinión que tienes de mi inteligencia, madurez y ecuanimidad.

-Nunca he dicho que no fueras inteligente ni maduro ni ecuánime.

-No ha hecho falta que lo dijeras; lo has dejado claro de mil maneras diferentes. Pero para que te enteres, no soy un chaval de diecinueve años dominado por las hormonas que va detrás de sus pelotas allá donde quieran llevarlo.

-No es necesario enfadarse por esto.

-Demasiado tarde. Ya estoy enfadado. ¿Sabes qué? En realidad, lo que me cabrea es que des por sentado que fui incapaz de resistirme a Meredith. ¿Crees que era especie de súcubo? ¿Una sirena absolutamente irresistible para un pusilánime como tu ex novio?

-Nunca he dicho que fueras un pusilánime.

-Tampoco soy tu ex novio.

-Lo sé. -Leonora se apartó de un salto y se volvió para encararlo- No tienes nada que ver con Kyle. Sois muy diferentes.

-Algo es algo, gracias. -Estrechó el espacio que los separaba -Siguiendo con el tema, me gustaría aclarar ahora un par de cuestiones. La realidad es que Meredith y yo tuvimos una relación muy breve. ¿Quieres saber quién la terminó?

Leonora retrocedió otro paso y se apoyó contra el antepecho de la ventana.

-Estoy segura de que fue Meredith. Siempre era la que terminaba sus asuntos. No hay necesidad de entrar en detalles.

-Y una mierda. Ya hemos entrado en detalles. -Apoyó una mano en la repisa de la ventana, detrás de la cabeza de Leonora, y se inclinó hacia ella, queriendo atraer su atención -Fui yo quien rompió la relación si es que se la puede llamar así. ¿Quieres saber por qué?

Leonora parpadeó y se aclaró la garganta.

-Estoy segura de que tuviste tus razones.

-Vaya si tuve mis razones. Terminé el asunto con Meredith por que me aburría. He ahí por qué.

-¿Te aburrías? ¿Con Meredith?

-Sí. Ese desmedido numerito de animadora sexual aburre a cualquiera en seguida. Al menos, a mí me aburría. Supe que era el momento de cortar cuando me di cuenta de que resultaba mucho más interesante terminar el alicatado del baño que soportar otra cena con Meredith. ¿Tienes idea de lo difícil que se hace hablar con una mujer que no deja de observarte para ver si respondes a sus artes de seducción?

-El alicatado, ¿eh? -Leonora frunció la boca-. Nunca he oído que ningún hombre se aburriera tanto con Meredith.

-Ya conoces a uno.

Thomas retiró la mano de la ventana, incorporándose, y se apartó.

Se dio cuenta de que seguía sujetando la pulsera de oro. La lanzó con suavidad hacia ningún sitio en particular y observó que Leonora la agarraba al vuelo con un rápido movimiento reflejo.

-No entiendo por qué te aburro justificándome -dijo él- Probablemente, sea una absoluta pérdida de tiempo.

Leonora examinó la pulsera en la palma de su mano.

-Yo no diría eso.

-Yo sí. -Se dirigió al mostrador, apoyó la espalda, cruzó los brazos y controló su enfado-. Tienes razón. Tenemos cosas más importantes de que hablar.

-Sólo una cosa antes de que cambiemos de tema.

-¿Sí? ¿Qué puede ser?

-Has de saber que jamás he pensado que fueras una más de las conquistas ocasionales de Meredith.

-¡Y un cuerno que no!

-No, es verdad. Desde que te conocí supe que no respondías a su tipo habitual. -Cerró la mano sobre la pulsera-. Al principio, no entendí por qué se había liado contigo. Luego, cuando averigüé lo del dinero, consideré que estaba jugando contigo porque pensaría que podrías serle útil. Era lo único que tenía sentido.

-Si ésa es tu manera nada sutil de decirme que no soy tan atractivo ni interesante como sus objetos habituales de seducción, puedes pararte ahí. Déjame alguna brizna de orgullo masculino.

La risotada de Leonora surgió de la nada, y abotargó los sentidos de Thomas durante un instante. Estaba paralizado. Con toda seguridad su aspecto debía de ser el de un ciervo deslumbrado por los faros de un coche.

-Te aseguro que no quería golpear tu amor propio -respondió Leonora-. Mira, puesto que estamos poniendo las cosas en su sitio, ahora me toca a mí aclarar algunos asuntos: la razón de que dijera que no eras el tipo de Meredith es porque ella no tenía la costumbre de invertir demasiado tiempo con hombres que pudieran resultarle difíciles.

-¿Crees que soy difícil?

-¿Sin rodeos? Sí. Y aún es más, Meredith se habría dado cuenta de entrada.

-¿Eso crees?

-Lo que pasaba con Meredith era que no perseguía a los hombres porque le gustara el desafío; ni siquiera disfrutaba del sexo. Una vez me dijo que, en el mejor de los casos, lo consideraba una forma de ejercicio. Como correr.

-A veces me lo preguntaba -dijo Thomas por fin-. Suponía que era yo.

-No eras tú.

-¿Prefería a las mujeres?

-No. No le gustaba ningún tipo de sexo. ¿Recuerdas que te hablé de todos los hombres que entraron y salieron de la vida de su madre?

-Sí.

-Uno de ellos abusó de Meredith cuando ella tenía diez años.

-Mierda.

-Sí. En ciertos aspectos, nunca superó el trauma. Ah, claro, sabía que tenía un cuerpo que los hombres encontraban atractivo y se aprovechaba de la circunstancia. Pero nunca aprendió a disfrutar de la experiencia.

-Eso explica muchas cosas.

En la habitación se hizo un silencio sólo roto por el crepitar del fuego.

-¿De verdad crees que soy difícil? -acabó por preguntar Thomas.

-Ajá. Interesante, pero decididamente difícil.

Leonora se dejó caer sobre el brazo curvo y mullido del sofá, balanceando discretamente una pierna. Abandonó la pulsera en la mesa de café y miró a Thomas de hito en hito.

Walker se pasó los dedos por el pelo.

-¿Sabes?, no soy el único aquí que podría ser etiquetado de difícil.

Para su sorpresa, Leonora le dedicó una leve sonrisa.

-Tomaré eso como un cumplido -dijo-. Prefiero ser difícil que fácil.

-No hay nada fácil en ti, Leonora Hutton.

-Y nada fácil en ti, Thomas Walker. ¿Y dónde nos lleva esto?

Thomas se acercó a ella y la levantó con dulzura. Leonora no hizo nada por resistirse.

-Dicen que dos negativas hacen una afirmación. –Thomas le puso las manos en la curva de los hombros. Probando-. Tal vez dos difíciles encontrarían fácil tener una relación.

Leonora le deslizó los brazos alrededor del cuello.

-Dudo que fuera fácil, pero seguro que es interesante.

-¡Oh, sí!

Thomas la besó en la boca.

CAPÍTULO 12

La respuesta de Leonora fue tan rápida e intensa como la noche anterior, cuando él la besó en la cocina. Emitió un pequeño gemido, débil y ronco, y apretó los brazos en torno al cuello de Thomas.

La sensación de apremio que inundó a Walker hizo que la sangre le golpeara en las venas. Tenía la vaga intención de llevarla al dormitorio, pero le parecía demasiado lejano. En su lugar, se desplomó con ella sobre el sofá.

Leonora acabó encima, con las piernas enredadas con las de él y los dedos extendidos sobre su pecho. Thomas hundió una mano en su pelo, quitándole las pinzas que sujetaban el lacio y brillante moño. Una suave cortina de seda revoloteó entre sus dedos y le rozó la mandíbula. La agarró de la cabeza con ambas manos e intensificó la presión, hasta que Leonora abrió la boca para él.

De la parte trasera llegó un ruido sordo, lo bastante fuerte para romper el hechizo. Leonora se estremeció.

-¿Qué ha sido eso? -susurró con urgencia.

-Es Wrench -masculló Thomas, atrayéndola hacia sí de nuevo-. La trampilla del perro.

En vista de semejante exhibición de incontrolable lujuria humana, Wrench había optado por desaparecer con discreción. Thomas no se lo reprochó; de no haber estado personalmente implicado en aquel fuego arrasador él también se habría ausentado durante un tiempo.

Pero estaba implicado. Total y absolutamente.

Cuando bajó las manos a lo largo de la columna vertebral de Leonora y las subió bajo el jersey de seda, ella se estremeció contra él. Thomas sintió que el temblor la recorría de pies a cabeza. Bajo las palmas de las manos, sintió la calidez y la elegante forma de su espalda.

Tras uno o dos minutos de frustración le desabrochó la pretina del pantalón, le bajó la cremallera y metió las manos para poder sentir su piel. Acarició las curvas firmes y redondeadas de las nalgas y siguió bajando. Las bragas de Leonora se humedecieron al contacto de sus manos.

Thomas temía eyacular de un momento a otro.

Leonora se removió contra él, apartándose en un intento de cambiar de posición. Thomas se dio cuenta de que intentaba desabrocharle a tientas el cinturón.

-¡No! -exclamó-. Todavía no.

-Sólo quiero tocarte.

-Tócame y me matas.

Leonora levantó la cabeza y lo miró desde lo alto.

-¿En serio?

-Sí. En serio.

-Tranquilo.

Volvió a ocuparse de la hebilla del pantalón.

Thomas cerró la mano sobre las suyas y se las apartó de las inmediaciones de su entrepierna, dirigiéndoselas, en su lugar, hacia los hombros.

Luego, levantó una rodilla y la apretó con fuerza contra la cadera de Leonora, inmovilizándola allí donde podía disfrutar de la levedad de su cuerpo presionándole la erección.

Cuando le volvió a acariciar las nalgas, Leonora se movió con urgencia.

-Thomas.

Walker apretó los dedos contra la húmeda horcajadura de las bragas

-Thomas.

Leonora se retorció contra él. Thomas se movió para mantener el contacto, volviéndose hacia ella.

El repentino cambio de posición los hizo rodar sobre el borde del sofá. Walker amortiguó la caída con un brazo, y aterrizaron sobre la alfombra, rozando, casi, la mesa de café.

Leonora emitió un sonido ronco, mitad risa, mitad gemido, y envolvió con fuerza el cuerpo de Thomas con el suyo, escondiendo la cabeza en su hombro.

Thomas consiguió sacarle el jersey verde por la cabeza. Tras quitar la prenda de en medio, se afanó liberando el sujetador de encaje. Por lo general, se le daba bien aquella operación pero pareció

transcurrir una eternidad antes de que consiguiera desabrocharlo, liberando los senos de Leonora en sus manos.

Eran los pechos más hermosos que jamás había visto. La forma suave, las puntas prietas y tersas. Torció la cabeza y tiró dulcemente de un pezón cogiéndolo entre los labios, dejando que Leonora sintiera el borde de sus dientes.

Debajo, ella se tensó. Thomas percibió la punzante inspiración de aire. Leonora bajó la mano entre los dos cuerpos, buscando la cremallera de Thomas, que le cogió los dedos y se los arrastró fuera de la zona de peligro.

-Ya te lo he dicho, hazlo y todo habrá acabado para mí -dijo-. Quiero hacer que esto dure.

Leonora lo miró desde abajo, un descarnado apremio brillaba en sus ojos.

-Quizá tú puedas esperar; yo, no.

-¿Quién ha hablado de tener que esperar?

Leonora pareció desconcertada.

-¿Cómo?

-No hay nada que me guste más que acometer pequeñas reparaciones caseras.

Le bajó los pantalones a Leonora, se los deslizó por las piernas y se movió ligeramente bajo su cuerpo hasta encontrar el pequeño botón caliente con la boca.

-¡Thomas! -Leonora se aferró al pelo de Walker.

Le separó las piernas con los dedos, y la besó íntimamente, absorbiendo el perfume y sabor embriagadores de su cuerpo. Cuando Leonora tomó aire, Thomas la penetró cuidadosamente con un dedo, tocándola con suavidad mientras buscaba el punto mágico.

Su hallazgo no le pasó inadvertido.

Leonora medio ahogó un suave grito de asombro y lo abrazó con fuerza. El clímax la inundó. El pudo sentir las suaves contracciones. Percibió una extraña sensación de asombro y una clase de satisfacción que no tenía nada que ver con una liberación física.

Después de que las convulsiones cesaron, Leonora continuó estremeciéndose largo rato.

Súbitamente inquieto, Thomas levantó la cabeza. Leonora tenía la cara enterrada en un cojín de terciopelo del sofá. Los hombros temblaban.

La inquietud se transformó en alarma.

-¿Leonora?

Se apretó el cojín contra la cara con más fuerza.

-¿Leonora? ¿Estás bien? -Se incorporó ayudándose del brazo y le agarró los temblorosos hombros-. ¡Maldita sea!, ¿estás llorando? ¿Qué he hecho?

-No... no estoy llorando.

Thomas apenas pudo distinguir las palabras. Le arrancó el cojín.

Leonora se estaba riendo. Los ojos le brillaban de placer.

-Nunca había podido... En lo relativo al sexo, siempre supuse que tenía algunas cosas en común con Meredith -susurró-. Por primera vez, acabo de descubrir que no.

Después de un buen rato, Leonora se estiró contra él; luego se acostó sobre su pecho desnudo. En las sombras, parecía bastante ufana. Complacida de sí misma.

-Tal vez te proponga para el título del Manitas del Año –dijo.

-Gracias. ¿Quieres que te enseñe qué más sé hacer con un juego de herramientas?

-¡Caramba, sí! -La mano de Leonora se cerró sobre el miembro erecto de Thomas-. Creo que no habría nada que me gustase que jugar con tus herramientas.

Cuando la volvió a penetrar, Thomas confirmó sus conclusiones iniciales. Todo encajaba perfectamente. Como si Leonora hubiera sido hecha para él.

Podía oír la lluvia sobre el tejado. Abrió los ojos y se encontró contemplando el dibujo de la alfombra, unos diez centímetros más allá.

Thomas ya no estaba a su lado, pero ella tenía calor pese a su completa desnudez. Se dio cuenta de que él le había echado una manta por encima. También había avivado el fuego, que ardía y derramaba un resplandor dorado sobre la alfombra y el sofá. Oyó que se cerraba la puerta del armario

en la cocina, al que siguió el sonido del frigorífico al abrirse, un instante después, se oyó un sonido de vajilla de plata.

-¿Ya estás despierta?

Thomas le habló sobre el mostrador que dividía ambas zonas.

-Ajá, sí.

-¿Tienes hambre?

-Sí.

-Estás de suerte. Estoy preparado para darte de comer.

-No estoy segura de que pueda moverme.

-Yo lo he logrado; así que tú también podrás.

Se sentó con cuidado, manteniendo la manta pegada a sus hombros, e hizo una rápida y personal evaluación de sus diferentes partes activas.

Notó cierta relajación en algunas partes y un poco de rigidez aquí y allá. Es lo único que se puede esperar cuando se hace el amor en el suelo, pensó. No lo había experimentado nunca.

Mentira. No habían hecho el amor en el suelo; habían tenido relaciones sexuales en el suelo. La precisión era importante, se recordó. Pero aquella noche se negaba a hacer hincapié en la semántica. Se sentía bien. Relajada. Satisfecha hasta más allá de sus fantasías más desenfrenadas.

Se percató de que Thomas la estaba observando desde el otro lado del mostrador con aire de regocijo no disimulado. Se había puesto los pantalones y la camisa, pero no se había molestado en abotonarse esta última.

-¿Necesitas ayuda? -preguntó Thomas.

-Creo que puedo levantarme por mis propios medios. -Se ciñó la manta alrededor de los hombros y consiguió levantarse. Dedicó una sonrisa de triunfo a Thomas-. ¿Ves?

-Felicitaciones.

-Gracias. ¿Dónde está el baño?

Thomas apoyó los brazos en el mostrador y dirigió la barbilla hacia la pared que estaba detrás de Leonora.

-¿Te importa si me ducho?

-Estás en tu casa.

Recorrió el corto pasillo arrastrando los pies, abrió la primera puerta que encontró, buscó a tientas el interruptor y lo accionó. La luz se encendió revelando unas paredes cubiertas de arriba abajo de relucientes azulejos blancos y azules que formaban un intrincado dibujo.

Abrió el agua de la ducha y la dejó correr hasta que el pequeño cuarto se llenó de vapor. Cuando se convenció de que estaba suficientemente caliente, dejó caer la manta, descorrió la cortina y se metió bajo el chorro de agua.

Permaneció allí, pensando en lo que había sucedido en el salón.

Sólo sexo del bueno.

Era importante mantener las cosas bien archivadas en sus correspondientes entradas temáticas. Thomas había dejado las cosas muy claras acerca del matrimonio y la paternidad.

Mejor crear la entrada temática «Sexo sensacional».

De repente, entendió cómo se había sentido Alicia cuando se encontró al otro lado del espejo. En aquel momento, tras haber experimentado una pasión digna de ser tenida en cuenta en manos de Thomas Walker, el mundo parecía muy diferente.

No tuvo idea del tiempo que había transcurrido, hasta que, arrancándola de aquellos intensos pensamientos, la puerta del cuarto de abrió y se cerró.

Thomas retiró las cortinas. El vapor se enroscó a su alrededor. Su mirada viajó con despreocupación desde la cabeza hasta los pies de Leonora.

-¿Te encuentras bien?

Leonora lo miró con el entrecejo fruncido a través del vapor.

-Claro. ¿Por qué no habría de estarlo?

-Sólo preguntaba. Llevas aquí un buen rato.

-Ah, lo siento.

Cerró los grifos a toda prisa.

-Te he traído una bata. Es posible que te quede larga, pero está limpia. Deke me la regaló un año por Navidades. Nunca me la he puesto.

-Gracias.

Le alargó una toalla descomunal. Leonora la cogió y se envolvió por completo. Intentó buscar algo ingenioso e inteligente que decir, el tipo de comentario de una mujer de mundo moderna cuando se encuentra duchándose en el baño de un hombre después de una intensa relación sexual.

-Bonito alicatado -farfulló.

-Gracias. -Thomas dedicó a la pared una mirada rápida y crítica -Creo que el resultado fue bueno. ¿Seguro que estás bien?

-Espléndidamente.

Thomas asintió con la cabeza, sin perder del todo el aire dubitativo

-Voy a ver cómo va la cena.

Leonora esperó a que se fuera. Luego se dio la vuelta para mirarse en el espejo del lavabo, con la esperanza de que el agua caliente no la hubiera dejado como un tomate desgreñado.

No pudo distinguir con claridad su imagen reflejada; se perdía en la neblina de vapor que empañaba el espejo.

Pero, cuando observó el enigmático espejo, algunas posibilidades se hicieron realidad.

Quince minutos más tarde, con un aspecto casi normal y envuelta en la gruesa bata de hombre, salió del cuarto de baño. Se paró en seco en la entrada al salón cuando oyó un leve murmullo de voces masculinas.

-¿Qué demonios hacía detrás del viejo fichero? -preguntaba Deke.

Se hallaba sentado en uno de los taburetes del mostrador, dándole la espalda. Delante de él había una botella de cerveza, y tenía una mano metida en una caja de galletas saladas. Wrench estaba sentado en el suelo, junto al taburete, observando la caja, a todas luces preparado para el supuesto de que, por casualidad, se cayera.

-Que me aspen si lo sé -replicó Thomas.

Se apoyó en el mostrador, del lado de la cocina. Había una segunda botella de cerveza delante de él. Su aire de satisfacción sexual y de ostensible relajación hizo que Leonora volviera a sentirse caliente.

Controló con firmeza sus contradictorias emociones y avanzó.

-Dadas las circunstancias, creo que tenemos que suponer que Meredith debió de hacer algunas exploraciones mientras estuvo trabajando en la Casa de los Espejos -dijo con tono eficiente. Un intento de tranquilizarse-. Eso es lo que estaba haciendo cuando encontré la pulsera.

Thomas la miró con una sonrisa de intimidad y complicidad.

-Tras larga espera, aquí llega nuestra intrépida heroína.

Deke se volvió en el taburete y la miró. Era imposible decir en qué estaba pensando, pero a Leonora le pareció que podía adivinarlo. Tendría que haber sido extremadamente corto de luces para no imaginar lo que allí había sucedido. Y, sin duda, Deke no era corto de luces.

-Buenas noches, Leonora -saludó. Con educación, limitó la curiosidad a la vista, dejándola fuera del tono de voz-. Lamento aparecer de esta manera. He venido a hablar con Thomas de algunas cosas que he conseguido hoy en Internet. No sabía que estuvieras aquí.

Leonora dirigió la vista hacia la chimenea, y vio que sus ropas estaban dobladas con cuidado encima de una silla, el sujetador y las bragas hurtados a la vista con discreción. Pero aquello no hacía que la situación pareciera menos incómoda. Era evidente que se había desnudado con algún fin, y no es que hubiera un número enorme de razones lógicas por las que una mujer haría eso en el salón de un hombre.

Bueno, el daño ya estaba hecho. No quedaba más remedio que actuar con desenvoltura y serenidad. Como si hiciera a menudo este tipo de cosas.

Logró sonreír.

-Hola, Deke. Estábamos a punto de cenar.

-Lo sé. Thomas me ha invitado a quedarme. Pero no quiero importunar.

-Tonterías. -Leonora avanzó, consciente de la desmesurada bata que arrastraba por el suelo detrás de ella, y se encaramó en el taburete que estaba junto a Deke-. Claro que estamos encantados de que te quedes. Los tres tenemos mucho de lo que hablar.

Wrench la miró con ojos enternecedores. Leonora metió la mano en la caja, sacó una galleta salada y se la dio. De inmediato, Wrench abandonó el sitio que ocupaba junto al taburete de Deke y se sentó junto a ella.

Leonora sonrió al perro.

-Mejor dicho, los cuatro.

Wrench se inclinó para acercarse y le tocó la pierna con el hocico. Leonora le dio otra galleta.

-Eso es un soborno descarado -dijo Thomas.

Le puso un vaso de vino tinto delante.

-No, nada de eso. Le estoy correspondiendo por todos los regalos que me ha hecho.

Thomas apoyó los codos en el mostrador, sus manos enormes abarcaban la cerveza.

-Acabo de contarle a Deke tu pequeña aventura de esta mañana y yo mismo ignoro todos los detalles. Si recuerdas, nos interrumpimos antes de que me contaras cómo encontraste la vieja puerta de acceso a la escalera de servicio.

Leonora pensó que interrumpir era una palabra tan buena como otra cualquiera.

Se aclaró la garganta.

-Hoy seguí a la estudiante ayudante de Roberta Brinks, Julie Bromley, y a su novio, Travis, hasta la tercera planta.

-Creía que ese piso estaba cerrado al público -dijo Deke.

-Y lo está. -Leonora masticó una galleta salada-. No hay nada como etiquetar algo de prohibido para hacerlo fascinante a la vista de muchachos de diecinueve años. En algún momento, Meredith también debió de encontrar la escalera. Está a otro lado de la pared del despacho de la biblioteca.

Las cejas de Deke se juntaron.

-¿Crees que Meredith la exploró por simple curiosidad?

-No me extrañaría. Cuadraría con su carácter hacer una cosa así, sin duda. Si encontró la escalera, la subiría para ver adónde conducía; no habría podido resistirlo. Es muy posible que al bajar de nuevo, se percatara de la existencia de una segunda puerta, como yo.

-¿Y que la abriera? -preguntó Deke.

Leonora recordó la pulsera atascada debajo de la puerta y asintió con la cabeza.

-Creo que sí, sí. No trabajaba en la biblioteca, así que tal vez no supiera que el fichero había sido empujado contra el otro lado de la pared.

La pulsera se le debió de enganchar en algo; un clavo o una astilla, quizá.

-Bethany pasaba mucho tiempo en la biblioteca -apuntó Deke en voz baja.

Leonora lo miró primero a él y luego a Thomas. Pensó en las posibilidades que se le habían ocurrido hacía unos minutos, cuando se había mirado en el empañado espejo.

-¿Buscaste bien en la biblioteca después de la muerte de Bethany?

Los labios de Deke desaparecieron, convertidos en una fina línea.

-No. Miré con lupa el escritorio de su despacho y sus carpetas y destripé su ordenador portátil. Siempre supuse que si Bethany había dejado alguna pista tras ella, aparecería en su ordenador. Pero no busqué en la biblioteca. Nunca vi un motivo para hacerlo.

-Se me ocurre -dijo Leonora con prudencia- que la razón de que Meredith perdiera su pulsera fue que vio algo cuando abrió la puerta de la escalera de servicio. Algo que, quizá, se cayó de lo alto del fichero y quedó enganchado entre la pared y el mueble. -Movió los dedos-. Ahora me doy cuenta de que, si metió la mano entre el fichero y la pared para retirar el objeto en cuestión, la pulsera pudo engancharse y caer.

Deke, inmóvil en su asiento, cerró la mano alrededor de la botella de cerveza.

-Ah, mierda -susurró-. ¿Y el sobre? ¿Crees que tal vez encontró el sobre con los recortes del asesinato de Eubanks detrás del fichero?

-Quizá también el libro, -apostilló Leonora. -El catálogo de espejos antiguos de la colección de la mansión. A lo mejor estaban los dos allí.

Mientras consideraban estos sencillos hechos, se produjo un silencio. Leonora bebió un sorbo de vino. Deke y Thomas bebieron de sus cervezas.

-La noche que murió Bethany, todos dimos por sentado que había estado en el despacho o en el campus -dijo Deke-. A menudo trabajaba allí hasta muy tarde. A veces, se quedaba toda la noche. Pero, ¿qué pasaría si hubiera estado en la Casa de los Espejos aquella noche?

-La mansión habría estado cerrada por la noche -le recordó Thomas.

Deke hizo caso omiso de la observación.

-Bethany tenía una llave. Se la dieron por su afición a ir a la biblioteca a horas inusitadas.

Thomas empujó la pulsera hacia él a través del mostrador.

-De acuerdo, supongamos que estuvo allí esa noche. ¿Por qué habría escondido los recortes y el libro?

La mano de Deke se aferró a la botella.

-Porque el asesino la había seguido. Tal vez, la acorraló en la biblioteca.

Se produjo otro breve silencio.

-Eso no es más que una conjetura disparatada -dijo Leonora al cabo de un rato.

-No del todo. -Thomas miró la pulsera-. Digamos lo digamos, sabemos que Meredith abrió la puerta de detrás del fichero

-¿Qué es lo que te ha impulsado hoy a explorar? -le preguntó Deke.

-Estaba haciendo de detective -contestó Leonora-. Me había dado cuenta de que Julie y Travis tenían la costumbre de desaparecer a la hora del almuerzo. Hoy los he seguido. Utilizan una de las habitaciones vacías de la tercera planta como... esto... picadero.

Thomas levantó una ceja.

-¿Picadero?

-Creo que sería el término técnico que le corresponde. -murmuró ella.

Deke lanzó un suave silbido.

-Admiro tu terminología académica –dijo-. Debe de ser bonito tener un dominio tan amplio del idioma.

Leonora lo miró con expresión desafiante.

-¿Cómo llamarías tú al hecho de que una pareja de saludables jóvenes desaparezcan a la hora del almuerzo con el propósito de mantener relaciones sexuales?

-Un banquetazo -dijo Thomas.

Deke sonrió fugazmente.

-Tengo que aficionarme a la lengua. Tantos matices, tan sutil...

Leonora parpadeó, sorprendida por el fugaz momento de humor. La regocijada sonrisa de Deke le hizo darse cuenta del parecido familiar entre él y Thomas como nada más podría haberlo hecho. La sonrisa había desaparecido casi de inmediato, pero no sin darle antes la oportunidad de una nueva y completa visión del auténtico Deke.

-Hoy ha pasado algo más –dijo-. No estoy segura de lo que significa, pero dado que estamos intentando entretejer una teoría conspiratoria, tal vez sea importante. Pero también podría no significar absolutamente nada.

-¿De qué se trata? -preguntó Thomas.

-Tengo razones para creer que un miembro de nuestra pareja de las citas registró mi cartera. Para ser exactos, Julie.

Thomas y Deke la miraron.

-Entró en el despacho de la biblioteca mientras me hallaba en la escalera, al otro lado de la pared. Pude oír cómo abría los cajones. Cuando volví al despacho, comprobé mis cosas, y resultó evidente que las había registrado.

-¿Se llevó dinero? -preguntó Thomas-, ¿tarjetas de crédito?

Leonora negó con la cabeza.

-Por lo que pude ver, no faltaba nada. Pero hizo que me acordara de algo que le dijo a Travis cuando abandonaban su escondite.

-¿Qué fue? -preguntó Deke.

-Creo que le dijo que debían darse prisa porque, si había ocasión, tenía que hacer una cosa.

-Bueno, caray -dijo Thomas en voz baja. Bebió un sorbo de cerveza y apoyó la botella-. Bueno, caray.

Leonora lo miró.

-¿Qué sucede?

-Esa Julie Bromley, ¿lleva coleta? ¿Y tiene una chaqueta de cuero roja?

-¿De qué la conoces? -preguntó Leonora.

-De que la he visto esta tarde. Visitando a Alex Rhodes. Le dije a Wrench que no creía que fuera una clienta.

-Ajajá -dijo Leonora-. Julie y Alex Rhodes. No me gusta como suena.

-Ni a mi tampoco-convino Thomas.

-Es curioso que menciones a Rhodes -terció Deke secamente- Es probable que éste sea un momento tan bueno como otro cualquiera para que os cuente por que he venido esta noche: me he enterado de algunas cosas sobre nuestro simpático terapeuta antiestrés del barrio.

-Tienes toda nuestra atención -dijo Thomas.

-Hace unos años, Rhodes era un ABD de una pequeña universidad del Medio Oeste -empezó Deke.

-¿Un ABD? -le interrumpió Thomas.

-ABD son las siglas con las que se conoce a los doctorandos que todavía no han leído la tesis.

-Ah, ya. Prosigue, Deke.

-Rhodes trabajaba como profesor ayudante del departamento de Química. Como se suele decir, no le renovaron el contrato.

-¿Quieres decir que lo despidieron? -preguntó Thomas.

-Más o menos. -Deke torció el morro-. Por lo que he podido averiguar en la Red, le permitieron marcharse por culpa de su afición a seducir a las alumnas.

-¿Por qué será que no me sorprende? -dijo Thomas.

-Uno de los bomboncitos de la alta sociedad que sedujo era la hija de un ex alumno muy rico, que había hecho ingentes donaciones a la universidad. Cuando descubrió que su preciosa hija había estado revolcándose con Rhodes fuera de las horas de clase en el laboratorio de química, dicen que se puso furioso. Insistió en que la universidad se deshiciera de él.

-No le culpo -dijo Leonora.

-Después de que le echaran a patadas, parece haber cambiado mucho de trabajo. Consiguió algunos contratos anuales en los departamentos de química de varias universidades pequeñas. Sin embargo, nunca duró mucho en ninguna. Aparentemente, seguía cultivando su afición a seducir a las estudiantes equivocadas. Hubo quejas.

-Apostaría a que sí -dijo Leonora.

-Ahora viene la parte interesante. -Deke se adelantó en el taburete, irradiando una excitación controlada-. Hubo algunos rumores de que para sus seducciones, había utilizado lo que se conoce como la “droga de las violaciones” en citas o algún otro narcótico.

-Y ahora está aquí, en Wing Cove -susurró Leonora-. Vendiendo su preparado antiestrés.

Thomas miró a Deke.

-¿Ha habido suerte con los análisis de los polvos?

-Todavía no -contestó Deke-. Pero espero que mi amigo me diga algo pronto.

-¿Qué vamos a hacer si los resultados demuestran que Alex Rhodes está vendiendo drogas duras con la etiqueta de un preparado antiestrés? -preguntó Leonora.

-Eso es fácil -dijo Thomas-. Si tenemos esa suerte, lo cogemos todo y se lo dejamos caer encima a Ed Stovall como llovido del cielo. No tiene manera de pasar por alto ese tipo de asuntos.

Deke le dio un trago a la cerveza.

-Pero no crees que tengamos tanta suerte, ¿verdad?

-Nada de lo relacionado con este lío ha sido sencillo -le recordó Thomas.

Dos horas más tarde, Thomas y Wrench estaban de pie en el porche delantero de Leonora. Ella tenía la llave en la mano. La habían acompañado en el coche hasta su casa y volverían caminando a través del puente peatonal.

Thomas había sugerido que, tal vez, le apetecía pasar la noche en su casa, pero Leonora había rehusado. Thomas no insistió. «Está bien», se dijo; podía jugar a esperar.

-No me interpretes mal -dijo Leonora mientras metía la llave en la cerradura- No tengo problemas con la teoría de que Rhodes no está tramando nada bueno. Pero no me parece un asesino. Responde más al tipo de timador -suspiró-. Ya sabes, como Meredith.

-Estaría de acuerdo contigo -dijo Thomas-, si no fuera porque hay drogas de por medio. Y donde hay drogas, todo es incierto. Y la gente que anda metida en drogas, acaba muerta. No tienes más que preguntar a cualquier policía.

-Todavía no sabemos con certeza lo de las drogas. Todo lo que tenemos son rumores.

-Si ves mucho humo, empiezas a preguntarte si no habrá fuego. -Se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta-. ¿Sabes realmente qué me gustaría averiguar? Dónde estuvo Alex Rhodes la noche que Bethany saltó de ese acantilado de Cliff Drive y la noche que Meredith se estrelló en Los Ángeles.

Leonora abrió la puerta y se volvió para hacerle frente.

-Tal vez no sea posible.

-Mientras tanto -prosiguió-, creo que deberíamos presionar un poco a Julie Bromley.

Leonora reflexionó sobre la propuesta y asintió con la cabeza.

-De acuerdo. Podría funcionar. Sólo tiene diecinueve años y no me parece una delincuente habitual. Si la enfrentamos al hecho de que sabemos que hurgó en mi cartera y que también estamos al tanto de su conexión con Rhodes, es probable que se derrumbe con bastante facilidad. Pero dudo que pueda decirnos demasiado.

-Es una posibilidad que vale la pena probar. Me enteraré de su dirección esta noche, y podemos pillarla mañana por la mañana antes de que se vaya a clase.

-Muy bien. -Leonora le dio a Wrench una palmadita de buenas noches y se dispuso a cerrar la puerta-. No parece que tengamos otras pistas.

Thomas se dio cuenta de que estaba a punto de cerrar la puerta y puso un pie en el umbral para impedirlo.

-Una cosa más.

-¿Qué?

-¿Es que vas a hacer como si esta noche no hubiera pasado nada?

-¿Cómo dices?

-Después de verte con mi bata esta noche, Deke va a pensar que hemos tenido relaciones sexuales. En cierto modo, yo mismo tenía esa misma impresión.

-¿Y qué?

-Pues que me gustaría aclarar una pequeña duda -dijo. -¿Tenemos algún tipo de relación ahora o lo de esta noche sólo ha sido u ligue ocasional?

Leonora le dedicó su sonrisa deslumbrante, la que hacía que tuviera la sensación de encontrarse en medio de un túnel oscuro contemplando la luz de un tren que se le venía encima.

-Que quede constancia -dijo- de que jamás me presto a desfogues ocasionales.

De repente, Thomas se sintió mucho mejor que un instante antes.

-¿No me digas?

-Sí te digo, por supuesto.

-Corrígeme si me equivoco, pero, por un proceso de eliminación parecería que, si nuestro encuentro de antes no fue un desfogue ocasional, entonces lo que tenemos aquí es una especie de relación.

-Siempre he admirado a los hombres que son capaces de conectar las líneas de puntos -replicó ella-. Buenas noches, Thomas.

El alivio se metamorfoseó en una euforia totalmente irracional. Se inclinó hacia delante y la besó sin sacarse las manos de los bolsillos de la chaqueta Sólo para ver qué haría ella.

Le devolvió el beso. Sin abrazarlo.

Thomas retiró el pie del umbral. Leonora le cerró la puerta en las narices. Con suavidad.

-Volvamos a casa, Wrench.

Bajaron juntos los escalones. Un movimiento en la ventana hizo que Thomas mirara por encima del hombro. Leonora estaba allí, de pie, sujetando la cortina a un lado, observando su marcha. La figura se recortaba contra la cálida luz del salón. Sacó una mano del bolsillo y la levantó haciendo un leve gesto de despedida. Leonora le devolvió el saludo.

Cuando llegaron al puente, Thomas iba silbando.

CAPÍTULO 13

A la mañana siguiente, Leonora abrió la puerta de la casita de campo muy temprano y se enfrentó a un sol opaco. Decidió que suponía un agradable cambio respecto de la niebla.

Se cubrió la cabeza con la capucha de la chaqueta, se enfundó un par de guantes y bajó los escalones con brío. Cuando llegó al sendero, giró a la izquierda, la dirección que la llevaría al puente peatonal, el atajo a la casa de Thomas.

Pura curiosidad intelectual, pensó. Solo quería ver si era tan madrugador como ella. Averiguar, al menos, si tenían un asunto así en común.

No es que el tener muchos intereses comunes fuera una garantía de la sólida y duradera amistad, tal como había descubierto de la peor manera con Kyle.

Caminó con energía, preguntándose que llevaría puesto Thomas en el supuesto de que estuviera levantado a esas horas. Tal vez estaría todavía en la ducha. Se recompensó con una inocente fantasía, que incluía a Thomas saliendo a la puerta con la bata puesta. Y absolutamente nada debajo.

Podían discutir la estrategia para el enfrentamiento con Julie Bromley.

Además de algún otro tema igualmente relacionado con la investigación.

O si acaso, la invitaría a volver a la cama con él.

Apretó el paso.

El sordo y rítmico ruido de unas zapatillas de deporte que se acercaban por detrás, irrumpió en el agradable ensueño. Oyó un jadeo y se hizo a un lado.

Un instante más tarde, Cassie, con su impresionante físico, enfundada en un top sin espalda, mallas y unos pantalones cortos de correr, pasó de largo.

El sudor le perlaba la frente y mojaba su sujetador de carreras. Los rizos rojos se mantenían fuera de la frente con una cinta de felpa.

Vio a Leonora. La sorpresa parpadeó en su rostro. Aminoró la marcha hasta ponerse a caminar y sonrió.

-Hola -dijo-. No te he visto hasta que casi te atropello.

-Buenos días. -Leonora siguió andando-. No te detengas.

-No, no, es estupendo. En cualquier caso, ya casi he terminado-. Se secó el sudor con el dorso del antebrazo-. La verdad es que es una oportunidad estupenda; al menos, para mí. Quería hablar contigo. Andaba pensando en dejarme caer por tu casita esta tarde. ¿Te importa si nos seguimos moviendo mientras me voy enfriando?

Leonora tuvo que alargar la zancada para mantenerse a su altura.

-Te agradezco la atención, pero en realidad no tengo tiempo de tomar lecciones de yoga.

-No estaba pensando en venderte nada. -La boca de Cassie se torció en una mueca irónica. Respiró hondo-. Ojalá fuera tan sencillo pero me temo que es algo más personal.

-Ah, ya; Deke y Thomas.

Cassie le dedicó una rápida mirada escrutadora y, entonces, volvió a respirar hondo y puso las manos en las caderas.

-Sí. Deke y Thomas. En especial Deke. No me andaré por las ramas. Ya lo conoces; has hablado con él. ¿Qué te parece?

-Creo que tiene algunos problemas desde la muerte de su esposa, es probable que le fuera bien acudir a algún terapeuta.

-Se lo sugerí; y también a Thomas. Deke no irá. No cree que eso pueda ayudarlo.

-Necesita un cierre.

Cassie suspiró.

-Tal como él lo veía, su tarea consistía en cuidar de Bethany. Al final sintió que había fracasado.

-Nadie puede asumir una responsabilidad absoluta por la vida, la salud o la felicidad de otro. Es imposible.

-Lo sé. Pero, por alguna razón, Deke está obsesionado por muerte de Bethany. La culpa y la depresión han provocado que entreteja todo de teorías extrañas.

-No soy psicóloga -dijo Leonora-. Pero, por lo que he oído acerca de Bethany, diría que era frágil. Es evidente que tenía problemas para hacer frente a la vida real o, tal vez, simplemente no estuviera interesada en hacerlo. Prefería retirarse al reino de las matemáticas en cuanto podía. Deke dice que a veces se pasaba los días y las noches en su despacho y muchas, muchas horas en la Casa de los Espejos.

Cassie resopló sin ninguna elegancia.

-No la llegué a conocer, ¿entiendes?, pero diría que llamarla frágil es un educado eufemismo por egoísta. Creo que debió de utilizar su brillantez como excusa para convertirse en una consumada egocéntrica.

-He conocido a una o dos personas cuyo coeficiente intelectual se salía literalmente de las tablas. Los verdaderos genios pueden llegar a ser una carga. Puede hacer que una persona se sienta muy aislada.

-Entiendo -dijo Cassie-. Estoy segura de que para alguien extraordinariamente dotado, tratar con las exigencias y rutinas de la vida corriente debe de ser muy difícil.

-Es fácil de comprender por qué una persona semejante podría sentirse más a gusto en un universo paralelo en el que la lógica y las matemáticas ejerzan su dominio y prevalezca el orden. Tampoco es difícil comprender el motivo de que otros pudieran desear proteger una flor tan delicada.

-Supongo que sí. -convino Cassie.

Parecía adusta y taciturna.

-Tal vez, para Bethany, aquel otro universo era donde se sentía a gusto -continuó Leonora, ahora adentrándose en su teoría y considerando las ramificaciones-. Para cualquiera de esos raros casos de coeficiente intelectual elevado es probable que este mundo parezca un lugar extraño, impredecible e ilógico.

-Sí. -La mandíbula de Cassie tembló-. Seguro que tienes razón. Es probable que Bethany se sintiera como si fuera diferente a todos los demás.

-Porque era diferente. ¿Quién sabe? A lo mejor, en realidad no necesitaba que la protegieran de las exigencias de la vida cotidiana. Pero una persona no puede hacer eso por otra; no durante mucho tiempo, en cualquier caso. La tarea sería frustrante, ingrata y, al final, inútil. Un hombre puede que intentara hacerlo por una mujer, de manera inevitable llegaría a la conclusión de que había fracasado.

Cassie se paró en el sendero y volvió la cara hacia Leonora.

-Exactamente.

Leonora también se detuvo.

-Un hombre que siente que ha fallado estrepitosamente como príncipe azul es muy probable que se sienta extremadamente reacio a arriesgarse metiéndose en otra relación.

-Caray. Es un caso perdido, ¿no es eso? Jamás me mirará mientras siga obsesionado con averiguar qué le ocurrió a Bethany.

-No tengo tan claro que sea un caso perdido.

-¿Qué quieres decir?

-No creo que Deke esté tan deprimido como piensa todo el mundo, ni creo que se haya impuesto la misión de averiguar qué le ocurrió a Bethany. Sin duda, necesita algunas respuestas, y, en ese sentido, se puede decir que está obsesionado. Pero tengo la sensación de que ese tipo de determinación es un rasgo de familia.

-¿De verdad lo crees?

-Puedo imaginarme a Thomas haciendo lo mismo en circunstancias similares. ¡Caray!, si lo piensas, te das cuenta de que está haciendo lo mismo, porque está dedicado a ayudar a Deke.

-Lo cual se reduce a que todo lo que puedo hacer es retirarme y esperar a que Deke consiga las respuestas que necesita. Pero ¿qué pasa si no encuentra nunca las respuestas?

-No veo la razón de que tengas que adoptar una actitud pasiva en esto. Tal va deberías dar algunos pasos para llamar la atención de Deke

-¿Cómo?

-No soy lo que se dice una experta. -Leonora sonrió-. Pero se a quién puedo pedir consejo.

Un poco más tarde subía los escalones de la casa de campo de Thomas y llamaba a la puerta delantera, que se abrió casi de inmediato.

Wrench saltó afuera, en la boca, una pelota de tenis amarilla. La colocó a sus pies y se sentó, orgulloso, dispuesto a recibir el agradecimiento por el regalo.

-Gracias, Wrench. -Leonora se dobló para coger la pelota de tenis. -Es preciosa.

Wrench pareció complacido. Leonora le tiró suavemente de la oreja torcida.

-No sé de dónde demonios la ha sacado -dijo Thomas-. No he jugado al tenis en mi vida.

Al verlo, erguido en el umbral de la puerta, Leonora se incorporó. Tenía el pelo húmedo de la ducha y los hombros desnudos parecían abarcar todo el ancho de la puerta. Llevaba una toalla anudada alrededor de la cintura.

Sólo una toalla debajo de las caderas, eso dejaba gran parte de Thomas a la vista. Y ella había estado fantaseando con una bata. Era evidente que carecía de imaginación.

-Entra. Estaba a punto de desayunar. -Thomas le dedicó una sonrisa lenta y seductora-. ¿Que te trae por aquí a estas horas?

-He salido a dar mi paseo matinal. Se me ocurrió comprobar si eras un madrugador.

-Lo soy, claro está. Es algo inseparable del hecho de tener perro. -Retrocedió un paso para dejarla entrar-. Acabo de salir de la ducha.

Leonora miró la toalla que tenía alrededor de la cintura.

-Lo había notado.

-Esperaba que lo hicieras. -Sonrió abiertamente y la atrajo entre sus brazos-. Por lo general, no suelo abrir la puerta envuelto sólo en una toalla, ¿sabes?

Leonora apoyó las palmas de las manos en su pecho y movió los dedos en los rizos que lo cubrían.

-¿Te has tomado todas estas molestias por mí? Me siento halagada.

-¿Te gustaría acompañarme al dormitorio y ayudarme a terminar de vestirme?

-Si crees que necesitas ayuda para escoger tu atuendo, nada me gustaría más que echarte una mano. Tengo buen gusto para el color y el estilo.

-Debe de ser mi día de suerte. -La cogió en brazos y empezó a caminar por el pasillo-. La cuestión es que tendré que quitarme la toalla antes de ponerme la ropa.

-Naturalmente que sí.

-¿Sabes? -dijo Thomas mucho tiempo después-, si vas a convertir en costumbre lo de pasar por mi casa cada mañana justo antes de desayunar, tal vez deberías ir pensando en pasar las noches aquí. Seria más eficaz.

Leonora contempló a Thomas mientras éste servía con un cucharón las humeantes gachas de avena que acababa de preparar en dos tazones.

-Me gusta caminar por las mañanas. Es un buen ejercicio.

Thomas se preguntó si no se habría pasado de sutil, si no habría errado con la sutileza. Decidió intentarlo de nuevo, manteniendo la apariencia, pero apuntando un poco mejor.

-Si se trata del ejercicio que haces después, me encantaría proporcionarte una ración diaria de la clase que acabamos de tener en el dormitorio.

-Eso ha hecho que el pulso se me acelere un poco. No estoy segura de que el sexo sea un buen sucedáneo del paseo aeróbico.

Tal vez estuviera equivocándose yendo por el lado sutil.

-Muy bien, tengo otra idea. -Colocó los dos tazones con las gachas de avena en el mostrador y abrió el envase de azúcar moreno-. ¿Qué tal si paso las noches en tu casa, y regresamos aquí cada mañana para desayunar? ¿Crees que serviría?

Leonora abrió el frigorífico y sacó el cartón de la leche, manteniéndose detrás de él.

-Suena bastante a irse a vivir juntos.

-No estás preparada para semejante cosa, por lo que veo.

Leonora cerró el frigorífico y se dio la vuelta. La expresión de su rostro era de extrema seriedad.

-No creo que debamos precipitar las cosas, Thomas. Ya van suficientemente deprisa ellas solas.

-De acuerdo. No debemos ir demasiado deprisa.

Tuvo miedo de tropezar y caer de bruces.

Thomas se sentó junto al mostrador. Leonora se deslizó en el taburete que estaba junto a él y cogió una cuchara.

-Quizá deberíamos hablar sobre cómo vamos a manejar a Julie Bromley -dijo.

-Muy bien. -Nadie tenía que atizarle en la cabeza con una regla para hacerle entender: Leonora quería cambiar de tema. De inmediato. -¿Qué tal el número del poli bueno y el poli malo? –sugirió.

-No sé. Ninguno de los dos somos polis. -Leonora arrugó la nariz-. Además, cualquiera que vea la televisión conoce el truco. Es difícil creer que esa clase de manipulación psicológica elemental funcione en la vida real.

-¿Me estás diciendo que realmente dudas de la verdad de lo que ves en televisión?

-Bueno...

-Además, nuestro objetivo no es manipular a Julie Bromley con sutilezas psicológicas.

-¿No? -Leonora levantó las cejas-. ¿Y cual es nuestro objetivo?

-Asustarla para que nos diga la verdad.

-Ah, bueno. Ya lo cojo.

-No robé nada -grito Julie-. Lo juro. Solo registré un poco sus cosas, señorita Hutton, eso es todo, de veras.

A Thomas se le crispó el rostro y miró con inquietud la pared que separaba el apartamento de Julie del contiguo. El edificio de las afueras del campus había sido construido como conjunto de viviendas subvencionadas para estudiantes, y era evidente que nadie se había preocupado mucho por la insonorización.

El pequeño estudio-apartamento de Julie rebosaba del desorden propio de la vida estudiantil. Había varios cojines de gran tamaño y una sola silla. La cama estaba deshecha. Apoyada contra el ordenador, había una bolsa de patatas fritas medio llena y los libros de texto y un par de cuadernos aparecían desperdigados encima del escritorio. La puerta del armario estaba abierta. Thomas pudo divisar varios pares de zapatos y de botas tirados de cualquier manera en el suelo; colgada del respaldo de la silla, había una chaqueta de cuero roja.

Parecía que Julie se había asustado al encontrarlos en el pasillo exterior de su apartamento, pero les había franqueado la entrada sin protestar. Había estado bebiendo una lata de refresco de cola y preguntó tímidamente a sus visitantes si querían una. La idea de beber una bebida gaseosa a esas horas de la mañana hizo estremecer a Thomas, pero ya la había rechazado con cortesía. Que cada uno o cada una le diera a su propia fuente de cafeína, pensó.

Leonora había explicado con voz bien firme que deseaban hablar con ella de un asunto de importancia. Enfrentada al autoritarismo de un adulto, Julie se había echado para atrás.

Su nerviosismo inicial se convirtió en alarma manifiesta en cuanto Leonora la enfrentó con la información de que había sido vista saliendo a hurtadillas del despacho de la biblioteca. El pánico surgió de inmediato.

Tras un débil intento de negativa, se zambulló de cabeza en la búsqueda de las circunstancias atenuantes.

Leonora tenía razón. Julie no era lo que cualquiera llamaría una delincuente habitual.

-Se que no cogiste nada. -Leonora se sentó en la silla del escritorio-. Pero lo que quiero saber es por qué registraste mi cartera. Estoy segura de que comprendes mi interés.

-Solo sentía curiosidad, esto es todo -dijo Julie con tono hosco.

-¿Sobre qué? -preguntó Leonora.

Julie se retorció, inquieta, en su silla.

-Ni idea.

Thomas decidió que había llegado el momento de interpretar su papel. Había permanecido de pie, en silencio, junto a la ventana, dejando que Leonora llevara el interrogatorio en espera de que le diera su entrada.

Encaró a la chica.

-¿Qué te dijo Alex Rhodes del resultado de tu registro?

Julie se quedó helada, un conejo aterrorizado ante su depredador. Ser el poli malo no era tan divertido como parecía en la televisión, pensó Thomas. Sobre todo, si la víctima solo tiene diecinueve años.

Pero la reacción de Julie le dijo que había dado en el clavo. Tenía que seguir avanzando o corría el riesgo de darle tiempo de recuperarse e inventar una historia.

-Ayer por la tarde te vi en la casa de Rhodes -dijo-. Eso sería después de que registraras las pertenencias de la señorita Hutton. Era evidente que fuiste a informarle.

-Yo no... Yo no. -La cara de Julie se contrajo. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas-. No se de qué me está hablando.

-Mira -dijo Thomas-, nos importa un comino si te acuestas con él. En mi calidad de adulto oficial, tengo que decirte que creo que error, pero...

Julie cerró los puños y se golpeó las rodillas. Se puso roja de indignación.

-No me acuesto con el señor Rhodes. ¿Quien le dijo eso? Es mentira

-Rhodes tiene algo para las estudiantes atractivas. Pero ése es tu problema, no el nuestro.

-No me acuesto con él, maldita sea -vociferó Julie-. Es un viejo. ¿Por qué habría de querer irme a la cama con un tipo que tiene casi cuarenta años? Amo a Travis y nos vamos a casar en cuanto terminemos la carrera.

-Claro -dijo Thomas.

Le vino a las mientes que él también estaba muy cerca de los cuarenta y se sintió envejecer por momentos. Se preguntó si le parecería viejo a Leonora.

-¡Es la verdad!

Julie estaba gritando.

-Ya está bien, Thomas. -Leonora se levantó de la silla, arrancó algunos pañuelos de papel de la caja que había encima del escritorio y recorrió la pequeña distancia que la separaba de la temblorosa Julie. -Creo que Julie nos está diciendo la verdad.

Le puso los pañuelos en la mano y la hizo apoyarse en el cojín con delicadeza.

-Es la verdad -sollozó Julie con el pañuelo en la cara-. Les juro que no estoy dejando que ese tío viejo me folle. ¡Jo!, si ni siquiera soy capaz de imaginarme acostándome con alguien de su edad. Es asqueroso.

-Tranquila -dijo Leonora con dulzura-. Sabemos que has ido a ver a Alex Rhodes y que registraste mi cartera. Creemos que hay una conexión entre ambos hechos e intentamos averiguar cuál es; eso es todo. Estamos un poco preocupados, ¿sabes?

-No me acuesto con el señor Rhodes -farfulló una desalentada Julie con el pañuelo en la boca-. Trabajo para él.

Thomas se quedó inmóvil. Leonora se debió de dar cuenta de que estaba a punto de saltar. Negó con la cabeza en silencio a modo de advertencia. Thomas dudó y, entonces, renunció a regañadientes.

Enfadado porque le arrebataran la presa de las garras, se dio la vuelta hacia la ventana.

-Está bien, Julie -oyó murmurar a Leonora a sus espaldas-. Lo entendemos. Sólo es un trabajo. Eso es diferente.

Thomas siguió sin hablar. Se volvió en el momento en que Leonora daba una palmadita tranquilizadora, casi materna, a Julie. No estaba interpretando al poli bueno. Había una verdadera empatía en la actitud y en la manera en que tocaba a la joven.

-Necesitamos el dinero -susurró Julie con la voz quebrada.

-¿Tú y Travis? -insistió Leonora.

-Las calificaciones de Travis no han sido tan buenas últimamente y sus padres le han amenazado con dejar de pagarle la matrícula y los gastos. Travis no saca lo suficiente con su trabajo a tiempo parcial como jardinero para cubrir el alquiler, las facturas y todas esas cosas.

-Así que Rhodes te ofreció algo de dinero extra para registrar las cosas de la señorita Hutton, ¿no es así? -preguntó Thomas.

Su voz debió de sonar un poco más áspera de lo que pretendía. Julie se estremeció visiblemente. Leonora le lanzó otra mirada de reprensión.

-Me dijo que sólo quería saber si la señorita Hutton era una bibliotecaria legítima.

-¿Es qué existe algo parecido a una bibliotecaria ilegítima? -preguntó Thomas.

-Me contó que estaba preocupado porque recordaba que en el último campus en el que trabajó, había oído algo sobre una falsa bibliotecaria que, utilizando unas credenciales falsificadas, había

accedido a los fondos de libros raros, robando algunos verdaderamente valiosos. Dijo que la descripción se ajustaba a la de la señorita Hutton, pero que no quería meterse en problemas, a menos que ella fuera realmente una farsante.

-¿Y te envió a echarle un vistazo a mi documentación?

Julie sollozó.

-Sólo quería conseguir su número de la Seguridad Social o el de una tarjeta de crédito para poderlo comprobar en su ordenador y asegurarse de que usted era quien decía ser.

-Sólo cumpliendo con sus obligaciones cívicas, ¿verdad?-dijo Thomas.

-Ya se lo he dicho -masculló Julie-. Él no quería crearle problemas a la señorita Hutton a menos que fuera una verdadera farsante.

-Una verdadera farsante. -Leonora le entregó un pañuelo limpio- Una expresión interesante.

Thomas miró a Julie.

-¿Le diste el número de la Seguridad Social de la señorita Hutton a Rhodes?

-No, no lo encontré.

Julie se sonó la nariz en el pañuelo.

Thomas lanzó un lento suspiro. Quizás aquello no fuera a resultar tan malo.

-En su lugar le di el número del carné de conducir –terminó Julie.

-¡Mierda! -dijo Thomas.

Leonora arrugó el entrecejo.

Julie tuvo un violento sobresalto.

-¿Algo más? -insistió Thomas.

Julie tragó saliva.

-Bueno, también encontré m par de tarjetas de crédito y le di los números... también.

-¡Mierda! -repitió Thomas-. ¡Vaya con la pequeña Señorita Servicial!

-Creía que estaba ayudando al señor Rhodes a atrapar a una ladrona de libros -añadió Julie-. Creí que hacía lo correcto.

-Es tranquilizador saber que la gente como tú y Alex Rhodes están haciendo que el mundo sea más seguro para la investigación académica.- Thomas se recostó contra el marco de la ventana y cruzó los brazos-. Muy bien, Julie, presta atención. Esto es lo que vas a hacer: no tendrás más trato con Alex Rhodes. ¿Queda claro?

Consternada, Julie abrió los ojos como platos.

-Pero todavía me debe otros cincuenta pavos. Me prometió darme doscientos en total y sólo he recibido ciento cincuenta hasta el momento.

-La cuestión es que, si intentas conseguir tu dinero, algunas personas podrían no entender que sólo fueras una asalariada a tiempo parcial. Los polis, por ejemplo, podrían sacar una impresión falsa.

-¿Los polis? -Julie la miró aterrorizada-. ¿Qué clase de impresión falsa?

-No se les podría culpar de que pensaran que estabas ayudando y colaborando con un suplantador de identidades.

-¡Pero no he robado nada!

-Julie, estás exagerando el número de la ingenua inocente. Todo el mundo sabe que la suplantación de identidades es un gran negocio y un delito grave. El número de la Seguridad Social abre todas las puertas y, con un carné de conducir y una o dos tarjetas de crédito no es tan difícil de conseguirlo.

-Pero ya se lo he dicho, el señor Rhodes sólo quería asegurarse de que la señorita Hutton fuera auténtica.

-¿Es eso verdad? -preguntó Thomas-. ¿Y qué te hizo pensar que Alex Rhodes lo fuera?

Julie se lo quedó mirando fijamente, a todas luces pasmada por las implicaciones de la pregunta.

-¿Quiere decir que el señor Rhodes es... me está diciendo que tal vez sea un delincuente? Pero si es una especie de médico o psiquiatra o algo así.

Su voz alcanzó tal estridencia que Thomas se sorprendió de que la ventana que estaba detrás de él no saltara hecha añicos.

-No sé todavía quién o qué es Alex Rhodes -dijo-, pero creo que es poco arriesgado suponer que un hombre que contrata a una estudiante de diecinueve años para registrar los efectos personales de alguien en busca de los datos de la documentación, no sea, probablemente, un tipo muy simpático.

Julie empezó a llorar de nuevo.

Leonora le tocó el hombro.

-Cálmate. El señor Walker y yo manejaremos esto a partir de ahora. Pero, mientras tanto, creo que tiene razón: lo mejor es que no vuelvas a estar con Alex Rhodes.

Julie la miró con ojos húmedos y compungidos.

-Pero ¿qué pasa con mis cincuenta dólares?

-Te lo diré. -Leonora alargó la mano para abrir su cartera. Sacó el billetero-. Te daré los cincuenta dólares que te debe Rhodes.

-Esto... Leonora -dijo Thomas.

Hizo oídos sordos. En su lugar, abrió el billetero, sacó algún dinero y le entregó los billetes a Julie.

-Gracias. -Julie cogió el dinero con presteza, lo contó rápidamente y se lo metió en el bolsillo de los vaqueros-. No se preocupe, no voy a ver a ver al señor Rhodes nunca más.

-Agradecemos tu ayuda en este asunto -dijo Leonora.

-Claro. -Julie se apresuró a abrir la puerta-. Bueno, debo ir a las diez tengo clase de Literatura Inglesa.

Thomas siguió a Leonora hasta la puerta.

-Con un poco de suerte -dijo como de pasada-, esto habrá acabado para ti.

Julie arrugó el entrecejo.

-¿Qué quiere decir «con un poco de suerte»?

-Al final, podríamos vernos obligados a ir a la policía. -Salió al pasillo y se volvió para sonreírle-. Nunca se puede saber.

Julie le lanzó otra mirada asustada y cerró la puerta.

Leonora le miró con reprobación.

-No era necesario añadir este último toque sobre la poli. Nos dijo todo lo que queríamos saber.

-Te ha timado ese dinero.

-¡Valiente cosa! Averiguar que Alex Rhodes me ha estado investigando bien vale cincuenta pavos, ¿no?

-Eso es aparte. No me ha gustado la manera en que lo hizo. Y lo que le dije sobre la poli puede ser verdad -dijo-. Cuanto más nos metemos en esto, más convencido estoy de que acabaremos por tener que informar a las autoridades.

-Por mí, estupendo. -Leonora agarró la cartera con la mano izquierda y empezó a bajar las escaleras detrás de el-. ¿Cuándo?

-No lo sé. Todavía no tenemos lo suficiente. Ed Stovall ha dejado bastante claro que no puede justificar la reapertura de la investigación sobre la muerte de Bethany a menos que le aportemos algo consistente a modo de prueba. No después de lo que tuvo que aguantar de Deke cuando Bethany murió. Cree que mi hermano está chiflado.

Leonora escrutó su cara.

-Estás empezando a creer que, tal vez, estemos realmente investigando un par de asesinatos, ¿verdad?

Thomas se rascó la nuca, intentando disminuir la persistente sensación de que algo grande, repugnante y con muchísimos dientes se le venía encima.

-Todavía no estoy preparado para compartir la teoría de la conspiración -dijo-. Pero tengo que admitir que estoy llegando a la conclusión de que Rhodes es un grave problema.

CAPÍTULO 14

-Te llamo porque una amiga mía necesita el consejo de un profesional y Herb es el único consultor sentimental que conozco -dijo Leonora al otro lado de la línea telefónica-. Me metería en Internet y le mandaría un correo a la atención de «Pregúntale a Henrietta», pero sé que está muy ocupado y, a lo mejor, tarda en enterarse de mi consulta.

-Está desbordado, si señor.

Gloria se acomodó en el sofá y apoyó los pies en el pequeño escabel.

Se examinó los tobillos con detenimiento. Para cuando había llegado a casa después de hacer la compra en el centro comercial, se habían hinchado.

Por experiencia sabía que si los mantenía en alto durante un rato, se deshincharían.

-No se lo digas a Herb, pero, entre tú y yo, «Pregúntale a Henrietta» es la columna de más éxito de la Gazette. Cada día se reciben más consultas y Herb ya está hablando de conseguir un ayudante.

-Me lo estaba temiendo. Esto es una especie de emergencia. Pensé que tal vez podías atravesar el pasillo, conseguir las respuestas que necesitamos y luego llamarme en seguida.

-¿Necesitamos? -repitió Gloria con prudencia.

-Me refiero a las respuestas que necesita mi amiga -corrigió rápidamente Leonora-. Lo que pasa es lo siguiente: el tipo pierde a su esposa hará un año. Desde entonces, no se ha relacionado con ninguna otra mujer. Me da la sensación de que, quizás, el matrimonio tuviera problemas y de que él no ha resuelto algunos asuntos. La cuestión es que mi amiga quiere llamar su atención, hacer que se fije en ella, no sé si sabes a que me refiero.

-Lo entiendo, querida. -Gloria sostuvo el auricular entre el hombro y la oreja, cogió una pluma y un cuaderno y empezó a tomar notas.

-¿Tiene hijos ese hombre?

-No.

-¿Aficiones?

-Bueno, le da fuerte a la informática.

-Entiendo. -Escribió: «ganso»-. ¿Algo más que Herb debería saber sobre él?

-Creo que no. Llámame en cuanto hables con Herb, ¿de acuerdo?

-Muy bien, querida. Veré lo que puedo hacer.

-Ah, Gloria...

-Dime, querida.

-Ya que le preguntas a Herb sobre el problema de mi amigo, ¿podrías hacerle otra pequeña pregunta?

-¿De qué se trata, querida?

-Pregúntale... -Leonora se interrumpió y se aclaró la garganta con prudencia-. Pregúntale si cree que hay alguna posibilidad de una relación sólida y duradera entre un hombre divorciado, a que le gusta trabajar con herramientas y que no planea casarse otra vez y al que le da miedo tener hijos, y una... mujer con unos antecedentes en cierta manera diferentes.

-¿Cómo de diferentes?

-Bueno, supongo que podría decirse que tiene unos gustos más intelectuales. Y piensa que quizá le gustaría casarse; y tener hijos. Cuando que apareciera el hombre adecuado.

Gloria se sintió orgullosa de si misma. Había dado en el blanco.

-No hay ningún problema, querida. Te volveré a llamar cuando haya hablado con Herb.

-Gracias.

-¿Va bien todo lo demás ahí arriba?

-Si, creo que estamos haciendo algunos progresos de verdad. Thomas está hablando de proporcionarle a la poli la información que tenemos. Tengo que decir que me sentiría muy aliviada si les entregáramos todo a las autoridades.

Gloria frunció el ceño.

-¿Quieres decir que crees que a Meredith y a esa otra mujer, Bethany Walker realmente las mataron?

-Me temo que es una posibilidad, sí. Puede haber drogas de por medio. Todavía no sabemos con exactitud que fue lo que pasó.

-¡Santo cielo! -Gloria pensó sobre aquello durante unos segundos y apretó con más fuerza el auricular-. ¡Leonora! Escucha, cariño, no correrás ningún peligro personal ahí, en Wing Cove ¿verdad?

-¡Por Dios, no! No te preocupes por eso, abuela. Estoy bien. De veras.

-¿Estás absolutamente segura?

-Del todo.

-Muy bien. Hablaré con Herb y te volveré a llamar.

-Gracias. Hasta luego.

-Adiós, querida.

Gloria colgó y estudió sus notas un buen rato sin levantarse. Un hombre al que le gustaba trabajar con herramientas... una mujer con unos antecedentes en cierta manera diferentes...

Apartó el bloc, cogió el andador, que estaba junto a la silla, y se ayudó con él para levantarse.

Se entretuvo bastante rato en el baño para aplicarse una capa de pintalabios rojo brillante, tras lo cual se dirigió a la puerta de su apartamento,

Al diablo con sus tobillos hinchados. Ya se ocuparía de ponerlos en alto más tarde.

Fue hasta el apartamento de Herb en un tiempo excelente. El hombre abrió la puerta rápidamente.

-Si has venido a regañarme porque la columna es demasiado larga, olvídalo -dijo-. No tengo la culpa de que la mitad de los suscriptores quieran algún consejo de «Pregúntale a Henrietta».

-No he venido por la columna, Herb; esto es personal. Creo que Leonora se ha enamorado. Necesitamos ayuda. Y rápido.

-¿Qué? -Se apartó-. Vamos, entra. Veré qué puedo hacer.

Gloria introdujo trabajosamente el andador en el apartamento, giró y se sentó en el sillín incorporado.

-Ha llamado con la excusa de pedir consejo para una amiga. Pero, al final de la conversación dejó caer algo sobre el hombre que le interesa. Al menos creo que hablaba de ella misma.

Herb se sentó en la silla que estaba enfrente del ordenador y se puso las gafas de leer.

-Dame lo que tengas.

Gloria le leyó sus notas con rapidez.

Herb pensó durante un rato.

-Es fácil.

-¿Fácil?

-Bueno, estoy seguro de que Leonora y su amiga lo harán mucho más difícil de lo necesario, si tenemos en cuenta que, cuando se tiene esa edad estas cosas siempre son más complicadas. Pero veremos qué se puede hacer. Llámala por teléfono.

Gloria sacó su móvil del bolsillo y marcó el número de Leonora.

Leonora contestó al primer timbrazo.

-¿Gloria?

-Si, cariño. Estoy en el apartamento de Herb. Ya tiene preparado el consejo.

-¡Fantástico! Tengo papel y lápiz. Dispara.

Gloria miró con expresión expectante a Herb.

-Que les den de comer -dijo Herb.

Gloria arrugó en entrecejo.

-¿Qué ha dicho? -preguntó Leonora.

-Espera un segundo, cariño. -Levantó la vista-. ¿Qué has dicho, Herb?

-Decía que le digas a Leonora, que ella y su amiga preparen una comida verdaderamente buena a esos dos hombres tras los que van. El camino al corazón de un hombre pasa por su estómago. Siempre ha sido así y siempre lo será.

Gloria habló por el teléfono.

-Dice que les hagáis una buena comida a los caballeros en cuestión.

-¿Que cocinemos para ellos? -Leonora parecía escéptica- ¿No está un poquito pasado de moda?

Gloria se retiró el teléfono de la cara.

-Leonora dice que parece pasado de moda.

-Mira, acudes a un experto en busca de consejo -dijo Herb-Te lo estoy dando.

-Tranquilo, yo sólo estaba asegurándome. -Volvió al teléfono-. Herb dice que el viejo refrán de que el camino al corazón del hombre pasa por su estómago sigue siendo válido.

-Bueno, de acuerdo. ¿Algún consejo sobre la comida?

Gloria volvió a apartarse el teléfono.

-¿Alguna sugerencia, Herb?

-Una lasaña estaría bien.-Herb se recostó en la silla con una expresión de nostalgia en la cara-. Con mucho queso. Y tal vez una buena ensalada verde a base de lechuga romana y algunos picatostes pequeños. Y vino tinto. Y un buen pan. Y que no se olvide del postre. El postre es algo verdaderamente importante.

-¿Has tomado nota de esto, cariño? -preguntó Gloria.

-Tengo lo de la lasaña, la ensalada, el pan y el vino tinto. Pero ¿qué hay del postre?

Gloria miró inquisitivamente a Herb.

-¿Qué es lo mejor para el postre?

-Tarta -dijo Herb-. Un gran pedazo de tarta de manzana caliente con masa casera. Del tipo hojaldrado, no de esa mierda acartonada y precocida que venden en los supermercados. Y una gran bola de helado de vainilla encima.

-Permíteme que te diga que alguien está suspirando por los días en los que no tenía que preocuparse por el colesterol. -Gloria rió entre dientes. Volvió al teléfono-. ¿Lo has oído cariño? Tarta de manzana y helado.

-Lo he oído. -Leonora hizo una pausa y bajó la voz-. ¿Qué ha dicho sobre mi otra pregunta? Ya sabes, la referente a la del hombre al que le gusta trabajar con herramientas y que tiene miedo de casarse y tener familia.

-Espera, cariño. -Gloria miró a Herb-. ¿Qué hay de las posibilidades de que una mujer de aficiones intelectuales encuentre el verdadero amor con un hombre al que le gusta trabajar con herramientas y que tiene miedo del matrimonio?

-No veo ningún problema en eso -dijo Herb con aire sabio y omnisciente-. Según mi experiencia, un hombre que es bueno con las herramientas, puede manejar todo lo que le surja en la vida.

-Eso suena muy críptico -replicó Leonora al otro lado de la línea-. ¿Qué se supone que significa?

Gloria miró a Herb con cara de pocos amigos.

-¿Que qué significa? Eso de que si un hombre es bueno con las herramientas será capaz de manejar cualquier asunto.

-Que no se preocupe -contestó Herb enigmáticamente-. Dile que se concentre en buscar algunas buenas recetas de lasaña y tarta de manzana.

-Esto es todo desde este lado de la línea -dijo Gloria-. Buena suerte, cariño.

-Espera -insistió Leonora-. Una cosa más. Esta persona con formación universitaria dice que ya ha servido una comida a ese hombre hábil con las herramientas.

-¿Y bien, cariño?

-Dice que le dio de comer sobras -comentó Leonora con tristeza-. ¿Sería eso un problema? ¿La ha fastidiado ya con la comida?

Gloria puso la mano en el micrófono y miró a Herb.

-Quiere saber si ya la ha fastidiado con la comida porque, le dio a ese hombre de las herramientas una comida a base de sobras.

-¿Qué clase de sobras?

Gloria retiró la mano del micrófono.

-¿Que tipo de sobras?

-Ensalada de patatas y unos bocadillos. -Leonora dudó.- La ensalada de patatas estaba hecha siguiendo tu receta, abuela.

Gloria miró a Herb.

-Mi ensalada de patatas y bocadillos.

-Ningún problema con la ensalada de patatas -aclaró Herb- Dile que todavía tiene posibilidades.

Gloria se aclaró la garganta.

-Herb dice que tu amiga, la de las sobras, sigue en competición gracias a mi ensalada de patata.

-Ah, estupendo. Dale las gracias a Herb de nuestra parte, Gloria.

-Lo haré, querida. -Gloria dejó caer el móvil en su bolsillo. Sonrió mirando a Herb-. Te lo agradezco.

-Si consigo casártela, me lo deberás, Gloria.

-Te haré una buena cena de lasaña y tarta de manzana.

-Olvida la lasaña y la tarta de manzana. Ya sabes lo que quiero.

Gloria suspiró.

-Tu nombre en la columna.

-Lo has cogido. ¿Trato hecho?

-Trato hecho -dijo Gloria.

Estaban de pie en el porche trasero de Deke, contemplando como Wrench investigaba en algunos arbustos a pie de los peldaños. Técnicamente hablando, era la hora del crepúsculo, pero era difícil asegurarlo pensó Thomas. La niebla había vuelto, desdibujando la línea que separa el día de la noche. Se había dispersado un poco durante la tarde, pero en ningún momento se había disipado por completo. Y en aquel momento, ante la incipiente oscuridad, se hacía espesa de nuevo.

De hecho, pensó Thomas, aquella noche la niebla se mostraba manifiestamente fantasmagórica. Con un poco de imaginación, uno casi se podía convencer de que era una especie de vapor de otro mundo. Parecía ascender desde la cala, borrando el límite que había entre el mundo real y el situado al otro lado del espejo.

Abajo, en el sendero de los corredores, aparecían y desaparecían entre la niebla ocasionales siluetas imprecisas, que eran anunciadas en la distancia por el eco apagado del calzado al golpear el pavimento. Se podía decir si la siguiente figura en aparecer fugazmente seria un velocista, un fondista o un marchador en función del ritmo de las pisadas.

-¿Así que Rhodes la ha estado investigando? -preguntó Deke.

-O eso o planeaba suplantar su identidad, pero parece un tanto improbable que la haya escogido como blanco.

-Sí. Ha estado investigándola -dijo Deke en voz baja-. Igual que nosotros a él. ¿Qué demonios está sucediendo?

-Ojalá tuviera respuesta para eso.

-Está removiendo las cosas, ¿verdad?

-¿Quién? ¿Leonora? -Thomas suspiró profundamente-. Creo que se puede decir así, sí.

-Tenía el pálpito de que lo haría. Tal como dije, es un catalizador.

-Tenías razón.

Un sordo «zap, zap, zap», breve y marcial, precedió a la fugaz aparición de un robusto marchador aeróbico que se desvaneció en el acto entre la niebla.

-Parecía que se encontraba muy a gusto en tu casa anoche –sugirió Deke con absoluta indiferencia-. Utilizando tu ducha y todo.

-Ajá.

-Cassie me ha comentado que esta mañana temprano pasó por su lado en el circuito de carreras. Me dijo que le pareció que iba a tu casa. Para desayunar, supongo.

-Los dos somos muy madrugadores.

Deke asintió con la cabeza.

-Tenéis otra cosa en común.

-¿Otra cosa? -Thomas lo miró y volvió a observar a los fantasmales corredores-, ¿Has notado que Leonora y yo tengamos otras cosas en común?

-Claro.

Thomas dudó, pero la curiosidad pudo más que él.

-¿Como cuáles?

-Es difícil de explicar. Tal vez sea la forma que los dos tenéis de hacer las cosas.

-¿Cómo hacemos las cosas?

-Bueno, ya sabes. -Deke hizo un leve movimiento de mano buscando las palabras-. Una vez que te has decidido a hacer una cosa, no paras hasta que la haces. Adquieres un compromiso, lo mantienes, aunque tengas algunas dudas. Mira si no lo que has aguantado por mí durante el último año. Sé que, en el fondo, te has estado preguntando si estaría como una cabra.

-¿Eh, y qué si estás chiflado? Sigues siendo mi hermano.

-Y los hermanos Walker se mantienen unidos, ¿verdad?

-Verdad. -Thomas cerró ambas manos sobre la verja-. Si te sirve de consuelo, te diré que no tengo ninguna duda acerca de tu salud mental. Ya no. Por lo que hace a tus teorías de conspiración, has hecho creyente de mí.

-Creo que tengo que agradecérselo a Leonora -respondió Deke- Lo que quiero decir es que se parece a ti en muchos aspectos. Mira cómo ha dejado en suspenso su vida para venir aquí a averiguar lo que le ha ocurrido a su media hermana. Es el tipo de cosa que tú habrías hecho. Demonios, es exactamente lo que habrías hecho.

Thomas se encogió de hombros.

-Tú lo habrías hecho por mí.

-Claro.

Los dos se quedaron mirando un momento hacia la cala. La niebla se unía formando un velo impenetrable. El «zap, zap, zap» en el sendero anunció un grupo de corredores. Tres hombres de mediana edad, que deberían tener más conocimiento, aparecieron en la niebla. Thomas se preguntó si alguno no habría empezado a tener problemas con sus rodillas.

Cuando uno se acerca a los cuarenta, es sólo cuestión de tiempo.

-He oído que estamos invitados a cenar en casa de Leonora esta noche -dijo al cabo de un instante.

-Cassie llamó hará una hora. Me dijo que ella y Leonora van a cocinar para nosotros.

-Será una buena oportunidad para que pensemos juntos y discutamos la estrategia.

La cara de Deke permaneció impasible.

-Cassie piensa que estoy obsesionado.

-Y lo estás. ¿Y qué? Así es como somos los chicos Walker.

-Podría resultar un poco embarazoso hablar de todo este asunto en su presencia -dijo Deke.

-Qué va. Míralo de esta manera; después de seis meses de hacer yoga contigo, sabe tanto de este lío como todos los demás. Quizá puede darnos una perspectiva diferente, de la misma manera que Leonora.

-Nunca lo había considerado de esa manera. -Deke dudó-. Lo único que quiero es que no termine pensando que soy un absoluto excéntrico, ¿entiendes? Las cosas ya son bastante difíciles entre nosotros.

-Dale una oportunidad, Deke. Además, puedes mirarlo por el lado positivo.

-¿Y cuál es el lado positivo?

-Pues que, en el peor de los casos, aunque Cassie piense que eres un completo chiflado, esta noche hemos conseguido una cena casera y la compañía de dos señoritas realmente guapas.

-No se hable más.

ÉI y Wrench volvieron a casa por el circuito de carreras. La hora punta del final de la tarde estaba en pleno desarrollo. Corredores, ciclistas, marchadores y gente con perros atiborraban el camino. Por dos veces estuvo a punto de ser atropellado por un corredor. La vida en el carril rápido era peligrosa.

Cuando él y Wrench entraron en el vestíbulo, el teléfono estaba sonando. Cerró la puerta y cogió el inalámbrico.

-Aquí Walker.

-¿Thomas? -dijo Leonora.

-Estaré ahí en media hora. -Miró el reloj-. Tengo que ducharme y cambiarme.

-No hay prisa. Cassie y yo todavía estamos con los últimos toques. Te llamaba para preguntarte si te importaría traerte las herramientas.

Una ráfaga de expectativas le calentó la sangre.

-No te preocupes. Nunca voy a ninguna parte sin ellas.

En el otro lado de la línea se produjo un breve silencio de asombro.

Leonora emitió una sonrisa tonta.

-En realidad, me estaba refiriendo a tus otras herramientas. De esas que tienes en el taller. Hay un grifo que gotea en el baño y se ha hecho tan fuerte que me ha tenido en vela toda la noche.

-Ah, esas herramientas. Claro, también me llevaré algunas.

Media hora más tarde, recién duchado y vestido con una camisa con botones en las puntas del cuello y unos pantalones caquis de algodón entraba en el taller. Escogió una llave inglesa y algunos otros cachivaches que, supuso, podría necesitar para arreglar un grifo goteante.

Cuando salió, Wrench le estaba esperando en la puerta delantera con la correa en la boca.

-Lo siento, amigo, esta vez no.

La expresión de Wrench movía a compasión.

Thomas se agachó delante de él y le rascó las orejas.

-Ésta es la situación. Existe la posibilidad de que me pida que pase la noche en su casa. Me parece que no tendré ninguna posibilidad en absoluto si estás conmigo, y una cosa es pedirle a un hombre que se quede a dormir, y otra, totalmente diferente, invitarle a él y a su perro a pasar la noche. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Wrench no pareció tragárselo.

Thomas le propinó una última palmadita, se levantó y salió por la puerta. La llave inglesa le pesaba en el bolsillo de la chaqueta.

-¿Te apetece un entremés, Deke? -preguntó Cassie.

Le pasó el cuenco de soja cocida al vapor con sal. Deke lo miró detenidamente y se sirvió un puñadito.

-Son interesantes -dijo-. De aspecto difícil, pero interesantes.

-Le cogerás el tranquillo enseguida -le aseguró Leonora.

Se puso el extremo de una de las vainas saladas en la boca, sujetó el extremo con los dedos e hizo salir las habas con los dientes. Dejó caer la vaina en un pequeño tazón.

Deke intentó idéntico procedimiento. Se oyó una ruidosa succión.

-Las tengo -anunció. Tiró la vaina vacía en el tazón.

-Si puedes hacerlo tú, yo también -dijo Thomas.

Se colocó la punta de una vaina de soja en la boca y la desarmó ligeramente con los dientes. Cuando terminó, levantó la vaina vacía en señal de triunfo.

Todos rieron y alargaron las manos para coger más.

Leonora intercambió una mirada con Cassie. Hasta el momento, fenomenal. La noche empezaba de forma prometedora.

Thomas olisqueó los aromas procedentes de la cocina.

-Huele bien. ¿Qué hay para cenar?

-Lasaña de espinacas y queso feta -contestó Leonora-. De postre, una tarta de manzana hecha por Cassie.

-¿Lasaña? -Thomas adoptó una expresión soñadora-. ¡Eh, tío, con lo que me gusta la lasaña!

-Ni siquiera soy capaz de recordar la última vez que comí una tarta de manzana casera -dijo Deke-. Es mi favorita. -Miró a Cassie-. No sabía que supieras cocinar.

-Nunca me lo has preguntado-replicó ella con dulzura.

A Deke le subió el rubor con furia, alargó la mano hasta su cerveza y cambió de tema.

-Buenas y malas noticias de nuestro licenciado que realizó las pruebas de las muestras del complemento nutricional de Rhodes.

-¿Cuáles son las buenas? -preguntó Thomas.

-Se trata sólo de azúcar y harina de maíz coloreados.

Thomas lanzó un gruñido.

-En otras palabras: no lo vamos a pillar por vender drogas.

-En cualquier caso, no seria fácil -dijo Deke-. Es un farsante, pero no creo que se pueda decir que esté haciendo algo peligroso o ilegal con el complemento nutricional que vende.

Leonora lo miró.

-¿Algo nuevo sobre el asesinato del viejo Eubanks?

Deke bebió más cerveza y bajó lentamente la botella.

-Como ya le dije a Thomas, nada que pudiera explicar el interés de Bethany en el caso. Según los viejos recortes, no se trató más que de otro ladrón pillado in fraganti.

Thomas cogió otra vaina de soja y se la puso entre los dientes.

-Eubanks estaba en el departamento de matemáticas. Bethany era matemática. ¿Estás seguro de que no hay conexión?

Deke negó con la cabeza.

-No que yo vea.

-¿Sabes?, ella era tu esposa, pero yo también la conocía -dijo Thomas- Si me preguntaras, te diría que sólo hay una razón para que Bethany pudiera haberse interesado por un viejo caso de asesinato. Y sería que éste, por alguna razón, tuviera que ver con su propio trabajo matemático.

Deke se puso tenso.

-Haces que parezca que no le interesara la gente.

Thomas se encogió de hombros.

-No estoy seguro de que así fuera. No en el sentido de preocuparse por los demás. Vaya, le gustaba tener gente que la cuidara para poder centrarse en su trabajo, pero no se salía de su camino para ayudar a otro. Lo sabes bien, Deke.

Se produjo un breve y tenso silencio. Leonora encontró los ojos de Cassie. Sabía que las dos se estaban preguntando si Deke estallaría en una furiosa defensa de su difunta esposa.

Fin de la cena.

Pero, para su asombro, Deke sólo arrugó el entrecejo.

-No era cruel ni mezquina ni mala -dijo, mostrándose más tozudo que enfadado.

-No. -Thomas se recostó contra el respaldo de la silla y miró a su hermano-. No era ninguna de esas cosas; simplemente era una persona ensimismada. La mayor parte del tiempo estaba en su propio mundo haciendo sus propias cosas. Todo lo que deseaba era que la dejaran sola con su trabajo.

-Era brillante. -Deke bebió otro trago de cerveza-. Un genio. Los genios son diferentes.

No alegó nada más en defensa de su difunta esposa.

Cassie agarró el cuenco de la soja.

-¿Un poco más?

-Gracias -dijo Leonora con rapidez-. Me tomaría otra.

Se produjo un pequeño revuelo cuando Cassie, de uno en uno hizo circular el cuenco entre los comensales. Tanto Deke como Thomas deseaban por igual que se les distrajera. Los dos se agenciaron más vainas verdes.

Leonora soltó el aire que había estado reteniendo.

-Muy bien, parece que, por el momento, la conexión con Eubanks es un callejón sin salida. Tendremos que concentrarnos en otro punto.

-No estoy tan segura al respecto -dijo Cassie con parsimonia.

Todos se volvieron para mirarla como si acabara de proclamar que podía volar.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Deke, sorprendido.

-Si de verdad queréis averiguar si hay algo más sobre el asesinato de Eubanks que lo que apareció en los periódicos -dijo en voz baja-, tengo una sugerencia.

-Continúa -dijo Thomas.

Cassie se echó hacia delante.

-Los martes doy clases de yoga a las personas mayores en el Complejo Habitacional para Jubilados Cove View. Uno de los miembros de esa clase, una mujer llamada Margaret Lewis, fue la secretaria jefe del departamento de matemáticas de Eubanks. Trabajó en la universidad durante cuarenta anos; habría estado allí en la época en que mataron a Sebastian Eubanks.

-¡Ah, caramba! -susurró Leonora-. ¿La secretaria del departamento de hace treinta años está todavía viva?

-Y coleando -añadió Cassie-. Es una de mis mejores alumnas.

Deke miró a Cassie de hito en hito.

-¿No me jodas? La secretaria del departamento.

Thomas parecía desconcertado.

-Tengo la sensación de que me estoy perdiendo algo. Así que una de las secretarias del departamento está todavía por ahí. ¿Y qué?

Todos se volvieron hacia él.

-¿Qué pasa? -Se miró la pechera de la camisa-. ¿Es que se me ha caído una vaina de soja o algo parecido?

-Thomas -le dijo Leonora con exasperación-, estamos hablando de una secretaria de departamento. ¿No lo entiendes? No hay ningún otro empleado de una universidad que esté más al corriente de lo que ocurre entre bambalinas. Sólo el buen Dios bendito sería una fuente mejor de cotilleos; y Él no habla.

-Leonora tiene razón -dijo Deke, entusiasmado-. Confía en nosotros a este respecto, Thomas.

-Si vosotros lo decís...

Cassie rió entre dientes.

-Circulan un sinfín de bromas sobre la jerarquía del mundo universitario, Thomas. El común denominador de todos es que, mientras que el decano, el catedrático, el profesor titular, el adjunto y el auxiliar tienen su plaza y cierto grado de autoridad, es la secretaria de departamento la que realmente dirige el cotarro.

-Muy bien, muy bien, ya lo entiendo. -Thomas los contempló uno a uno por turnos-. Pensáis que podría valer la pena hablar con esa tal Margaret Lewis, ¿no es así?

-Bueno, sí -dijo Deke-. Si hubiera ocurrido algo fuera de lo normal en la época en que mataron a Eubanks, la secretaria de departamento lo habría sabido.

Leonora se levantó y fue a la cocina a controlar la lasaña.

-Si la tal Margaret Lewis no puede recordar nada más acerca de las circunstancias que rodearon el asesinato de Eubanks que lo que viene los recortes de prensa, podemos tener la plena seguridad de que no aconteció entonces.

Thomas se concentró en volver a montar el grifo del cuarto de baño.

Siguiendo una vieja costumbre, había dispuesto las diversas piezas en el mostrador, en el mismo orden en el que las había desmontado. La teoría decía que todo lo que tenía que hacer para terminar la reparación de la gotera era volver a montar el grifo en orden inverso. Era una buena teoría y, a veces, funcionaba de verdad. Pero la fontanería es un arte, no una ciencia, y no siempre responde a la lógica. En esto, tenía mucho en común con lo que estaba sucediendo entre Leonora y él.

-Estaba pensado que las cosas han ido bien -dijo Leonora desde el umbral de la puerta, detrás de Thomas-. Hacia el final de la velada, Deke y Cassie estaban de maravilla entre ellos.

Thomas se acordó de lo pegados que caminaban Deke y Cassie cuando, un rato antes, habían bajado los escalones para dirigirse al sendero, no iban cogidos de la mano, pero producían una sensación de intimidad que parecía novedosa en la relación.

-Debe de haber sido la tarta de manzana -dijo. Cogió un destornillador-. A Deke le encanta; sobre todo con helado. La lasaña también estaba soberbia, dicho sea de paso.

-Me alegra que te gustara.

-No había comido una lasaña casera tan buena en años.- Movió la palanca un poco, con suavidad, para resituarla-. Cuando me entran unas ganas locas de comer lasaña, la mayor parte de las veces la compro congelada.

Leonora se cruzó de brazos y apoyó un hombro contra la jamba.

-Tengo que decirte que me preocupé un poco cuando mencionaste que Bethany no era precisamente del tipo de persona que se preocupaba los demás. No estaba segura de cómo iba a reaccionar Deke.

-Ni yo tampoco -admitió-. Pero, a veces, me harta oírle hablar de ella como si fuera una santa.

-También me da la sensación de que su prisa por defender su memoria esta noche ha sido más bien por costumbre que por una pena no resuelta.

-Está cambiando. Avanzando, creo. -Se arrodilló sobre una pierna, alargó la manó hasta el armario abierto y abrió las llaves de paso-. Sólo confío en que no recaiga si no conseguimos alguna respuesta definitiva.

-No creo que eso ocurra. Está empezando a prestar atención a Cassie, eso es un gran paso.

-Ajá. -Se puso de pie y abrió el grifo. Se produjeron algunos chasquidos, pero las viejas cañerías eran resistentes. Al cabo de un rato, el agua empezó a fluir de manera continua-. ¿Crees de verdad que esa vieja secretaria del departamento de matemáticas podrá decirnos algo útil?

-¿Quién sabe? Vale la pena intentarlo.

-Si tú lo dices...

Cerró el agua.

Ambos se quedaron mirando fijamente el grifo durante un rato. No goteaba.

-Caray -dijo Leonora en un tono de sobrecogimiento casi reverencial-. Eres bueno. Eres extraordinario.

-¿Qué puedo decir? Es un don.

Leonora le sonrió en el espejo.

-Lo creo.

Thomas miró la imagen de Leonora reflejada. Su cuerpo formaba una seductora y grácil curva mientras se apoyaba en la puerta, detrás de él.

-¿Algo más que necesites que se ajuste? -preguntó Thomas.

-Ahora que lo dices, creo que tengo otro proyecto de mejora casera que podría beneficiarse de la experta aplicación de tus herramientas.

Thomas hizo revolotear la brillante llave inglesa con la pericia de un consumado pistolero del Viejo Oeste.

-Condúceme hasta él.

-Por aquí.

Leonora se volvió y lo arrastró por el pasillo hasta las sombras del dormitorio.

Una hora y media más tarde, Thomas salía por el porche delantero y aspiraba la fría y húmeda noche. Otra oleada de niebla había ascendido sigilosamente desde las negras aguas del Puget Sound, amortajando el sendero. Las luces que se espaciaban a intervalos a lo largo del camino brillaban débilmente.

Miró a Leonora, parada eh el umbral. La envolvía una gruesa bata y el pelo suelto le caía por la cara. Tenía los ojos entrecerrados; se había dejado las gafas en la mesilla de noche.

-Buenas noches.

Leonora le besó en la boca.

-Buenas noches.

Thomas le devolvió el beso, no levemente, como ella le había besado.

Quería dejarle una huella, darle algo en lo que pensar cuando volviera a la cálida y desordenada cama que él acababa de abandonar.

-¿Una buena fiesta? -preguntó el extraño.

Brett Conway detuvo su marcha tambaleante e intentó enfocar. El tipo le había asustado, al aparecer de aquella manera en la niebla y la oscuridad. No había oído que hubiera alguien más en el sendero.

El extraño lo miró de una manera misteriosa. Iba vestido de negro y llevaba unas gafas de esquiar en la cara. Hacía frío, pensó Brett, pero no tanto.

-La fiesta estuvo bien. -murmuró Brett.

Había sido una buena fiesta. Con alcohol en abundancia y algo de marihuana. Aunque ninguna de las chicas había mostrado interés por él. Menos mal; se sentía un poco enfermo. No costaría mucho tirarle de cabeza a la cala.

-Tú no pareces estar tan bien -dijo el extraño.

-Demasiada cerveza. Me repondré.

-Tengo algo que hará que te sientas mucho mejor en seguida.- El extraño levantó la mano enguantada con la palma hacia arriba-. Pruébalo. Te gustará.

Brett miró el pequeño paquete.

-¿Qué es?

-Smoke and mirrors.

Brett tuvo un estremecimiento. Se olvidó de sus molestias estomacales.

-¡No joda! ¿De la auténtica?

-De la auténtica.

-He oído rumores, pero no conozco a nadie que haya podido conseguirla.

-Sé el primero de tu edificio.

Retornó el recelo.

-¿Cuánto? No llevo más de veinte o treinta pavos encima.

-Gratis.

Entonces, Brett supo que había trampa.

-No me lo creo.

-Bueno, hay un pequeño favor que me gustarla que me hicieras –dijo el extraño.

-¿Qué favor?

-Primero trágate esto y luego lo discutimos.

Brett dudó. Pero era todo tan sencillo. Ya casi se podía escuchar contándoselo a sus amigos al día siguiente.

«No me vais a creer. Me encontré a un tipo en el sendero ayer noche. Y me dio S y M. De la auténtica. Y gratis.»

Se tragó el polvo. Sabía amargo.

-Sobre ese favor... -dijo el extraño.

-¡Qué! -Brett entrecerró los ojos a través de la niebla, intentando ver mejor al extraño. Había algo misterioso en aquellos ojos.

-Vas a matar a un monstruo por mí.

-Está usted loco, tío -dijo Brett, riendo entre dientes. Ya se sentía mejor. Como excitado-. No hay monstruos por aquí.

-Te equivocas. En este momento, hay uno en el sendero. Llegará al puente peatonal en unos minutos. -El extraño le entregó un objeto largo que tenía algo pesado en un extremo-. Coge esto; lo necesitarás.

Brett miró el palo de golf que el extraño le había puesto en la mano.

-¿Qué?

Algo iba mal allí. Quiso hacerle más preguntas, pero las alucinaciones empezaron y, entonces, vio al monstruo entre la niebla.

Parte de la enorme satisfacción que sintió después de aquel encuentro sexual verdaderamente memorable empezaba a desvanecerse. En su lugar, Thomas tuvo la familiar sensación de agitación. Tal vez aquel beso de buenas noches, dado con un ánimo deliberado de provocación, no hubiera sido tan buena idea. Sería él quien se pasara la noche entregado con intensidad a los pensamientos turbadores.

El sonido de las pisadas de un corredor a sus espaldas le avisó de que, aún a esas horas tan intempestivas, todavía quedaban algunos pocos fanáticos destrozándose las rodillas. Se echó hacia el borde del camino dejando abundante espacio al corredor.

El eco de aquellas pisadas se hizo más sonoro. Un momento después, un hombre joven le sobrepasaba a toda velocidad. Un farol cercano resplandeció fugazmente sobre las zapatillas de deporte y las pantorrillas; el resto del cuerpo permaneció en la oscuridad.

Thomas se preguntó si debía advertir al chaval de que, si seguía corriendo, era muy probable que cuando llegara a los cuarenta tuviera las rodillas deshechas. Decidió callarse. ¿Por qué darles ventaja a los competidores? Las cosas ya eran bastante duras a los cuarenta. Además, los jóvenes no querían ni oír hablar de rodillas enfermas: tenían previsto vivir eternamente y estar en plena forma todo el tiempo.

El joven desapareció en la noche y el sonido de sus pisadas se desvaneció en la nada. Fluyó de nuevo el silencio, arremolinándose en la niebla.

Llegó al puente peatonal y empezó a cruzarlo. Desde allí podía ver la luz de su porche entre los árboles de la colina. Wrench le estaría esperando.

Era bonito saber que el perro siempre estaba allí para el.

Detrás de él se oyeron unas pisadas. Otro corredor, uno que había decidido hacer trampa y tomar el atajo al otro lado de la cala. Los pasos eran más pesados, no lo bastante sincrónicos, como si el tipo se esforzara en mantener el ritmo. Tal vez le dolieran las rodillas.

Thomas se dio cuenta de la pesada respiración del corredor. Podía oír las audibles bocanadas de aire. Mientras escuchaba, el ritmo de las pisadas se alteró; se hicieron cada vez menos espaciadas. Cogiendo velocidad. Acortando la distancia.

«No te vuelvas. Puede que algo se te esté acercando.»

Los «zap» se acercaban con mucha rapidez. El corredor succionaba realmente el aire, preparándose para un estallido aún mayor de velocidad, disponiéndose a un empujón definitivo. Aquel tipo daba la impresión de que estuviera echando mano de todos sus recursos para traspasar una invisible línea de meta.

El corredor estaba casi encima de él.

Al diablo con todo. Sólo había una cosa peor que parecer nervioso y era parecer una víctima.

Thomas se detuvo, giró y retrocedió hacia el pretil, dejando espacio de sobra al corredor. Mantuvo la mano derecha en el bolsillo de la chaqueta; los dedos se cerraron alrededor del mango de la llave inglesa.

Una sombra negra salió disparada de entre la niebla; en su postura había algo raro: los dos brazos estaban levantados de una manera antinatural. El hombre agarraba un objeto largo.

El corredor gruñó, un grito incoherente, y lanzó el objeto hacia abajo, de la misma manera que un carnicero deja caer la cuchilla.

Thomas sacó la llave inglesa del bolsillo de un tirón, la levantó, al tiempo que se echaba a un lado.

El palo de golf del corredor golpeó la llave inglesa en lugar de la cabeza de Thomas. El impacto hizo que el arco de madera del puente se estremeciera bajo los pies de Thomas.

El corredor, impulsado por su propia inercia, siguió avanzando unos pasos antes de pararse con brusquedad. Giró en redondo, aspiró más aire y volvió a dirigirse contra su objetivo a toda velocidad.

La escasa luz arrancó un destello fugaz a la ancha cabeza del largo objeto que el hombre sujetaba en la mano.

Un palo de golf.

Aun cuando identificó el arma atacante, Thomas se lanzó hacia delante, de nuevo la llave inglesa en alto para detener el palo. El movimiento fue reflejo. En cuestión de tácticas, no tenía mucho donde elegir. Esquivar el golpe echándose fuera del camino no estaba en la lista de opciones disponibles: acabaría atrapado contra el pretil.

La llave inglesa y el asta del palo colisionaron por segunda vez. Más ondas expansivas sacudieron a Thomas y al puente. El agresor aulló y salió despedido de espaldas contra el barandal.

El palo salió volando de su mano y, dando vueltas, se perdió en la oscuridad puente abajo.

Thomas aprovechó la oportunidad y se movió con rapidez. Dirigió un hombro contra el costado del otro hombre, haciendo que los dos cayeran al suelo. Chocaron contra los tablones de madera y rodaron, tropezando con fuerza contra un poste. A Thomas se le cayó la llave inglesa, que chocó con estrépito contra los tablones.

No perdió el tiempo intentando encontrar la herramienta. Estaba demasiado ocupado encargándose del hombre que tenía debajo. Su asaltante había pasado de la furia asesina a lo que parecía ser puro pánico.

El corredor soltaba los puños y se revolvía como un loco, gritando de miedo.

-Suélteme. No. No. No me toque. Suélteme.

Le dio un puñetazo en la mejilla a Thomas y luego le golpeó en las costillas. Los golpes eran frenéticos y salvajes.

Una furia serena atravesó a Thomas, añadiendo más química pura al potente brebaje que se arremolinaba en su flujo sanguíneo.

Contraatacó, las manos golpeando en la blanda carne de un abdomen.

Oyó el grito ahogado de dolor del corredor.

-No me haga daño. No me haga daño.

El corredor forcejeaba, pero era evidente que se debilitaba a toda velocidad.

-Por favor, por favor, por favor. No me haga daño.

El corredor levantó las manos, como si quisiera protegerse la cabeza.

Thomas se dio cuenta de que el individuo estaba sollozando histéricamente.

Se puso en pie con cuidado y buscó su teléfono móvil.

Estaba de suerte. Seguía en su bolsillo y había sobrevivido al ataque. Un tributo a la tecnología moderna.

Permanecía de pie con Ed Stovall en el vestíbulo del Hospital Comunal de Wing Cove. Ed llevaba el uniforme completo, limpio y pulcro.

Nadie habría dicho que había sido sacado de un sueño profundo para responder a un 311.

-Borracho y colocado con algún tipo de mierda. –Cerró de golpe su libreta y se la metió en el bolsillo-. Probablemente con ese alucinógeno, S y M. El médico de urgencias dice que el chaval tiene un colocón de miedo. Ve cosas donde no las hay. Y sigue gritando algo acerca del puente.

-Ése debo de ser yo -dijo Thomas.

-Según parece había decidido que eras un demonio con forma humana. Estaba convencido de que tenía que destruirte. Supongo que la idea era lanzarte a la cala por encima del pretil.

-Podría haber funcionado, sobre todo si el palo de golf hubiera hecho impacto en mi cabeza la primera vez.

-Los médicos dicen que probablemente no podré sacarle nada hasta mañana a primera hora. Eso suponiendo que todavía se acuerde de lo ocurrido.

-¿Llevaba alguna documentación?

-Se llama Brett Conway. Un estudiante de tercero en Eubanks. Salió a tomar unas copas con algunos amigos a primera hora de la noche y terminaron en una fiesta privada. Se marchó solo. Les dijo a sus amigos que volvería andando a su apartamento. Esto fue lo último que se supo de él hasta que decidió atacarte.

-¿Y qué hay del palo de golf? -dijo Thomas.

-Eubanks tiene equipo de golf. Brett Conway está en él.

-¿Qué Ocurrirá ahora? -preguntó Thomas.

Ed lo miró con expresión adusta.

-Ahora me pondré en contacto con los padres de Conway y les diré que su niño se ha metido en un lío de drogas.

-No te envidio -dijo Thomas.

-Sí, la verdad es que no me gusta nada esta parte del trabajo.

Alguien se había apoyado en el timbre. Con los ojos empañados por el sueño, miró el reloj. Las tres de la madrugada. Nada bueno.

La sacudió un estremecimiento. Leonora reconoció que era por culpa suya por lo que estaba sola en aquel momento. Horas antes, Thomas le había dejado claro que se habría sentido plenamente feliz

de quedarse a dormir. Pero no le había invitado a que lo hiciera. Se había dicho que necesitaba mantener alguna distancia emocional en esa relación. Las cosas ya eran bastante precarias en sí.

Apartó las sábanas y la manta y buscó a tientas las gafas en la mesilla de noche. Las encontró, se las puso y, entonces, se levantó y se puso la bata.

Avanzó por el pasillo y miró la puerta a través del salón en sombras.

El timbre seguía repiqueteando sin piedad.

Encendió la luz del porche y atisbó por la mirilla. Una oleada de alivio la invadió cuando vio a Thomas en la entrada.

Luego vio las manchas oscuras de su camisa.

-¡Oh, Dios! -Abrió la puerta de un tirón-. Thomas, ¿es sangre eso que hay en tu camisa?

Thomas bajó la mirada, el rostro crispado de irritación.

-El muy hijo de puta. Me ha cortado el labio. Era una camisa nueva.

-¿Qué ha ocurrido? ¿Estás bien?

Pregunta estúpida. Estaba claro que no estaba bien.

-Un accidente en el puente. -Retiró el dedo del timbre-. ¿Puedo entrar y lavarme?

-¿Un accidente? -Leonora se apartó a toda prisa-. Si, claro. Entra. Tal vez debería llevarte a Urgencias.

-Vengo de allí. Estoy bien.

-¿Has estado en el hospital? Thomas, por amor del cielo, ¿Qué ha pasado?

-Es una larga historia. Pero no te preocupes; no hay nada roto.

Atravesó el umbral, moviéndose con rigidez, y se detuvo en el vestíbulo. Por fin, bajo la luz del techo, Leonora pudo verlo bien. En la parte alta de la mejilla izquierda tenía un feo arañazo, tenía los nudillos en carne viva y el pelo terriblemente enmarañado. La chaqueta, los pantalones y la camisa estaban manchados de barro y sangre; los faldones de la camisa le colgaban por fuera.

Leonora cerró la puerta con cuidado, echó el pestillo y se dio la vuelta

-Thomas, ¿qué te ha sucedido?

-Me tropecé con un corredor. -Se echó un vistazo en el espejo del vestíbulo e hizo una mueca de dolor-. Maldita sea. Ha sido un error venir. No me había dado cuenta de que tenía un aspecto tan malo. Debería haber dejado que Ed me llevara a casa.

-Cuéntame lo del accidente.

-En el puente.

-Has dicho que fuiste a Urgencias, pero lo cierto es que no dijiste que te haya visto un médico.

-Estaban muy ocupados con el otro tipo. No les dejé que me limpiaran. Supuse que podía hacerlo aquí.

-Lo que dices no tiene sentido, Thomas.

-Como te he dicho, la historia es larga.

-Puedes contármela mientras te remiendo.

Thomas no discutió.

Leonora lo rodeó y fue delante de él a través del salón y el corto pasillo. Se sentó en el borde de la bañera blanca y abrió el grifo del lavabo. Por el espejo del botiquín vio que la estaba observando. Tenía los ojos más fríos que las aguas de la cala.

-¿Estás seguro de que no necesitas un médico? -preguntó.

-Estoy seguro.

Abrió el armario y sacó alcohol, algodón y un tubo de pomada antibiótica.

-¿Viajas siempre con un botiquín completo? -le preguntó.

-Sí. En cualquier caso, siempre tengo lo básico a mano; una enseñanza de mi abuela. Cree que hay que estar preparado. Quítate la chaqueta y la camisa. -Se colocó frente a él-. Necesito ver el daño en toda su extensión.

-No es tan grave.

Empezó a encogerse de hombros para quitarse la chaqueta, se detuvo por un instante para tomar un poco de aire, y, entonces, se la quitó con una estoica y sepulcral expresión en el rostro.

-Te duele mucho, ¿verdad? -Le cogió la chaqueta y la colgó del gancho de la puerta. Algo sonó al chocar contra el panel de madera, distrayéndola-· ¿Qué es eso?

-La llave inglesa con la que arreglé el grifo.

Se desabotonó la camisa metódicamente.

Cuando se la quitó, Leonora se sintió aliviada al ver que las cosas no tenían un aspecto fatal.

-¿Puedes respirar hondo?

Thomas probó a hacerlo con cuidado, palpándose las costillas con los dedos.

-Sí. No hay ningún dolor agudo. Tranquila, Leonora, estoy bien. Sólo un poco magullado.

Leonora mojó una bola de algodón en alcohol y se puso a trabajar en la mejilla arañada.

-Muy bien -dijo-, veamos. ¿Qué ha ocurrido exactamente ahí fuera?

-Un chaval colocado intentó abrirme la crisma con un palo de golf y lanzarme a la cala. Falló el tiro. Por lo que respecta a Ed Stovall, fin de la historia.

Por un instante, Leonora pensó que no había oído bien. Retiró el algodón de la mejilla de Thomas.

-¿Cómo? -Le costó hablar. Notaba la lengua espesa-. ¿El chaval intentó matarte?

-Creen que estaba bajo los efectos de esa cosa, S y M, de la que hemos oído hablar. Sigue viendo monstruos en la sala de Urgencias. Según parece, pensó que yo era uno.

El suelo del baño se alejo de sus pies, dejándola colgada, ingrávida, en mitad del aire de otro universo. El mundo del otro lado del espejo, pensó.

-Hablas en serio, ¿verdad? -susurró.

-Te aseguro que no tengo ganas de bromear.

Se agarró el abdomen para evitar que se le cayera el estómago a los pies y retrocedió para mirarlo mejor.

-¿Y utilizó un palo de golf?

-Ed me dijo que el chico está en el equipo de Eubanks. ¡Ay!

-Lo siento. -Aplicó el algodón con más suavidad-. Sé lo que estas pensando.

-Estoy pensando en la bolsa de palos de golf que vimos en el trastero de Alex Rhodes.

-Lo sabía. ¿Se lo comentaste a Ed Stovall?

-¿Para qué? Está satisfecho con su versión de los acontecimientos, y parece que no tengo ninguna prueba para contradecirle. Mi única esperanza es que, cuando el chico salga del colocón, pueda decirle a Ed dónde consiguió la mierda que le hizo ver monstruos. Pero no voy a esperar sentado. La gente de Urgencias dijo que tal vez no recordara nada de la experiencia. A juzgar por los pocos casos que han tratado, la droga es muy impredecible, y que, mezclada con alcohol, los efectos se potencian el doble.

-Oh, Dios, Thomas. ¿Crees que Alex drogó al chico y le envió a asesinarte deliberadamente?

-Tal vez no. Tal vez sólo haya querido enviarme un aviso. –Thomas se tocó con cuidado el hombro derecho con la mano izquierda-. Dejar claro que sería mejor que me mantenga alejado de sus asuntos privados.

Leonora se apartó para tirar el algodón ensangrentado en el cubo.

-¿Cómo ha podido enterarse?

-¿De nuestro interés por él? Julie Bromley. No me sorprendería que se hubiera enterado de nuestra pequeña charla con ella esta mañana. Es probable que se pusiera nervioso.

Leonora lo miró de hito en hito en el espejo, incapaz de apartar la mirada.

-Tienes que hablar con Ed Stovall.

-Ojalá fuera tan condenadamente fácil. Créeme que sería una absoluta pérdida de tiempo.

-¿Tal vez si fueras conmigo a hablar con él?

-No te ofendas, pero no serviría de nada. -La boca de Thomas se crispó en una mueca forzada-. Dará por sentado que me apoyas porque te acuestas conmigo.

Leonora carraspeó.

-Entiendo. Pensará que me ciega la pasión, ¿no es eso?

Thomas empezó a levantarse.

-Ed buscará cualquier excusa para desechar mi historia, porque supondrá que sigo trabajando en la teoría de la conspiración de Deke.

-Sigue sentado. -Agarró el tubo de crema antibiótica-. Todavía no he terminado contigo.

Cuando Leonora terminó de hacer lo que pudo por sus magulladuras, se dirigió a la cocina. Finalmente el brillo salvaje de los ojos de Thomas se había desvanecido, pero seguía teniendo un aspecto demasiado peligroso.

Lo sentó en la mesa y le dio algunos comprimidos antiinflamatorios comprados sin receta que guardaba para las jaquecas ocasionales. Echó leche en un vaso y se lo puso delante para acompañar los analgésicos.

Thomas miró la leche.

-¿Tienes whisky?

Leonora esbozó una leve sonrisa.

-No. Lo siento.

-¿Y qué hay del coñac que serviste con la tarta de manzana?

-Está bien.

Abrió un armario, sacó la botella y vertió una buena cantidad en el vaso.

Thomas cogió la copa que le ofrecía.

-Gracias.

Leonora lo observó mientras se tomaba los comprimidos y la mitad del contenido del vaso de un solo trago.

-Thomas, ¿qué demonios vamos a hacer?

-No lo sé todavía. Necesito pensar un poco.

-¿Qué pasa con Alex Rodees?

Thomas reflexionó al respecto durante un buen rato.

-Es posible que dé por sentado que sospecho que está detrás del ataque de esta noche, pero también sabe que no hay mucho que pueda hacer al respecto. Conoce muy bien la situación local. Sabe que todo el mundo, incluido el jefe de policía, piensa que Deke está obsesionado con su conspiración de asesinato y que cualquier cosa que yo haga será considerada como una manera de ayudar y secundar los delirios de mi hermano.

-Pero no podemos pasar por alto sin más el hecho de que quizás haya intentado hacerte matar esta noche.

-Creo que merece la pena dejar que se preocupe una temporada. -dijo Thomas-. Seguro que ahora estará sudando un poco, preguntándose qué voy a hacer. No sería malo que se pusiera un poco nervioso; los nervios hacen que la gente cometa errores. Mientras tanto, mañana mantendremos nuestra charla con Margaret Lewis y veremos qué sale de ahí. Necesitamos una estrategia.

-¿Una estrategia?

-Un plan, ¿comprendes? La verdad es que me gustaría tener uno. Siempre me siento mejor cuando trabajo en un proyecto.

Leonora arrugó el entrecejo.

-Thomas, no creo que...

-¿Te importa si paso aquí la noche?

No hacía mucho que Leonora casi había deseado haberle invitado a dormir en su cama aquella noche, sopesando todas las razones por las que no habría sido una buena idea.

En aquel momento, la pregunta, formulada de forma tan directa la turbó.

-Esto sí que es desenvoltura. ¿Qué ha pasado con la delicadeza y el romanticismo?

-En este preciso momento no me siento delicado ni romántico .Si no quieres que me quede a dormir, volveré a mi casa.

La seriedad de su tono dio que pensar a Leonora. Se aclaró la garganta.

-Tengo la impresión de que la petición de quedarte a pasar la noche no tiene nada que ver con buscar una buena ocasión para tener una ardiente y fabulosa relación sexual.

Thomas la miró.

-Si tengo razón al concluir que esta noche Rhodes ha intentado matarme o, acaso, deshacerse de mí, tenemos que suponer que tenía sus razones.

-¿Así que...?

-Que a estas alturas, tiene que saber que tú y yo estamos involucrados en este asunto. No hace falta ser un científico espacial para saber que si Rhodes me considera una amenaza es muy probable que piense que tú también lo eres.

-Una amenaza. -Leonora soltó el aire lentamente-. Me parece que ya sé adónde quieres ir a parar.

-Tenemos que suponer que, si tiene razones para querer eliminarme, es probable que tampoco albergue unos sentimientos muy positivos hacia ti.

-A pesar de la visión que tuvo de mi trasero en el supermercado aquel día.

-Tu trasero es incomparable, pero no estoy seguro de que podamos contar con que, por maravilloso y espléndido que sea, disuada a Rhodes de hacer algo desagradable. -Thomas hizo una pausa-. Los tipos como Rhodes no son capaces de apreciar tu trasero en todo su esplendor. ¿Entiendes?

-Sólo una desilusión tras otra. Pero estoy de acuerdo. Quizá deberíamos permanecer juntos durante un tiempo. Vigilarnos las espaldas mutuamente.

-Es una buena idea.

-Te puedes quedar aquí esta noche.

-Gracias. Y lamento la falta de delicadeza y romanticismo.

Leonora apoyó la espalda en el mostrador.

-Se dice que una buena relación debería basarse en algo más sustancial que la delicadeza y el romanticismo, porque son cualidades que nunca duran demasiado.

-Lo he oído -dijo Thomas.

-Por suerte para nosotros, aquí tenemos algo más consistente y sustancial con lo que arreglarnos que la delicadeza y el romanticismo.

-¿Sí? ¿De qué se trata?

-De tus herramientas.

Cuando salió del cuarto de baño en bata, descubrió que Thomas ya se había relajado en la gran cama.

Tal vez fueran imaginaciones, pero le pareció que ocupaba la mayor parte del espacio disponible. Estaba echado sobre las sábanas claras, con las manos cruzadas detrás de la cabeza, y la miró cuando se disponía a apagar la luz.

-Estaba pensando en corregir la errónea impresión que tuviste antes. -le dijo mientras se deslizaba a su lado.

Leonora le tocó el pecho con suavidad, preguntándose cuánto le dolería y dónde.

-¿A qué errónea impresión te refieres?

-A cuando te pregunté si podía pasar la noche aquí.

-¿Eh... hummm?

-Por supuesto, en un principio, la petición se debía a mi preocupación por tu seguridad. Pero también hubo un motivo posterior.

-¿Y ese motivo posterior sería...?

-Buscar una buena ocasión para tener una relación sexual ardiente y fabulosa.

-¿De verdad? En ese caso, es una lástima que esta noche te hayan dado una paliza, sin duda.

-No creo que eso sea un gran problema. Me acabo de prometer que seré muy moderado.

El ardiente y fabuloso, además de moderado, intercambio sexual en combinación con los antiinflamatorios y la conciencia de que Leonora estaba en la misma cama, le hicieron dormir durante un rato.

Por desgracia, tuvo un sueño.

... Estaba junto al lavabo del cuarto de baño de Leonora, intentaba afeitarse. Pero resultaba difícil ver lo que estaba haciendo, porque el espejo estaba cubierto de vapor.

Cogió una toalla, y limpió el vaho de la superficie reflectante. Entonces pudo ver una cara en el espejo, pero no era la suya. Alex Rhodes lo miraba, los malvados ojos dorados brillaban con un regocijo oscuro y burlón.

CAPITULO 15

A la mañana siguiente, afeitarse, aunque no tuviera que mirar a los falsos ojos amarillos de Rhodes en el espejo del baño, resultó no ser una opción. No tenía su maquinilla.

Thomas salió de la ducha, se envolvió una toalla alrededor de la cintura y se inclinó sobre el lavabo de porcelana blanco. Examinó en el espejo empañado la sombra negra que le cubría las mandíbulas. No era una visión agradable. Pero no había mucho que pudiera hacer a respecto, pensó. Probablemente, a Leonora no le haría gracia prestarle su pequeña maquinilla desechable de plástico rosa. Sólo era algo más que añadir a la lista de necesidades vitales que tenía intención de recoger de su casa en algún momento del día. La lista se hacía más extensa por momentos.

A esas alturas, comprendía, por orden de importancia: condones, cepillo de dientes, maquinilla y una muda limpia de camisa, ropa interior y calcetines.

Caray, transportar todo eso exigiría un pequeño petate.

Y, luego, estaba el tema de Wrench.

Se vio haciendo la bolsa cada noche y saliendo con Wrench para darse la caminata hasta la casa de Leonora. Vaya coñazo. Sería mucho más cómodo que fuera Leonora la que se mudara a su casa, pero tenía el presentimiento de que a ella no le gustaría aquel pragmático plan. Eso suponía que fuera ella la que tuviera que hacer el equipaje cada noche y las mujeres siempre parece que tienen más cosas.

En cualquier caso, tal vez no fuera una buena idea que se acostumbrara en exceso a tenerla por casa. Era más que probable que, en cuanto terminara sus aventuras allí, en el País de las Maravillas, Leonora regresara a su mundo.

Fantástico. Hacía grandes esfuerzos para deprimirse.

Vio su reflejo. Sin soslayar el hecho de que parecía un tren siniestrado, en sus costillas había una mancha morada; la sombra de la barba no disimulaba la costra que se había formado en el arañazo de la mejilla; la parte inferior del ojo izquierdo presentaba una fea sombra amarillenta y, probablemente, empeoraría en el transcurso del día. Las manos, en especial los nudillos, también estaban bastante maltrechas.

Se apartó del espejo, cogió la camisa e hizo una mueca cuando sintió su olor. No precisamente a limpio. La última noche había sudado de verdad durante la refriega en el puente. Sería mejor que aquella mañana no se la pusiera.

Terminó de secarse, se puso los pantalones y se atusó el pelo con los dedos. Satisfecho porque era lo mejor que podía hacer en esas circunstancias, abrió la puerta y salió al pasillo. Necesitaba café y algunos antiinflamatorios más. Después estaría bien comer. Tenía hambre: el sexo ardiente y fabuloso con Leonora parecía surtir ese efecto en él.

El sonido de una voz masculina procedente de la cocina hizo que se olvidara de la cafeína y los analgésicos.

-Es una locura, Leo. Debes de estar delirando si has conseguido convencerte de que a Meredith la mataron y de que puedes encontrar al asesino. Necesitas ayuda psiquiátrica seria.

-A lo mejor, pero no creo que me lo cubra el seguro médico -.replicó Leonora con suavidad-. ¿Un poco más de café?

Thomas atravesó el salón a grandes zancadas y se detuvo en la puerta de la cocina. Se hizo una composición de lugar con una rápida mirada. Leonora estaba sentada al mostrador, sirviendo café a su invitado y se había preparado una tetera para ella.

No pudo por menos que advertir que, a diferencia de él, aquella mañana Leonora estaba radiante. Llevaba unos holgados pantalones negros y un jersey escarlata largo y unas suaves zapatillas. El pelo estaba peinado hacia atrás, sujeto en el habitual moño vertical.

Un hombre de aspecto duro, pelo castaño, rizado y rasgos afilados ocupaba una de las dos sillas de la mesa. Iba vestido con una gruesa camisa de algodón azul, pantalón caqui y mocasines. Una gastada chaqueta de pana con coderas de ante colgaba del respaldo de la silla.

Una cara mochila de piel, muy parecida a un bolso, pero que posiblemente estuviera pensada para servir de maletín, reposaba a su lado, apoyada en la pared.

El tipo bien podía haber llevado, troquelado en la frente, un letrero con la leyenda «Voy a por la plaza en propiedad», pensó Thomas.

Leonora miró hacia la puerta.

-Ah, estás aquí, Thomas. -Le dedicó un rápido examen visual, con ojos enturbiados por la preocupación-. ¿Cómo te encuentras?

-Viviré, gracias.

Leonora no pareció muy convencida, pero no discutió la aseveración.

-Te presento a... esto... un antiguo colega. Kyle Delling. Me habrás oído mencionar su nombre una o dos veces.

El ex novio. Justo lo que necesitaba. Otro hombre en las inmediaciones que también había estado enredado con Meredith. Se preguntó si Leonora los estaría examinando a los dos, allí, en la cocina, clasificándolos a ambos bajo la misma entrada temática: «Desechos de Meredith.»

Kyle lo miró fijamente, desconcertado. Tal vez fuera el impacto de ver a un extraño saliendo sin camisa del baño de su ex novia, pensó Thomas.

Se le ocurrió que, si él fuera el ex algo de Leonora, estaría pasando un momento realmente malo de estar en el pellejo de Kyle. En aquel momento, imaginársela con otro hombre, después de lo que habían compartido durante los últimos días, seria difícil de soportar.

El comprenderlo le hizo más daño que cualquiera de los puñetazos que le había dado Brett Conway la noche anterior. Leonora no encajaba en la misma categoría que las demás mujeres que había conocido durante los años transcurridos desde su divorcio. Esta vez, no sería capaz de permanecer en la zona segura. Cuando aquello terminara, caería en picado.

Ah, caramba, eso era grave.

La boca de Kyle se abrió. La pequeña acción interrumpió los mórbidos pensamientos de Thomas. Se preguntó si el profesor intentaría atizarle. Ojalá lo hiciera; sería agradable tener un excusa para liberarse de algunas de aquellas nuevas tensiones. Nada como un poco de ejercicio para mejorar el humor de un hombre.

Recordó un poco tarde que Leonora le había dicho que su ex era un tipo de hombre muy moderno, así que, tal vez, Kyle no estuviera mirándole con aquella expresión de extrañeza porque estuviera celoso. Quizá se debiera a las maltrechas costillas, al ojo negro y a los nudillos desollados que no favorecían en absoluto una primera impresión fabulosa.

Finalmente, Kyle consiguió volver la mandíbula a su sitio.

-¿Quién demonios eres tú?

Leonora resopló por encima del té y contestó por él.

-Es Thomas Walker. Un amigo.

Puso un poco más de énfasis en la última palabra.

Thomas asintió con la cabeza una vez.

-Delling.

¿Quién decía que no podía ser un tipo moderno?

Kyle pareció profundamente consternado por el hecho de que además se hubiera mostrado capaz de emitir sonidos humanos.

Thomas localizó el pequeño frasco en el mostrador; abandonó la puerta y se dirigió a agenciarse las pastillas.

-Tal vez no deberías tomar eso con el estómago vacío.-Le advirtió Leonora.

Dejó su té, sacó una tostada de la tostadora y la cubrió de mantequilla con movimientos rápidos y breves. Cuando estuvo lista, se la entregó.

Thomas le dio un buen mordisco a la tostada y se tragó las pastillas con la ayuda del vaso de zumo que Leonora le sirvió. Hizo un desganado intento de pensar en algo civilizado para decirle a Kyle. Como no le vino nada a las mientes, desistió del esfuerzo en beneficio de otro mordisco a la tostada.

-Cassie llamó mientras estabas en la ducha -dijo Leonora-. Margaret Lewis está de acuerdo en que nos veamos esta mañana. Dijo que ella y Deke nos recogerán alrededor de las diez.

-Me parece bien. -Miró el reloj. Las siete y media-. Eso me deja bastante tiempo para volver a casa, ver como está Wrench y ponerme ropa limpia.

-¿Qué te ha pasado? -soltó Kyle, a todas luces incapaz de contener su curiosidad un segundo más-. ¿Chocaste contra un muro de ladrillos?

-Un accidente en el puente que atraviesa la cala. -Thomas devoró lo que quedaba de la tostada-. Los puentes son sitios peligrosos.

Kyle parecía tener sus dudas.

-Parece que tuviste una pelea o ago así.

-O algo así. -Thomas tragó un poco de café-. Siento comer y largarme, pero tengo cosas que hacer y sitios a donde ir. Será mejor que me vaya. Te veo a las diez, Leonora.

-De acuerdo.

Bajó la taza.

Thomas se dirigió hacia la parte del mostrador donde estaba Leonora y la besó. Con algo más de fuerza de la necesaria.

Ella no se resistió, pero cuando apartó la boca, Thomas pudo deducir del irónico brillo que vio en los ojos de Leonora que ella era muy consciente de que había sido uno de esos besos tontos y competitivos que los hombres utilizan para marcar a sus mujeres delante de otros machos.

Se sintió absolutamente inmaduro, hasta que se percató de que Kyle estaba boquiabierto y completamente consternado. Aquello hizo que se sintiera mucho mejor. De una manera inmadura.

-Nos vemos -le dijo a Kyle.

Delling parecía estar totalmente en blanco.

Thomas salió de la cocina y sacó su chaqueta del armario empotrado. Leonora le siguió hasta la puerta delantera. No habló hasta que se encontraron en el porche.

-Eso no ha sido realmente delicado ni romántico -dijo.

-Me gusta pensar que nuestra relación ha avanzado hasta más allá de lo superficial.

-Sí, hasta la punta de mi pie. ¿A qué vino esa exhibición machista de hace un rato en la cocina?

-No sé de qué me estás hablando. Sólo una persona de extrema inmadurez se dedicaría a comportarse como un machista fanfarrón.- El aire frío le golpeó el sensibilizado rostro, primero haciendo que le escociera y, luego, anestesiándoselo ligeramente-. ¿Y, de todas maneras, qué pasa con el ex novio de la cocina? ¿Ha venido a intentar arreglar las cosas?

-No. Va detrás de algo mucho más importante que reparar una efímera y transitoria relación personal.

-¿Sí? ¿Cómo qué?

-Una plaza de profesor titular.

-¡Ahhhh! -Thomas asintió con la cabeza-. He estado rodeado de profesores universitarios durante el último año y sé que una plaza en propiedad es una especie de Santo Grial para ese gremio. ¿Qué hace que Delling crea que le puedes ayudar a conseguirla?

-Una de mis mejores amigas es la jefa del departamento que va a tomar la decisión de si acepta o no a Kyle al concurso de profesor titular del departamento de inglés.

Thomas sonrió con malicia. Le dolía, pero merecía la pena.

-La venganza es dulce, ¿no es verdad?

-Sólo una persona extremadamente inmadura jugaría con algo innoble como la venganza.

-Lo que decía. Dulce. -Volvió a asentir con la cabeza, satisfecho.- Es bueno saber que ambos tenemos una veta de inmadurez. Una cosa más en común.

Bajó los escalones y se dirigió al sendero. Reprimió una inexplicable necesidad de silbar; estaba demasiado maltrecho y dolorido para hacerlo.

Abrió la puerta delantera de su casa un instante después. Wrench estaba esperando en el pasillo con una expresión de reproche como sólo un perro podía tener.

-Muy bien, muy bien, tienes razón. Debería haberte llevado conmigo la última noche.

Pasaron al rutinario ritual de saludos, pero Thomas tuvo la impresión de que su perro estaba defraudado porque Leonora no iba con él.

-Te compensaré -le prometió Thomas.

-¿Qué pasa con el Increíble Hulk? -preguntó Kyle cuando Leonora regresó a la cocina-. No es lo que se dice tu tipo. ¿Jugando a lady Chatterley aquí en provincias?

-Atravieso una fase de inmadurez.

Kyle arrugó el entrecejo.

-Esos cardenales tenían mala pinta. Debió de ser una caída de padre y muy señor mío la que tuvo en ese puente. ¿Es que es patoso o qué?

Leonora se sirvió otra taza de té.

-La verdad, es que Thomas se hizo esos cardenales en una pelea anoche. Un chaval drogado le atacó. El chico está en el hospital.

-¡Mierda! -Kyle parpadeó unas cuantas veces-. ¿Es una broma?

-No siento ninguna inclinación a bromear contigo desde el día que te encontré con Meredith en la cama.

Las mandíbulas de Kyle se tensaron.

-Sigues obsesionada con ese tonto incidente, ¿verdad? Leonora, tienes que olvidarlo. Por ti. Es hora de seguir adelante.

-Pero yo he seguido adelante, Kyle. Dudo de que pudiera haber apreciado a un hombre como Thomas si antes no hubiera pasado por la relación contigo. Supongo que debo estarte agradecida.

-El sarcasmo no es una forma constructiva de comunicación.

Leonora reflexionó al respecto.

-¿Sabes qué? No estaba siendo sarcástica. Lo que acabo de decir es la pura verdad.

El Complejo Habitacional para Jubilados Wing Cove estaba integrado por tres bonitos edificios de ladrillo rojo que formaban un triángulo de tres plantas.

-¿Estás seguro de que Wrench estará bien en el coche? -preguntó Leonora, dándose la vuelta en el asiento delantero.

Thomas miró a Wrench, que estaba en la parte trasera del SUV con la cabeza colgando por encima del asiento trasero, donde iban sentados Deke y Cassie.

-Fue él quien escogió venir -dijo.

-Estará bien -le aseguró Deke-. Dejaremos la ventanilla abierta.

-No estará solo aquí fuera mucho rato. -Cassie se desabrochó el cinturón de seguridad-. Margaret tiene una clase de arte más tarde, esta mañana.

Entraron al complejo por un vestíbulo agradablemente amueblado. Sobre una mesa redonda, había un gran ramo de flores recién cortadas. Thomas miró la lista de las actividades diarias en la pizarra: gimnasia acuática, charla sobre temas de actualidad, clase de arte e inscripción para visitas guiadas a museos. Para la noche, se anunciaba la proyección de una película de Cary Grant.

Un elegante y educado recepcionista comprobó que se les esperaba y, acto seguido, les indicó la forma de llegar a la residencia de Margaret Lewis. No les resultó fácil acomodarse en el diminuto apartamento de un solo ambiente. Todo, incluida Margaret, parecía estar hecho en miniatura.

Thomas se sintió como un gigante en la habitación de color verde y malva. Descendió con prudencia sobre una de las delicadas sillas de tamaño reducido, medio temeroso de que se hiciera añicos bajo su peso. Deke, advirtió, se mostraba igual de cuidadoso. Su hermano se sentó con cautela en el pequeño sofá.

En un rincón había un pequeño escritorio; encima, con la tapa perfectamente cerrada, un ordenador portátil. Las paredes del apartamento tamaño casa de muñecas estaban cubiertas de fotografías enmarcadas, muchas, de Margaret posando con diferentes profesores universitarios, probablemente, pensó Thomas, decanos, catedráticos y otros notables que hubieran estado asociados al Departamento de matemáticas de Eubanks College durante la época en que Margaret había reinado como secretaria.

Un gran calendario colgaba de una de las paredes. Thomas advirtió que todos los recuadros diarios de los meses en curso estaban llenos. Comprobó algunas de las anotaciones: Bridge. Yoga. Bridge. Gimnasia acuática. Bridge. Asuntos de actualidad. Bridge. Cita con el médico. Bridge. Visita al museo. Bridge.

Margaret Lewis era una mujer alegre y serena, de piel morena y con una corona de rizos ralos y plateados. Utilizaba bastón y vestía un traje de chaqueta y pantalón de poliéster malva, a juego con la decoración, parecía esbelta y en forma.

Thomas miró la foto de un joven negro parado en la escalinata de un edificio impresionante. Sonreía a la cámara.

-Mi hijo -dijo Margaret con orgullo-. Está en la facultad, en la Universidad de Washington.

Se sentó en una butaca con un estampado floral y saludó con la cabeza de uno en uno mientras Cassie terminaba las presentaciones. Cuando concluyeron las formalidades, Margaret miró de hito en hito a Thomas con un vivo interés en sus ojos negros.

-¿Qué le ha ocurrido? -preguntó.- ¿Tuvo una pelea?

-Un accidente en el puente -contestó-. Me atropelló un corredor.

Margaret emitió un sonido de reproche.

-Nunca he entendido la locura esa de correr. Una absoluta tontería. Y es mala para las rodillas. Las rodillas se desgastan, ¿sabe?

Thomas asintió con la cabeza.

-Lo había oído.

-La artritis aparece en seguida. El ochenta por ciento de la gente que estaba haciendo gimnasia acuática esta mañana en la piscina tiene rodillas artificiales. ¿Por qué cree que utilizo bastón? Me acabo de hacer mi segunda sustitución de rodilla.

-Ya veo -dijo Thomas.

Margaret le recompensó con otra sonrisa.

-Qué agradable es que un joven tenga el sentido común de escuchar un consejo.

Qué agradable era que le llamaran joven, pensó Thomas.

Margaret Lewis volvió su atención hacia Deke.

-Ah, querido, ¿el personal docente de Eubanks lleva barba hoy día?

Cassie disimuló una fugaz sonrisa.

Deke se sonrojó.

-Me he tomado un año sabático.

-Entiendo. Bueno, acepte un consejo de una vieja secretaria de departamento. Si quiere llegar a algo en Eubanks, debería quitarse esa barba. Aquí son muy conservadores; al menos lo eran en mi época.

-Pensaré en ello -susurró Deke.

-En cualquier caso, no le favorece nada -dijo Margaret-. Le hace parecer más viejo de lo que es. Coja una galleta.

Thomas no necesitó que le insistiera. Tampoco Deke. Ambos alargaron la mano hacia las galletas. Margaret pareció complacida.

Cassie se conformó con el café, al igual que Leonora, pero Thomas advirtió que ésta sólo daba un par de sorbos de cortesía a la delicada taza de porcelana situada en la mesa delante de su silla.

Cassie se aclaró la garganta.

-Fue muy amable de su parte acceder a charlar con nosotros sobre el asesinato de Eubanks, Margaret. Como le dije por teléfono, nuestro interés radica en el hecho de que dos personas que conocíamos, y que han muerto recientemente, parecían haber estado interesadas en ese asunto.

-Empezamos a preguntarnos si hay una conexión -continuó Leonora-. Hemos leído las viejas crónicas periodísticas, pero no hemos podido encontrar ninguna prueba.

-El asesinato de Eubanks -resopló con suavidad Margaret-. Seguro que en los periódicos no encontrarán gran cosa. Hoy en día los miembros del consejo de administración de Eubanks College ejercen bastante influencia en Wing Cove, pero no se puede comparar con el poder que ejercían hace treinta años. En aquella época, dirigían literalmente la ciudad. Podían conseguir que un jefe de policía fuera despedido u obligar a un alcalde a dimitir. Quisieron que el asesinato de Sebastian Eubanks se mantuviera en silencio y eso fue justo lo que ocurrió.

-Pero, en el momento, debieron de correr infinidad de habladurías.-Sugirió Deke tanteando el terreno.

-Por supuesto que hubo habladurías. -Margaret arrugó la nariz-. Durante semanas circularon los rumores más disparatados que se puedan oír. Sin embargo, el veredicto oficial fue que, aquella noche, Eubanks había sorprendido a un ladrón en la vieja mansión. Esa fue la versión de los sucesos que la administración deseaba que prevaleciera. Así que, como es lógico, prevaleció.

-¿Qué nos puede contar sobre Sebastian Eubanks y su muerte? -preguntó Leonora.

-A ver, ¿por dónde empezamos? -Margaret enganchó el bastón sobre el borde de la butaca y se recostó contra los cojines floreados.- Sebastian Eubanks era algo excéntrico, por decirlo de una manera suave, y con el paso del tiempo, fue a más. Salía a su padre, me temo. Al final era un ser extraño, que vivía prácticamente recluido. Un completo paranoico.

Thomas se inclinó hacia delante, apoyando los brazos en los muslos

-¿En qué sentido extraño?

-Dejó de ver a sus amigos, jamás salía de la mansión... Ese tipo de cosas. Se decía que se había obsesionado con su trabajo. La verdad es que era un hombre muy brillante, ¿saben?, muy probablemente, un genio, en mi opinión. Pero nunca lo sabremos. Porque murió antes de poder hacer una contribución significativa al campo de las matemáticas.

-¿Cuáles fueron esos rumores disparatados que corrieron tras su muerte? -preguntó Deke.

-A ver -dijo Margaret con mucha parsimonia-, el decano nos advirtió a todos que no debíamos decir ni una palabra sobre el rumor. Que era malo para la universidad y etcétera. En aquellos años, Eubanks era más conservadora que ahora.

Thomas intercambió miradas con Leonora, Deke y Cassie. Se volvió hacia Margaret.

-Han pasado treinta años -dijo- ¿Puede contarnos las habladurías ahora?

Margaret rió entre dientes.

-Estoy jubilada, ¿se acuerdan? Ahora puedo hacer lo que me dé la gana. Además, el decano que publicó la advertencia murió hace diez anos; nunca me gustó mucho.

Cassie sonrió.

-No nos tenga en ascuas, Margaret.

-En aquella época -dijo, bajando la voz hasta un nivel de confidencia-, varias personas del departamento y de la administración estaban convencidas de que Sebastian Eubanks fue asesinado por su amante y no por un ladrón.

Todos se la quedaron mirando de hito en hito.

-En las crónicas de los periódicos no se decía nada de una amante. -dijo Deke.

-Tal vez, porque el amante era un hombre -dijo Margaret-. Un adjunto bastante guapo y encantador del Departamento de cibernética llamado Andrew Grayson. Como es natural, Grayson fue obligado a dimitir. La dirección ejerció una considerable presión. Siempre he sospechado que los consejeros tomaron medidas para asegurarse de que jamás volviera a aspirar a plaza alguna de titular en ninguna otra universidad.

Leonora se inclinó hacia delante y cruzó los brazos sobre las rodillas.

-¿Por qué se esforzó tanto la dirección en acallar esa teoría?

-Los más tontos le tenían terror a un ex alumno muy rico, a la sazón el principal donante de la universidad. Estaba a punto de dotar de fondos a una cátedra en el Departamento de Ciencias políticas y de comprar una nueva ala para la biblioteca. Era un homófobo furibundo.

-Comprendo -dijo Leonora-. La dirección temía que si el donante descubría que Sebastian Eubanks había estado envuelto en un asunto con otro hombre, retiraría su financiación y se la llevaría a otro sitio.

-En pocas palabras, si. -Margaret dudó-. Oí que el jefe de policía había interrogado a Andrew. Según parecía, tenía una coartada para la hora del asesinato, pero la mayoría de los que estaban enterados siguieron convencidos de que él había matado a Eubanks en lo que habría sido una pelea de enamorados.

-¿Qué le ocurrió a Andrew Grayson? -preguntó Deke.

-No tengo ni idea. Hizo las maletas y se fue con la más absoluta de las discreciones y nunca más se le volvió a ver en Wing Cove. -Margaret parecía meditabunda. -A lo largo de los años, de vez en cuando he pensado en él. Era tan inteligente... Su marcha supuso una gran pérdida para la universidad.

-¿Cree que asesinó a Eubanks? -preguntó Thomas.

-En absoluto -replicó Margaret-. No lo creí entonces y no lo creo ahora.

-¿Por qué? -preguntó Cassie.

-Porque sabía a ciencia cierta que Andrew Grayson había terminado su relación con Eubanks casi un mes antes del asesinato. Y también sabía que había sido decisión de Andrew, y que ésta se debía a que el comportamiento de Sebastian Eubanks se había hecho harto estrafalario.

Se marcharon media hora después. Camino de la puerta, Leonora se detuvo en el delicado y pequeño escritorio donde estaba el ordenador portátil.

-Veo que está informatizada -dijo a Margaret.

-Sí, por supuesto. -Los ojos de Margaret se iluminaron-. No puedo imaginar la vida sin mi cuenta de correo electrónico.

-¿Por casualidad, no estará suscrita a la *Gloria's Gazette*? –preguntó Leonora.

-No me la perdería por nada del mundo. ¿Cómo es que conoce la Gazette?

-Mi abuela es la editora y directora -contestó con orgullo.

-¿No me diga? Por favor, dígale de mi parte que espero cada número con entusiasmo. Mi sección favorita es «Pregúntale a Henrietta».

-Se lo diré -le aseguró Leonora.

Thomas se sentó al volante. Leonora a su lado. Deke y Cassie se metieron detrás. Wrench tenía apoyada la cabeza en el respaldo del asiento trasero. Se abrocharon los cinturones de seguridad.

-Muy bien -Thomas encendió el motor-, lo admito: estoy impresionado. Si todas las secretarias de departamento universitarias son como Margaret Lewis, se trata de una fuerza a tener en cuenta.

-Todas las facultades y universidades del país se derrumbarían sin ellas -dijo Leonora.

-¿Y ahora qué? -preguntó Cassie.

-Es fácil. -Thomas metió la marcha al SUV y salió del aparcamiento-. Ahora, veremos si podemos seguir el rastro de Andrew Grayson.

-Ningún problema. -Deke se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un ordenador inalámbrico del tamaño de la palma de la mano-. Si está vivo, le encontraré. ¡Qué caray!, daré con él aunque esté muerto.

Thomas condujo en silencio. Pensando. Todos los demás parecían estar haciendo lo mismo.

Minutos más tarde, Deke levantó la vista de la diminuta pantalla.

-Lo tengo. O, al menos, su dirección actual.

Leonora se giró en el asiento.

-¿Tan rápido?

Thomas miró por el espejo retrovisor.

-¿Estás seguro de que es nuestro Andrew Grayson?

-La edad coincide. -Deke trabajó en el ordenador durante unos minutos más-. Ya está jubilado. He conseguido su número de la Seguridad Social en los registros de la universidad. Todo coincide. Justo aquí dice que fue empleado de Eubanks durante dos años y medio. Ajá, estaba allí en la época en que mataron a Eubanks.

-Es nuestro tipo. -La urgencia alteró a Thomas-. ¿Qué ha estado haciendo durante estos últimos treinta años?

-Aclarar lo que Grayson haya estado haciendo durante las tres últimas décadas llevará algún tiempo -contestó Deke-, pero puedo decirte una cosa: con toda seguridad, no ha estado intentando esconderse. Y, a juzgar por la dirección que tengo aquí, diría que fuera lo que fuese lo que le ocurriera a su carrera universitaria cuando el asesinato, eso no echó a perder su vida.

-¿Dónde vive? -preguntó Cassie.

Deke miró la pantalla.

-Mercer Island. Está en medio del lago Washington, entre Seattle y Bellevue.

-Un barrio caro -dijo Thomas-. Tienes razón. Se lo ha debido de montar muy bien.

Leonora puso un brazo encima del respaldo del asiento.

-Voto por hacerlo en persona. Podemos llegar a Seattle en menos de dos horas.

Thomas echó un rápido vistazo al reloj.

-Es una pérdida de tiempo y de energía que vayamos los cuatro en tropel. Tenemos que ser más eficaces. Propongo que Leonora y yo nos dirijamos a la ciudad a ver a Grayson. Deke, ahora que tenemos algunas nuevas pistas, creo que lo mejor que puedes hacer es concentrarte en desenterrar cualquier otra cosa concerniente a Grayson y Eubanks que puedas encontrar en la Red.

-De acuerdo -dijo Deke-. Cassie tiene que dar clases esta tarde, así que tampoco puede ir con vosotros.

-Bueno, pues ya está. -Thomas redujo la velocidad para girar y dirigirse a la casa de Deke-. Tú y Cassie os quedáis aquí. Leonora y yo iremos a Seattle. Os llamaremos en cuanto hayamos hablado con Grayson.

Cassie se detuvo en el corto y sombrío pasillo. Deke cerró la puerta lentamente e intentó encontrar las palabras para agradecerle lo que había hecho.

-Gracias. -Aquello parecía bastante pobre. Lo volvió a intentar-. Si no se te hubiera ocurrido el nombre de Margaret Lewis, no habríamos conseguido esta nueva información.

-Ojalá sirva de algo.

-No sé adónde irá a parar esto, pero, a menos, ya no estamos completamente atascados.

Cassie no hizo ademán de quitarse el abrigo. En su lugar, miró el reloj.

-Es casi mediodía. Debería ponerme en camino. Esta tarde tengo un horario muy apretado de clases en el estudio. Y quiero tener un rato para comer primero.

Se dispuso a partir. Deke no quería que se fuera. No todavía. Quería hablar con ella, discutir sobre lo que les había contado Margaret Lewis, comentarle cómo planeaba proseguir su investigación en Internet. ¡Caray!, le traía sin cuidado si tenían una estúpida charla sobre el tiempo, quería que se quedara dando vueltas por ahí un rato.

Buscó como pudo algo de inspiración. Y la encontró cuando vio la media barra de pan en el mostrador.

-Yo también tengo que ponerme a trabajar dijo-, pero los dos tenemos que comer algo. -Intentó parecer indiferente-. Voy a hacer un bocadillo; nada más fácil que hacer dos.

Cassie lo miró con expresión dubitativa. Luego, se encogió de hombros.

-Muy bien.

El pánico lo dejó sin habla durante un instante. Había aceptado la oferta de comida. Rezó con fervor para que tuviera algo a mano que utilizar para hacer un bocadillo, de lo que fuera. Recordó vagamente un trozo de queso en el frigorífico. El pan era un poco añejo, pero, si lo tostaba, tal vez estaría bueno.

-Fantástico -dijo sin mucha convicción.

Resuelto a dirigirse a la cocina, pasó por su lado. Se detuvo en la entrada del salón. Fuera, el día era gris y neblinoso, pero el salón estaba oscuro como el interior de una cueva. ¿Era así como vería Cassie el lugar cada vez que iba a darle la sesión de yoga? Era condenadamente deprimente.

-Abriré las cortinas -dijo.

Cambió de dirección y se encaminó a la ventana más cercana.

Cassie le dedicó una sonrisa luminosa.

-Buena idea.

Deke pasó de una ventana a otra, apartando las cortinas para dejar entrar la grisácea luz diurna. Cuando examinó su trabajo, pensó que el cuarto seguía estando un poco lúgubre, y encendió un par de luces antes de meterse en la cocina.

Encontró el queso en la rejilla central del frigorífico y lo examinó con detenimiento; no había rastro evidente de moho. Aliviado, concentró su atención en la mediada barra; tampoco tenía ninguna cosa verde, definitivamente, era su día de suerte.

Cassie hizo café mientras él preparaba los bocadillos. Le gustaba tenerla con él allí, en la cocina; se preguntó qué pensaría ella al respecto.

-No es precisamente lasaña y tarta de manzana -dijo, cuando le puso el plato con el bocadillo caliente de queso delante, al cabo de un rato.- Necesito comprar algo de comida.

-Tiene un aspecto estupendo. -Cassie se sentó enfrente de él y cogió la mitad de su bocadillo-. Tengo mucha hambre.

Fascinado, contempló cómo se comía lo que él había preparado. Se preguntó por qué no se le había ocurrido nunca invitarla a comer.

Cassie se detuvo a medio masticar y le dirigió una mirada inquisitiva.

-¿Algo va mal?

-No.

Avergonzado, cogió su bocadillo y lo mordió.

Comieron en silencio durante un rato. Fuera, la lluvia goteaba sin cesar desde el techo del porche sobre la ventana de la cocina.

-Hay algo que debo preguntarte, Deke -dijo finalmente Cassie.

-Claro. -Tragó saliva-. ¿De qué se trata?

-Cuando termine este asunto, ¿crees que podrás librarte de la memoria de Bethany? ¿O te va a perseguir toda la vida? -Deke se puso muy rígido-· Necesito saberlo -añadió ella en voz baja-. Es importante.

Deke cerró los ojos unos segundos mientras trataba de poner orden en el caos de sus pensamientos. Cuando los abrió, encontró a Cassie observándolo muy fijamente.

-Todo ha estado muy embarullado durante mucho tiempo -dijo, estirando las palabras con sumo cuidado, intentando acertar, por él y por ella-. Tres días antes de que mataran a Bethany, le dije que quería divorciarme.

-Entiendo.

Comió un poco más de bocadillo.

-En aquel momento, me sentí muy culpable. Sabía que ella necesitaba que la cuidara; pero yo también necesitaba algo de ella. Después de tres años de matrimonio, supe que no podía dármelo.

-¿Y qué era lo que necesitabas de ella?

-Quería una esposa. -Levantó los hombros y los bajó-. Alguien que durmiera conmigo, y no en su despacho; alguien que se acordara de vez en cuando de que era un hombre, y no un mayordomo o un secretario personal. Yo quería tener hijos; ella me dijo que obstaculizarían su trabajo.

-Entiendo. ¿Cómo se lo tomó cuando le dijiste que querías acabar con el matrimonio?

-A decir verdad, no estoy seguro de que siquiera me oyera aquel día. Llevaba varias semanas completamente enfrascada en su teoría de los espejos; absolutamente concentrada en su trabajo. Dijo que tendríamos que hablarlo más adelante, porque estaba muy, muy ocupada. Durante las dos noches siguientes no vino a casa. A la tercera, Ed Stovall apareció en mi puerta para decirme que Bethany había ido en coche a Cliff Drive y se había tirado por el acantilado.

-No me gusta nada preguntártelo, pero ¿estás seguro de que no había otro hombre?

Deke negó con la cabeza.

-Más que seguro. Si la hubieras conocido, lo entenderías. Ella vivía sólo para su trabajo; no habría tenido ningún interés en una aventura.

Cassie bajó lentamente el último trozo de bocadillo.

-Esto hizo que tu sentimiento de culpa empeorara del todo.

-Sí. -Buscó las palabras con dificultad-. Me habría resultado sencillo si hubiera creído que estaba liada con alguien. Habría justificado la demanda de divorcio. Tal como estaban las cosas, me sentí fatal por ella, sabía que dependía de mí para que me ocupara de todo.

-Y ahora sientes que tienes que hacer esta última cosa por ella.

-Sí.

-Es lo correcto, ¿sabes? -dijo Cassie con dulzura-. Si algo me ocurriera, algo horrible y misterioso, me gustaría saber que alguien se preocuparía lo suficiente por descubrir la verdad.

Deke respiró hondo y soltó el aire lentamente.

-Yo me preocuparía. -Aquello no había sonado bien-. Mucho. -añadió. Aquello tampoco había sonado bien-. Maldita sea, ni siquiera puedo soportar la idea de que te ocurra algo malo, Cassie.

-Me alegro -replicó ella-, porque yo tampoco puedo soportar el pensar que algo horrible te ocurriera a ti.

No era exactamente una declaración de amor, pensó Deke. Pero serviría. Por el momento.

Thomas detuvo el SUV en el camino de acceso a la casa de Grayson. Leonora la examinó a través de la ventanilla.

La gran casa ocupaba un trozo caro de la propiedad situada a orillas del lago. Unos jardines verdes y frondosos ponían marco a una estructura moderna, espaciosa y aireada orientada hacia el lago y los rascacielos de oficinas del centro comercial de Seattle, que se levantaban en la otra orilla. Dos coches de aspecto muy caro y de procedencia europea estaban aparcados fuera del garaje, en el borde del ancho camino.

-Deke tenía razón -dijo Leonora-. Fuera lo que fuese aquello que ocurrió después del asesinato de Sebastian Eubanks, Andrew Grayson no parece haber sufrido demasiado financieramente.

-A juzgar por su actitud cuando le llamé hace un rato, tampoco tiene miedo a hablar sobre el tema.

Salieron del SUV y se dirigieron a la entrada. La doble puerta delantera estaba lacada en un brillante e intenso color rojo. Se abrió en cuanto Thomas alargó la mano para tocar el timbre.

Un hombre de rasgos aristocráticos y pelo gris se paró en la entrada. Vestía una camisa color crema y un pantalón hecho a medida. Una curiosidad inteligente le iluminaba los ojos. También había cierta cautela en su mirada.

-¿La señorita Hutton y el señor Walker? Soy Andrew Grayson. Entren, por favor.

-Gracias -dijo Leonora.

Thomas extendió la mano.

-Llámeme Thomas.

Andrew estrechó la mano que le ofrecía con firmeza y seguridad. Estudió los ojos negros de Thomas.

-¿Les importa si les pregunto...? -dijo.

-No, pero será más fácil explicarlo dentro del contexto.

Andrew asintió con la cabeza.

-Por aquí, hagan el favor.

Thomas siguió a Leonora mientras Andrew les abría camino a través de un amplio vestíbulo central porticado de dos plantas.

El vestíbulo se abría a una gran y espaciosa habitación. Los ventanales, que discurrían desde el suelo hasta el techo, ofrecían una amplia y panorámica vista del lago. Una gran extensión de verde césped bajaba, en suave inclinación, hasta el mismo borde del agua. En un muelle privado, estaba atracado un elegante yate.

Un hombre que aparentaba la misma edad que Andrew, pero era más gordo y con menos pelo, trabajaba en el muelle. Thomas observó cómo levantaba un rollo de cuerda y desaparecía dentro de la gran embarcación.

-Mi compañero, Ben Matthis -dijo Andrew.

Se dirigió a un par de sillas lacadas en negro y tapizadas en piel de color ocre.

Leonora se volvió de la ventana y se sentó al lado de Thomas.

Andrew se recostó sobre los almohadones de un sofá de piel negro y se apoyó en una esquina en una postura indolente.

-Debo admitir que por teléfono dijo lo suficiente como para despertar mi curiosidad. Me conecté a Internet mientras les esperaba y no he encontrado nada en los informes sobre las muertes de esas dos mujeres que mencionó que las relacione con el asesinato de Sebastian Eubanks.

Thomas miró a Leonora y, entonces, entrelazó ligeramente las manos entre las rodillas.

-No estamos seguros de que haya una conexión -dijo-. Pensamos que, poco antes de morir, Bethany Walker se interesó por los detalles del asesinato de Eubanks. La segunda mujer, Meredith Spooner, encontró algunos recortes sobre el asesinato que, según todas las apariencias Bethany había

intentado esconder. Poco tiempo después, ella también resultó muerta. Las dos mujeres pasaron mucho tiempo en la Casa de los Espejos y de ambas se rumoreó que consumían drogas.

-Esta última parte no nos la creemos -añadió Leonora-. Estamos absolutamente seguros de que ni Bethany ni Meredith estaban en el mundo de la droga.

-¿Eso es todo lo que tienen? -preguntó Andrew.

-Hay algo más. -Thomas hizo un gesto con la mano hacia su ojo morado-. Un tipo con unas gafas de esquí intentó tirarme puente abajo la noche pasada. En ese momento iba drogado. El jefe de policía dice es probable que el chico no recuerde demasiado sobre el ataque.

-Pero usted no cree que fuera un acto de violencia casual, ¿cierto?

-No -dijo Thomas-. Creo que un timador llamado Alex Rhodes está involucrado en este asunto. No desea que cavemos más hondo.

Andrew parecía meditabundo.

-El hecho de que me hayan encontrado significa que ya han ahondado bastante. Los consejeros de la universidad hicieron todo lo posible para mantener mi relación con Eubanks en secreto después de mi dimisión.

-Tuvimos un poco de ayuda de Margaret Lewis. -dijo Leonora

La expresión de Andrew primero mostró sorpresa y, luego, un cierto regocijo.

-Ah, si, la secretaria del departamento. Eso lo explica todo. Me alegra oír que sigue viva. Un personaje increíblemente competente, la señorita Lewis.

-¿Qué nos puede contar sobre el asesinato? -preguntó Thomas.

-¿Sobre el asesinato? Nada. -Andrew movió una mano, levantando la palma-. Excepto decir que yo no lo cometí y que no sé nada de Alex Rhodes. Pero, si lo desea, puedo contarle algunas cosas sobre Sebastian Eubanks.

-Margaret dijo que Eubanks se había vuelto muy excéntrico en los últimos tiempos -dijo Leonora.

Andrew lanzó un suave bufido.

-Era un matemático socialmente inepto, que ya nació excéntrico. Por norma, tenías que recordarle que se cambiara de ropa interior. Pero es verdad que, en aquellos últimos meses de su vida, se volvió muy raro. Estaba más que consumido por su trabajo. Se obsesionó.

-Obsesionarse es una palabra fuerte -dijo Thomas.

-Es la apropiada en este caso -replicó Andrew-. Para ser sinceros, en aquel momento pensé que había perdido el contacto con la realidad. Era un genio, ¿sabe? Fueron pocos los que se dieron cuenta de eso, porque no vivió lo suficiente para demostrarlo. Pero yo estuve cerca de él durante varios meses y pude observar cómo trabajaba su increíble mente. Era asombroso de verdad. Absolutamente asombroso.

-No sería el primer genio que acaba perdiéndose en su propia brillantez -dijo Leonora en voz baja.

-Cierto. Aunque fue la paranoia, no la brillantez, la que nos separó. Pero después de que lo mataron, pensé que tal vez tenía razón en ser un paranoico.

-¿No se traga el cuento del ladrón sorprendido? -preguntó Thomas.

-En su momento, sí. -Andrew apoyó el tobillo izquierdo en la rodilla derecha-. Sabía que yo no lo había matado y no parecía haber ningún otro sospechoso lógico. Pero, a lo largo de los años, he pensado mucho y he llegado a algunas conclusiones personales. Pura conjetura disparatada, por supuesto, ya que no tengo la más mínima prueba.

-Estamos aquí para escuchar esas conjeturas disparatadas -dijo Leonora-. Estamos acostumbrados; hasta el momento, es lo único en lo que nos hemos basado.

-Ya me doy cuenta -dijo Andrew-. Pero les advierto que no lograrán nada intentando probar mi teoría.

-¿Por qué cree que mataron a Eubanks? -preguntó Thomas.

-Por el motivo más antiguo del mundo universitario.

Thomas arrugó el entrecejo.

-¿Alguien le sorprendió en la cama con la persona equivocada?

-No -dijo Andrew-. Alguien quiso robar el trabajo de Sebastian y publicarlo como propio.

-¡Santo cielo! -susurró Leonora-. ¿Publicar o morir? ¿En el verdadero sentido de la expresión?

-El mundo universitario es muy darwiniano. Pero, bueno, esto ya lo sabe, ¿verdad? Según la comprobación que hice en Internet antes de que llegaran, usted trabaja en una biblioteca universitaria. En Piercy College, creo.

-Sí. -Leonora se subió las gafas en la nariz-. Y soy la primera en admitir que, en el mundo académico, las cosas pueden llegar a ser un poco violentas, pero tengo que reconocer que jamás había oído que se matara a otro para publicar una ponencia.

-Cualquier poli le diría que hay gente dispuesta a matar prácticamente por cualquier causa -explicó Andrew-. Pero, en este caso, concurrían bastantes más circunstancias que la mera publicación de una ponencia menor en alguna oscura revista universitaria que sólo leerían un par de docenas de personas y que no habría tardado mucho en ser olvidada.

Dejó de hablar durante un momento. Thomas siguió en silencio. Leonora también.

-En esa época, yo era una de las dos personas en el campus con algún conocimiento sobre la naturaleza del trabajo de Sebastián -.continuó Andrew-. A lo largo de nuestra relación, me habló un poco de sus teorías. Era incapaz de controlarse; necesitaba discutirlas con alguien y yo estaba allí. -Volvió a mover la mano, esta vez en un ademán de rechazo. -Para ser francos, él también era muy consciente de que yo no era capaz de robarle sus ideas y publicarlas como propias.

-¿Por qué no? -preguntó Thomas.

-Yo estaba en el Departamento de cibernética, exactamente a donde pertenecía. Soy más ingeniero que matemático, y mi mente no trabajaba de la misma manera que la de Sebastian. Admito sin ambages que habría sido incapaz de falsificar un artículo en una publicación especializada en su rama de matemáticas, aun cuando hubiera tenido un acceso ilimitado a sus notas y trabajos.

-Pero ¿otra persona sí lo hizo? -preguntó Leonora con suavidad.

Andrew miró más allá de ella, a través de las ventanas, hacia el elegante yate atracado en el muelle a los pies del jardín.

-Como he dicho, había bastantes más cosas en juego que la publicación de un artículo matemático de poca importancia. Mediaban la fama y la fortuna, por no hablar de una reputación que habría sobrevivido varias generaciones en los círculos universitarios.

-Continúe -dijo Thomas.

-En el Departamento de matemáticas de Eubanks había un joven adjunto de extraordinaria ambición que fue capaz de comprender las implicaciones del trabajo de Sebastian. Habían sido amigos y colegas durante un tiempo, pero acabaron peleándose. Desde entonces, Sebastian no había vuelto a confiar en él.

Thomas lo miró.

-¿A qué se refiere?

-He meditado mucho a lo largo de los años -contestó Andrew-. A menudo me he preguntado qué habría ocurrido si me hubiera tomado más en serio los temores de Sebastian. Quizás habría podido hacer algo. Pero, en este momento, he de decir con toda sinceridad que no sé en qué habría consistido ese algo.

-No veo de que manera podría haberlo hecho -comentó Leonora- No era posible adivinar que alguien podía matarlo para robarle su trabajo.

-No. -Andrew suspiró-. Sencillamente, en ese momento jamás se me pasó por las mientes que Osmond Kern le mataría para conseguir el privilegio de ver su nombre en los libros de texto.

Andrew se detuvo en la entrada para despedirse.

CAPÍTULO 17

-El asesinato de Sebastian fue un momento verdaderamente decisivo en mi vida. Medité largo y tendido sobre mi futuro y decidí que no estaba hecho para la enseñanza superior, aun suponiendo que hubiera podido conseguir otra plaza de profesor. Así que, en su lugar, acepté un trabajo en una incipiente compañía de software local. Ben también y, cuando la compañía salió a bolsa, hicimos un buen negocio.

Thomas dirigió una mirada divertida al caserón.

-Sí, ya lo veo.

-¿Qué van a hacer con la información que les he dado? –preguntó Andrew.

Leonora intercambió una mirada con Thomas, que se encogió de hombros.

-No lo sabemos todavía -dijo Thomas-. Todavía estamos intentando unirlas piezas de un rompecabezas.

-Si saliera algo de su investigación, me gustaría saberlo.

-Le mantendremos al corriente -prometió Thomas.

Andrew asintió con la cabeza.

-Se lo agradezco. Sebastian era un hombre muy difícil. Exasperante, brillante, excéntrico. Por no hablar de sus aptitudes sociales. Pero durante un tiempo, él y yo fuimos algo más que amigos. Merece que su nombre quede unido al maldito algoritmo, y me gustaría verlo conseguir el lugar que se merece en los libros de texto.

Leonora inició una respuesta, pero se interrumpió cuando divisó un gran coche que avanzaba hacia ellos por la larga avenida. Conducía una mujer; en el asiento trasero viajaban dos niñas.

-Las gemelas de mi sobrina -dijo Andrew-. El bastardo de su padre pidió el divorcio el año pasado. Se ha casado con su novia y no tiene mucho tiempo para sus hijas. Empezaron a tener muchos problemas en el colegio. Ya saben lo que ocurre en estos casos.

-Sí. -Thomas recordó cómo habían caído sus calificaciones cuando sus padres se divorciaron-. Sé lo que ocurre.

-La familia decidió que Katie y Clara necesitaban pasar un tiempo sustancial con un modelo de conducta masculino fiable, para que no crecieran pensando que todos los hombres son una escoria informal e indigna de confianza como su padre. El resultado es que las tengo un par de veces por semana. -Andrew sonrió-. ¡Qué demonios!, soy varón y fiable. Y también estoy jubilado, así que tengo un montón de tiempo.

El coche se detuvo a poca distancia. La mujer que conducía saludó con la mano a Andrew y éste le devolvió el saludo. Las puertas traseras se abrieron y dos niñas pequeñas salieron a toda prisa del interior del vehículo.

-Tío Andrew.

-Las he estado ayudando con los estudios. -Andrew sonrió abierta y orgullosamente-. Ahora les van muy bien a ambas.

-Es admirable -dijo Leonora.

-Ya me hubiera gustado tener un tío así cuando era niño. -sentenció Thomas.

El corto día se acercaba velozmente a su fin cuando llegaron a Wing Cove. La niebla que había estado empapando el parabrisas durante los últimos treinta kilómetros se había convertido, sin previo aviso una lluvia fuerte y torrencial. Thomas ajustó la velocidad de los limpiaparabrisas y accedió con cuidado al carril correcto de la Interestatal.

Él y Leonora habían hablado largo y tendido rato después de abandonar la casa de Andrew Grayson en Mercer Island. Pero sus razonamientos empezaron a hacerse circulares.

-Tienes que admitir que algunas de las piezas encajan. –Dijo Leonora- Hemos estado buscando conexiones y tenemos algunas. Digamos que Bethany llegó a sospechar, en el curso de su propio trabajo matemático, que Sebastian Eubanks era quien realmente había desarrollado el algoritmo.

Digamos que concluyó que Osmond Kern lo había robado y publicado como propio. ¿Qué habría pasado si le hubiera hecho frente con sus sospechas?

Thomas mantuvo la atención en la carretera.

-¿Crees que Kern la mató para evitar que revelara la verdad?

-¿Por qué no? Si mató a Eubanks treinta años antes para conseguir el algoritmo, ¿por qué no habría de matar de nuevo para mantener el secreto?

-¿Y luego qué? ¿Crees que Meredith tropezó con la misma verdad y que por eso también la mató? ¿Por qué habría de interesarse por un viejo descubrimiento matemático de hacía treinta años?

-Ese algoritmo hizo que Kern se enriqueciera. Tal vez intentó chantajearlo.

-¿Eh? -Thomas redujo la velocidad un poco para compensar la fuerte lluvia y la creciente oscuridad-. Muy bien, puedo verla intentando realizar un pequeño chantaje y consiguiendo que la mataran por las molestias. Pero sigo sin explicarme la relación de Alex Rhodes con todo este asunto. O los rumores de las drogas.

Leonora se calló.

Ya estaban en Cliff Drive. Thomas redujo aún más la velocidad por la baja visibilidad. Al pie de los acantilados, las frías y profundas aguas del Sound se arremolinaban en la oscuridad.

De repente, unas luces brillaron en el retrovisor. Un coche se acercaba a toda prisa por detrás. Las luces desaparecieron cuanto Thomas giró en la siguiente curva.

-¿Sabes?, Rhodes lleva en la ciudad alrededor de un año -dijo Thomas-. ¿Quién sabe que información puede haber recogido de alguno de sus clientes? Margaret Lewis y Andrew Grayson pueden no ser las únicas personas que tuvieran algunas sospechas sobre el asesinato de Eubanks.

-¿Crees que Alex se imaginó que Kern había asesinado a Eubanks? -Leonora consideró la posibilidad-. Si lo hizo, podría estar chantajeando a Kern. Quizá matara a Bethany y a Meredith para proteger su inversión cuando se acercaron demasiado a la verdad.

-Hay una cierta lógica en esa perspectiva del asunto.

Las luces volvieron a rebotar en el espejo, esta vez con una intensidad vertiginosa. Thomas movió el espejo para desviar el deslumbrante reflejo.

No fue una gran ayuda. El gran vehículo estaba acortando las distancias. Thomas volvió a tener la extraña sensación de que se le erizaban los pelos de la nuca. Se preguntó si no estaría empezando a volverse paranoico.

-¡Qué lío! -dijo Leonora-. Nunca podremos probar nada.

-No estoy tan seguro al respecto. -Volvió a mirar por el retrovisor. Sin ningún género de dudas, el coche de detrás estaba más cerca-. Podría haber algunas posibilidades. Si te pones a ver, los pagos de los chantajes no son más que simples transacciones financieras. Y el dinero siempre deja rastro.

-Pero ¿cómo lo encontraremos?

-¿Te acuerdas del portátil que vimos en el escritorio de Rhodes el día que hicimos nuestro deficiente trabajito en su casa? Tal vez, Deke sea capaz de sonsacarle algo útil a ese pequeño aparato.

-Vas a volver a colarte en la casa de Alex. -La alarma le afluyó a la voz-. Thomas, no. Mi instinto me dice que no es una buena idea. Ahora, no. Esto se está poniendo demasiado peligroso. Tenemos que hablar con Ed Stovall.

Las luces golpearon el retrovisor lateral. Thomas dejó de escuchar a Leonora.

El vehículo que había estado acortando la distancia por detrás estaba iniciando el adelantamiento.

-¡Mierda! -dijo Thomas en voz baja.

Leonora se interrumpió de golpe y se giró en redondo en el asiento.

-¡Oh, Dios mío! Sólo un borracho o un maníaco homicida intentarían adelantar aquí, sobre todo con esta lluvia.

-Personalmente -dijo Thomas-, me inclino por el maniaco homicida.

Leonora lo miró.

- ¿Qué?

Thomas no respondió. Se dirigían a un corto tramo recto que discurría por el punto más alto de Cliff Drive.

Si iba a ocurrir, ocurriría allí, pensó Thomas.

Las luces en el retrovisor eran tan brillantes como el sol de mediodía. No las miraba, pero por el rabillo del ojo podía detectar el bulto del vehículo que se avecinaba por su izquierda.

-Comprueba el cinturón de seguridad. Asegúrate de que lo llevas bien ceñido.

No esperó a comprobar si Leonora obedecía. El tiempo se había acabado. Pisó el freno, buscando aquel mágico término medio entre un frenazo controlado y un derrape desastroso que los enviaría por la ladera.

El oscuro vehículo de la izquierda dio un violento volantazo, hacia el guardabarros del SUV, un tiburón metálico saliendo de la noche y abatiéndose en busca de un único y fatal mordisco.

La repentina desaceleración de su presa le cogió desprevenido. Las cortantes mandíbulas habían fallado por un segundo. Giró bruscamente. Durante un instante, Thomas pensó que el vehículo podía estrellarse contra el pretil. Coleaba salvajemente. Pero en el último instante posible, el conductor consiguió recuperar el control.

Thomas consiguió vislumbrar un SUV negro; observó que las luces traseras desaparecían en la siguiente curva.

Durante unos segundos detenidos en el tiempo que parecieron una eternidad, ni él ni Leonora dijeron una palabra. Ambos tenían la mirada fija en el punto por el que el coche se había desvanecido.

Finalmente, Leonora se giró hacia él.

-Es éste el lugar, ¿verdad? -susurró.

-Sí. -Thomas aceleró con parsimonia-. Este es el lugar donde Bethany saltó.

Dos horas más tarde, Thomas estaba sentado en el asiento delantero con Deke. Estaban aparcados entre los árboles de detrás de la casita de campo abandonada, a poca distancia de la de Rhodes. Había dejado de llover, pero las nubes flotaban bajas, un peso invisible que aplastaba el cielo nocturno.

Habían patrullado por delante de la casa de Rhodes hacía unos minutos. No había ningún vehículo en el camino; las luces estaban apagadas.

Parecía que Rhodes iba a pasar la noche fuera.

-Probablemente se estará tomando un par de copas en el bar de la ciudad -dijo Deke-. A lo mejor, se está emborrachando. Ese fallo debe de haberle hecho flipar. Por lo que me has dicho, parece que casi se cae por el borde cuando frenaste de golpe. Tal vez esté pensando en lo cerca que ha estado de matarse, en lugar de mataros.

-Espero que el muy bastardo lo esté pasando mal -dijo Thomas.

-¿Estás seguro de que era Rodees? Hay muchísimos SUV y cuatro por cuatro oscuros en esta ciudad.

-No puedo estar totalmente seguro, pero tienes que admitir que la lista de potenciales sospechosos es bastante reducida.

-Podría haber sido Osmond Kern -dijo Deke-. Tiene un SUV azul oscuro, creo. Y si Andrew Grayson tiene razón, es capaz de matar.

-Tal vez. Pero apuesto por Rhodes.

-Esto es porque estás cabreado con Rhodes por la manera que se acercó a Leonora y porque tal vez hizo que te sacudieran anoche.

-Muy bien, así que soy un poco tendencioso. -Abrió la puerta.- ¿Listo? Hagamos esto y hagámoslo rápido, tal como les prometimos a Leonora y a Cassie. Entremos. Descargas todo lo que puedas de ese ordenador portátil y nos vamos.

-¿Y si no puedo traspasar su sistema de seguridad?

-Nos llevamos el maldito ordenador. Al diablo con él. Déjale que vaya a lloriquearle a Ed Stovall que le han robado un portátil.

-Muy bien. -Deke salió por su lado y se subió la cremallera de su chaqueta-. Eso sería interesante.

Se adentraron entre los árboles, dirigiéndose a la casa a oscuras del final del sendero.

Leonora estaba sentada en el reservado, frente a Cassie, ante una taza de té poco hecho. El joven de detrás de la barra había puesto su mejor voluntad, pero nadie podía haber hecho demasiado con una bolsa de mala calidad y un agua que ni siquiera había alcanzado el punto de ebullición.

No importaba, pensó Leonora con tristeza. En aquel preciso instante no podía concentrarse lo suficiente para saborear lo que fuera. Sólo era capaz era de preocuparse por Thomas y Deke. El bar y restaurante Las Alas de Fuego estaba abarrotado de una mezcla de estudiantes, personal docente y habitantes de la ciudad, que buscaban calor y compañía en la noche fría y húmeda. En el escenario, un grupo pequeño de música interpretaba con oficio jazz suave.

Cassie cogió su botella de agua y vertió el contenido en un vaso lleno de hielo.

-No estoy segura de lo que siento cuando me mandan a este lugar a esperar, mientras nuestros hombres se precipitan a la jungla para hacer cosas de hombres.

-Sé cómo te sientes. Pero tienes que admitir que Thomas tenía razón cuando dijo que sería ridículo que nos pateáramos todos el bosque hasta la casa de Rhodes. De los cuatro, él y Deke son los que tienen la oportunidad de llevar a cabo algo útil esta noche. Thomas sabe de asuntos de dinero y Deke de ordenadores.

-No discuto la lógica de la decisión. Es solo que no me hace muy feliz, eso es todo. -Cassie se agenció una galleta salada de un plato que había en la mesa. Masticó durante un rato y, entonces, tragó y se inclinó hacia delante-. ¿De verdad crees que fue Rhodes quién intentó sacaros a ti y a Thomas de la carretera esta noche?

Leonora se encogió de hombros.

-Rhodes o Kern. Tuvo que ser uno de los dos. Yo apuesto por Rhodes. Creo que Kern lleva demasiado tiempo dándole a la botella para ser capaz de conducir con tanta pericia.

La cara de Cassie se crispó de ansiedad.

-Esto es tan extraño. Espero que no estemos experimentando una especie de alucinación colectiva.

-¿De verdad existe esa cosa de la alucinación colectiva?

-Claro. Ocurre permanentemente. Hay cantidad de episodios registrados a lo largo de la historia.

-Fantástico. -Leonora bebió un sorbo de te-. Otra cosa por la que preocuparse.

La música pareció hacerse más ruidosa. También la multitud.

-Una cosa buena está saliendo de todo esto -dijo Cassie con aire decididamente optimista-. Deke está cambiando. Por primera vez, me habló de su relación con Bethany.

Leonora le dio una palmadita en el brazo.

-Eso es bueno.

-Se ha estado reconcomiendo por la culpa, porque tres días antes de que ella muriera le pidió el divorcio.

-Entiendo. Así que cuando se falló el veredicto de suicidio, realmente se lo tomó muy mal.

-Sí. No lo creyó. Para ser más exactos, no podía permitirse creerlo, porque eso habría significado que era el responsable de desencadenar el acto.

-Feo asunto.

Cassie asintió con la cabeza.

-Le ha estado devorando por dentro, pero ahora está superándolo. Gracias a ti.

-No tengo nada que ver con eso; como tampoco tú o Thomas. Deke se está salvando a sí mismo. Cuando se trata de este tipo de cosas, todos podemos tendernos las manos para ayudarnos mutuamente. Los doctores pueden recetar algunas medicinas eficaces, pero, al final, cada uno debe tener la voluntad de nadar hasta la orilla por sí solo. Nadie puede cargar con otro. Al menos, durante mucho tiempo.

Cassie torció el morro.

-Eso es una visión muy darwinista de la vida, ¿no?

-Como a los tipos de la biología evolutiva les gusta tanto señalar, todos descendemos de gente que hacía lo que fuera para sobrevivir. -Leonora hizo una pausa-. Aunque es gracioso que utilizaras ese término

-¿Darwinista?

-Si. Andrew Grayson lo utilizó esta tarde para describir la vida universitaria.

-Bueno, tienes que admitir que «darwinista» es, sin duda, una palabra apropiada para describir las intrigas universitarias.

-Es verdad, pero hasta que hablé con Grayson esta tarde, nunca había tomado lo de publicar o morir de forma tan literal.

-Todavía no sabemos con seguridad que Kern cometiera un asesinato

Cassie se interrumpió bruscamente cuando una sombra cayó sobre la mesa.

Leonora siguió su mirada.

-Leo -dijo Kyle con un entusiasmo desbordante que resultaba totalmente falso-. Te he estado buscando. ¿Dónde has estado? Te llamé varias veces a casa, pero no contestaste al teléfono ninguna vez.

-He estado ocupada todo el día, Kyle.

-¿Ah, sí? -Sonrió abiertamente hacia Cassie-. ¿Me vas a presentar a tu amiga?

-Éste es Kyle Delling -dijo Leonora-. Da clases en el Departamento de inglés en Pyerce. Kyle, ésta es Cassie Murray. Tiene un gimnasio de yoga aquí, en Wing Cove.

-Encantado. -Tomando la presentación como una invitación, se deslizó en el reservado y rodeó los hombros de Leonora con el brazo de una manera familiar e íntima-. Sólo para ponerte al tanto de la situación, Cassie, Leo y yo somos algo más que buenos amigos. Estuvimos comprometidos.

-Entiendo. -Cassie miró a Leonora-. ¿Conoce a Thomas?

-Conoce a Thomas. -Leonora sonrió con dulzura mirando a Kyle-. ¿Te acuerdas de Thomas, verdad? El hombre que estaba en mi cocina esta mañana. El que parecía que había tenido una pelea. –Miró el reloj-. Debería llegar en un minuto.

Kyle se puso tenso y, entonces, sin demora, retiró el brazo de los hombros de Leonora. Se puso en pie de un brinco y sonrió a las dos mujeres.

-¿Qué bebe la gente? -preguntó-. Yo pago esta ronda.

-Té -murmuró Leonora-. Gracias.

-Agua.

Cassie levantó la botella para que pudiera leer la etiqueta.

-De acuerdo. Vuelvo enseguida.

Kyle se zambullo en la multitud.

Cassie miró a Leonora.

-¿Tu ex novio?

-Ajá.

-Yo tengo un ex marido -dijo Cassie con aire pensativo-. Lo que puedo decir por experiencia es que, cualquiera de su clase, los «ex» no tienden a estar cerca a menos que persigan algo.

-Persigue algo -dijo Leonora.

-¿A ti?

-No. Está buscando una relación más duradera que la que tuvimos.

-¿Qué sería?

-Una plaza de titular.

Estaba sudando. Otra vez.

Aquella noche había estado en un tris en Cliff Drive. Seguía temblando porque se había salvado por los pelos. Daba vueltas por la habitación principal, pensando en cómo había estado a punto de perder el control y caer por encima del pretil.

¿Habría conseguido Walker ver bien el SUV? No importaba. Era negro, igual que otros cientos de SUV que había en la ciudad. Por suerte, se había acordado de tapar la matrícula.

Por si acaso, había aparcado el vehículo entre los árboles. No quería que Walker pasara por allí delante aquella noche, lo viera con toda claridad y empezara a hacerse preguntas. Ojos que no ven, corazón que no siente. Quizá. Realmente, estaba nervioso.

Miró el Rolex. Su nueva clienta llegaría en un minuto, e intentó concentrarse en eso. Era espectacular: rubia, tetas grandes... Le recordaba un poco a Meredith.

No, nada de pensar en Meredith. Todo había empezado a ir mal después de Meredith.

Pensar en la nueva clienta.

Atravesó el cuarto, y retiró el terciopelo negro del espejo. Tenía que preparar el escenario.

La terapia de regresión a las vidas anteriores funcionaba como por arte de magia. Una vez, una clienta se convenció de que en una vida anterior había tenido una aventura con un gallardo salteador de caminos y un guerrero medieval; no hubo más que dar un paso para convencerla de que la mejor manera de deshacerse de la tensión de esta vida era revivir una experiencia sexual anterior. Con un terapeuta antiestrés titulado, por supuesto.

Aquella noche necesitaba sexo; lo relajaría, eliminaría parte de la tensión que le quedaba del fiasco de Cliff Drive. Ya se preocuparía al día siguiente de encontrar otra manera de deshacerse de Thomas Walker, el muy hijo de puta se estaba revelando difícil de matar.

Tal vez fuera una señal. Tenía suficiente experiencia para saber cuando era el momento de abandonar una operación. Tal vez había desafiado en exceso a la suerte en Wing Cove. El asesinato no era su fuerte, en cualquier caso. Jamás lo había intentado hasta aquel momento, y era evidente que no tenía talento para el negocio. Era un timador, no un asesino.

Aquel pensamiento lo tranquilizó. Era el momento de abandonar. El timo y las drogas habían sido rentables, pero nada dura eternamente.

Sonó el teléfono. No lo cogió

Quienquiera que estuviera a otro lado de la línea, colgó sin dejar un mensaje. Probablemente, una venta telefónica.

Miró el viejo y extraño espejo de burbujas y vio docenas de distorsionadas imágenes en miniatura de sí mismo. No había dos iguales. Ninguna era el auténtico Alex Rhodes.

Un gélido estremecimiento lo sacudió. Llevaba tantos años viviendo en una mentira que ya no sabia quién era en realidad. La verdad era que no podía recordar un momento en el que hubiera tenido una percepción clara de sí mismo. Resultaba irónico. Podía hacer que los demás vieran lo que él quería que vieran, pero no podía verse a sí mismo.

Ah. ¡Mierda! Se sentía raro. Debía de ser la tensión del episodio del Drive.

Volvió a mirar el Rolex. ¿Dónde demonios estaba la mujer? Necesitaba sexo; lo necesitaba desesperadamente. Necesitaba aquellos pocos momentos fugaces en los que se sentía casi real, casi humano. El sexo era su droga por afición.

En la puerta sonó un golpe.

Ahí estaba.

Una oleada de alivio lo inundó. Concitó a su sonrisa mágica, la que decía «confía en mí» y se dirigió al pasillo para abrir la puerta.

-He cancelado su cita de esta noche -dijo el asesino.

-Esto no tiene buena pinta -dijo Thomas-. Se suponía que no estaba.

Hacía unos minutos, había llamado al número de Rhodes desde el móvil, una llamada de comprobación para asegurarse de que seguía fuera de casa aquella noche. No había habido respuesta.

En aquel momento estaban entre los árboles, al borde del pequeño calvero, y estudiaban la parte trasera de la pequeña casa. Adiós al gran plan de entrar y agarrar lo que hubiera en el disco duro de Rhodes.

Desde donde estaba, Thomas apenas sí podía adivinar los débiles latidos del resplandor del fuego de la chimenea a través de la rendija de una cortina. Por lo que podía ver, dentro no había ninguna otra iluminación.

-Me pregunto si estará ahí dentro ocupado en seducir a una clienta -dijo Deke.

-¿Dónde está el coche de la clienta? ¡Demonios!, ¿dónde esta el suyo, en realidad?

-No me lo explico. ¿Escondido entre los árboles? Tal vez la clienta esté casada y no quiera que se sepa que está aquí.

-¿Y ahora que? ¿Nos vamos y volvemos otra noche?

Thomas no se movió.

-¿Sabes?, la verdad es que me gustaría averiguar si está con alguien y quién es ese alguien.

-¿Y cómo planeas hacer eso?

-¿Qué tal ir hasta la puerta delantera y llamar sin más?

Deke lo miró.

-¿Hablas en serio?

-¿Por qué no?

-Porque tal vez sea el hijo de puta que casi te saca de la carretera esta noche.

-¿Y qué? No intentará hacer nada en la misma puerta de su casa. Un accidente en Cliff Drive es una cosa; un cadáver en el porche delantero resulta un poco más difícil de explicar.

-Y dos cadáveres, todavía más difícil -dijo Deke con rotundidad. -Voy contigo.

Salieron de los árboles. Thomas se sintió desprotegido en el pequeño calvero; Deke debía de tener la misma sensación. Sin discutirlo, se dirigieron a la zona más ensombrecida de debajo del alero de la casa.

Del otro lado de las cortinas que cubrían la ventana de la cocina no llegaba ninguna luz, pero cuando pasaron por su lado oyeron ruidos de actividad en su interior. Alguien estaba abriendo y cerrando las puertas de los armarios con un desenfreno furioso.

Thomas se preguntó si Rhodes no estaría buscando una linterna porque se le hubiera ido la luz. Probablemente, los tipos como él no dejaban su equipo de emergencia en un lugar adecuado.

Subió los escalones envueltos en sombras con Deke.

La puerta delantera estaba entornada. Los titilantes latidos del fuego de la chimenea más allá de la abertura le recordaron a Thomas los latidos de un corazón humano.

Tuvo un escalofrío. Algo iba mal.

-¡Oh, mierda! -susurró Deke-. Esto no me gusta.

-¡Rhodes! -gritó Thomas a través de la puerta entreabierta - ¿Está ahí?

Se produjo un instante de silencio congelado. Y, luego, el sonido de unas fuertes pisadas corriendo hacia la parte trasera de la casa. Thomas sintió el ruido sordo de la puerta de servicio al abrirse.

Thomas dio dos largas zancadas hasta el borde del porche y miró hacia la esquina de la casa. Tuvo el tiempo justo para ver la negra figura recortada contra la linde del calvero.

La figura se detuvo, levantó un brazo.

Thomas se echó hacia atrás a toda prisa, fuera de la línea de fuego. El disparo impactó bajo el alero de la casa. La madera se astilló en uno de los postes del porche.

Y, luego, sólo silencio.

-Se ha ido -dijo Thomas-. Ya no sabremos con quién se entretenía Rhodes esta noche.

-¿Thomas?

Algo extraño en la voz de Deke hizo que se volviera rápidamente.

Deke miraba de hito en hito a través de la abertura de la puerta.

-Tenemos un problema.

Thomas retrocedió hasta la puerta y la abrió más. Desde el umbral, a través del pequeño vestíbulo delantero, pudo ver el salón iluminado por el fuego.

Una figura, vestida de los pies a la cabeza de negro, yacía, inerte, sobre los cojines, delante de la mesa baja.

Thomas entró lentamente y se detuvo junto al cuerpo. La sangre humedecía la alfombra trenzada debajo de la cabeza de Rhodes. En la pechera de la camisa de seda negra había más sangre.

-Muerto -dijo Deke.

El antiguo espejo estaba al descubierto; Thomas pudo ver los reflejos de cientos de resplandores ígneos en miniatura en la multitud de diminutos espejos cóncavos y convexos de la superficie.

Pequeñas visiones del infierno.

El cuarto era un escenario de caos y destrucción. Los cojines habían sido rajados, dejando al descubierto sus entrañas; los cajones y armarios aparecían abiertos, los contenidos esparcidos por el suelo.

Thomas se metió la mano en el bolsillo para coger el móvil.

-Quienquiera que haya hecho esto, estaba registrando la casa y le interrumpimos -dijo Deke.

-Siempre dicen que no lo hagas.

Thomas marcó el número de Urgencias de su móvil.

-Ahora ya sabemos por qué. Bonita manera de morir.

La operadora del 911 descolgó. Thomas la puso al corriente de las circunstancias.

-Sí, claro -dijo, perdiendo la paciencia con la interminable letanía de preguntas-. Nos quedaremos por aquí hasta que llegue Stovall. No parece que tengamos nada mejor que hacer. Dígale que, de camino hacia aquí, busque una camioneta o un SUV. El tipo que hizo esto conduce algo grande.

Colgó.

Un viento creciente aulló entre los árboles.

CAPÍTULO 18

El camino de acceso a la pequeña casa de alquiler estaba iluminado por las luces deslumbrantes de los tres coches policiales y las dos ambulancias de Wing Cove. El gentío incluía al personal médico del hospital, Ed Stovall y todos los miembros de su pequeña fuerza, el alcalde y un periodista del Wing Cove Star.

Un asesinato era una gran noticia en una ciudad pequeña.

-He estado vigilando de cerca a Rhodes durante bastante tiempo -dijo Ed Stovall-. Tenía el pálpito de que traficaba con drogas. Era químico de formación y esta cosa, la S y M, es sin duda algo que se preparaba en un laboratorio.

Estaba de pie, más tieso que el palo de una escoba, junto al brillante guardabarros de su SUV blanco. Thomas supuso que era mecánicamente imposible que Stovall se apoyara con indiferencia en nada, ni siquiera contra su propio vehículo. Era muy probable que la robótica construcción de su compacto armazón no le permitiera esas opciones.

-Elissa se ofreció voluntaria a hacer de espía para mí -dijo Ed-. Una mujer muy valiente, que insistió en cumplir con sus deberes cívicos. Me consiguió una muestra de algunos de los complementos nutricionales de Rhodes. Los hice analizar y resultó ser harina de maíz y azúcar con aditivos. No podía arrestarlo por traficar con aceite de serpiente, pero seguía convencido de que pasaba algo más con él. ¿Nunca os fijasteis en esos extraños ojos?

-Lentes de contacto tintadas -dijo Thomas.

-Entiendo. Escalofriantes, si quieres que te diga la verdad.

-Creo que Rhodes intentaba proyectar una imagen espectacular. -respondió Thomas.

-Al final le habría trincado. Por desgracia, otro llegó primero.

Thomas miró a los dos hombres que metían la camilla rodante con el cuerpo de Alex Rhodes en la trasera de la ambulancia.

Deke tenía el entrecejo fruncido.

-Ed, ¿de verdad crees que esto ha sido un trapicheo de drogas que acabó mal?

-Sí.

Estaba furioso y no se esforzaba mucho por disimularlo. Thomas no le culpaba; la conversación no iba bien. Como siempre, Ed no estaba interesado en sus teorías. Por lo que hacía al asesinato, había llegado a sus propias conclusiones.

-Todo encaja -dijo Ed, tozudo como siempre.

-Muy bien -dijo Thomas sin alterarse-, digamos que estaba traficando con drogas. Aun si éste fuera el caso, ¿qué te hace estar tan seguro de que Rhodes ha sido eliminado por la competencia?

Ed se puso derecha la gorra.

-El tráfico de drogas es un negocio duro. Los tipos que andan en ello suelen conseguir que los maten.

-¿Alguna idea de por qué el asesino se habría tomado la molestia de destrozar la casa después de tirotear a Rodees?

-Claro. Estaba buscando las existencias de Rhodes y tal vez dinero u objetos de valor. Esos bastardos son todos unos oportunistas, alimañas carroñeras. -Ed negó con la cabeza-. La única buena noticia es que, quienquiera que lo hiciera, es probable que se encuentre a medio camino de vuelta a Seattle. Con un poco de suerte, a estas horas es problema de otro.

Deke emitió un sonido de indignación.

-¿Es así como piensas?

Ed soltó el aire con fuerza.

-Tendré que tomaros declaración por escrito a ambos por la mañana. ¿Queréis un consejo?

-No demasiado -dijo Deke.

Ed no le hizo caso.

-Mañana ceñíos a los hechos. No mezcléis vuestras teorías personales de la conspiración sobre la muerte de la señora Walker con este asunto.

-¿Por qué no? -Deke entrecerró los ojos ante el resplandor de las luces del SUV-. ¿Porque podría suscitar algunas preguntas incómodas sobre tu investigación?

-No -dijo Ed con suavidad-, porque podría suscitar algunas preguntas incómodas acerca de tu salud mental.

-¿Crees que me importa una mierda lo que pienses sobre mi salud mental, Stovall?

A Thomas se le crispó el rostro.

-Tranquilo, Deke.

Ed giró en redondo con brusquedad para encararlos.

-¿Queréis oír los dos una pregunta verdaderamente incómoda? Veamos ésta: ¿qué demonios estabais haciendo aquí esta noche?

-Ya te lo dije -respondió Thomas-, vinimos a encararnos con Rhodes por casi habernos lanzado al vacío en Cliff Drive. Quería oír sus excusas.

-¿De verdad crees que intentó mataros?

-Sí, Ed. Creo de verdad que intentó matarme a mí y a Leonora Hutton.

-No tienes nada que lo respalde. ¡Joder!, si ni siquiera presentaste una denuncia.

-Supuse que no prestarías atención a otra queja de los hermanos Walker -dijo Thomas.

Ed apretó la boca. La línea de la mandíbula estaba rígida.

-Deberías haber presentado una denuncia.

-¿Que habría tenido de positivo hacerlo -replicó Deke-, dadas tus consideraciones sobre la situación?

-La muerte de tu esposa no tiene nada que ver con esto -dijo Ed. Pero lo dijo en un tono de voz sorprendentemente bajo- Mi trabajo consiste en evaluar los hechos, y los hechos son que este asunto tiene todas las características de un asesinato por drogas.

Deke miró a Thomas.

-Un quisquilloso, tal como dijiste.

-Tranquilo -dijo Thomas-. Tenemos que volver junto con Leonora y Cassie. Estarán preocupadas.

Deke se atusó la barba con los dedos.

-Tienes razón. Hablar con Stovall siempre es una pérdida de tiempo. Vámonos de aquí.

Giró sobre sus talones y empezó a caminar hacia la carretera, tomando el camino de vuelta a la vieja casa donde habían dejado el SUV.

Thomas empezó a seguirlo.

-Esperad -dijo Stovall en voz baja-. Una cosa antes de que os vayáis.

Thomas se paró y giró. Deke lo imitó a regañadientes.

-He estado pensando un poco.

-Eso tiene que doler -dijo Deke.

Ed hizo caso omiso de la pulla.

-Rhodes llegó a la ciudad hace un año. Estaba aquí cuando Bethany Walker murió. Si puedo probar que estaba metido en el negocio de las drogas, y no creo que sea difícil, echaré otro vistazo al suicidio de Bethany Walker. Veamos si Rhodes pudo tener algo que ver. También me pondré en contacto con las autoridades de California y les pediré una copia del atestado del accidente de Meredith. Comprobaré si hay alguna conexión por ese lado que se pudiera haber pasado por alto.

Deke lo miró.

-Es todo lo que puedo hacer -dijo Ed.

-Se agradece, Ed -manifestó Thomas.

Ed asintió con la cabeza.

-No prometo nada.

-Eso me lo creo -rezongó Deke.

Leonora fue la primera en divisar a Thomas y a Deke. El sentimiento de alivio cayó en cascada sobre ella.

-Ahí están.

Se deslizó hacia el extremo del reservado y se levantó.

-Justo a tiempo.

Cassie colocó la botella de agua medio vacía en la mesa y la siguió.

Thomas y Deke se abrieron camino entre la multitud. Nadie se interponía en su camino, advirtió Leonora. Cuando estuvieron más cerca entendió por que todo el mundo los rehuía. En los dos pares de ojos Walker había una fría mirada de acero.

Leonora pudo sentir el frío extendiéndose por todo el local.

-Ha pasado algo -le dijo a Cassie.

Cassie miró a Deke.

-¡Dios mío!

Avanzaron, empujando al pasar a Kyle, que volvía de la barra con una bandeja llevando una botella de agua y un té recién hecho.

-¡Eh! -dijo, cuando pasaron a ambos lados de él sin ningún miramiento-· ¿Adónde vais?

No le prestaron atención. Leonora fue la primera en llegar hasta Thomas. Se lanzó directamente a sus brazos.

-¿Qué ha ocurrido? -dijo, casi pegada a la chaqueta de Thomas-. ¿Estás bien?

-Muy bien. -La abrazó con más fuerza-. Los dos estamos bien.

Cassie le puso la mano en el hombro a Deke.

-¿Qué es lo que ha ido mal?

-Es una larga historia -contestó Deke, y le sonrió con malicia-. ¿No hay un abrazo de bienvenida para mí también?

Con un gritito ahogado, Cassie le rodeó la cintura con los brazos y apretó la cara contra su hombro.

-Los dos necesitamos una cerveza -dijo Thomas. Con un brazo rodeando la cintura de Leonora, se adelantó hacia el reservado. Cuando vio a Kyle, su expresión se hizo más fría-. ¿Qué demonios hace aquí?

-No te preocupes por Kyle. -Leonora le agarró del brazo y lo empujó hacia el reservado-, Siéntate.

Thomas se sentó obedientemente en uno de los asientos corridos; Leonora se introdujo tras él y se sentó a su lado; Deke y Cassie se sentaron enfrente. Kyle, se quedó de pie, con la bandeja en la mano, aparentando una ligera confusión.

-Tomaré una cerveza. Cualquiera, con tal que sea de barril -le dijo Thomas a Kyle.

-Lo mismo para mí -dijo Deke.

Kyle abrió la boca y la volvió a cerrar. Con un pequeño suspiro, giró y volvió a la barra.

Leonora miró a Thomas.

-Muy bien, soltadlo.

-Rhodes está muerto -dijo.

Cassie se lo quedó mirando de hito en hito, sin habla.

Leonora sintió como si sus pulmones se quedaran sin aire.

-¿Muerto? -Levantó la voz-. ¿Que está muerto? ¿Estáis seguros?

-Completamente -corroboró Thomas.

-¿No...?

Leonora dejó la pregunta a medio decir, suspendida en el aire.

-Nosotros, no -le garantizó Deke con sequedad-. Otro llegó primero y le pegó dos tiros.

-¿Quién? -inquirió Leonora.

-No conseguimos verlo bien -contestó Thomas-, pero suponemos...

-¿Qué significa eso de que no le visteis bien? -Leonora se irguió plantando las palmas de ambas manos sobre la mesa-. ¿Visteis al asesino? ¿Es que estaba allí cuando llegasteis?

-No se quedó mucho tiempo -dijo Deke-. Sólo nos disparó una vez antes de irse.

-¡Oh, Dios! -susurró Cassie-. ¡Oh, Dios!

Leonora se volvió a sentar. Pesadamente. Tuvo la sensación de que la boca le colgaba, abierta, de manera poco atractiva, pero no pudo encontrar la voluntad necesaria para cerrarla. Apoyó los codos en la mesa y hundió la cara entre las manos.

-Stovall está convencido de que se trata de un asesinato por drogas, por mucho que no me guste admitirlo, hay una posibilidad remota de que tenga razón -dijo Thomas-. Pero tal vez saquemos algo de todo esto. Debido a los rumores sobre las drogas relacionados con las muertes de Bethany y

Meredith, Stovall ha prometido volver a echar otro vistazo a los expedientes. Para ver si hay alguna conexión con Rhodes.

Leonora levantó la cabeza.

-Tienes razón. Es un avance.

Thomas cruzó los brazos sobre la mesa y bajó la voz.

-Sin embargo, no nos ha proporcionado ninguna relación con el asesinato, hace treinta años, de Eubanks.

-He estado trabajando sobre una nueva teoría de conspiración -dijo Deke-. ¿Qué tal si Bethany primero, y Meredith después, comprendieron que Kern había cometido ese asesinato hacía todos esos años? ¿Qué tal si, temiendo de Bethany la revelación y la pérdida de su reputación, y el chantaje en el caso de Meredith, decidió deshacerse de ambas y pidió ayuda a Rhodes?

-Ya veo a donde quieres ir a parar -susurró Leonora-. Tal vez sospechó que Alex Rhodes vendía drogas, le compró algo de S y M y lo utilizó para drogar primero a Bethany y, seis meses después, a Meredith. Habría sido fácil simular un suicidio y un accidente de coche si se estaban bajo los efectos de unos alucinógenos potentes.

Thomas miró a Deke.

-Si tú y Leonora tenéis razón, ¿veis adónde conduce?

Deke asintió con la cabeza.

-Directamente a Osmond Kern. Tal vez fuera a quien sorprendimos en casa de Rhodes esta noche; quizá supiera que nos estábamos acercando. Tenía que deshacerse de Rhodes, porque Alex, como traficante que le había vendido el S y M, era la única persona que podía relacionarlo con las dos muertes.

-Si estás en lo cierto -dijo Thomas-, Elissa podría estar en peligro.

Cassie puso ojos como platos.

-¿Con su propio padre?

-Me parece que Osmond Kern no es lo que cualquier psicólogo que se precie llamaría padre tutelar/amparador. -Thomas buscó su móvil-. Llamaré a Stovall. Es probable que me diga que estoy tan loco como Deke, pero estoy completamente seguro de que tiene un interés personal en Elissa Kern. Ella le importa y querrá estar seguro de que está a salvo.

Ed estaba de pie en el ensombrecido estudio de Osmond Kern, leyendo atentamente el texto que aparecía en la brillante pantalla del ordenador, cuando recibió la llamada.

Stovall al habla.

-Soy Walker. Thomas Walker. Sé que no quieres escuchar nada más sobre teorías de conspiraciones esta noche, pero si los hermanos Walker y sus socias tienen razón en ésta, Elissa puede correr un grave peligro.

-Ni una palabra más.

-Escúchame, Ed. Hay una posibilidad de que Osmond Kern disparase a Alex Rhodes esta noche para encubrir un asesinato que se cometió hace treinta anos.

-¿Sabes algo, Walker? Eres bueno en la materia detectivesca. Tal vez deberías considerar dedicarte a hacer carrera como agente de la ley.

Se produjo un instante de silencio. Ed podía oír el ruido de la gente y del jazz melódico. Los Walker estaban en Las Alas de Fuego. No le habría importado largarse para allí de inmediato. Por lo general, no bebía mucho, pero en ese momento se hubiera tomado un lingotazo de algo fuerte.

-¿Me estoy perdiendo algo? -preguntó Thomas finalmente.

-Me aseguraré de que Elissa esté a salvo esta noche, pero no creo que haya nada más por lo que debamos preocuparnos.

-¿Qué te hace estar tan seguro de que está a salvo, Ed? Sé que, realmente, te gusta la idea de que el que ha disparado se ha marchado de la ciudad, pero ¿estás dispuesto a arriesgar la vida de Elissa por ella?

-El pistolero no se ha ido de la ciudad -dijo Ed. Pudo sentir el cansancio en todos sus huesos, pero no se rendiría. No había ninguna posibilidad de que aquella noche pudiera dormir algo-. Todavía no sé dónde está Kern, pero espero encontrarlo pronto.

-¿Kern? -Thomas se interrumpió un instante, como si estuviera evaluando la situación a toda prisa-. ¿Me estás diciendo que crees que Kern es el asesino? ¿Cómo has llegado a esa conclusión?

-No lo hice. No, hasta que Elissa me llamó hace unos minutos y me dijo que su padre había desaparecido dejando una nota de suicidio. -Ed miró las palabras en la pantalla-. La escribió en su ordenador. Elissa la encontró esta noche al volver del concierto.

-Suicidio -repitió Thomas en un tono neutro.

«¡Suicidio!», dijo una mujer al otro lado de la línea, apagada la voz contra el ruidoso telón de fondo del bar.

-¿Qué es eso? ¿Qué sucede?

Probablemente, Leonora Hutton, pensó Ed, sentada junto a Thomas escuchando la conversación.

-Kern y su barca han desaparecido -prosiguió Ed-. Parece que la sacó esta noche, después de volver de la casa de Rhodes.

-¿Algún rastro del arma?

-Aquí mismo, en el estudio, junto al ordenador -Dudó, considerando el procedimiento y, luego, pensó: «Al demonio con todo.» Los Walker las habían pasado canutas durante el último año; tenían derecho-. Te daré todos los detalles de la nota, pero entre tú y yo, parece que todo sucedió de forma muy parecida a lo que tú y tu hermano suponíais empezando por Eubanks.

-¿Y qué hay de Bethany y Meredith? -preguntó Thomas.

-Está todo aquí. Bethany Walker le amenazó con desenmascararlo como un defraudador. Así que la drogó sin que se diera cuenta y la tiró por aquel acantilado. Seis meses más tarde Meredith adivinó qué había ocurrido e intentó chantajearlo. Lo arregló para encontrarse con ella en California. Le dijo que quería hacer un trato. Un único pago y la promesa de Meredith de desaparecer. Se encontraron para comer en un lugar neutral. Un restaurante.

-¿Le puso subrepticiamente la droga en la comida y luego simuló el accidente?

-Sí. Confiaba en que sería el final de todo. Dio por sentado que todo el mundo implicado seguiría desestimando las descabelladas teorías de los hermanos Walker. Pero las cosas sólo se complicaron más cuando Leonora Hutton apareció en escena. Y lo siguiente que sabe es que Alex intenta chantajearlo.

-¿Estás seguro de eso? -preguntó Thomas con rapidez.

-Lo menciona en su nota. Elissa también me ha dicho que, recientemente, había examinado algunos extractos bancarios de Kern y que se encontró con algunas transferencias que no fue capaz de identificar. Es casi seguro que eran los pagos del chantaje.

-¿Por qué se ha desmoronado Kern después de asesinar a Rhodes?

Ed estudió la pantalla.

-Esta noche casi le pillan en el momento del asesinato. Se salvó por los pelos. Casi cometió una torpeza y lo sabe. Dice que se ha dado cuenta de que sólo es cuestión de tiempo el que todo se le venga encima y que no puede afrontar la humillación de que sus colegas y compañeros descubran que ha estado viviendo de una mentira durante los últimos treinta años.

-¿Y qué hay sobre que la gente averigüe que ha matado a tres personas además de a Sebastian Eubanks? ¿Le crea algún problema?

-Por lo que deduzco de la nota -dijo Ed, consciente de que Elissa no se perdía una palabra-, diría que los asesinatos han sido lo que menos le ha preocupado. Ha sido el miedo a que se descubriera la verdad sobre el algoritmo lo que esta noche le ha llevado a perder los nervios.

-¿Cómo lo lleva Elissa?

Ed la miró, preocupado. Permanecía en silencio, con los brazos cruzados con fuerza alrededor del cuerpo. Bajo el resplandor de la pantalla pudo ver las lágrimas brillando en su cara.

-Ha sido una noche dura -dijo Ed-, pero lo está aguantando muy bien. Es una mujer fuerte. -Elissa le dirigió una leve y pequeña sonrisa de valentía-. Tengo que irme, Walker. Además de ocuparme del asesinato de Rhodes, tengo que organizar la búsqueda de Kern. Hablaré contigo mañana.

Colgó.

Elissa se acercó hasta él.

-Gracias por haber sido tan amable esta noche, Ed. Creo que no habría sido capaz de enfrentarme a todo esto de no haber sido por ti.

Ed la rodeó con sus brazos y la mantuvo cerca durante todo el tiempo que se atrevió. Unos sesenta segundos.

A regañadientes, la soltó. Le apretó la mano y tomó el sombrero.

-Tengo cosas que hacer -dijo.

-Entiendo. Haz lo que tengas que hacer. -Elissa se apartó de él, con los ojos llenos de admiración-. Tienes responsabilidades que cumplir y sé que lo haces con seriedad. Es parte de lo que hace que seas un hombre tan admirable, Ed.

Él se percató de que se estaba poniendo colorado. Agradecido por la escasa iluminación del estudio, se dio la vuelta con rapidez y se dirigió a la puerta a grandes zancadas.

No todas las mujeres comprendían las exigencias de su trabajo. Elissa sería una esposa de policía de primer orden, se dijo. Pero no podía permitirse pensar demasiado en las posibilidades que le deparaba el futuro hasta que encontrara el cuerpo de su padre y respondiera a todas las preguntas por resolver.

Lo primero era lo primero. Así era como había que hacer las cosas.

CAPÍTULO 19

Se fue a casa con Thomas. Él había obrado como si fuera la cosa más natural del mundo, pero no era eso lo que la inquietaba. Lo que la preocupaba era que pareciera natural. A todas luces, Wrench estaba de acuerdo con la opinión general: estaba esperando en la puerta, con la pelota de caucho que crujía cada vez que la mordía.

Todo era muy cómodo. Quizá, demasiado cómodo, pensó Leonora.

Por supuesto que ella podía haberle señalado a Thomas que, con Alex muerto y Osmond Kern desaparecido y presumiblemente ahogado, ya no había ningún peligro, y que, por tanto, tampoco ninguna excusa lógica para pasar la noche juntos. Pero no dijo nada.

La verdad era que no había ningún lugar en el que hubiera preferido estar. No aquella noche. Se lanzó en los brazos de Thomas con una maravillosa sensación de estar haciendo lo correcto. Él la estrechó con fuerza y le hizo el amor con un esmero que la dejó exhausta y satisfecha. Dada la excitación de la noche, Leonora esperaba tener que luchar con un mal episodio de insomnio; en cambio, se sumió en un sueño profundo.

A la mañana siguiente, los tres se dirigieron a la ciudad por el sendero para desayunar con un café, un té y los últimos cotilleos. Las nubes flotaban lo bastante bajo como para amputar las copas de los árboles y el aire era frío. El rebaño de velocistas y fondistas de primera hora pasó en desbandada mientras paseaban por el carril lento.

Ella y Thomas revisaron los detalles de los asesinatos y especularon sobre lo que le llevaría a las autoridades a encontrar el cadáver de Osiand Kern. Discutieron algunos de los cabos sueltos que seguían enredados y se preguntaron si conseguirían alguna vez todas las respuestas. Probablemente, no, pensó Leonora.

-Me pregunto cuánto sabía Meredith en realidad y qué tenía pensado hacer con la información -dijo Thomas.

Tenía una mano metida en el bolsillo de la chaqueta; con la otra, sujetaba la correa de la cartera.

-Supongo que sabía bastante para intentar chantajear a Kern. La única manera de explicar su muerte. -Leonora observó a Wrench, que husmeaba en un vaso de papel-. Pero, evidentemente, no tuvo cuidado a la hora de manejar el asunto.

-El chantaje es un trabajo peligroso.

-Si, pero debería haberlo sabido. No me explicó por qué no lo denunció anónimamente.

-Tal vez intentó ocultar su identidad. Bajó hasta California, ¿recuerdas? Pero Kern debió de adivinar que era ella la que estaba detrás.

-Todavía sigo sin ver cómo Meredith fue capaz de adivinarlo todo valiéndose sólo de aquellos recortes que Bethany dejó tras ella.

Thomas la miró.

-No olvides que tuvo un asunto con Alex Rhodes.

-Tienes razón. Siendo como era, Meredith se habría enterado de algo que Rhodes sabía y que, evidentemente, hacía referencia a Kern.

Se detuvieron en el café, dejaron atado a Wrench a un poste de bicicleta y entraron para conseguir algo de cafeína que conjurara el frío. El local estaba abarrotado y las conversaciones zumbaban en el ambiente. Leonora se detuvo en el mostrador con Thomas y se puso a escuchar fragmentos de chismes.

«... he oído que anoche, tarde ya, encontraron la barca de Kern. Había sido arrastrada mar adentro y el gas todavía estaba abierto, aunque el depósito de combustible estaba vacío. Creen que saltó en alguna parte... »

«... no podría sobrevivir más de veinte minutos como máximo en el agua... La hipotermia se produce rápido, sobre todo en esta época del año.»

«... ¿quién lo hubiera pensado? El último trimestre, asistí a una de sus conferencias. Se hace raro pensar en él, allí de pie, hablando de su algoritmo con toda normalidad. Quiero decir que, hasta ese momento, el tipo había matado a un par de personas. Y para continuar, dos más...»

Leonora atrajo la atención de Thomas, que pagó el café y el té y unos bollitos calientes para acompañar las bebidas. Volvieron a salir a la calle.

Julie y Travis estaban en la acera, a una distancia bastante prudencial de Wrench.

-Hola, señorita Hutton, Señor Walker. Éste es Travis.

-Hola, Travis.

Thomas hizo un saludo con la cabeza.

-Buenos días -respondió Leonora.

Julie miró a Wrench con aprensión.

-Nos pareció que éste era su perro. Lo hemos visto sacarlo a pasear por el sendero. Parece malo. ¿Muerde?

Wrench no prestó atención al insulto. Se levantó, sin retirar los ojos ni un momento de la bolsa de papel que veía en la mano de Leonora. Concentrado.

Leonora abrió la bolsa, partió la punta de un bollito y se lo dio.

- Wrench no haría daño ni a una hormiga -dijo Thomas-. Supongo que os habéis enterado de las noticias.

-¿De que dispararon a Rhodes? -Julie se estremeció-. Tenían razón; era un traficante de drogas. No lo sabía, de veras. De eso precisamente quería hablarles.

Thomas volvió a mover la cabeza y le quitó la tapa a la taza de café.

-Señor Walker, he oído que anoche estuvo allí. -Travis miró a Thomas con un respeto indisimulado-. Dicen que usted y su hermano llegaron a casa de Rhodes en el momento en que el profesor Kern la abandonaba. Podía haberlos matado.

-Aquí las noticias vuelan. -Thomas bebió un poco de café-. ¿Se sabe algo de si Kern ha aparecido o no?

-No -dijo Travis-. Aunque he oído que habían encontrado su barca. Todo el mundo dice que se tiró al agua porque no podía soportar que la gente supiera que era un fraude.

-También se dice que asesinó a la profesora Walker el año pasado. -Julie se mordió el labio-. Y a esa mujer que trabajó en la Casa de los Espejos una temporada. Meredith no sé que.

-Se llamaba Meredith Spooner -aclaró Leonora en voz baja.

-Sí, a ella también. -Julie volvió a estremecerse-. Es tan extraño, cuando se piensa en ello. Todos estos años guardando su gran secreto y, de repente, todo empieza a derrumbarse y empieza a matar gente para hacerla callar.

-Sí, bien extraño -dijo Leonora.

Travis se acercó a Julie y le echó el brazo sobre los hombros de una manera protectora.

-Lo que de verdad me fastidia es que, últimamente, Julie le había hecho algunos trabajos raros a Rhodes. ¿Qué habría ocurrido si anoche hubiera ido a ir a recoger su dinero? Podía haber estado allí cuando llegó el profesor Kern.

Leonora miró de manera intencionada a Thomas.

-Siempre es bueno saber con exactitud para quién estás trabajando.

Julie se ruborizó y no dijo nada. Travis le dio una palmadita en el hombro.

Thomas desató a Wrench. Cruzaron la calle para mezclarse con la multitud que abarrotaba el sendero.

-Debería ir a casa -dijo Leonora-. Quiero llamar a Gloria para ponerla al corriente de lo que ha sucedido.

A mitad de camino se encontraron con la pequeña multitud de fondistas y velocistas congregados en el puente peatonal. Todos miraban hacia abajo, a las profundas aguas de la cala. El SUV de Ed Stovall estaba aparcado al otro lado del camino. Cerca había una ambulancia y otro vehículo policial. Dos individuos de la asistencia médica estaban descargando una camilla rodante.

Thomas evaluó el panorama.

-¿Cuánto te apuestas a que acaban de encontrar el cadáver de Kern?-dijo.

Deke apareció en el umbral de la puerta de Thomas a última hora de la tarde. Thomas le ofreció una cerveza y abrió otra para él. Se sentaron en los sillones reclinables del salón y hablaron.

-Stovall vino a verme -dijo Deke-. No creo que el tipo haya dormido en las últimas veinticuatro horas; parecía agotado. Pero dijo que creía que teníamos derecho a que se nos mantuviera informados.

-Hay que decir algo de Stovall, y es que es un hombre con sentido del deber. -Thomas dio un trago a la cerveza-. Eso es algo que aprecio en un servidor público. ¿Tenía algo más de lo que ya sabemos?

-No demasiado. Cuando registraron la casa de Rhodes, encontraron alguna mercancía que creen que tal vez sean drogas.

-No es ninguna sorpresa.

-No. -Deke bebió un poco de cerveza-. Stovall dice que enviaron una muestra al laboratorio para analizar, pero, de manera oficiosa, me comentó que seguro que se trata de esa mierda alucinógena que corre por ahí desde hace un año. También me dijo que van a hacer la autopsia, pero que todo indica que Kern escribió su nota, se tomó unas cuantas copas, se metió en la barca y la puso a toda marcha. Luego, se tiró al agua. El frío hizo el resto.

-No sería la primera persona en suicidarse de esa manera.

Bebieron más cerveza. El silencio entre ellos era agradable, pensó Thomas. Familiar. Cómodo. Las cosas volvían a la normalidad.

-Le he pedido a Cassie que me acompañe a la recepción de ex alumnos en la Casa de los Espejos el sábado por la noche -dijo Deke al cabo de un rato.

La noticia, soltada así, sin ninguna clase de preámbulo o aviso, cogió a Thomas por sorpresa.

-¿Y qué te ha dicho?

-Ha aceptado.

-¡Bueno! ¡Fenomenal! -Thomas sonrió.

-¿Y qué pasa contigo?

-¿Conmigo?

Deke se arrellanó en el sillón reclinable e hizo girar la húmeda botella entre las palmas.

-Había pensado que tal vez podías pedirle a Leonora que te acompañara.

Aquello lo paró en seco.

-No soy miembro de la Casa de los Espejos, y Leonora tampoco.

-No, pero yo sí. Y puedo llevaros a los dos como invitados míos.

-No sé cuánto tiempo planea quedarse Leonora, ahora que ya tiene sus respuestas. Puede que para el sábado ya se haya ido.

Las cejas de Deke se levantaron tras la montura de sus gafas. Parecía divertido.

-¿Has intentado preguntarle si piensa en marcharse pronto?

-No.

-¿Hay algún problema en hacerlo? ¿Por qué no puedes hacerle una sencilla pregunta?

-A lo mejor no quiero saber la respuesta -dijo Thomas.

-¿Qué?

Bebieron más cerveza.

-Tengo una idea para ti -dijo Deke al cabo.

-¿Sí?

-Dile que te gustaría que se quedara hasta el sábado y que te acompañara a la recepción porque así Cassie se sentiría más cómoda.

-¿Crees que funcionaría?

-Claro. A Leonora parece gustarle la idea de emparejarme con Cassie. Me parece que se quedaría un par de días más e iría a la recepción si la convencieras de que eso ayudaría a hacer avanzar mi relación con Cassie.

-Es astuto.

-Sí -reconoció Deke con orgullo-. Eso me pareció.

Thomas consideró las posibilidades durante un instante.

-Muy bien, probaré.

-Excelente. -Deke hizo, una pausa-. A propósito, puedes decirle a Leonora que el puesto que creamos para ella en la Casa de los Espejos es de verdad. He decidido que tiene razón. Esa colección es valiosa y debe ser catalogada y hacerla accesible en la Red. El Legado Bethany Walker seguirá dotando el puesto.

-Se lo comentaré.

Deke se miró la punta de sus zapatillas de deporte.

-¿Sabes?, hace tiempo que no salía con alguien.

-No te preocupes. Es una de esas cosas que no se olvida cómo hay que hacerlas.

-Algo como el álgebra de Boole, ¿eh?

La boca de Thomas se curvó.

-Algo así. ¿Quieres un pequeño consejo?

-¿De qué se trata?

-Córtate la barba.

Deke pareció asombrado. Luego sonrió, arrepentido.

-¿Te parece que está pasada de moda?

-Lo que cuenta aquí es la opinión de Cassie y siempre he tenido la impresión de que no le gustaba la barba.

Deke se pasó los dedos por la barba, pensativo.

-Ni a Margaret Lewis.

-Ahí lo tienes -dijo Thomas-. Ya no hay ninguna duda. Según Leonora y Cassie, las secretarias de departamento son las que dictan las normas.

Esperó a que Deke se marchara para coger el teléfono y llamar a Leonora. Contestó al primer timbrazo.

-¿Quieres seguir ayudando a la causa de promover una relación íntima entre Deke y Cassie? -preguntó.

-Parece que lo hacen bastante bien ellos solos.

-Deke quiere llevarla a la recepción del sábado y me ha sugerido que, tal vez, Cassie se sentiría más cómoda si vamos los cuatro juntos. Pero tengo la sensación de que es él quien está nervioso por su vuelta al mundo de las citas.

-Aclárame esto, ¿me estás pidiendo que te acompañe a la recepción porque crees que tu hermano necesita que le demos un poco de apoyo moral?

-No te lo tragas, ¿verdad?

-Tanto Deke como Cassie son adultos y sus principales problemas parecen haber desaparecido. Pueden conseguir salir juntos sin ayuda.

Thomas fue a pararse a la ventana. La noche estaba cayendo deprisa.

No podía ver la nueva arremetida de niebla que se levantaba escalonadamente desde el agua, pero le pareció que podía sentir su peso.

-Déjame reformular la pregunta -dijo-. ¿Te apetecería ir a la recepción en la Casa de los Espejos el sábado por la noche?

-¿Contigo?

-Sí, señora. Conmigo.

-¡Oh, sí! -dijo en voz baja-. Sí, me gustaría mucho.

La ventana reflejaba la imagen feliz de Thomas devolviéndole la mirada.

-Otra cosa -dijo-. Deke me ha dicho que te dijera que está de acuerdo contigo en la importancia de esa biblioteca. Me dijo que el Legado Bethany Walker seguirá proporcionando los fondos para la labor de informatizar la colección y añadió que estaría encantado de que aceptaras continuar en el puesto de bibliotecaria hasta que se termine el trabajo.

Leonora guardó silencio durante un instante.

-Pensaré en ello -dijo por fin-. Probablemente, me llevaría unos meses.

-Sí.

Él podía hacer mucho en unos meses.

Leonora no dijo nada.

-Por supuesto -dijo Thomas-, siempre me podría trasladar a Melba Creek.

-Thomas...

-Estoy poniendo las cosas un poco difíciles, ¿verdad? -dijo Thomas.

-Los dos tenemos que ir con cuidado en esto.

-Cierto. Con cuidado. Mide dos veces, corta una. Una añeja muestra de sabiduría bricolajera.

Leonora le sorprendió con una carcajada.

-No estaba pensando en cortar nada.

-No sabes lo tranquilizador que resulta oírte decir eso.

-Mientras nos pensamos las cosas, ¿por qué no vienes a comer? Tráete a Wrench.

-Lo haré. Y mis herramientas, claro.

-¿Pensando en hacerme otra demostración de tus asombrosas habilidades?

-Espera a ver de lo que soy capaz con una taladradora.

Aquella noche, Thomas se tomó su tiempo en hacerle el amor. En un momento dado, Leonora pensó que, probablemente, aquello se debía al artesano que llevaba dentro. Se interesó hasta por el último detalle. ¡No habría imaginado que sería tan sensible justo allí!

-Thomas.

-Aprieta un poco más.

-¡Thomas!

-Eso es; así. Más fuerte. Ahora puedo sentir esos pequeños músculos de verdad.

-Thomas.

-No, no puedes mover ninguna otra parte de tu cuerpo, ¿recuerdas? Sólo este pequeño punto. Estamos trabajando con una herramienta de precisión.

-¡Maldita sea, Thomas!

Frustrada sobremanera, se levantó de la cama con un movimiento convulsivo.

Thomas rió bajito cuando Leonora se puso encima de él.

Un rato más tarde, cuando el intenso y violento clímax los recorrió a ambos, dejó de reír.

Mucho más tarde, la acercó a él, pegándola bien a su cuerpo. Leonora se durmió, cálida y relajada y con un sentimiento de serenidad. Su último pensamiento despierta fue que aquella noche no tendría el sueño. Tenía las respuestas. Meredith podía descansar en paz.

Volvía a estar en el infinito pasillo de los espejos, escapando de la amenaza oculta. No debía mirar directamente al interior de ninguno de los oscuros espejos. Sería fatal establecer contacto visual con cualquiera de los fantasmas atrapados en ellos. Sería succionada al instante hacia el mundo del otro lado.

Su perseguidor se acercaba. Le oyó reírse.

No te pares.

Se paró.

No gires.

Tuvo que girar en redondo. Tenía que conocer la cara del perseguidor.

Pero algo iba mal. Para su horror, se encontró mirando directamente el espantosamente familiar espejo convexo de nueve lados. Los monstruos plateados labrados en el marco se retorcían, las bocas a medio abrir, las garras extendidas.

La cara distorsionada de Meredith la miraba fijamente desde el oscuro cristal.

-*Todavía no puedes dormir*.

-¡Leonora, Leonora! -la voz de Thomas estalló en el sueño exactamente igual que si hubiera golpeado con un martillo el espejo enmarcado en plata.

Leonora se despertó, el corazón le latía con furia y tenía el camisón pegado a su cuerpo por la humedad.

-Todo va bien -dijo Thomas. La apretó contra su pecho, inmovilizándola con fuerza, una mano en el alborotado pelo-. Estás bien. Sólo ha sido un sueño.

Leonora tragó aire y se aferró a él, consolándose con su fuerza y con el calor de su cuerpo.

-Otra vez ese maldito sueño- susurró al cabo de un rato. En su interior, ardía la frustración y una extraña ira-. Pensé que no volvería, que se había acabado.

-Tranquila, tranquila. Ya ha acabado. -Le acaricio lentamente el pelo con los dedos-. ¿Qué sueño es ése?

-Estoy en un pasillo largo lleno de espejos oscuros. Alguien me persigue y sé que no debo mirar los espejos, pero lo hago. Veo la cara de Meredith mirándome. Me dice que no puedo dormir.

-Bueno, supongo que sabemos de dónde viene el simbolismo del sueño, ¿no? De la Casa de los Espejos. Procura no preocuparte por eso. Ya no. Ya lo has pasado bastante mal en los últimos tiempos. Tal vez al inconsciente le lleve algún tiempo librarse de esas imágenes.

Siguió pasándole los dedos por el pelo con suavidad. Leonora pensó que le gustaba sentir sus manos sobre ella. En su tacto había energía, seguridad, eficacia y habilidad, fuerza y pasión.

Poco a poco, se relajó.

Cuando se durmió de nuevo, no volvió a soñar.

A la mañana siguiente, Leonora estaba sentada en una mesa de la biblioteca de la Casa de los Espejos, con el ordenador cerca y una pila de libros a su lado. Estaba evaluando lo de quedarse en Wing Cove.

Informatizar la colección de la Casa de los Espejos sería un trabajo interesante y sabía que Gloria estaría encantada de volar hasta Washington para visitarla mientras estuviera allí. De hecho, su abuela no dudaría en insistir al respecto; sería incapaz de desaprovechar la oportunidad de conocer a Thomas.

Pero ésas no eran las razones de que estuviera considerando seriamente la oferta de Deke.

Había llegado la hora de enfrentarse a la verdad: lo que sentía por Thomas era bastante más que una atracción pasajera. Se había enamorado. Y estaba dispuesta a arriesgarse, pero no sería una buena idea a menos que Thomas estuviera dispuesto a arriesgarse por ella.

La conciencia de la circunstancia había surgido lentamente en algún momento de la noche, pero sabía que tal conocimiento llevaba con ella un tiempo. Había intentado permanecer centrada en las cuestiones que la habían llevado a Wing Cove. Pero, al volver la vista atrás, pudo ver con bastante claridad que su parte instintiva había sido consciente desde el mismo principio de que algo importante estaba ocurriendo entre ella y Thomas. Algo que había hecho que pareciera que merecía la pena asumir algunos riesgos.

Probablemente, ahora que tenía las respuestas, sería imprudente en extremo permanecer allí. Una mujer inteligente volvería a Melba Creek y trataría de rehacer su vida.

Abrió uno de los viejos libros, un pequeño volumen forrado en piel de finales del siglo XVII, y examinó la página del título.

Del método adecuado para atrapar al Demonio en un espejo mágico.

El autor había optado por permanecer en el anonimato, sin duda por razones políticas y sociales. Pero en una extensa introducción, aseguraba al lector ser «... un estudioso de las ciencias ocultas y el mejor calificado para proporcionar las instrucciones de ese peligroso y poderoso arte».

Se preguntó si el autor del librito habría hecho mucho dinero vendiendo su método para atrapar demonios en los espejos. Pensó en Alex Rhodes, su preparado antiestrés y su terapia especular. Fuera cual fuera la época, nunca había escasez de charlatanes e impostores. Tampoco faltaba gente deseosa de malgastar su dinero en una solución mágica.

Otra frase del texto atrajo su atención.

«¡Cuidado! Las imágenes de los espejos mágicos han de examinarse con detenimiento e interpretarse sabiamente y con gran cautela, porque no todo es lo que parece en ese otro mundo...»

Oyó los pasos de Thomas en el pasillo justo cuando llegaba a la puerta.

Una sensación de enorme certidumbre la recorrió. Al contrario que las visiones en un espejo, Thomas era justo lo que parecía ser: real y consistente.

Apareció en la entrada con una chaqueta colgando del hombro.

-¿Lista para ir a comer? -preguntó.

Leonora apoyó la espalda en la silla y se quedó embelesada mirándolo.

Thomas se paró delante de la mesa donde estaba trabajando y le dedicó una sonrisa socarrona.

-¿Algo va mal?

-No. -Leonora cerró el librito con cuidado.- Nada va mal. Le dije a Deke que terminaría el trabajo.

Thomas se tranquilizó.

-¿Vas a quedarte por aquí una temporada?

-Sí. Es una colección muy interesante e importante. Tiene una significación histórica y debería ser puesta a disposición de los eruditos.

-¿Y qué hay de mi? -Thomas se quedó mirándola de manera muy insistente-. ¿Tengo también significación histórica?

-Sí, por supuesto -dijo, esquivando el golpe-. Aunque no he pensado ponerte a disposición de ninguna otra erudita.

Thomas le dirigió su sonrisa de crecimiento lento.

-¿Me vas a reservar sólo para ti?

-En mi propia colección privada.

-Por mí, perfecto. Siempre y cuando sea el único tipo de tu colección privada.

-Lo serás -contestó.

En el pasillo se oyeron más pasos. Kyle apareció en el umbral.

-¿De dónde han salido todos estos escalofriantes espejos antiguos? -preguntó.

-El primer dueño de la casa los coleccionaba -contestó Leonora-. ¿Qué haces aquí, Kyle?

Kyle miró a Thomas parpadeando.

-He venido a ver si querías comer conmigo.

-Gracias, pero estoy ocupada.

-Ya has oído a la señorita. -Thomas la tomó del brazo y empezó a dirigirse a la puerta-. Nos vemos, Delling.

-Leo, espera. -Kyle agarró la mano libre de Leonora-. Tengo que hablar contigo.

-En otra ocasión.

Thomas no aminoró el paso.

Kyle hizo caso omiso de él. Siguió agarrando a Leonora por la muñeca.

-Escúchame, el tiempo se acaba. No puedo seguir aquí mucho tiempo. Tengo que volver a mis clases.

Los dos hombres seguían tirando cada uno de un brazo.

-Siempre tuve esta fantasía -masculló Leonora.

Thomas se detuvo y se dio la vuelta.

-Suéltala, Delling.

Algo en su expresión debió de poner nervioso a Kyle. De repente, Leonora se encontró con la mano libre. Pero la desesperación de Kyle era evidente y eso la detuvo.

-Leo...

-Está bien, Kyle -dijo en voz baja-. Llamaré a Helena esta tarde.

Kyle tardó unos segundos en asumir lo que había oído.

-¿Lo dices en serio?

-Sí. Aunque no te prometo nada en relación con los resultados finales. La decisión la toma la comisión que ella preside, y no puedo predecir lo que hará. Pero la llamaré.

-Gracias. -Un alivio desbordante iluminó los ojos de Kyle-. Sabía que no me fallarías, cariño.

Antes de que Leonora se percatara de sus intenciones, la agarró por los hombros y le dirigió un eufórico beso a la boca. Pero, en ese mismo instante, Thomas se valió de que le tenía agarrada del brazo para quitarla de la trayectoria de Kyle.

Kyle terminó besando el aire. Estaba demasiado contento para darse cuenta.

-Esto exige una celebración. -Abrió las manos en un gesto expansivo-. Dejadme que os lleve a comer.

-Olvídalo -dijo Thomas.

Sacó a Leonora de la biblioteca.

-Demasiado para mi fantasía -dijo.

-¿Qué fantasía?

-La de dos hombres batiéndose en duelo por mi honor.

-¡Eh!, ¿Quieres que vuelva y deje sin sentido a ese idiota por tu honor? ¡Con mucho gusto!

-No importa -dijo Leonora-. Tú vales por dos Kyle Delling. Mejor, por una docena.

Thomas sonrió, evidentemente complacido. A Leonora le recordó un poco a Wrench, cuando ella aceptaba algunos de sus obsequios perrunos.

-¿Eso piensas? -preguntó Thomas.

Roberta se cruzó con ellos en las escaleras antes de que Leonora pudiera responder. Les dedicó una sonrisa ligeramente atribulada.

-Ah, estás aquí, Leonora -dijo-. Hace un momento, un hombre muy guapo vino a mi despacho preguntando por ti. Le envié aquí arriba. ¿Te encontró?

-Me encontró -dijo Leonora.

-Bueno, bueno.

-¿Los preparativos para la recepción bajo control? -preguntó Thomas

-Estoy destrozada. Ahí abajo hay un caos absoluto. Las noticias sobre el asesinato de Rhodes y el suicidio del profesor Kern han distraído a todo el mundo, yo incluida, he de admitirlo.

-Estoy segura de que el acto saldrá según lo programado -la tranquilizó Leonora.

Roberta rió entre dientes.

-Eso es fácil de decir para ti. ¿Os vais a comer?

-Sí -dijo Leonora-. Al bar. ¿Quieres que te traigamos algo?

-Eres muy amable, pero no, gracias. Hoy me he traído la comida en una bolsa. Sabía que no tendría tiempo para salir. -Continuó subiendo las escaleras-. Hasta luego.

Leonora caminó al lado de Thomas a través de la ajetreada confusión que se había apoderado de la primera planta de la mansión. Ninguno de los dos habló antes de salir a la terraza.

-¿De verdad vas a llamar a tu amiga Helena? -preguntó Thomas sin traslucir ninguna emoción.

-Sí.

-¿Y qué ocurrió con la dulce venganza?

Leonora pensó en ello mientras bajaban los escalones de piedra que conducían al aparcamiento. ¿Qué había ocurrido con la dulce venganza?, se preguntó en silencio.

-Encontré algo aún más dulce -dijo.

Aquella misma tarde, poco antes de las cuatro, Thomas paseaba por su tienda favorita de Wing Cove, Pitney's Hardware & Plumbing Supply. Era uno de los almacenes más antiguos de la ciudad y uno de los pocos que no habían sido aburguesados para hacerlo atractivo a los gustos de la comunidad universitaria.

Encontró lo que estaba buscando tras recorrer las tres cuartas partes de uno de los grandes pasillos.

El elegante y compacto equipo de herramientas caseras incluía una selección de destornilladores, inclusión hecha de un cabezal Phillips, una reluciente llave inglesa de media luna, un martillo pequeño y un juego de alicates. Las herramientas estaban atractivamente embaladas en un estuche negro de plástico. Sacó el martillo y lo sopesó en una mano, apreciando el equilibrio y el peso.

Una figura oscureció el extremo más alejado del pasillo. Thomas bajó el martillo y reprimió un gruñido cuando vio a Kyle dirigirse hacia él.

-Me pareció verte entrar aquí, Walker -dijo Kyle-. Estaba tomando un café enfrente. Encantado de pillarte.

-Tenía la vaga esperanza de que, a estas alturas, ya te hubieras ido de la ciudad, Delling.

-No te preocupes, me marcharé pronto. Pero, primero, quería hablar contigo; -Kyle se detuvo en mitad del pasillo-. Es sobre Leo.

Thomas no se movió.

-La verdad es que no deseo hablar de ella. Sobre todo contigo.

-Es una persona encantadora -dijo Kyle, pareciendo serio y profundo-. Una persona verdaderamente encantadora.

-Traducido, eso significa que has venido aquí sabiendo que podías convencerla de que llame a su amiga e interceda por ti.

-Bueno, claro. -Kyle levantó un hombro con un encogimiento natural e indiferente-. Al final, estaba obligada a hacerlo. La conozco, ¿entiendes? No sabotearía la carrera de nadie por negarse a hacer una simple llamada.

-Tienes lo que querías. Ahora, puedes dejarnos.

Kyle parecía divertido.

-Tienes prisa por deshacerte de mí, ¿verdad?

-Sí.

-Tranquilo. Estoy de paso. Pero antes de irme, pensé en darte un consejo acerca de Leo. No cometas el mismo error que yo.

-No te preocupes, no lo haré.

-En algunos aspectos, es un poco anticuada. Probablemente, porque se crió con sus abuelos y hay cosas que no puede manejar.

-¿Cómo la de encontrar a su prometido en la cama con su hermana? ¡Caramba, Delling! ¿Crees que reaccionó de forma exagerada?

-Fue un asunto de una vez. -Kyle hizo una mueca-. Pareces tan neurótico como Leonora. Créeme, si hubieras conocido a Meredith, sabrías por qué acabé en la cama con ella aquel día. Ella vino a mí, no al revés.

-Conocí a Meredith; salimos durante algún tiempo.

Kyle pareció momentáneamente confundido. Entonces, se le hizo la luz.

-¿Te tiraste a Meredith? ¡No jodas!

Thomas no respondió.

-Esto no está bien -dijo Kyle-. No lo está en absoluto. ¿Lo sabe ella?

-Lo sabe.

Kyle volvió a parecer desconcertado.

-No lo entiendo. ¿Cómo demonios sigue saliendo contigo si sabe que tú y Meredith tuvisteis una aventura?

-Salí con Meredith antes de conocer a Leonora. Tú te la tiraste mientras estabas comprometido con Leonora. ¿Eres capaz de pillar la diferencia básica que hay en esto, Delling?

La mirada de Kyle bajó hacia el martillo de manera fugaz.

-No te ofendas, pero no necesito una lección de semántica de un tipo que sabe manejar herramientas grandes y peligrosas.

-No estoy impartiendo ninguna clase -dijo Thomas con tono condescendiente-. Estoy insultando tu honor y tu integridad.

-Entiendo. Si estás buscando pelea, olvídalo. Estoy doctorado en literatura inglesa. En mi campo, preferimos resolver nuestras disputas en letra impresa.

-Ya me has estropeado la tarde.

Kyle suspiró.

-Si conociste a Meredith, entiendes por qué fui promiscuo y acabé tirando piedras contra mi propio tejado.

-No -dijo Thomas-. No entiendo por qué te arriesgaste a perder a Leonora por una aventura con una mujer que era fría como el hielo.

-¿Meredith? ¿Fría? -Kyle pareció sobresaltarse. Luego, rió entre dientes-. No sé cómo sería contigo, pero conmigo fue un pequeño y ardiente barril de pólvora.

-Te tragaste su actuación, ¿eh? En esto, suponía que vosotros, los doctores en algo, erais más inteligentes que el animal unicelular medio.

-¿Qué actuación? -inquirió Kyle.

-A Meredith no le gustaban los hombres.

-¿Qué no le gustaban los hombres? Estás loco.

Thomas se encogió de hombros.

-Pregúntale a Leonora. Meredith fue violada de niña. Eso hizo que durante el resto de su vida el sexo le diera asco. Ni le gustaban ni confiaba en los hombres. Utilizaba su cuerpo para conseguir lo que deseaba, pero una vez logrado su objetivo, daba por concluida la relación.

-Pues no me lo creo. ¿Por qué demonios me sedujo si no estaba interesada?

-¿De verdad no tienes la más mínima idea de lo de aquella tarde en la cama de Leonora? -dijo Thomas-. Fue ideado para destrozar tu relación con Leonora. Meredith no quería que su hermana se casara contigo, así que te sedujo para demostrar que no se podía confiar en ti.

-Eso son gilipolleces.

-Pero funcionó, ¿verdad? Meredith conocía a Leonora lo bastante bien para saber que el engaño era una de las cosas que su hermana no perdonaría.

-Es una pura gilipollez.

-Utiliza la cabeza, Delling. ¿Por qué crees que Meredith se aseguró de que ocurriera en la cama de Leonora? ¿Quién crees que llamó a Leonora media hora antes de la escena de la gran seducción para asegurarse de que entrara por la puerta en el momento oportuno?

Kyle pareció conmocionado.

-¿Meredith llamó a Leonora? Así que ésa fue la razón de que llegara a casa tan temprano.

-Nunca sospechaste esa parte, ¿eh?

-Desde hace un condenado minuto lo estás retorciendo todo.

-Dime una cosa. -dijo Thomas- ¿Trató Meredith de seducirte en alguna otra ocasión después de que tú y Leonora rompierais?

Kyle apretó la boca.

-La situación era complicada. Dudo que lo entendieras.

-Claro, lo entiendo. Intentaste llamar a Meredith después y ni siquiera te dio la hora, ¿no es así?

Kyle se puso como la grana.

-Tenía algunos problemas. Después de todo, ella y Leo eran hermanas.

-Meredith no tenía problemas, Meredith tenía objetivos. Cuando terminó contigo, pasó al siguiente.

Dio la impresión de que Kyle iba a discutir lo que Thomas acababa de decirle, pero debió de reconsiderarlo.

-¿Leo te ha contado todo esto? -preguntó.- ¿Sabía que la zorra de su hermana me tendió una trampa?

-Claro.

-No lo entiendo. -Kyle extendió las manos-. Si Leo sabía que no había sido culpa mía, ¿por qué no me dio una segunda oportunidad? No es propio de ella echar por la borda una relación después de poner tanto.

-Tal vez a ella le guste echar toda la carne en el asador en una relación, pero eso no significa que no tenga ciertas exigencias. Tú fracasaste a la hora de satisfacer esas exigencias, Delling.

La cara de Kyle se movió convulsivamente.

-¿Que he fracasado? Ésa no es la palabra apropiada.

-Si lo piensas bien, es la palabra perfecta.

-Jamás he fracasado en mi vida. He sido un número uno en todo, desde los exámenes hasta los puestos de trabajo. Tengo una docena de artículos especializados publicados. ¿Quién eres tú para decirme que he fracasado?

Thomas apartó el martillo y escogió un brillante destornillador.

-Piensa en ti como en uno de éstos. Brillante y reluciente, pero, en lugar de acero de primera calidad, estás hecho de una mala aleación. No aguantarás un uso excesivo. Así que no hay más remedio que ponerte en el montón de los desechos.

Kyle se puso lívido. Se apretó las manos a los costados.

-Leonora no me desechó, hijo de puta.

-Aquí el hombre de letras eres tú; pensé que te gustaría utilizar la palabra correcta. ¡Pero haz lo que quieras! La cuestión es que Leonora hizo lo que cualquier persona inteligente habría hecho con una herramienta de mala calidad que no sirve para el trabajo. La tiró a la basura.

-¡Cállate! -dijo Kyle con los dientes apretados-. ¡Deja de joderme! No sabes nada de Leonora. Y de lo que me doy cuenta de que no tienes absolutamente nada en común con ella.

-¿Porque no tengo un par de licenciaturas?

-Seamos realistas, Walker. -Kyle emitió un débil bufido-. No eres su tipo. Tal vez disfrute del numerito del operario machote durante una temporada, pero no durará mucho.

-Si conocieras a Leonora tan bien como crees -dijo Thomas en voz baja-, deberías haberte dado cuenta de que la manera más rápida de perderla es demostrarle que no se puede confiar en uno.

-Demonios, el revolcón con Meredith no tuvo nada que ver con la confianza, sino con el sexo. Fue un simple polvo.

-Leonora no lo vio así, ¿no te parece, Delling?

-Si había alguien en quien no se podía confiar, era en la zorra de su media hermana, no en mí.

-Por desgracia, Meredith tenía una ventaja sobre ti. Una que sabía poner en práctica y explotar perfectamente.

-¿Cuál? -inquirió Kyle-. ¿Qué ventaja tenía?

-Era familia.

Kyle se quedó mirándolo fijamente, sin habla.

-Leonora podía desechar a un tipo que la traicionara -le explicó Thomas pacientemente-, pero no podía desechar a una hermana. Ya sabes lo que se dice, puedes escoger a los amigos, pero no puedes abandonar a la familia.

Kyle logró volver a colocar en su sitio a su colgante mandíbula.

-¿Qué te hace pensar que sabes cómo funciona la mente de Leo?

Thomas pensó en la Leonora decidida a aclarar las circunstancias que rodearon la muerte de una media hermana que no había hecho más que causarle problemas. Pensó en cómo él y Deke habían permanecido hombro con hombro todos aquellos años.

-Cuando se trata de las cosas importantes -dijo con calma-, Leonora y yo nos entendemos a la perfección.

Los rasgos de Kyle se contrajeron en una máscara de indignación.

Durante un momento, Thomas pensó que podría recibir un golpe. La posibilidad le elevó el ánimo.

Pero, para su decepción, Kyle se hundió con un suspiro de resignación.

-Mira -dijo Kyle-, te crea o no, no vine hasta aquí para discutir. Sólo quería decirte que trataras a Leo con respeto, ¿de acuerdo? No es como Meredith. Es una de las buenas personas que hay en este mundo.

-Lo sé.

Kyle dudó. Luego, asintió con la cabeza.

-Tal vez sí, después de todo. Echando la vista atrás, ojalá hubiera manejado las cosas de manera diferente. Creo que Leonora y yo podríamos haber compartido algo especial.

-Pero la olvidarás, ¿verdad?

-Ah, claro. La vida continúa.

Thomas pensó que él también había dicho aquellas mismas y sustanciales palabras; cuando le había contado a Leonora lo de su divorcio. Pero entonces supo que, de ser a ella a quien perdiera, no las repetiría.

-¿Sabes, Delling?, de verdad espero que consigas esa plaza de titular.

Kyle no se molestó en disimular su sorpresa.

-Gracias. ¿Te importa que te pregunte por qué tanto interés?

-Porque no quiero que vuelvas a aparecer en la vida de Leonora buscando más ayuda para tu carrera. -Thomas cerró de golpe la tapa del estuche de herramientas-. ¿Entendido?

A Kyle se le contrajo el rostro.

-Entendido. A propósito, buena suerte con Leonora. No creo que tengas la menor posibilidad de casarte con ella, pero, buena suerte en cualquier caso.

-No tengo previsto dejarlo a la suerte.

Kyle empezó a girar en redondo. Se detuvo.

-A propósito, el monstruo gris que está atado ahí fuera, ese que parece un perro callejero, ¿es tuyo?

-¿Wrench? Sí, es mío. ¿Por qué?

-Una simple pregunta. Nunca he visto un perro igual. ¿De que raza es?

-Qué me aspen si lo sé. Nunca lo pregunté.

-¿Muerde?

-Te arrancaría el cuello en cuanto te viese.

-¿Eh?

-Pero sólo si le digo que lo haga -añadió Thomas en voz baja.

Kyle se dio la vuelta y salió del pasillo.

Thomas esperó a oír el repiqueteo del timbre de la puerta delantera de la tienda, anunciando la salida de Delling, antes de llevar el pequeño y pulcro juego de herramientas al mostrador.

Gus Pitney, fundador y propietario de Material de Fontanería y Ferretería Pitney, levantó la vista del periódico y miró con ojos de miope por encima de la montura de las gafas de leer.

A Thomas, la cara de Gus le recordaba al almacén, viejo y lleno de un montón de cosas interesantes.

-Por un momento, pensé que ibais a hacer una exhibición de lucha libre en el pasillo tres -dijo Gus.

-¡Bah! Los tipos como ése no se pelean. -Thomas depositó el juego de herramientas en el mugriento mostrador de cristal-. En su lugar, publican artículos en revistas especializadas.

-¿En serio?

-Sí. -Thomas sacó el billetero-. Me llevo esto.

Pitney miró el juego de herramientas con los ojos entrecerrados.

-¿Qué demonios quieres hacer con esto? Es un equipo verdaderamente básico. Seguro que tienes más variedad donde elegir dentro.

-Es un regalo. -Thomas sacó la tarjeta de crédito de la cartera- ¿Te importa envolverlo para regalo?

-¿Papel de regalo? ¿Te parece este lugar una tienda de regalos? –Gus alargó la mano debajo del mostrador y sacó una bolsa de papel marrón- Esto es lo que aquí, en Pitney, entendemos por un envoltorio de regalo.

-Fantástico.

Thomas pensó en comprar algún papel de regalo lujoso en la papelería de la esquina.

Gus marcó la venta en una antigua caja registradora.

-No es asunto mío, por supuesto, ¿pero qué es lo que pasó ahí dentro, en el pasillo tres, hace unos minutos?

-El profesor Delling y yo sólo manteníamos una amistosa discusión sobre la importancia de tener la herramienta adecuada para cada trabajo.

-¿Eh? -Gus metió el juego en la bolsa de papel-. La mejor herramienta del mundo no vale nada, a menos que el hombre que la utilice sepa lo que está haciendo.

-En eso te doy la razón -convino Thomas.

Cassie salió de su dormitorio vestida con un albornoz. Llevaba los rizos rojos envueltos en una toalla. Sostenía dos vestidos por sus perchas, uno en cada mano.

-¿Qué vestido? -preguntó.

Leonora se reclinó en el sillón, estiró las piernas, juntó los dedos de ambas manos en pico y examinó las dos creaciones. El de la izquierda: un modelo negro, corto y sensual. Las etiquetas todavía estaban prendidas al escote. El de la derecha, era un recatado vestido de tubo encaje beige.

-Me gusta el negro -dijo.

Cassie lo examinó sin convencimiento.

-No sé. Tal vez sea un poco excesivo para una primera cita.

-No es la primera cita. La cena en mi casa fue la primera cita. Y luego ha habido todas esas lecciones de yoga.

-Ya lo sé, pero no quiero escandalizar a Deke. Llama a tu abuela.

-¿No te parece que podemos tomar esta decisión nosotras solas?

-No quiero correr ningún riesgo. Llama a tu abuela; necesitamos que Henrietta nos aconseje.

-Por Dios, Cassie...

-¡Llámala! Quiero tener la opinión de una experta.

-Muy bien, muy bien. -Leonora cogió el teléfono-. Pero a lo mejor no consigo localizarla. Hoy es uno de sus días de bridge. Y creo que también tenía gimnasia acuática.

Cassie se limitó a quedarse allí con las perchas en la mano y una expresión de tozudez en el rostro.

Por suerte, Gloria contestó al segundo tono.

-Leo, querida, me pillas de salida -Gloria colgó la toalla de piscina en los manillares del andador y se cambió el teléfono de oreja-. Me iba a clase de natación. ¿Va todo bien?

-Mi amiga Cassie necesita más consejos para salir con un hombre. Asiste a una recepción de media etiqueta y tiene un vestido negro y sensual tremendamente atractivo y una elegante cosa beige hasta las rodillas de manga larga. Quiere saber qué le sugeriría Henrietta.

-Entiendo. ¿Tu amiga, dices?

-Exacto. Escucha, de paso que le pides algún consejo para Cassie, ¿te importaría hacerle también una pregunta a Henrietta para otra amiga mía?

-¿Esta otra amiga también va a la elegante recepción?

-Sí.

La determinación sacudió a Gloria.

-Dame un minuto para recorrer el pasillo. Te llamaré desde el apartamento de Herb.

-Estoy en casa de Cassie. Te daré el número.

-Espera.

Gloria garrapateó el número en la libreta que había junto al teléfono, colgó, se ajustó el cinturón del albornoz y se dirigió a la puerta con el andador.

Herb abrió cuando Gloria aporreó con fuerza la puerta.

-¿Qué pasa? -dijo Herb con el entrecejo arrugado-. Parece que bajas a la piscina.

-Olvida la piscina. Tengo más preguntas de mi nieta y su amiga. Creo que la cosa va en serio, Herb.

El hombre miró el reloj.

-Tengo una clase de informática dentro de quince minutos.

-Esto es más importante. -Maniobró con el andador para cruzar la puerta-. Apártate de mi camino, Herb.

-¡Un momento!

Herb se apartó para dejarla entrar en el apartamento. Cerró la puerta tras ella.

Gloria se detuvo, giró y se sentó en la silla del andador. Marcó el teléfono que Leonora le había dado.

-Muy bien, dispara -dijo cuando Leonora descolgó-. En este lado de la línea estamos listos.

-Como te dije, Cassie intenta decidirse entre un traje negro corto y sensual y un modelito beige -dijo Leonora.

Gloria miró a Herb.

-Un vestido negro, corto y sensual o uno beige para la primera amiga.

-Es fácil -dijo Herb-. El negro sensual.

-El negro -repitió Gloria.

Cassie se puso al teléfono.

-Pregúntele a Herb si ponerme un traje negro y sensual no entrará en conflicto con mi imagen de hembra nutricia. Doy por hecho que era lo que se pretendía con la lasaña y la tarta de manzana.

Gloria miró a Herb.

-Está preocupada por si estropea su imagen de hembra nutricia.

-Hay un momento y un lugar para cada cosa -dijo Herb-. Dile que se ponga el vestido negro. Ningún hombre que se precie sabe qué demonios hacer con el beige.

-Muy bien. -Gloria habló por el teléfono-. ¿Has oído, Cassie? Herb dice que ningún hombre que se respete sabe qué hacer con el beige.

-De acuerdo -dijo Cassie-. Me pondré el negro. Déle las gracias a Herb de mi parte.

Se volvió a poner Leonora, que parecía un poco tensa.

-Dile a Herb que el único vestido que tiene mi otra amiga es uno verde oscuro de manga larga y cuello vuelto. ¿Tendría que ir de compras?

Gloria repitió la pregunta a Herb.

-Dile que vaya con el verde -dijo-. Le irá bien con los ojos.

-Herb dice que el verde -repitió Gloria.

-Entendido. Gracias, Gloria. Y a Herb, también.

-Se las daré, querida.

Gloria colgó, desbordante de satisfacción. Miró a Herb.

-La cosa marcha -dijo-. Primero, la cena, y, ahora, una recepción elegante. Definitivamente, este Thomas Walker va en serio.

-Y yo también dijo Herb-. Cuando el nombre de Henrietta desaparezca de esta columna, quiero mi foto junto a la firma.

-¡Articulistas! ¡Os comportáis todos como una prima donna!

CAPÍTULO 21

Leonora, de pie en la ventana, vio subir a Thomas por el camino que llegaba hasta la puerta principal de su casa. Aquella noche no parecía un perro callejero, pensó. Tenía el mismo aspecto que había imaginado que tendría con traje y corbata: el de un capo mafioso bien vestido.

La elegante chaqueta negra que llevaba no disimulaba su naturaleza salvaje; tan sólo servía para realzar la potencia de los hombros. Su aspecto era excitante y peligroso. A Leonora no le cupo ninguna duda de que jamás había visto nada tan deseable en toda su vida.

Thomas llevaba en la mano un paquete envuelto en un papel metalizado rojo. La vio de pie en la ventana y sonrió. Una tormenta de mariposas explotó en el estómago de Leonora.

Estaba enamorada.

No había muchos momentos así en la vida, pensó. Momentos semejantes a ése: cuando la conciencia y la expectación y la pura excitación de estar viva llegan juntas en un brebaje embriagador que hace que el corazón cante y el pulso se acelere; semejantes momentos eran para saborear y apreciar.

Se diría que era una adolescente dando la bienvenida al chico que la habría de llevar al baile del colegio. Pero ella no era una estudiante de último curso de instituto ni Thomas, sin duda, un chico. Era un hombre en el más amplio sentido del término y ese conocimiento la llenó de una profunda y femenina alegría.

Abrió la puerta.

-Tienes un aspecto fabuloso.

Thomas pareció ligeramente sorprendido y, acto seguido, se regocijó por el cumplido.

-Es sorprendente lo que un traje puede hacer por un hombre.

Leonora negó con la cabeza una sola vez y retrocedió.

-Lo que es sorprendente es lo que haces tú por el traje.

-Gracias.

La mirada de Thomas se movió lentamente, bajó de manera deliberada a lo largo del vestido verde de Leonora, hasta sus zapatos de tacón con correa, y, entonces, volvió a subir hasta su boca.

-Pero eres tú la que parece bastante buena para comer. ¿Quizá más tarde?

Leonora se ruborizó.

-Si sigues teniendo hambre.

-La tendré.

Le entregó el paquete envuelto.

-¿Para mí? -Cogió el paquete de su mano-. Gracias.

-Decidí aprender de mi perro. Siempre te regala cosas.

Leonora comprobó el peso del regalo. Demasiado pesado para ser lencería, joyería o papel de cartas, pensó. La curiosidad la consumió. Rasgó el papel rojo.

Para su sorpresa, el papel no salió con la facilidad que esperaba. La satinada cinta de embalar gris mantenía los bordes del papel bien sujetos.

Levantó la cinta con las uñas.

-Creo que no he visto nunca un paquete envuelto de esta manera.

-Lo hice yo. Compré el papel en la papelería.

Tiró de la cinta con más fuerza.

-¿Fue ahí también donde compraste esta cinta superadhesiva?

-No. La tenía en casa.

-Creo que nunca he visto otra igual.

-Cinta adhesiva para tuberías.

-Ah. Esto lo explica todo. -Por fin, consiguió deshacerse de los últimos trozos de papel metalizado rojo y cinta adhesiva para tuberías y se quedó mirando el estuche de plástico negro que tenía en las manos.

-Es precioso.

-Ábrelo.

Abrió los broches a presión y levantó la tapa. Una hilera de destornilladores graduados y una diversidad de otras muchas pequeñas herramientas, cada una encajada con precisión en una ranura de plástico especialmente moldurada, brillaban en todo su esplendor de acero inoxidable.

-Son preciosas. -No levantaba los ojos de las atractivas herramientas-. Absolutamente maravillosas. Nunca había visto un juego de herramientas tan encantador.

Thomas estaba complacido.

-¿De verdad te gustan?

-Me encantan. Nadie me había regalado jamás algo parecido. Son perfectas.

-Sí, bueno, es un juego bastante elemental, pero creo que podrán servir para la mayoría de los trabajos cotidianos. Con el destornillador más pequeño podrías arreglar tus gafas.

Leonora cerró la tapa del estuche de herramientas, aseguró los broches con cuidado y lo depositó en la mesa de café. Se estiró y le besó ligeramente en la boca.

-Gracias -dijo en voz baja-. Me gustaría tener un regalo para ti.

-Tú eres el regalo que deseo. Pero esperaré para desenvolverte.

-Thomas, hay algo que tengo que decirte.

Thomas se detuvo, un poco receloso ya.

-Creo que serías un padre excelente.

Thomas se quedó mirándola fijamente.

Leonora le tomó de la mano y lo condujo hasta la puerta.

Un poco más tarde, Leonora se encontraba de pie, sola, en la relativa calma de un pequeño hueco que se abría en el límite de la sala de baile. Estaba esperando a que Thomas volviera de la mesa del bufé con algo de comida.

La transformación de la Casa de los Espejos era completa. No quedaba rastro del caos organizado que había reinado en la planta baja durante los últimos días. En su lugar, aparecía un decorado fastuoso, que bien podía haber salido directamente de la Edad Dorada. Las elegantes salas de la recepción estaban llenas de ex alumnos y ex alumnas, personal docente y sus invitados, todos elegantemente vestidos. El severo mobiliario de madera, junto con los cortinajes y alfombras de terciopelo rojo, resplandecían con lujosa profusión a la luz de los candelabros. Las paredes de espejo reflejaban a la multitud en una sucesión de deslumbrantes imágenes sin fin que parecían extenderse hasta el infinito.

Roberta, con un traje de seda gris y un collar de perlas de una sola vuelta por todo adorno, se paró junto a Leonora y examinó su puesta en escena con evidente satisfacción.

-Durante un rato, me preocupaba que los acontecimientos de los últimos días nos amargaran la noche -le confió-. Pero no parece que vaya a ser el caso. Parece que todo el mundo está de buen humor.

-Sin duda nadie diría que uno de los miembros más estimados del Eubanks College hubiera asesinado a varias personas y luego se suicidara.

-Francamente, la mayor parte de esta gente son ex alumnos que viven fuera de la ciudad -le recordó Roberta-, y la mayoría de ellos nunca conocieron al profesor Kern, excepto, tal vez, como un profesor auxiliar que tuvieron alguna vez. Y muy pocos conocían a sus víctimas.

-Supongo que es así.

-Ayer vi a Ed Stovall -continuó Roberta-. Me dijo que habían encontrado un alijo de drogas en la casita de Rhodes, así como algunas sustancias químicas inusitadas. Creen que preparaba la droga allí, en su cocina. ¿Lo puedes creer?

-Por desgracia, sí.

Roberta contempló a la multitud.

-Ahora, el mundo es un lugar muy diferente. A veces, miro atrás, a mis años de universidad, y no puedo creer todo lo que ha cambiado la vida.

-Te diré una cosa -dijo Leonora-. A tu sucesor le va a resultar muy difícil igualarte.

Roberta echó una mirada circular a los resplandecientes cuartos con un aire nostálgico.

-Lo echaré de menos, ¿sabes?

-¿Dirigir la Casa de los Espejos? Mira el lado bueno. Sólo piensa que se acabó el seguir tratando con profesores cascarrabias; que nunca más tendrás que entrenar nuevos ayudantes de estudios cada dos por tres; que no habrá que tranquilizar a ex alumnos difíciles que amenazan con retirar los fondos para el legado si no se salen con la suya.

-Todo eso es verdad. Sin embargo, durante el próximo mes, me parecerá extraño despertarme cada mañana y darme cuenta de que ya no tengo que venir al despacho por la mañana.

-Tengo la impresión que cuando te despiertes la primera mañana en ese maravilloso barco de crucero atracado en todos esos puertos exóticos no tardarás mucho en olvidarte de la rutina del despacho.

Roberta rió entre dientes.

-Tienes razón. Y, además, hay otra gran ventaja. En mi condición de directora ejecutiva jubilada de la Casa de los Espejos, el año que viene podré asistir a la recepción anual de ex alumnos sin tener que hacer ningún trabajo por adelantado.

-Eso será algo que te hará mucha ilusión.

Roberta miró a Deke y a Cassie, parados a poca distancia mientras hablaban con un puñado de gente.

-De los terribles acontecimientos de estos últimos días ha salido algo bueno -dijo-. Deke Walker parece un hombre nuevo.

Leonora le siguió la mirada. Deke mantenía el brazo alrededor de la cintura de Cassie de una forma íntima e informalmente posesiva. El vestido negro resaltaba la magnífica figura de Cassie. La felicidad le iluminaba la cara.

En ese momento, Deke reía por algo que alguien del grupo había dicho. Leonora pensó en la primera vez que lo vio, el rostro adusto y ojeroso a la luz que emanaba de la pantalla del ordenador. La transformación era aún más increíble que la que se había producido en la Casa de los Espejos.

-Sí. Parece un hombre nuevo.

-Quitarse aquella horrible barba es lo que ha marcado la diferencia -dijo Roberta-. Debía haberlo hecho hace tiempo.

En ese instante, Leonora atrajo la atención de Cassie. Sonrió.

-No creo que haya sido la barba.

Deke observó a Cassie, que estaba parada en el umbral. Su figura se recortaba sobre el atractivo resplandor de la lámpara que ella había dejado encendida en el salón. A Deke se le ocurrió que nunca había visto su casa por dentro.

-Gracias por esta noche tan maravillosa -dijo Cassie.

-Con toda sinceridad puedo decir que es la primera vez que he disfrutado de verdad de una de estas condenadas recepciones de ex alumnos. -Dudó-. Tendremos... esto... que hacerlo de nuevo alguna vez.

-El año que viene -dijo Cassie con mucho entusiasmo-. La misma fecha, el mismo lugar. Lo señalaré en el calendario.

-He pensado que a lo mejor podíamos cenar juntos el sábado que viene.

-¡Ah!

Deke esperó, pero ella no dijo nada más.

-¿Puedo tomar eso como una respuesta afirmativa? -preguntó por fin.

-Oh. Oh, sí. Sí, sería fantástico. Me hace mucha ilusión.

-¿Algo va mal? -preguntó Deke-. Recibo señales contradictorias

-No, de verdad. Me encantaría salir contigo el sábado por la noche.

Subió la mano para acariciarse la barba en un gesto que se había convertido en un hábito. Cuando se tocó la piel desnuda, hizo una mueca. Dejó caer la mano.

-Has sido muy paciente conmigo, Cassie. Muy amable. Tengo la sensación de haber estado viviendo en otro mundo durante una temporada, pero he vuelto.

-Y estoy encantada -susurró Cassie.

-Me siento muy bien -consiguió decir a duras penas él-. No necesito más actos de caridad. ¿Comprendes lo que intento decir? No quiero que salgas conmigo sólo porque me tienes lástima.

-Quiero ir a cenar contigo Deke, es sólo que... -Se calló.

Deke fue presa del pánico. No sin dificultad, intentó encontrar la forma de manejar la situación. El problema es que no tenía mucha experiencia en esa clase de asuntos. Demasiado tiempo alejado del juego de las citas, pensó. Para empezar, ni siquiera era un juego que se le hubiera dado bien alguna vez.

La inspiración llegó de repente. La miró, entrecerrando un poco los ojos por el resplandor de la luz que había detrás de ella.

-¿Qué tal si entramos y hablamos de esto con un café delante?

-¿Entras?

-¿Es una invitación o una pregunta?

Cassie se quedó inmóvil.

-Deke, tengo que decirte algo.

¡Caray! Había sido caridad, no estaba realmente interesada en él como hombre. Sólo había sentido compasión por un cliente. Deke se armó de valor. Podía afrontar la verdad, pensó, lo que no sería capaz de soportar sería una falsa esperanza y una amabilidad disfrazada de pasión.

-Dilo -exigió-. Sólo dilo y quítatelo de encima. No me haré añicos.

-Sé que sólo un hombre muy fuerte podría haber afrontado esos rumores y cotilleos de los últimos meses acerca de tu estado mental. Sólo un hombre muy fuerte podría haberse mantenido en sus trece cuando todo el mundo le decía que estaba loco y obsesionado.

-Nadie dijo que estuviera loco ni obsesionado. Tú y Thomas jamás lo dijisteis, al menos en mi cara.

-Lo que intento explicarte con esto es que esta noche no he salido contigo porque te tenga lástima, y no he accedido a salir el sábado porque crea que te estoy haciendo un favor. Lo que quiero es que sepas la verdad antes de que entres a tomar un café.

-¿Qué verdad?

-Deke, has sido el blanco de una seducción cuidadosamente calculada.

Después de todo, tal vez se hubiera vuelto loco.

-¿Qué?

-¿Te acuerdas de la cena con Leonora y Thomas? ¿La que ayudé a preparar?

-Sí -dijo con prudencia.

-Formaba parte de la estrategia. Y esta noche, ¿qué te parece este vestido negro?

-La verdad es que realmente me gusta este vestido.

-Más estrategia. Leonora consultó a su abuela, la cual, a su vez, consultó a Herb, que escribe un consultorio sentimental.

-Entiendo.

-Herb escogió la lasaña y la tarta de manzana, y este vestido.

-Tendré que acordarme de darle las gracias a Herb. ¿Puedo preguntar por qué fui escogido como blanco de esa estrategia de seducción?

-¿Por qué? ¿Tienes que preguntarme por qué? ¿No es evidente? Fuiste escogido como blanco porque estoy enamorada de ti. -Abrió los brazos de golpe-. Lo estoy desde hace seis meses, pero jamás te has dado cuenta y temía que nunca lo hicieras, y tu barba, mientras, venga a crecer y crecer y todo parecía inútil. Ésa es la razón.

De pronto, el húmedo aire nocturno se volvió tan efervescente como el champán. Deke soltó una carcajada.

-Creo que ésta puede ser la noche más feliz de mi vida.

Cassie parpadeó una o dos veces.

-¿Estás seguro?

-Te amo -dijo Deke-. Creo que me debí de enamorar de ti en algún momento a mitad de la primera clase de yoga.

-¿De verdad?

-¿Por qué crees que contraté un año entero por adelantado?

-¡Ah!

La expresión de Cassie se relajó. Toda su boca se curvó en una sonrisa de bienvenida.

-¿Me vas a invitar ahora a ese café?-preguntó Deke.

Cassie se apartó y mantuvo la puerta abierta para que entrara.

Al cabo de un largo rato, Deke se acomodaba a su lado en la cálida cama, satisfecho y alegre más allá de toda medida. Alargó la mano hacia Cassie y ella se acercó, húmeda y feliz, y dobló los brazos sobre el pecho de Deke.

-Ha sido increíble -dijo Cassie.

-Lo ha sido, ¿verdad? -Le acarició la amplia curva de la cadera. Siempre supe que esas condenadas lecciones de yoga algún día me serían útiles para algo.

Leonora se quitó los zapatos de tacón alto con sendas patadas en cuanto entró en la casa de Thomas. Wrench le llevó un hueso de piel destrozado, que Leonora admiró mientras Thomas colgaba los abrigos y encendía el fuego.

Cuando tuvo el fuego chisporroteando, dio la vuelta al extremo del mueble bar, sirvió dos brandis y los llevó al salón.

Leonora saboreó el suspiro de Thomas al sentarse a su lado en el sofá. Se había quitado la chaqueta del traje. El cuello de la camisa blanca estaba abierto, las mangas enrolladas en los musculosos antebrazos. La corbata colgaba deshecha alrededor del cuello. Thomas apoyó los pies, enfundados en unos calcetines negros, en la mesa de café, al lado de los dedos vestidos de nailon de Leonora.

Ambos bebieron el brandy en un acogedor silencio.

-¿En qué piensas? -dijo Leonora finalmente-. ¿Siguen en la cama?

Thomas comprobó el reloj.

-Hace casi cuarenta minutos que los hemos dejado en casa de Cassie. Diría que, no hay duda, inequívocamente, están en la cama.

-¿Inequívocamente?

-Es una elegante palabra que significa «con toda seguridad».

-Sé lo que significa, lo que preguntaba es cómo puedes estar tan seguro de que Deke y Cassie están en la cama.

-Tiene que ver con la manera en que se miraban durante el último baile. Creo.

-Mutuamente cautivados.

-Ajá. -Thomas bebió un sorbo y posó la copa-. Cautivados.

Leonora recostó la cabeza en el alto cojín que tenía detrás y miró los pies de Thomas, apoyados, uno encima del otro, encima de la mesa baja.

Al lado de los suyos, parecían muy grandes. Leonora se sentía un poco cautivada, pensó. Cerró los ojos.

-Estoy en deuda contigo -dijo Thomas al cabo. -Por muchas cosas. Por venir aquí, a Wing Cove; por trabajar conmigo y con Deke en conseguir las respuestas que necesitábamos; por ayudar a Cassie a seducir a Deke; por...

-No lo digas.

Leonora lo dijo sin abrir los ojos.

-¿Qué no diga el qué? -preguntó.

-No digas que estás en deuda conmigo por hacer el amor contigo o no te lo perdonaré jamás de los jamases.

-No iba a decir eso.

Leonora abrió los ojos y vio que Thomas le estaba mirando pensativamente los dedos de los pies.

-¿Qué ibas a decir? -inquirió.

-Creo que era algo sobre agradecerte por aceptar el quedarte en Wing Cove una temporada.

-Ah, eso.

-Sí, eso. -Bebió otro trago de brandy-. Necesito preguntarte algo.

-¿Hummm?

-Lo que dijiste al principio de la noche; eso de que sería un buen padre. ¿Lo piensas de verdad?

-Sí. -Leonora esperó. Cuando vio que no decía más, se arriesgó a echar una rápida ojeada al duro perfil de Thomas-. ¿Por qué?

-Me preguntaba qué fue lo que te hizo decirlo.

-Sabes cómo adquirir un compromiso y mantenerte fiel al él. Por lo que a mí respecta, ése es el elemento más importante de la paternidad.

-¿No crees que tal vez sea un poco viejo para la paternidad?

-No.

Thomas depositó la copa de brandy que tenía en la mano en la mesa.

Reclinó con cuidado a Leonora sobre el sofá y se tendió suavemente a su lado. Ella lo sintió cálido y pesado, y su excitación era inconfundible.

Leonora agarró los extremos sueltos de la corbata.

-Te amo, Thomas.

-Me enamoré de ti la primera vez que nos vimos.

-Imposible. -Arrugó la nariz-. Pensabas que era una mentirosa y una ladrona.

-No tergiverses la situación. -Le sostuvo la cara entre las manos- Sólo hiciste que me inquietara durante un rato.

La besó larga e intensamente.

Estaban sentados en el salón de Gloria observando los jardines. Ella había servido un poquito del exótico licor con sabor a naranja que Leonora le regaló por del Día de la Madre. La televisión seguía encendida, pero le había quitado el sonido hacía una hora.

Ella y Herb habían visto la película de madrugada cuando la estrenaron, cuarenta años antes. Era una comedia romántica y sabían cómo terminaba. Ninguno de los dos había tenido una vida que, ni remotamente se acercara al modelo hollywoodense, pero eso era bueno.

«Cuanto más envejeces -pensó Gloria-, más comprendes que la realidad y la ficción no tienen que coincidir.» Eran reflejos, pero no duplicados exactos. Cada uno ocupaba su lugar; ambos eran importantes; pero no eran lo mismo. Una persona inteligente no intentaría convertir el uno el otro; ése sería el camino directo al desastre.

Se examinó los tobillos y se sintió satisfecha. En toda la noche, apenas se habían hinchado; de hecho, si tuviera que decidirse por algo, diría que tenían un aspecto bastante bueno.

Miró a Herb. Esa noche, también tenía un aspecto bastante bueno. Un poco más joven, tal vez; en cierto sentido, más enérgico. Gloria se sentía bastante animada.

-¿En que piensas? -preguntó Gloria-. ¿Se habrán acostado ya?

Herb miró el reloj.

-De sobra. Y si no lo han hecho, no puedes hacerme responsable, un asesor sentimental no puede hacer tanto. Después de todo, entrar en acción depende de los asesorados.

Gloria pensó en la notoria excitación de la voz de Leonora aquella tarde, cuando habían discutido lo que debían ponerse sus amigas para la recepción.

-Creo que está enamorada, Herb. Esta vez es de verdad. Sin intentar engañarse como hizo con Kyle Delling solo porque parecía bien en la superficie.

Herb levantó su copa en un pequeño brindis.

-Por el amor.

Los dos bebieron a su salud.

Herb volvió a mirar el reloj.

-Hablando de irse a la cama, deberíamos pasar a la acción. Hace cuarenta minutos que me tomé esa pequeña pastilla azul, y los efectos no duran para siempre, ya sabes.

-No hay nada que dure eternamente. Por eso tenemos que alargar la mano y agarrar la vida mientras pasa.

-Lo sé. ¿Qué te parece que agarremos un poco ahora mismo?

Gloria sonrió.

-La verdad es que tienes mucha labia, Herb.

Posó la copa y se levantó del sillón.

No utilizó el andador; Herb la cogió del brazo para sostenerla.

Juntos, se dirigieron hacia el dormitorio en sombras.

-A propósito de nuestro acuerdo -dijo Herb un rato más tarde.

Gloria rió entre dientes.

-Tranquilízate, al final has conseguido llegar a la cima de tu profesión, Herb. En la columna de mañana aparecerán tu foto y tu firma.

CAPÍTULO 22

El teléfono del despacho de la biblioteca sonó a las tres y cuarto de la tarde del lunes; era la primera vez que sonaba en todo el día. El inesperado sonido hizo que Leonora diera un respingo. No le gustó la desagradable sacudida de adrenalina.

Se había dicho que la extraña sensación nerviosa era el resultado directo de la tensión que había estado soportando los últimos días y del hecho de que la última noche hubiera vuelto a tener el sueño del espejo. Pero en aquel momento se preguntaba si no tendría que ver con la inquietante penumbra que había descendido sobre la Casa de los Espejos aquella tarde.

Ella y Roberta eran las únicas personas que estaban allí en aquel momento. Tras la actividad que había reinado allí los últimos días, el silencio turbador que ascendía desde la primera planta tenía un carácter falso, como si procediera de un lugar lejano, ajeno a este mundo.

El teléfono sonó por segunda vez. Leonora cerró el pequeño tratado sobre el uso simbólico de los espejos en el arte que había estado examinando y se levantó. Entró en el pequeño despacho y levantó el auricular.

-Dígame.

-Hoy está esto espantosamente silencioso, ¿verdad?

Leonora se relajó un poco.

-Total y absolutamente espeluznante.

-Siempre pasa lo mismo el lunes siguiente a la recepción de los alumnos. Acabo de hacer café y pensaba tomarme un pequeño descanso. ¿Te apetece?

La idea de beber el café de Roberta le dio náuseas, pero necesitaba algo que la ayudara a sacudirse la sensación de nerviosismo.

-Gracias, bajo en seguida.

Colgó el teléfono y salió a toda prisa a las sombras del pasillo. Al empezar a bajar la escalera principal, la lúgubre penumbra de la planta baja pareció subir a su encuentro en una marea implacable. Aquel día, la Casa de los Espejos era un mundo diferente. El oropel y el refinamiento del sábado por la noche se habían esfumado; la atmósfera de salto en el tiempo había vuelto.

La sensación de terror inminente se hacía más fuerte a medida que descendía la escalera. Fue consciente de tener que empujarse para bajar los últimos peldaños.

Necesitaba aquella taza de café, pensó. Pero aún más que el estimulante, ansiaba la compañía de otro ser humano.

El resplandor de la pantalla del ordenador se reflejaba en los cristales de las gafas de Deke. Sus dedos se movían sobre las teclas con el mágico virtuosismo propio de un mago.

-Muy bien, ya estoy dentro -susurró. No levantó la vista de la pantalla-. Ya tengo los movimientos bancarios de Kern. ¿Y ahora qué?

Thomas se alejó de la ventana y volvió al escritorio. Miró por encima del hombro de Deke.

-Ahora, busquemos algún tipo de pauta -dijo-. Lo que quiera que encontrara Elissa Kern que le hiciera pensar que su padre estaba haciendo los pagos de un chantaje a Rhodes.

-No acabo de comprender el sentido de esa búsqueda. Stovall nos dijo que Rhodes chantajeaba a Kern. No es ninguna novedad. Kern y Rhodes están muertos.

-Sólo intento atar algunos cabos sueltos.

-¿Qué cabos sueltos? -Deke parecía exasperado-. Esto está acabado.

-¿Te puse dificultades cuando actuabas como un chiflado obstinado porque querías encontrar respuestas sobre Bethany?

-Sí, de hecho, lo hiciste. Me parece recordar un montón de discursitos sobre olvidarse del pasado y seguir adelante con mi vida. Y luego todas aquellas insinuaciones de que debía ir a hablar con un psiquiatra.

-Entonces, ahora soy yo el chiflado obsesionado. Sígueme la corriente, ¿de acuerdo?

-Lo que tú digas. -Deke volvió a teclear-. Pero tengo que decirte que hoy tenía pensado pasarme el día en la cama practicando mis ejercicios de yoga.

Roberta estaba de pie detrás del escritorio, metiendo las fotografías enmarcadas en una de las tres cajas de cartón desplegadas ante ella. Cuando vio a Leonora en la entrada, sonrió aliviada.

«Hoy no soy la única que tiene los pelos de punta», pensó Leonora. La atmósfera opresiva también había afectado a Roberta.

-Ah, bien, ya estás aquí -dijo Roberta-. Siéntate, por favor.- Dejó a un lado las fotografías que estaba a punto de guardar en la caja con evidente alivio y atravesó el despacho hasta la mesa que contenía los útiles del café. Cogió la cafetera.

-Gracias por venir.

-Estoy encantada de que me hayas pedido que bajara. De todas maneras, no conseguía hacer gran cosa. Hoy este lugar parece aún más extraño de lo habitual.

-Estoy de acuerdo. Y eso que estoy acostumbrada a la Casa de los Espejos. -Roberta sirvió el café en sendas tazas-. Tal vez no fuera tan buena idea haber venido hoy a recoger mi despacho. Tantos años, tantos recuerdos... Pero hay que hacerlo. Supongo que quería acabar de una vez.

-Comprendo lo extraño que debe ser abandonar un despacho que se ha ocupado durante mucho tiempo. -Leonora se sentó en uno de los sillones de piel almohadillados y miró la pila de fotografías enmarcadas del escritorio-. Casi tan malo como recoger una casa donde se ha vivido varios años.

-Te contaré un pequeño secreto. -Roberta dejó la cafetera-. A lo largo de todos estos años, este despacho ha llegado a parecerse más a mi hogar que mi propia casa. Incluso cuando vivía mi marido, me temo. ¿Nata líquida o azúcar?

-Nada, gracias.

-Ah, es verdad, lo había olvidado; lo tomas solo.

Roberta cogió las dos tazas y las llevó al escritorio. Puso una delante de Leonora y luego se sentó enfrente.

Leonora dio un diminuto sorbo al café. El amargo brebaje le supo más a quemado que la última vez, pero ¿quién era ella para juzgar? No le gustaba el café. Por lo menos sería capaz de beberse media taza.

Roberta no era una mujer pequeña. Al sentarse, su sillón crujió bajo su peso. Bebió el café con aire pensativo.

-Quizás hoy deberíamos irnos a casa pronto -dijo-. En realidad no hay nada que no pueda esperar hasta mañana.

-Tal vez no sea una mala idea -replicó Leonora. Examinó las cajas de cartón de encima del escritorio-. ¿Dónde vas a colgar todas esas fotos?

Roberta miró los retratos, la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado.

-No estoy segura todavía. Creo que la pared de la cocina sería buen lugar, pero no será lo mismo. Nada volverá a ser lo mismo. Aun cuando crees que estás preparada para el cambio, siempre parece llegar por sorpresa, ¿verdad?

Leonora pensó en cómo había cambiado su mundo en los últimos días.

-Sí. Pero algunas sorpresas son buenas para el sistema.

-Tal vez tengas razón. -Roberta tomó un sorbo de café y examinó una de las fotografías con expresión pensativa-. Es una desgracia que George no viviera lo suficiente para hacer este crucero. Le habría encantado.

-¿George?

-Mi último marido. Era profesor titular de química aquí, en Eubanks.

-Las arrugas de alrededor de su boca se hicieron más profundas. Era el típico profesor universitario distraído. Vivía para su trabajo. De haberse salido con la suya, jamás habría abandonado su laboratorio. Murió en él ¿sabes? A menudo pienso que es así como le habría gustado. A veces, me pregunto...

El sonido de unos pasos en el pasillo la interrumpió. Levantó la vista bruscamente; Leonora también se sobresaltó.

-Lo más probable es que sea algún estudiante auxiliar. -Dejó la taza y se levantó-. Dejé bien claro que se esperaba que hoy no viniera nadie, pero ya conoces a los estudiantes. Hay que decirles las cosas tres veces por lo menos, antes de que se dignen recordarlas. Perdóname. Vuelvo en seguida.

Rodeó el escritorio y salió al pasillo, cerrando la puerta tras ella.

A través del panel, su voz apenas resultaba audible.

«Julie, ¿qué haces aquí? Ya os dije que se suponía que ningún estudiante habría de venir hoy aquí...»

Sola en la oficina, Leonora bajo la vista hacia su inacabado café.

Había deseado el calor y la cafeína, pero el sabor era tan malo que no valía la pena el esfuerzo de intentar bebérselo. Pensó que no sería capaz de dar otro sorbo a aquella cosa espantosa. Pero no deseaba ser grosera.

Durante unos segundos, contempló la planta con tiesto de un rincón y tomó una decisión. La palmera parecía lo bastante saludable como para soportar una dosis de cafeína.

Al levantarse, una sensación de vértigo cayó sobre ella en oleadas. Alarmada, se agarró al borde del escritorio. Se preguntó si no estaría a punto de perder el conocimiento, pero eso era ridículo; jamás se había desmayado.

La sensación de desorientación se esfumó. Cuando el cuarto se estabilizó a su alrededor, caminó lenta y prudentemente hasta la palmera y vertió el café sobrante en la maceta. El líquido desapareció en la tierra negra.

Cuando se volvió, los bordes del cuarto se tambalearon. En el instante siguiente, los ángulos se estiraron, pero a Leonora aquello no le pareció tranquilizador. Algo le pasaba. Estaba enferma.

Tenía que irse a casa; tal vez, llamar a un médico. No, no serviría. No conocía a ningún médico en Wing Cove. Llamaría a Thomas.

Sí. Ésa era la solución. Llamar a Thomas. Él la llevaría a un médico.

Lo primero era lo primero. Necesitaba las llaves de su coche. Estaban en la cartera; y la cartera, en el despacho.

Muy bien. Eso era fácil: subir a la biblioteca y coger la cartera.

Paso uno: atravesar la puerta.

En cualquier caso, ¿que pasaba con la puerta? Entonces, recordó lo que le había dicho Roberta el primer día, cuando la había conducido a través de la Casa de los Espejos.

«Mi puerta siempre está abierta.»

Pero en aquel momento la puerta de Roberta permanecía cerrada. Leonora se percató de que en la parte trasera colgaba un espejo antiguo.

Era un espejo convexo de ocho lados con un elaborado y deslustrado marco de plata. Dragones, grifos y esfinges retozaban y se retorcían en el borde del negro espejo. La parte superior estaba adornada por un fénix.

Probablemente, de finales del siglo XVIII, pensó Leonora. Se estaba convirtiendo en una verdadera experta gracias a todo el tiempo que había pasado en la biblioteca de la planta superior.

Había visto la ilustración de aquel espejo en algún libro, pero no conseguía recordar el título.

El cuarto se tambaleó un poco. Leonora se acercó con paso inseguro al escritorio y se apoyó en él, esperando a que se le pasara el mareo.

Cuando el mundo se volvió a estabilizar, se encontró mirando fijamente el viejo espejo. Recordó dónde había visto la ilustración de ese espejo en concreto.

Página ochenta y uno del Catálogo de espejos antiguos de la colección de La Casa de los Espejos.

Se le ocurrió que, cuando Roberta se sentara en el escritorio con la puerta cerrada, el viejo espejo reflejaría su imagen.

«La cara del asesino.»

Ése había sido el último mensaje que Bethany, bajo la furiosa alucinación de las drogas, intentó dejarles al marcar con un círculo el dibujo del catálogo.

El cuarto volvió a desdibujarse,

Drogada. La habían drogado. Al igual que a Bethany; al igual que a Meredith.

Respiró profundamente. Las líneas y ángulos del cuarto volvieron a estabilizarse. Rodeó el escritorio con sumo cuidado. Con un poco de suerte, Julie seguiría allí y le pediría que la llevara a casa en coche. Roberta no sería capaz de detenerlas a las dos.

Cuando llegó a la puerta, no miró en las profundidades del espejo convexo; temía lo que podía ver. Abrió la puerta y salió al pasillo.

No había rastro ni de Julie ni de Roberta, pero, en la distancia, oyó voces en algún lugar, provenientes de la parte delantera del pasillo. Demasiado lejos. No podía entender lo que decían.

Pero el vago sonido de la puerta principal de la mansión al cerrarse fue inconfundible.

Julie se había ido. La desesperación amenazó con inmovilizarla en su sitio. Sería mucho más sencillo si simplemente se sentaba allí en el pasillo y cerraba los ojos.

«*Todavía no te puedes dormir.*»

Por supuesto que no podía sentarse sin más y dormir. ¿Qué le estaba pasando? Tenía que salir de allí. Sólo había tomado unos pocos sorbos de café envenenado, no toda la taza. Podía hacerlo.

Pensar.

Muy bien. No cabía esperar ayuda de Julie. Eso significaba que tenía que salir de ahí por sí misma.

Llaves. Necesitaba las llaves del coche.

Superó el pánico y empezó a avanzar por el pasillo, camino de la escalera principal.

Resonaron unos pasos en la distancia. Roberta volvía al despacho.

Rápido. Tenía que darse prisa. La biblioteca. Las llaves estaban en la biblioteca.

Ya estaba en la escalera; un pie delante de otro.

Las contrahuellas de los peldaños eran desiguales. Algunos escalones eran demasiado altos; otros, lo contrario. Se agarró al barandal con ambas manos y lo utilizó de la misma manera que un montañero utiliza las cuerdas para trepar por la cata de un empinado precipicio.

-¿Leonora? -La voz de Roberta le llegó desde abajo-. ¿Dónde estás? Veo que te has acabado todo el café. Ahora debes de estar bastante atontada.

El tiempo se acababa. Roberta la estaba buscando. Llegó a lo alto de la escalera, pero tuvo que detenerse unos segundos para orientarse. El pasillo de los oscuros espejos se había convertido en un serpenteante sendero apolillado en el interior de otro universo. El pánico le inyectó una dosis de adrenalina en la sangre.

«Olvídate de los agujeros. No pienses en el mundo del otro lado del espejo. No vas a ir allí. Estás aquí para coger las llaves de tu coche.»

-Está bien, Leonora. Te llevaré a casa.

La asesina ya estaba en la escalera.

Leonora avanzó a trompicones por el movedizo pasillo. Un reflejo parpadeó en uno de los espejos oscuros de su izquierda. ¿Su propio rostro o uno de los fantasmas atrapados que se reía de ella?

«En los espejos no hay fantasmas. Eres una bibliotecaria titulada, no crees en fantasmas. Y no te bebiste todo el maldito café. Sigue moviéndote. Si te paras, morirás.»

Mantuvo los ojos en el suelo con resolución, contando las entradas, sin mirar ningún espejo. La biblioteca era la cuarta puerta a la izquierda. Lo recordaba muy bien.

-Estoy segura de que ahora las alucinaciones son muy feas. -Roberta le habló desde lo alto de la escalera-. Te administré una gran dosis y la droga surte efecto con mucha rapidez. La inventó mi marido poco antes de morir, ¿sabes?

«No escuches. Cuenta las puertas.»

-El querido George. Era realmente muy brillante, pero nunca vio todo el potencial de su creación. Yo sí, por supuesto. Tuve que deshacerme de él; pero primero hice que me escribiera la fórmula. En realidad, es muy simple, si tienes los ingredientes adecuados. Vaya, si hasta puedes crearla en la cocina de casa.

Leonora intentó no escuchar la voz de Roberta. Tenía que concentrarse en contar las puertas.

Número dos.

Número tres.

La desesperación le heló las entrañas. La biblioteca todavía estaba muy lejos; jamás llegaría a ella antes de que Roberta la atrapara.

Pasó tambaleándose por delante de la tercera puerta. Cada vez resultaba más difícil evitar mirar los espejos. Y estaba tan cansada... tan cansada.

En el espejo dorado de la derecha una imagen centelleó fugazmente.

Incapaz de resistirse, atisbó en sus profundidades. No pudo distinguir ningún reflejo en el oscuro cristal, pero pudo oír palabras en su cabeza. Las palabras de un sueño.

«*Aún no te puedes dormir*.»

Las llaves del coche.

¿De que le serviría conseguir las llaves del coche? Jamás podría huir de Roberta. Más le valía sentarse allí mismo, en el pasillo, y esperar el final.

No. No podía hacer eso. Había quedado para cenar con Thomas.

El pensamiento envió otra oleada de adrenalina, que contrarrestó parte de los efectos de la droga.

-La droga se puede fabricar con diferentes concentraciones. La versión más suave provoca divertidas alucinaciones y hace que quien la ingiera se vuelva muy sugestionable. Las versiones más potentes también producen alucinaciones, pero no durante mucho tiempo. Uno se amodorra en seguida.

«Sigue adelante. Sigue moviéndote.»

-Te he administrado la dosis fuerte, claro. La misma que a Bethany Walker y a Meredith Spooner.

Leonora puso una mano en la pared y volvió la cabeza. Roberta se acercaba a ella a través de las sombras. Llevaba algo en la mano.

Una pistola.

-Mataste a Rhodes -susurró Leonora. Las palabras sonaron torpes y espesas en su boca-. Fue a ti a quien Thomas y Deke vieron huir aquella noche.

-Ah, sí, el señor Rhodes. Un hombre tan guapo. Fue a él al que se le ocurrió un nombre para mi alucinógeno. Smoke and Mirrors. Consideré que era muy creativo. Decía que un buen nombre era esencial para una comercialización adecuada. La Casa de los Espejos le proporcionó la idea, creo.

-¿Cómo... cómo supo de ti? ¿Y de la droga?

-Comprendió que yo fabricaba la droga la noche que empujé a Bethany por ese acantilado.

-¿Cómo supo que la habías matado?

-Debo admitir que fue un descuido insignificante. Alex salía a correr bastante tarde por la noche. Pasó por la Casa de los Espejos justo cuando estaba metiendo a Bethany en el coche. Supo que pasaba algo raro. Me siguió y me vio empujarla por el acantilado. Al día siguiente, fui propagando con mucho cuidado el rumor de que Bethany se drogaba. Y Alex lo ligó todo.

-¿Intentó chantajearte?

-No, no, querida. Me ofreció formar una sociedad. Yo sería la fabricante y suministradora; él, el intermediario que vendería efectivamente el producto. Él tenía experiencia en esa cadena, ¿entiendes?, y yo ninguna. La mayoría de las transacciones se realizaban con clientes de fuera de la ciudad, claro. Wing Cove es una comunidad tan pequeña... Temía que si vendía mucho aquí, habría quien no tardaría en averiguar la procedencia. Pero no fue capaz de resistirse a experimentar con ella de vez en cuando, sobre todo con algunas de sus clientas.

-¿Por... por qué le mataste si la sociedad funcionaba?

-Era un arreglo lucrativo para ambos, pero cuando todo empezó a derrumbarse, supe que, antes de irme de la ciudad, tenía que arreglar las cosas. El señor Rhodes sabía demasiado sobre mí y no podía dejarlo vivo, ¿verdad que no?

-¿Y por... por qué mataste a Meredith Spooner?

-Porque, por algún motivo que jamás fui capaz de determinar, se volvió extremadamente curiosa sobre las circunstancias que habían rodeado la muerte de Sebastian Eubanks. -Roberta arrugó el entrecejo-. De alguna manera, consiguió relacionarla con el suicidio de Bethany. Sencillamente, no llegué a comprender cómo lo unió todo. Pero eso no viene al caso, ¿no te parece?

-¿Por qué me has drogado a mí? Estabas a salvo después de matar a Alex. Nadie sospechaba siquiera de ti.

La mano de Roberta se aferró a la pistola.

-La verdad es que no podía irme de la ciudad sin castigarte, Leonora. Tú tienes la culpa de que las cosas se hayan removido aquí, en Wing Cove. Casi lo echas a perder todo. Debes pagar por haberme causado tantos problemas.

-¿Por qué estás bien? -susurró Leonora-. Tú también te bebiste el café. Te vi hacerlo.

Roberta rió entre dientes.

-La droga no estaba en el café. Viene en forma de polvo, ¿entiendes?

Me limité a echar un poco en el fondo de tu taza antes de servirte. Se disuelve al instante.

Tenía que hacerle otra pregunta, pero no podía. Era el momento de establecer prioridades. Lo primero era sobrevivir: por la noche tenía aquella cita para cenar con Thomas. No podía llegar tarde.

Una cita muy importante.

¡Ah, caray! Estaba perdiendo la visión. Controlarse.

Se dio cuenta de que se estaba deslizando por la pared. El miedo la espoleó. Cerró los ojos, reunió toda su voluntad y se incorporó. Tuvo que apoyar las palmas de las manos en la pared para mantenerse erguida.

Cuando abrió los ojos se encontró mirando en otro espejo oscuro. Estaba enmarcado en madera dorada.

«*Aún no te puedes dormir*.»

Alargó las dos manos. Aferró el viejo espejo y lo sacó de su enganche.

Pesaba.

-Ah, caramba, ¿qué es lo que quieres hacer con eso? -dijo Roberta-. Déjalo. Debemos irnos.

Sujetó el espejo, sin apartar la vista un momento de la superficie reflectante casi opaca.

-¿Adónde vamos?

-Por supuesto que a tu coche.

-¿Para que me pueda quedar dormida al volante al igual... al igual que Meredith?

-¿No es dormir lo que más deseas ahora?

-Aún no me puedo dormir.

-Deja el espejo, Leonora.

Hizo, caso omiso de aquella orden. Mirando fijamente el espejo, como paralizada por su propia imagen, giró y entró tambaleándose en la biblioteca.

Roberta no le dispararía allí, a menos que no tuviera otra elección, pensó. La sangre en la biblioteca sería difícil de explicar.

-Las alucinaciones deben de ser muy, muy potentes. -Roberta se paró en la entrada-. ¿No quieres dormir ahora, Leonora? Debes de tener mucho sueño. A lo mejor, esta vez no hice bien la mezcla. Es una droga impredecible, y cuando preparé esta remesa tenía algo de prisa. Entre deshacerme de Osmond Kern y el señor Rhodes, y tener que preparar todos los detalles de la recepción de ex alumnos, en los últimos tiempos ha habido mucho ajetreo por aquí.

-Kern. ¿Cómo conseguiste que se suicidara?

-Ah, eso no supuso ningún problema en absoluto. Ya estaba bastante borracho cuando le telefoneé y le dije que había surgido algo importante y que tenía que reunirse conmigo en el embarcadero. Cuando le ofrecí un poco de café, no dudó ni un instante. Probablemente, pensó que lo despejaría. Pero los efectos de la droga se potencian con el alcohol. Lo metí en la barca, lo llevé hasta el Sound y lo tiré por la borda. Luego, volví a la costa y dejé la barca a la deriva.

-Thomas lo sabrá. Si me matas, te encontrará.

-Para cuando las autoridades hayan terminado de investigar tu accidente, yo me habré ido hace tiempo, Leonora. Nuevo nombre, nueva identidad, nueva vida. Llevo varios meses planeándolo. Está todo en su sitio.

«No.»

Leonora estrelló el pesado espejo contra el poste vertical de la estantería más cercana. El viejo cristal se fracturó y se hizo añicos, un estrépito de docenas de trozos tintineantes. Los irregulares pedazos de espejo rebotaron y resbalaron sobre el suelo, junto a sus pies.

-Bueno, mira lo que has hecho. –Roberta rió entre dientes-. Siete años de mala suerte, me temo. Pero la buena noticia es que no vivirás lo suficiente para preocuparte por ello.

Leonora se agachó lentamente, con cuidado, con una mano aferrada al borde de la estantería para evitar caer de bruces.

-Ah, bien, por fin te está pegando -dijo Roberta-. Vamos ya. Levántate. No te preocupes, pronto podrás dormir todo lo que quieras.

Leonora no habló. Estaba demasiado ocupada mirando fijamente los pedazos centelleantes desperdigados por el suelo.

-Ya hemos perdido bastante tiempo. -Roberta avanzó hacia ella por el pasillo formado por las estanterías-. Hemos de controlarnos un poco. Levántate, Leonora. ¿No me oyes? Levántate inmediatamente.

Leonora permaneció en cuclillas, cerca del suelo, mirando las imágenes fragmentadas de sí misma.

Los trozos de sus reflejos daban un nuevo y completo significado a las palabras «recobrar la compostura», pensó.

Empezó a reírse tontamente.

-Para ya.

Roberta se pasó la pistola a la mano izquierda, extendió el brazo derecho y agarró a Leonora. Era una mujer grande, de constitución fuerte; no esperaba encontrar ninguna resistencia de su drogada víctima.

Leonora no opuso resistencia; hizo acopio de toda la energía y fuerza de voluntad que la había abandonado y se levantó tambaleándose.

Al mismo tiempo, arañó la cara de Roberta con la mano derecha.

Roberta vio el gran trozo picudo de espejo roto que Leonora sujetaba entre sus dedos. El miedo la hizo gritar, y retrocedió, subiendo ambas manos en un movimiento instintivo para protegerse los ojos.

Leonora arrastró hacia abajo su garra de cristal, sin importarle con que parte de la anatomía de Roberta tropezaba. El fragmento de cristal mordió la carne.

Un agudo chillido reverberó en la biblioteca.

La sangre salió a borbotones. No toda era de Roberta; Leonora sintió el pinchazo del cristal cortándole la palma de la mano.

La pistola cayó de la mano de Roberta. Volvió a gritar.

Leonora levantó la mano ensangrentada e intentó lanzar otro golpe cortante. Esta vez falló, porque Roberta retrocedió tambaleándose por el pasillo, con los brazos aún en alto para protegerse la cara.

Leonora dejó caer el pedazo de cristal y agarró la pistola con ambas manos. Giró sobre sus talones. El pasillo de libros se elevaba y se hundía como una montaña rusa. Dando traspiés, se dirigió hacia el extremo más lejano.

En aquel momento se dio cuenta de que no podía coger sus llaves y mucho menos, conducir un coche. Pero si pudiera llegar hasta donde se abría el tramo oculto de escalones que conducían a la tercera planta, tal podría atrincherarse en el estrecho pasillo hasta que llegara alguna ayuda.

La entrada se hallaba justo a la vuelta de la esquina, en el pasillo. Todo lo que tenía que hacer era permanecer despierta.

Una oscura figura obstruyó la luz de la entrada.

-¿Leonora? -dijo Thomas.

Una gloriosa sensación de alivio la inundó. A trancas y barrancas, se abalanzó hacia los brazos que Thomas le extendía.

-Sabía que vendrías -susurró.

Fue vagamente consciente de la presencia de Deke en el pasillo. Unas garras chasquearon sobre la tarima del suelo. Wrench.

Detrás de ella, Roberta aullaba con una furia salvaje. Leonora consiguió volver la cabeza.

Roberta se abalanzó hacia la puerta, en las manos, un enorme trozo de cristal agarrado con fuerza.

-¡Mierda! -dijo Deke-, se ha vuelto loca. Apartaos de su camino.

-¡Wrench! -Thomas apartó de la entrada a Leonora, tirando de ella hacia el pasillo, e hizo un movimiento con la palma de la mano.

Wrench atravesó como un rayo el vano de la puerta, en completo silencio, un rápido y elegante depredador que hacía lo que le era natural.

En el interior de la biblioteca, Roberta gritó.

No había espacio para correr. Leonora oyó un estrépito. Los libros cayeron de los estantes, y un cuerpo golpeó el suelo con fuerza.

Levantó la cabeza del hombro de Thomas y miró hacia el interior de la biblioteca. Roberta yacía despatarrada en uno de los pasillos, sollozando de miedo, el brazo sangrante cruzado sobre la cara. Wrench permanecía vigilándola, el lobo que llevaba en sus genes aparecía grabado en cada una de las líneas de su cuerpo macizo.

-Creía que habías dicho que era la reencarnación de un caniche enano -susurró Leonora.

-Debió de haber sido un caniche con carácter -dijo Thomas-. ¡Demonios, estás sangrando!

Leonora quiso sonreír, ¡pero estaba tan cansada! Thomas la cogió en brazos. Aquello fue maravilloso.

Cuando giró sobre sus talones para llevarla escaleras abajo, Leonora captó un reflejo en el extraño espejo que producía aquellas imágenes dobles.

Durante un instante fugaz creyó ver una cara familiar, no la suya, que le sonreía desde el otro lado del antiguo espejo.

Ya puedes dormir; él estará ahí cuando despiertes.

Le vamos a poner tu nombre a nuestra primera hija.

Lo sé. Gracias. Adiós, hermana.

Adiós, Meredith.

La alucinación del espejo se desvaneció.

CAPÍTULO 23

Al día siguiente se hallaban reunidos en el salón de Thomas. El fuego ardía con alegría y los azulejos del hogar resplandecían en todo su esplendor. Deke y Cassie estaban sentados uno al lado del otro en el sofá; sus rodillas se tocaban.

Leonora, repantigada en uno de los sillones reclinables, extendía los pies hacia las llamas. Tenía las palmas de las manos vendadas, y todavía se veía pálida y demacrada, pero la sustancia que le habían dado en urgencias había hecho desaparecer de su organismo la mayor parte de la droga. Dadas las circunstancias, se sentía mucho mejor.

Thomas ocupaba el otro sillón reclinable. Wrench dormía en el suelo.

Ed Stovall se sentaba muy tieso en un sillón. No había sacado su libreta.

Se suponía que aquella era una conversación privada, había explicado.

Oficiosa.

-No lo juraría, pero creo que se podría asegurar que Roberta Brinks debía de ser una perversa que, luego, con el paso del tiempo, se volvió majara -dijo Thomas-. Exactamente, la típica sociópata vulgar y corriente, el tipo de monstruo en que nadie repara hasta que no asesina a unas pocas personas.

-Todavía no has explicado cómo tú y Deke os disteis cuenta de que ayer por la tarde podía encontrarme en serios problemas -dijo Leonora.

-Thomas quería atar unos cuantos cabos sueltos -contestó Deke

Apoyó una mano en la rodilla de Cassie.

-Sólo quería saber con certeza quién estaba chantajeando a quién.- Thomas juntó los dedos de ambas manos-. Cuando Deke consiguió acceder a los movimientos bancarios de Rhodes, descubrió que durante el último año se habían realizado un par de transferencias de gran importe.

Las dos se habían abonado en una cuenta bancaria numerada de un paraíso fiscal. Al principio, dimos por sentado que se trataba de los beneficios de Rhodes por el chantaje a Osmond Kern.

-Pero, sólo para asegurarnos, Thomas me hizo comprobar también los extractos bancarios de Kern -prosiguió Deke-. Quería tener la seguridad de que las cantidades de los pagos del chantaje coincidían.

Cassie arrugó el entrecejo.

-Supongo que no era así.

-No -dijo Thomas-. De hecho, no encontramos absolutamente ninguna transferencia importante en la cuenta de Kern. Pero descubrimos un montón de pagos más pequeños realizados a la misma cuenta del paraíso fiscal. Se habían realizado puntualmente los primeros de cada mes.

-Hicimos caso del presentimiento y rastreamos hacia atrás los movimientos bancarios de Kern -dijo Deke-. Los pagos se remontaban a hacía varios años. Sin embargo, el número de la cuenta del paraíso fiscal no aparecía hasta hacía tres años. Antes, aquel dinero iba a un banco de California. La cuenta estaba a nombre de una fundación, pero pudimos bajar el número de la Seguridad Social de algunas declaraciones de renta.

-¿Roberta Brinks?

-Ajá. -Thomas puso una mano en la cabeza de Wrench.- Osmond Kern pagó un chantaje durante casi treinta años.

-Pero a Roberta Brinks, no a Alex Rhodes -concluyó Cassie.- Los dos grandes pagos realizados por Rhodes este año en la cuenta de Roberta en el paraíso fiscal no tenían nada que ver con el chantaje.

-Correspondían al pago de los dos alijos de droga que le había comprado a él -dijo Ed.

-Pero en cuanto vimos los pagos durante treinta años a Roberta Brinks -dijo Thomas-, supimos que la situación era mucho más complicada de lo que habíamos supuesto todos.

Leonora apoyó la cabeza contra los cojines.

-Porque estaba claro que Osmond Kern había estado pagando chantaje a Roberta para que hubiera hecho semejante cosa.

Ed asintió con la cabeza una vez.

-Roberta Brinks sabía que había asesinado a Eubanks y que le había robado el algoritmo.

Una balbuciente Roberta había confesado de plano cuando Ed Stovall había llegado a la Casa de los Espejos para hacerse cargo.

Treinta años atrás, Roberta era una estudiante de último curso del Departamento de inglés. Había luchado denodadamente para abrirse camino en la universidad. Además de dar clases, había aceptado un trabajo a tiempo parcial con Sebastian Eubanks.

-En ese momento, estaba tan paranoico que no habría permitido la entrada en la mansión a ningún estudiante de ciencias o matemáticas -dijo Deke-. Pero imaginó que una estudiante a punto de licenciarse en literatura inglesa no entendería nada de su trabajo aunque lo viera.

-Siempre es un error subestimar al gremio de letras -dijo Leonora.

Deke asintió con la cabeza.

-Y que lo digas.

-Roberta estaba allí la noche que Kern fue a ver a Eubanks -dijo Leonora-. Kern no la vio, pero ella fue testigo de la discusión y los disparos.

-¿Por qué discutieron? -preguntó Cassie.

Ed la miró.

-Tal como dijo Andrew Grayson, Kern sabía lo suficiente sobre el trabajo de Eubanks para darse cuenta de su potencial. Él reclamó, porque había colaborado con Eubanks un tiempo, que tenía derecho a que su nombre se vinculara al algoritmo. Exigió que se publicara con el nombre de los dos. Se había convencido de que el algoritmo era sólo el primer paso de un trabajo más importante. Sacó la pistola, hubo una pelea y Eubanks murió.

Después, Kern quedó atónito y confundido. Roberta se hizo cargo; le dijo que se ocuparía de todo.

-Y eso fue exactamente lo que hizo -dijo Thomas-. Lo sacó de la mansión y lo llevó a casa en coche. Al día siguiente, fue a verlo al despacho. Kern seguía bastante afectado, muy nervioso. Ella le hizo ver que no había razón para no publicar el algoritmo bajo su nombre, lo que le haría rico y famoso, y aseguraría su reputación académica para siempre.

-Y Kern fue a por ello -añadió Deke haciendo una mueca-. Pero cuando se aprobó la publicación del artículo, Roberta lo visitó de nuevo.

Esta vez expuso las condiciones del acuerdo. Ella le protegería a él y a su reputación mientras le pagara el chantaje, y se protegería a sí misma depositando en una caja de seguridad un relato incriminatorio del asesinato de Eubanks, así como unas copias de las primeras notas del desarrollo del algoritmo.

Cassie asintió con la cabeza.

-En otras palabras, si a ella le pasaba algo, Kern también caería envuelto en llamas.

Thomas le rascó las orejas a Wrench.

-Al final, el consejo de la universidad estaba tan ansioso por mantener las cosas en silencio que ni Kern ni Roberta fueron jamás interrogados. Las cosas transcurrieron con absoluta suavidad durante casi treinta años. Kern se hizo rico y famoso; Roberta abandonó los estudios y se casó con un químico.

Leonora suspiró.

-Otro tipo ABD al que le fue mal.

Ed arrugó el entrecejo.

-¿ABD?

-Sí, un doctorando al que le falta leer la tesis -explicó Leonora- Una pequeña broma académica.

Ed no sonrió.

Thomas se aclaró la garganta.

-Roberta decidió postergar una licenciatura en literatura inglesa a beneficio de la dirección de la Casa de los Espejos y la organización de las actividades de los ex alumnos. Mientras tanto, se labraba su fondo de jubilación privado con el chantaje a Kern.

-Y entonces hizo fortuna por segunda vez cuando, hace unos años, su marido diseñó una droga alucinógena -dijo Leonora-. Siempre oportunista, vio las posibilidades en seguida. Pero no sabía

nada de traficar con drogas. Tuvo la suerte de que no la pillaran pasando sus pequeños experimentos a algunos de los estudiantes.

-En el ínterin, Bethany andaba enfrascada en su trabajo sobre la teoría de los espejos -continuó Deke-. En el curso de sus investigaciones se encontró con algunas notas que la convencieron de que había sido Eubanks quien había realizado los primeros trabajos sobre el algoritmo, y no Kern. Se enfrentó con él, exigiéndole una explicación y Kern se puso nervioso. En cuanto Bethany abandonó su despacho, llamó a Roberta.

-La cual entendió de inmediato que el trabajo de Bethany podía descubrir a Kern y, de ese modo, estropear su plan de jubilación.- prosiguió Thomas-. Así que invitó a Bethany a su despacho, le sirvió un poco de café envenenado y luego apañó el supuesto suicidio.

-Pero, en esos últimos momentos antes de que la droga la aplastara -dijo Deke-, Bethany consiguió dejar algunas pistas sobre la identidad de su asesina. Debió de padecer unas alucinaciones espantosas, pero estaba rodeada de espejos y llevaba meses pensando en términos matemáticos y metafóricos en relación con los espejos. Sin duda, no estaba en disposición de poder escribir algo legible, así que agarró el catálogo de los espejos antiguos y señaló con un círculo la ilustración de aquel en el que se reflejaba su asesina. Luego, junto con los recortes, lo escondió detrás del fichero de la biblioteca.

-Alex Rhodes fue testigo del presunto suicidio de Bethany –dijo Ed-. Adivinó que Roberta Brinks era la fuente de las drogas y se asoció con ella.

-Durante un tiempo, todo fue bien -prosiguió Deke-. Porque nadie prestaba atención a los locos hermanos Walker y sus exigencias de otra investigación.

-Yo no diría eso -sugirió Cassie pensativamente-. El hecho de que estuvieses presionando en busca de respuestas fue lo que inspiró a Roberta para empezar a propagar esos rumores de que Bethany se drogaba. Pensó que serviría como sencilla y creíble respuesta, que haría olvidar cualquier teoría de asesinato.

-Pero no me lo tragué -dijo Deke.

-No -corroboró Leonora-. Esto debió de ponerla nerviosa. Entonces, seis meses más tarde, Meredith apareció en escena para empezar su desfalco del fideicomiso. Se lió con Thomas durante una temporada y, mientras, se enteró de que Deke tenía sustanciales preguntas que hacer sobre las circunstancias que habían rodeado el presunto suicidio de Bethany.

-Meredith y yo no estuvimos liados -aseguró Thomas sin alterarse- Salimos unas pocas veces de manera informal, eso es todo.

-Meredith y Thomas dejaron de verse al cabo de unas pocas citas informales -se corrigió Leonora con suavidad-, y Meredith continuó con su proyecto de su desfalco del fondo del fideicomiso. Tuvo unas pocas citas informales con Alex Rhodes, probablemente a causa de que supuso que sería una buena fuente de información local. Se enteró de que traficaba con drogas y dejó de verlo.

-En algún momento, encontró el catálogo y el sobre lleno de recortes de periódico -señaló Thomas-. Supuso que a Deke y mi nos gustaría verlos, pero no quería poner en peligro su propio plan, que estaba casi concluido. Así que guardó los recortes y el libro en una caja de seguridad.

-Y entonces cometió su error fatal -prosiguió Deke-. Había trabajado con Roberta Brinks durante seis meses, lo suficiente para saber que Roberta había estado por ahí en la época del asesinato de Eubanks. Por lo tanto, intentó sonsacarla. En cuanto empezó a hacer preguntas, se condenó.

-Más allá de los viejos chismes, Roberta aparentó no saber nada del asesinato, pero se puso muy nerviosa -intervino Leonora-. Primero fue Bethany la que sospechó y, luego, sólo unos meses después, otra mujer estaba rastreando el pasado. Esperó a que Meredith se marchase de Wing Cove. Entonces, un día, se puso en contacto con ella a través del correo electrónico, contándole que se había enterado de algo muy interesante sobre el asesinato de Eubanks.

»Se encontró con Meredith en Los Angeles. Comió con ella, le administró la droga y arregló el accidente -prosiguió Leonora-. Cuando las noticias del funeral llegaron a Wing Cove, se enteró de que Deke estaba intentando entretejer nuevas teorías de conspiración.

Ed asintió sobriamente con la cabeza.

-Así que empezó a hacer circular la segunda tanda de rumores, esperando desviar cualquier investigación de asesinato.

-Al final, fue el hecho de que ninguno nos creyéramos los rumores lo que desbarató sus planes -concluyó Thomas.

Durante un rato, permanecieron sentados en silencio, dejando que los detalles sedimentaran.

Por fin, Ed se levantó del sillón.

-Os agradezco la conversación. Me tengo que ir; me espera un montón de papeleo.

Thomas se levantó para acompañarlo hasta la puerta. Sacó la chaqueta de Ed del armario empotrado.

Ed examinó el alicatado del pasillo con aire de aprobación mientras se subía la cremallera de la chaqueta.

-Es la primera vez que veo esta casa desde que la compraste, Walker.

Has hecho un trabajo de rehabilitación realmente bueno.

-Gracias.

-Si decides venderla, házmelo saber -dijo Ed-. Elissa Kern y yo nos casamos en la primavera. Estamos buscando casa. Elissa no quiere vivir en la vieja casa de su padre y mi apartamento es demasiado pequeño.

-Lo tendré presente, Ed.

Ed salió al porche. Thomas cerró la puerta y volvió al salón. Leonora lo miró. Thomas extendió las manos y sonrió.

-Te dije que mis casas siempre encuentran los propietarios adecuados.

-¿Y qué hay de nosotros? -preguntó Leonora-. ¿Dónde vamos a vivir?

-Todavía no lo sé. -Thomas lanzó una mirada circular.- Pero no será aquí. Al menos, no durante mucho tiempo.

-¿Por qué no? Me encanta esta casa.

Thomas sonrió con malicia.

-No es lo bastante grande. Necesitamos más habitaciones. Para los niños.

La besó.

Lo bueno que tenía Thomas Walker, pensó Leonora, era que una nunca había que preocuparse por las ilusiones o los falsos reflejos de un espejo. Thomas era real.

Igual que su amor.

FIN